

Simelas del Corazón



Ximena Peredo

Ximena Peredo



*Querido A, este libro es para ti, es la
carta más larga que te he escrito y
también es la última. Gracias por todas
las lecciones, nunca las olvidaré.*

“Y cada uno de ellos podía poner mi mundo patas arriba, lo cual no me gustaba nada en absoluto. Quería ser la dueña de mi propia vida. Quizá por eso había construido ese muro infranqueable a mi alrededor, porque me aterrorizaba que alguien pudiera atravesarlo y arrebatarme el control.”

—La Heredera, Kiera Cass.

Obertura

¿Dónde estaríamos si no pudiéramos soñar? Olivia Breen pensaba que no era posible que existiese una sola persona que no hubiese tenido al menos un sueño por el cual luchar. Siendo seres humanos, siempre estamos imaginando, pensando en todo aquello que nos ofrece el mundo y que puede ser nuestro si nos esforzamos por conseguirlo. Como gran ejemplo, Olivia tenía a su madre, Olenka Ivanova, ella era una soñadora, nunca se rindió hasta ver su más grande deseo hecho realidad: ser una *prima ballerina*. Desde niña ella se había esforzado por conseguirlo, asistió a clases de danza y cada día daba todo de sí misma para poder mejorar. A los dieciséis años, logró ingresar a la Academia Vagánova en San Petersburgo y a los veinte ya se había convertido en una de las mejores bailarinas de la historia. Su nombre era muy conocido en toda la Unión Soviética y también fuera de ella. Permaneció en esa academia tres años más, hasta 1983, que fue cuando conoció a Robert Breen, un diplomático británico que había viajado a Moscú para infiltrarse en los secretos soviéticos y para encontrar algo que les sirviera en su lucha contra el comunismo. Como se trataba de un diplomático, Robert fue invitado a algunos eventos, sobre todo culturales, cuando pasó por San Petersburgo asistió a una presentación de ballet de la Academia Vagánova, era una obra nueva, llena de nacionalismo soviético, en la cual Olenka Ivanova era la protagonista. Robert quedó cautivado ante la belleza y delicadeza de aquella mujer, así que no dudó en pedir un encuentro con ella. Ya que hablaba muy bien en ruso, pudo comunicarse sin problema.

—¿Señorita Ivanova? —ella lo miró expectante—. Es un gran placer conocerla —le tomó la mano y le besó los nudillos.

—Me han dicho que quería hablar conmigo —dijo la joven con exagerada seriedad—. No tengo mucho tiempo, así que dese prisa, por favor —Robert la

alejó un poco de los demás.

—Estoy arriesgándome mucho con esto que voy a decirle —susurró el hombre, la mujer alzó ambas cejas y lo miró expectante—. ¿No le gustaría bailar no nada más en la Unión Soviética sino en el resto del mundo? —Olenka frunció el ceño y se apartó de él.

—¿A qué se refiere?

—Puedo conseguir que la acepten en el *Royal Ballet* de Londres, ¿ha escuchado de él? —ella lo miró con asombro y asintió, pero en dos segundos Olenka ya había vuelto a poner su semblante serio y lo observaba con frialdad.

—Le agradezco pero no estoy interesada —dijo la joven dándose la vuelta, él la tomó del brazo y le tendió una tarjeta de presentación.

—Por si llega a cambiar de opinión —Olenka la aceptó por mera cortesía pensando en deshacerse de ella en cuanto regresara a su camerino. Sin embargo, conservó aquella tarjeta blanca, la cual decía en el centro con una perfecta caligrafía: “Robert J. Breen” y un número telefónico. La joven posó sus ojos azules en el nombre de aquel hombre que se había interesado tanto en ella y comenzó a preguntarse cuál sería la verdadera razón. No obstante, sabía que sería una locura contactarlo debido a la situación en la que se encontraba su país en ese momento.

—¿Qué quería ese sujeto? —le preguntó Vladimir, su hermano mayor y representante.

—Felicitarme por mi actuación —la joven mintió. No podía decirle la verdad, se armaría un escándalo, sobre todo porque Vladimir era muy apegado al régimen soviético y detestaba a los anglosajones.

—No sé por qué dejan entrar a esos británicos, no son mejores que los norteamericanos —bramó él haciendo una mueca de desagrado. Olenka se limitó a asentir y ocultó la tarjeta en el bolsillo de su abrigo. Durante los siguientes días, la bailarina se presentó en seis ocasiones y en todas vio en el público al hombre de ojos oscuros que le había pedido que se fuera con él a Inglaterra.

—Señorita Ivanova, ya conoce al señor Breen, ¿verdad? —Robert hizo un gesto de saludo a la ojazul, ella lo observó sin expresión alguna en su rostro —. Y él es el señor Vladimir, hermano de nuestra bailarina estrella —el británico esbozó una ligera sonrisa y le tendió la mano al ruso, pero éste no la aceptó.

—¿Qué es lo que quiere? —preguntó Vladimir interponiéndose entre su

hermana y el apuesto inglés.

—Solamente hacerle un cumplido a la señorita Ivanova, por su excelente presentación —respondió Robert tranquilamente.

—Dígame la verdad, señor Breen —dijo el otro irguiéndose y entornando la mirada hacia el británico. Vladimir era realmente intimidante, era un hombre alto y musculoso, su rostro estaba cubierto por una barba castaña muy tupida y sus ojos azules solamente dejaban ver cierta vileza. Era todo lo contrario a su hermana, Olenka era delicada, esbelta, tenía la mirada firme, pero había bondad en ella. Robert esbozó una ligera sonrisa y le respondió al ruso.

—Acabo de hacerlo —supo disimular bastante bien su nerviosismo. No le convenía que se descubriera su verdadera intención. El que quisiera llevarse a la bailarina era solamente algo que había surgido espontáneamente, la vio y quiso darle un mejor futuro.

—¿Para quién trabaja? ¿Para el MI6? ¿La CIA? —Vladimir enarcó una ceja, el otro sonrió de lado.

—Ya es suficiente, Vlad —Olenka intervino antes de que Robert pudiera responder.

—No te entrometas, mujer —dijo entre dientes el ruso y la volteó a ver furioso, la rubia respiró hondo.

—Estoy cansada, vámonos —dijo ignorando por completo la insolencia de su hermano al decirle que no se metiera en aquella discusión. Sabía que aquello iba a salirle caro, sobre todo por la mirada que le había lanzado Vlad. Ambos se despidieron y se fueron de inmediato hacia el camerino de la joven para recoger sus cosas.

—¡Me has dejado en ridículo! —le dijo Vlad, Olenka se soltó su cabello dorado el cual le cayó en el hombro derecho.

—Yo no he hecho tal cosa —respondió sin mirarlo mientras guardaba sus zapatillas en su bolso. Vladimir la tomó del brazo e hizo que lo mirara.

—¡No vuelvas a interrumpirme! —la rubia frunció el ceño y apretó la mandíbula. Estaba cansada de la manipulación y los malos tratos de su hermano. Había tenido que aguantarlo principalmente por su madre, no merecía verlos separados, pero ya habían pasado algunos meses desde que ella había muerto. Por otro lado, estaba su carrera como bailarina, sin él no habría logrado llegar hasta donde estaba, le debía eso, claro, sin embargo, ahora tenía otra oportunidad.

—¿Y si lo hago qué harás? —él la soltó y la miró burlón, entonces, sin pensarlo le soltó una cachetada con el dorso de la mano haciendo que ella cayera al suelo.

—Ahora apúrate a guardar todo y vámonos —dijo saliendo del camerino y azotó la puerta. Olenka se limpió la sangre que le había salido del labio, trató de contener el llanto y de calmarse, ya que estaba temblando demasiado. Se levantó, respiró hondo y terminó de meter sus cosas al bolso, salvo su maquillaje, el cual usó para cubrir la herida. La rubia salió hacia un gran pasillo donde su hermano la esperaba, se irguió y caminó junto con él hacia la puerta principal.

Al día siguiente, decidió contactar a Robert Breen, él accedió a verla a medio día. Antes de salir, tomó un bolso, en él llevaba algo de ropa de diario y para bailar, tres pares de zapatillas, dinero, una foto de su madre y una libreta. Nerviosa, corrió a la puerta y emprendió su camino hacia el lugar en el que se encontraría con el británico. No tendría mucho tiempo antes de que Vlad se diera cuenta de que se había ido.

—¿Está usted bien? —preguntó Robert cuando la vio llegar muy agitada.

—Por supuesto —respondió rápidamente y se acomodó el cabello detrás de la oreja—. Quiero aceptar su propuesta —dijo sin rodeos, aquello tomó al hombre por sorpresa.

—¿Qué la hizo cambiar de parecer?

—Preferiría hablar una vez que estemos fuera del país —susurró. Olenka sabía que le deparaba un horrible futuro con su hermano como representante y también tenía presente que dentro de la Unión Soviética no podría mejorar como bailarina, porque el gobierno controlaba toda la cultura del ballet. Por esto mismo, no estaba permitido que las bailarinas abandonaran el país, así que tendría que salir de incógnito y hacerse a la idea de que jamás podría volver a pisar Rusia.

—La veré en la embajada británica mañana a primera hora.

—¿Mañana? —Olenka lo miró preocupada—. ¿No podría ser hoy?

—Tiene mucha prisa de irse —Robert la miró divertido, ella volteó a ver hacia ambos lados mientras se frotaba las manos.

—No quisiera ver a mi hermano, él se molestará mucho si se entera que salí sin... sin su permiso —el otro asintió y notó el golpe en la mejilla de la rubia, a pesar de que ella había tratado de cubrirlo con maquillaje.

—En ese caso, vaya a empacar y...

—Ya tengo todo aquí —lo interrumpió mostrándole su bolso, él se pasó la mano por su cabello castaño oscuro y la miró sorprendido.

—Entonces no perdamos el tiempo —dijo ofreciéndole el brazo, ella enrolló el suyo en el de él y se fueron hacia la embajada británica.

—¿Me permitirán el paso?

—Ya lo he arreglado, sabía que aceptaría mi oferta.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué estaba tan seguro, señor Breen? —él sonrió y miró al suelo.

—Robert —dijo él—. Llámeme Robert, por favor.

—De acuerdo —dijo la rubia titubeante, Olenka no solía mostrarse como una mujer que necesitase protección, pero en ese momento sí la requería.

—Sabía que aceptaría por la manera en que sus ojos brillaron cuando mencioné el *Royal Ballet*.

—Cualquier bailarina se sorprendería —musitó ella—, todas soñamos con bailar ahí o en París, incluso Nueva York, pero no nos dejan salir de Rusia, sería traición.

—Por eso estamos aquí —dijo él señalando el edificio de la embajada. Robert consiguió el amparo para Olenka, por lo cual no le podrían negar la salida. En el aeropuerto, antes de que pudiera abordar, la rubia fue interceptada por las autoridades soviéticas, pero dado a que tenía el amparo de la embajada británica lo único que hicieron fue añadir su nombre a una lista de exiliados por traición.

—Espero que esto valga la pena, Robert —dijo Olenka mirando por la ventanilla del avión.

—Lo valdrá, se lo aseguro, señorita Ivanova —dijo él sin dejar de verla, ella dirigió sus ojos azules hacia él.

—Olenka —dijo la joven sin gesticular ni siquiera una tímida sonrisa, sin embargo Robert sí curveó los labios y asintió con la cabeza. Tan pronto como llegaron a Londres, Olenka capturó las miradas de todos, se convirtió en la *prima ballerina* de Europa, y su nombre llegó a todos lados. Robert se volvió su representante, le enseñó a hablar en inglés y se dedicó a hacerla famosa, sin descuidar su trabajo en el gobierno británico.

—¿Estás bien? —Robert ladeó la cabeza al ver a Olenka cruzada de brazos y contemplando el paisaje fuera de la ventana de la casa de Robert. Había comenzado a nevar, la rubia observaba los copos de nieve caer mientras

pensaba en todo lo que había dejado atrás.

—Es uno de esos días en los que extraño Rusia —dijo ella sin mirarlo. No entendía muy bien por qué lo hacía, pero a veces la nostalgia se apoderaba de ella. No extrañaba a su hermano, para nada, pero sí echaba de menos las calles donde había crecido y a su madre, no podría visitarla en el panteón nunca más. De vez en cuando solía llevarle flores y hablaba con ella, se le hacía un poco tonto, pero le reconfortaba estar ahí contándole lo que le ocurría. Él se acercó a la rubia y puso las manos en sus hombros.

—Algún día podrás volver —la rubia negó con la cabeza.

—No será así —suspiró y se giró para verlo—. Gracias por todo lo que has hecho por mí, Robert.

—No lo agradezcas, ha sido un placer —él le sonrió y por primera vez Olenka se ruborizó al darse cuenta de lo cerca que estaban sus rostros. Podía sentir el aliento de Robert chocar con el suyo y entonces ocurrió, sus labios se unieron en un cálido beso que sería el primero de muchos más.

—Papá, ¿estás aquí? —Robert y Olenka se separaron al escuchar aquella dulce voz.

—Elizabeth, aquí estoy, ¿qué sucede? —una niña de unos seis años entró en la habitación con una hoja de papel en sus manos. Su vista se desvió hacia la rubia y sus ojos se iluminaron.

—¡Olenka! —dijo la niña emocionada y corrió hacia ella—. Hice esto para ti, se lo iba a dar a papá porque no sabía si te vería.

—Muchas gracias —dijo la otra y tomó la hoja de papel. En ella estaban dibujadas varias bailarinas, todas iguales pero con vestuarios diferentes.

—Eres tú —dijo Elizabeth enrollando su cabello azabache en sus dedos.

—Me encantan todos estos vestidos —dijo la rubia sonriéndole.

—¿De verdad? —a la niña le brillaron los ojos azules.

—¡Por supuesto!

—¡Haré más! —dijo la pequeña dando brinquito y salió corriendo de la habitación. Elizabeth era la hija del primer matrimonio de Robert, su esposa había muerto al dar a luz. No se había animado a salir con alguien más, pensó en quedarse soltero el resto de su vida, pero entonces encontró a Olenka y en ella vio la posibilidad de volver a formar una familia. La rubia también lo pensó, por eso no le había parecido tan mala idea dejar Rusia, sin embargo, no fue el único motivo.

Robert y Olenka se casaron un par de meses después y luego de dos años tuvieron a su primer hijo, James. Muchos pensaron que aquello sería un tope para la carrera de bailarina de Olenka, pero no resultó así. No fue sino hasta que tuvieron a su segunda hija, en 1991, que Olenka tuvo que abandonar su sueño, no porque no pudiera dividir su tiempo entre el ballet y su familia, al contrario, lo hacía con bastante éxito. Pero en ese momento, su marido estaba siendo perseguido por un agente del KGB que tenía asuntos pendientes con él y estaba dispuesto a asesinarlo. La familia Breen fue enviada a Estados Unidos, a Chicago precisamente, así que Robert y Olenka partieron junto con sus tres hijos hacia su nuevo hogar del otro lado del mundo. Elizabeth, no estaba muy contenta con la mudanza, no entendía por qué tenían que dejar Inglaterra si era un lugar muy bonito. James apenas tenía dos años y no estaba tan apegado a su lugar de nacimiento. En cuanto a Olivia, ella había nacido a finales de enero de ese año, así que no se sentiría mal por dejar Inglaterra, era solamente una bebé.

Liv, como la menor de los hermanos Breen prefería que le dijeran, era muy curiosa y un día encontró a su madre viendo videos que le habían tomado en el *Royal Ballet*. Se sentó junto a ella y no despegó la vista de la pantalla, Olenka sonrió al ver a su hija y le pasó la mano por la espalda. Desde ese día, Liv le pedía a su madre que le pusiera los videos, lo cual a veces provocaba que Olenka se sintiera nostálgica, ya que le era imposible dar presentaciones o integrarse al Ballet de la Ciudad Nueva York, porque no podía llamar la atención. Liv tenía apenas cinco años de edad, pero la idea de ser bailarina de ballet y seguir los pasos de su madre se convirtió en su más grande sueño y, al igual que ella, se esforzó día a día por conseguirlo.

—Ella quiere ser bailarina y yo no la voy a detener —dijo Olenka, Robert no estaba de acuerdo porque aquello expondría a su familia—. ¿No crees que puedan capturar a ese agente antes de que ella debute...?

—¿Cómo estás tan segura de que lo hará? —dijo su marido—. Apenas tiene cinco años.

—Sé que lo hará —dijo ella irguiéndose con orgullo—, es mi hija.

—Puedes darle clases, pero no la motives demasiado —advirtió Robert. Antes hubiera alentado a su hija a ser igual que Olenka, pero no quería que pasara por toda la presión del mundo de la danza. La rubia se dedicaba a dar clases de ballet particulares porque cada año tenían que mudarse para que

fuera relativamente más difícil dar con ellos. Se habían cambiado el nombre y el apellido en cinco ocasiones, en ese momento, acababan de llegar a Midwood, Brooklyn y eran los Robinson. Olenka estaba en su nuevo hogar junto con su hija, la observaba mientras la niña repetía los ejercicios que le había enseñado.

—¿Lo estoy haciendo bien, mami? —la pequeña preguntó mientras se colocaba en primera posición, su madre sonrió, la llenaba de orgullo que al menos una de sus hijas siguiera sus pasos. A Elizabeth no le costó mucho aceptar a Olenka, la quería desde antes de que se casara con su padre, el cariño era mutuo. En varias ocasiones, la mayor de los Breen intentó tomar clases de ballet para ser como Olenka, pero lo que realmente le gustaba era dibujar vestuarios para ella, la rigidez del ballet no era lo suyo. En cambio, Liv, sí mostró bastante interés y su madre se dedicó a alentarla durante todo el año que se encontraron en Brooklyn. Fue entonces que el destino jugó a su favor, pues justo cuando estaban decidiendo su siguiente “hogar”, se enteraron de que aquel agente había sido capturado e inmediatamente ejecutado. Aquello llenó de tranquilidad tanto a Robert como a Olenka y entonces pudieron llevar una vida relativamente normal volviendo a ser los Breen.

—Será mejor que nos quedemos aquí en Brooklyn —propuso Olenka, su esposo no se negó y entonces aceptó que su hija siguiera los pasos de su madre. Por doce años, Liv estuvo bajo la instrucción de la rubia junto con otras niñas de su edad, las cuales habían entrado a su pequeña escuela de ballet. No obstante, Olenka dedicaba la mayoría de su tiempo a perfeccionar la técnica de Liv y una vez que se iban las otras alumnas, pasaba dos horas más con su hija—. Has mejorado bastante —dijo una tarde que estaban en el salón de danza que tenían en casa—, pero aún no es suficiente para entrar a la escuela del *Royal Ballet*.

—Es lo más que puedo dar —le dijo la chica, estaba exhausta. Su madre la observó con sus penetrantes ojos azules y frunció el ceño, aquello no era una buena señal.

—¿Cómo dijiste? —preguntó alzando ambas cejas—. ¿Acaso eso es todo lo que puedes dar? ¿En verdad?

—No... yo no me ref...

—Olivia —aquel tono con el que solía decir su nombre era lo más desesperante que había en el mundo, porque seguido de eso venía un regaño, así sucedía desde que Liv era una niña y hacía algo mal—. Si eso es todo lo

que puedes dar, te aconsejo olvidarte del *Royal Ballet* y mejor dejar la danza clásica como un pasatiempo nada más.

—Madre, no es lo que quise decir.

—¿Ah, no? —se cruzó de brazos lanzándole a su hija una mirada llena de sorpresa fingida—. Porque eso fue lo que escuché —la chica decidió permanecer en silencio, a su madre no le gustaba para nada que ella dijera ese tipo de cosas—. Empieza otra vez —dijo poniendo la música, Liv respiró hondo y comenzó a marcar los pasos. Olenka tenía razón en algo, si su hija quería entrar a la escuela del *Royal Ballet* debía esforzarse mucho más, pero también tenía que concentrarse en la escuela, porque no le estaba yendo tan bien como hubiese querido. Por suerte tenía a alguien para ayudarla a sobrevivir en la preparatoria.

*Vals
de los
Copos
de
Nieve*



“Rómpeme el corazón. Rómpemelo mil veces, si quieres. De todos modos solo ha sido tuyo, desde el principio.”

La Elegida,
Kiera Cass.

Sebastian Dashwood

Sebastian Dashwood vivía en la casa de al lado, era el mejor amigo de Liv. Se habían conocido en el preescolar, la niña había entrado un poco tarde porque apenas se habían mudado a Brooklyn, así que no conocía a nadie. Sin embargo, Sebastian y ella se hicieron amigos desde el primer día en el que Liv estuvo ahí, luego de que él derramara un bote de pintura azul sobre su largo cabello castaño oscuro, lógica de niños. Desde entonces, hacían prácticamente todo juntos, comían y jugaban juntos, hacían pijamadas y construían fortalezas con los cojines de los sillones. Más grandes, iban al cine, a patinar, a campamentos, eran inseparables.

—¿Cómo vas con tu entrenamiento militar? —le preguntó Sebastian una mañana mientras caminaban hacia el colegio, haciendo referencia al ballet, obviamente.

—Aún no he enviado mi solicitud, mi madre dice que todavía no estoy lista —Liv se encogió de hombros—. No ha sido mi semana, si te soy sincera y para colmo creo que voy a reprobar cálculo integral —el chico rió y la miró con incredulidad.

—Apenas llevamos dos semanas, no exageres —ella entornó sus ojos café oscuro hacia él—. Y en caso de que te fuera mal, sabes que yo puedo ayudarte siempre que me lo pidas.

—Lo sé, lo sé, gracias por eso, es sólo que me estresa demasiado toda esta situación del *Royal Ballet* —dijo soltando un suspiro.

—¿Y no hay otra cosa que quieras hacer?

—¿En lugar de bailar? —su amigo asintió y alzó los hombros, ella lo miró horrorizada. —¿Acaso estás loco?

—Sólo decía, relájate —dijo el chico riendo y alzando sus manos frente a él como si fuera a recibir un brutal ataque de parte de Liv. La chica negó con la cabeza como si así fuera a deshacerse de esa idea.

—El ballet ha sido mi sueño desde que tengo cinco años, no voy a

renunciar a él por nada del mundo —dijo ella muy segura de sí misma. Sebastian la miró sonriente y asintió orgulloso.

—Me gusta la manera en que lo dices, para ti rendirse no existe —le dijo él, Liv se sonrojó, intentó cubrir sus mejillas ruborizadas con su cabello para que Sebastian no lo notara—. ¿Qué sucede? —ella negó con la cabeza y pateó una piedrita que había en el camino.

—¿Y tú sigues con la idea de ser doctor? —le preguntó sin dirigirle la mirada, aún sentía sus mejillas arder. Él se quedó pensativo.

—Pues es una tradición familiar —comentó él colocando sus manos detrás de su cabeza y volteó a ver a Liv—. ¿Crees que sería un buen doctor? —la chica rió y se alzó para observarlo.

—Para nada —dijo divertida, Sebastian la miró ofendido y se puso las manos en el pecho.

—¿Entonces qué crees que debería ser?

—Un bacalao —él puso los ojos en blanco y fingió que eso le divertía.

—Vaya, ahora sí te excediste, ¿no será mejor que seas comediente en lugar de bailarina?

—¡Ay, cállate! —la castaña le dio un leve golpe en el brazo—. Deberías de hacer algo que a ti te guste, yo sé que no te gusta tanto la Medicina, aunque finjas que sí y veas esos programas sobre doctores.

—Son muy buenos —admitió el chico.

—Y bastante exagerados.

—Lo sé, pero me gustan y pues me ayudan a agarrarle cariño a esto de ser doctor.

—Sí, pero no es lo que realmente quieres, Sebastian —le dijo mirándolo con seriedad, si no lo hacía de esa manera, probablemente su amigo seguiría pensando que todo se trataba de un juego y no se tomaría nada en serio.

—Me gusta el cine —dijo después de un rato, ya casi llegaban a la escuela.

—¿Y ya has buscado alguna Universidad? —el chico negó con la cabeza mientras doblaban la esquina para llegar a la preparatoria Cassworth.

—Mi padre no lo aprueba.

—¿Y eso qué? —Sebastian bufó y clavó sus ojos verdes en su amiga.

—No lo entenderías, tus padres siempre te han apoyado en todo —Liv frunció el ceño y abrió la boca para replicar, pero en eso llegó una chica pálida con el cabello pelirrojo, la cual tomó a Sebastian del brazo.

—Te estaba esperando —dijo la chica coquetamente, él sonrió y se olvidó

de que Liv estaba ahí.

—¡Qué suerte tengo! —le respondió el chico y se fue con ella, la castaña los miró boquiabierta. De ésa no se salvaría, pensó Liv mientras caminaba hacia la entrada del edificio. En el camino se topó con Keira, su mejor amiga, esa mañana llevaba sus rizos café recogidos con unos palillos chinos y una blusa amarilla que resaltaba el tono moreno de su piel. Liv la vio repartiendo volantes para un evento de adopción de cachorros que iba a tener lugar el siguiente sábado por la mañana a las afueras del colegio.

—Buenos días, Liv —dijo su amiga, la castaña le sonrió y tomó la mitad de los volantes para ayudarle a repartirlos—. Luces molesta, ¿despertaste con el pie equivocado?

—No, o eso pensé hasta que llegué a la escuela y Jane se llevó arrastrando a mi mejor amigo —Keira no pudo evitar soltar una risita.

—¿Cuándo piensas decirle lo que sientes por él?

—Nunca —dijo la chica mientras entregaba un par de volantes a un grupo de chicos de décimo grado—. No quiero arruinar la amistad.

—Tal vez él sienta lo mismo por ti.

—¿Tú crees? —la morena asintió.

—Han sido mejores amigos desde hace mucho tiempo, es normal que esas cosas pasen, pero puede ser que él sea muy tímido en ese aspecto y no quiera dar el primer paso —dijo Keira encogiéndose de hombros. Liv pensó en su amigo, sí era algo tímido, sin embargo, la forma en que le habló a Jane dejaba ver que ya se le estaba quitando—. En dado caso debes hacerlo tú —terminó de decir Keira.

—¿Y si no siente lo mismo?

—No creo que sea así —insistió su amiga—. De todas formas, le darías a conocer tus sentimientos y eso no tiene que preocuparte.

—Sólo perdería mi dignidad —Keira rió y negó con la cabeza.

—Eso es algo que nadie puede perder, en serio. Además, no cualquiera declara sus sentimientos sin estar cien por ciento seguro de que será correspondido —comentó la chica.

—Sólo los tontos —dijo Liv, Keira puso los ojos en blanco.

—Yo pienso que es valiente, Sebastian lo valorará y eso le animará a decirte cómo se siente él.

—Bueno, tendré que pensarlo —dijo Liv, pero estaba convencida de que jamás lo haría, no después de haber visto cómo él había mirado a Jane. Sin

embargo, ya no le dijo nada a Keira porque no quería seguir hablando de ese tema. Liv no era tan optimista como para pensar que sus sentimientos serían correspondidos, ni mucho menos para creer que su amistad no se vería afectada, claro, en caso de que decidiera confesarle a Sebastian cómo se sentía desde hacía ya un tiempo.

No podría decir el momento exacto en el que ella comenzó a sentirse así por él, pero probablemente fue aquella Navidad, justo antes de que cumplieran quince años.

—Estuve ahorrando todas mis mesadas y lo que gané en el trabajo de verano para comprarle algo bonito a mis padres y a mis hermanos esta Navidad —comentó una Liv de catorce años mientras caminaba por el centro comercial junto con Sebastian.

—¿Y ya tienes pensado qué es lo que vas a comprarles? —la chica asintió.

—A papá le compraré un libro de pinturas que siempre hojea en las librerías, ya me aseguré de que no lo tenga —dijo mirando a su amigo—. A James pienso regalarle el disco que acaba de salir de su banda favorita.

—¿No lo tiene aún? —Liv negó con la cabeza.

—Dijo que no tenía dinero, que esperaría a que pasara Navidad para obtener algo de plata de los abuelos, como siempre —la castaña se encogió de hombros—, pero no la va a necesitar —sonrió satisfecha.

—A mi hermana le daré unos lápices de colores especiales para sus diseños.

—¿Y a tu madre? —Liv se mordió el labio.

—Pensaba en que fuera sorpresa para todos, pero te diré.

—Te escucho.

—He estado practicando una pieza de *El Cascanueces*, es su ballet favorito y queda perfecto para estas fechas —dijo la chica con demasiada emoción—. Lo presentaré el día de la cena.

—¿De verdad le darás eso de regalo?

—Sí, también le compraré una bufanda que vio el otro día y dijo que le gustaba mucho.

—Bueno, pues vayamos en busca de todos tus regalos —Liv sonrió y tomó a Sebastian del brazo llevándolo así por todas las tiendas. Al terminar, decidieron comprar un chocolate caliente para quitarse un poco el frío. Se sentaron a tomarlo en una banca del centro comercial.

—Supongo que tus padres ya te lo dijeron, pero también quiero hacerlo yo —ella tomó un sorbo de su bebida, él la miró expectante—. Estás invitado a pasar la Navidad en mi casa y no puedes faltar —el chico formó una ligera curva con sus labios, Liv le daba demasiada ternura. Casi siempre pasaban las celebraciones juntos, pero no perdían la formalidad de invitarse.

—No me lo perdería por nada del mundo —Liv sonrió ampliamente. A partir de entonces, faltaban solamente diez días para la cena de Navidad en casa de los Breen y por alguna extraña razón, Liv la esperaba con ansias. Seguramente era debido a que bailarían ese día, pensaba. Una tarde, mientras envolvía los regalos que había comprado, se dio cuenta de que no tenía nada para Sebastian. Iba a regresar al centro comercial al día siguiente de que fue con él, pero se le había olvidado. Terminó de envolver los regalos y los guardó en su armario, luego salió de su habitación hacia la de Elizabeth y le pidió que la acompañara al centro comercial.

—¿Para qué quieres que vaya de compras contigo? —la pelinegra frunció el ceño ante la insistencia de su hermana menor. La ojiazul se encontraba sentada en su cama terminando el vestuario que Liv le había encargado, era blanco y tenía un par de destellos azules y plateados en el tutú. Elizabeth era diseñadora de modas y una vez que hubo dominado la costura, se dedicó a hacerle los vestuarios a su hermana, los cuales eran realmente hermosos y únicos, ya que la chica tenía una imaginación sorprendente

—Quiero comprarle algo a Sebastian —comentó la castaña, la otra dejó la costura y miró a su hermana burlonamente.

—¿Por qué? ¿Acaso te gusta?

—¡Para nada! —dijo Liv negando con la cabeza—. Sabes que él es mi mejor amigo, además, eso no se puede, sería raro —Elizabeth rió debido a la inocencia de su hermana.

—Vamos, pues —le dijo levantándose de la cama, la chica sonrió complacida y ambas fueron en busca del regalo perfecto para Sebastian. Recorrieron varias tiendas, Liv no se decidía por nada de lo que veía, quería que fuera algo muy especial, pero no tenía ni idea de qué comprar.

—Esto es muy complicado —dijo sentándose en una banca afuera de una de las tiendas, Elizabeth se sentó junto a ella.

—¿Por qué no le regalas una pulsera de la amistad o algo así?

—No seas ridícula —le dijo Liv negando con la cabeza—, Sebastian no se pondría algo así, ni aunque le pagara por hacerlo —entonces recordó que la

vez que fue con él de compras, había visto una sudadera verde que le había gustado mucho. Se levantó rápidamente y fue corriendo hacia la tienda donde vendían aquella sudadera pero se detuvo al ver la etiqueta con el precio.

—¿Qué sucede? —le preguntó su hermana al ver cómo su entusiasmo había desaparecido.

—No me alcanza con lo que tengo de dinero —dijo un suspiro—. Creí que estaría más barata —Elizabeth vio el precio, negó con la cabeza y sacó de su bolso un billete de cincuenta dólares.

—Toma, con esto alcanzará —le dio el billete, la castaña la miró agradecida.

—¡Gracias, gracias! —dijo abrazando a su hermana—. Te lo pagaré en cuanto pueda, lo prometo.

—Como sea —dijo la otra sabiendo que eso no pasaría. Liv pagó la sudadera y se fue junto con su hermana hasta su casa.

Liv despertó el 24 de diciembre con villancicos a todo volumen y con la noticia de que sus abuelos, Claire y Arthur, habían llegado de Inglaterra. Liv se levantó de la cama y bajó a saludar a sus abuelos, siempre era bueno verlos, no porque recibiese dinero, como James esperaba, sino porque realmente disfrutaba pasar tiempo con ellos. En Inglaterra solía jugar con ellos a los naipes o a las damas chinas, mientras que sus hermanos se encerraban en su propio mundo. Desayunaron todos juntos mientras se ponían al tanto de sus vidas, luego se dispusieron a terminar de adornar la casa, solamente faltaba colocar el árbol.

—¿Puedo pasar? —la abuela Claire había tocado la puerta de la habitación de Liv, ésta se encontraba ensayando la pieza que presentaría. James había creado una versión corta en piano del *Vals de los Copos de Nieve* y la grabó para que su hermana practicara.

—Claro —dijo la chica poniéndole pausa a la grabadora.

—Siempre bailando —Liv se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo —la mujer sonrió y se sentó en la cama invitando a su nieta a hacer lo mismo.

—Quería darte algo —dijo la abuela sacando algo del bolsillo de su suéter, era un pasador para el cabello con una perla y unos diamantes incrustados—. Es mi amuleto de la suerte, quiero que lo tengas.

—Es muy bello, gracias, abuela —dijo tomándolo y lo observó encantada.

—Es para tu audición, espero que lo uses y te vaya bien —comentó apretándole la mano. Liv iría al Ballet de la Ciudad de Nueva York a hacer una prueba, pensaba que sería algo bueno mientras terminaba la escuela y hacía la audición para el *Royal Ballet*. Liv la abrazó con todas sus fuerzas, su abuela era una de las personas más importantes en su vida, siempre la había apoyado y la había guiado por un buen camino. A la mañana siguiente, Liv abrió los ojos y se sintió más emocionada que cualquier otro día. Se dedicó toda la mañana a practicar su pieza, mientras lo hacía, Elizabeth entró a la habitación de Liv para dejarle su vestuario. Olenka se la pasó todo el día preparando la casa para los invitados, quería que todo estuviera perfecto, como de costumbre. Robert había salido con su padre a hacer compras de último momento. Mientras tanto, Claire y Elizabeth se dedicaron a terminar la cena, James las ayudó un poco, aunque sólo era para poder comer algo cuando ni su abuela ni su hermana se daban cuenta.

—¿Y dónde está Olivia? —preguntó Claire.

—Está ensayando —contestó Elizabeth mientras se recogía su cabello negro azabache en una coleta—. Va a presentar una pieza de *El Cascanueces* para mamá, como regalo —susurró la chica, la mujer sonrió. Claire siempre había admirado a Liv por la determinación que había presentado desde que era una niña. Aunque no tenía un nieto favorito, a Liv la consentía un poco más que a los otros dos.

—Será una gran bailarina —dijo asintiendo con la cabeza y miró a Elizabeth—. ¿Y tú cómo vas con tus diseños? —su nieta mayor sonrió.

—Es probable que me acepten en la revista *Fashion* para diseñar la ropa que usan las modelos.

—¿De verdad? —Claire se sintió orgullosa de ella y la abrazó—. Eso es algo digno de celebrarse —dijo sonriéndole a su nieta. Mientras ellas hablaban sobre el futuro de Elizabeth, James aprovechó para robar un canapé, pero no se salvó del regaño de su abuela, ya que ésta sí alcanzó a verlo. A las seis de la tarde, los Dashwood llegaron a la casa de los Breen. James les abrió la puerta y los invitó a pasar.

—Bienvenidos —Olenka se aproximó a ellos con toda la gracia y elegancia que la caracterizaban, los abrazó con gran gusto, como si no los hubiera visto en mucho tiempo, aunque se habían visto unos días antes, ya que acostumbraban reunirse cada domingo, ya fuese en la casa de los Breen o en la de los Dashwood. Se acomodaron en la sala de estar, Elizabeth se había

encargado de dejar un espacio lo suficientemente grande para que Liv pudiera bailar.

—No preguntes —le dijo a su madre al ver la cara de horror que había puesto al observar aquel gran espacio vacío donde debería de haber estado el sofá más largo, el cual ahora estaba acomodado a un costado. Liv había perdido la noción del tiempo y comenzó a arreglarse justo cuando llegaron los invitados, sin embargo, no se tardó tanto y pudo estar lista en menos de media hora.

—Iré a buscar a Olivia, no es normal en ella que se retrase —dijo Olenka levantándose, pero no fue necesario que fuera a buscar a su hija porque ella ya estaba ahí, con el vestuario que le había hecho su hermana y el pasador de su abuela, lista para bailar—. ¿Qué significa esto? —Liv tomó a su madre de la mano y la llevó hasta la sala, le pidió que se sentara y no dijera nada. Rápidamente saludó a los Dashwood y se dispuso a presentar su obra. James se sentó en el piano y comenzó a tocar su versión del *Vals de los Copos de Nieve*, entonces Liv empezó a bailar.

—Mira, Robert —Olenka tomó la mano de su marido—, es como si flotara —dijo sin dejar de mirar a su hija. Tras un par de minutos, James tocó las notas finales y Liv terminó haciendo una reverencia a su público. Olenka se levantó y aplaudió con lágrimas en los ojos, después fue directo hacia su hija y la abrazó—. Sin duda te convertirás en una *prima ballerina*, la mejor que haya existido.

—No creo llegar a ser mejor que tú —respondió la castaña.

—Lo serás, estoy segura —Liv se sintió complacida ante las palabras de su madre. Subió rápidamente a cambiarse, se colocó un vestido de terciopelo verde, unas medias y unas zapatillas negras, se soltó el cabello y bajó para la cena. Liv se sentó junto a Sebastian, como era de esperarse, se la pasaron bromeando hasta que fue momento de intercambiar obsequios.

—Toma, Liv —el chico le tendió una pequeña cajita, ella sonrió emocionada y la abrió, dentro había un collar de plata con un dije de una bailarina de ballet.

—Es hermoso —dijo ella sin dejar de sonreír, lo sacó de la caja y se lo dio a Sebastian para que le ayudara a colocárselo—. Jamás me lo quitaré, gracias —dijo abrazando a su mejor amigo, luego le dio su regalo que también fue bien recibido. Aquella noche, luego de que los Dashwood se retiraran, Liv se quedó observando el collar que Sebastian le había obsequiado, fue entonces

que se dio cuenta de que sí sentía algo por él, no solamente lo quería como un amigo, había algo más, Elizabeth tenía razón, sí le gustaba, pero no había querido admitirlo.

—¿Señorita Breen, está prestando atención? —Liv se había perdido en sus pensamientos recordando aquella Navidad, pero la voz del profesor Jones la había regresado al presente.

—Lo lamento —dijo la chica encogiéndose de hombros.

—Por favor, preste atención, no quisiera enviarla a detención —el profesor de cálculo integral le había puesto una advertencia.

Al día siguiente, Liv salió de su casa mucho antes de lo que solía, no quería ver a Sebastian, sabía que en cuanto lo viera le iba a lanzar aquella mirada con la cual el chico se daba cuenta de que su amiga estaba molesta. No quería dar explicaciones. Entró al colegio y se dirigió a su salón, se sentó en el lugar de siempre y esperó a que la clase comenzara. Ignoró las llamadas de Sebastian y cuando éste entró al salón ni siquiera se atrevió a dirigirle la mirada, se escondió detrás de su libro y fingió que leía, aunque en realidad no pudo concentrarse para nada. Él se sentó frente a ella, como siempre, pero con el torso pegado al respaldo de la silla y sus brazos cruzados sobre el pupitre de Liv.

—¿Por qué estás enojada? —ella fingió estar muy interesada en lo que decía el libro y tomó un bolígrafo para hacer anotaciones en su libreta.

—No lo estoy —dijo la castaña, él puso los ojos en blanco y le preguntó sobre el hecho de que no lo acompañara en el camino al colegio—. Se me hizo temprano y no quise apresurarte.

—¿Y por qué no contestaste el celular?

—No lo escuché —se encogió de hombros pero siguió sin dirigirle la mirada. Sebastian resopló y puso los ojos en blanco.

—De acuerdo, Olivia —dijo girándose, si ella no pensaba decirle qué sucedía, él tampoco iba a insistir. El resto de la semana fue exactamente igual, aunque Liv no sabía muy bien por qué estaba actuando de esa manera, o tal vez no quería admitirlo. No podía estar cerca de Sebastian, porque su molestia regresaba con el simple hecho de verlo.

—Estás celosa —le dijo Keira mientras recorrían los stands donde estaban los perritos en adopción.

—¿Celosa yo? —Liv bufó mientras tomaba a un cachorrito color café.

—Sí, tú —le dijo su amiga—. Insisto en que deberías decirle lo que sientes, porque si sigues así vas a perder su amistad y no va a ser precisamente debido a que le confieses tus sentimientos.

—Ya lo sé —dijo rendida y dejó al perrito en el corral junto con los demás—. Pero él ya está con Jane —Liv se encogió de hombros.

—¿Son novios?

—Supongo, no he hablado con él, la verdad.

—Bash te diría si fuera así, no te angusties y arregla las cosas con él.

—Lo intentaré —dijo la castaña soltando un suspiro. Al final del día, Keira adoptó a una perrita muy peluda color miel, Liv no pudo llevarse a ninguno, por más que quería, ya que sus padres se lo prohibieron.

—Ojalá pudiera llevármelos a todos —dijo Keira mientras caminaban hacia casa de Liv.

—¡Breen! —la castaña escuchó una voz chillona, dirigió su vista hacia donde estaba la persona que la llamaba, era Jane, iba de la mano con Sebastian y llevaba puesta la sudadera verde que le había regalado en Navidad. Aquello definitivamente había sido como un fuerte golpe en el estómago. La pelirroja se acercó corriendo hasta ella y la tomó de las manos—. ¿Ya pensaste lo que te dije el otro día?

—No voy a unirme al equipo de animadoras —dijo Liv en un tono bastante hostil y apartando bruscamente sus manos—. Ni aunque sea el último año y necesiten desesperadamente a alguien.

—Pero Sebastian está en el equipo de fútbol y ahora es el capitán, seguro querrás apoyarlo —dijo la chica.

—No realmente —musitó la otra tratando de no parecer exasperada.

—Además, él se sentiría mejor si las dos estamos ahí para animarlo, ¿no crees? —Liv alzó ambas cejas.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —la pelirroja le sonrió ampliamente.

—Pues tú eres su mejor amiga y yo su novia —aquella última palabra la pronunció con toda la intención de hacerle saber a Liv que ahora ella estaba en la vida de Sebastian como su novia. La castaña la observó divertida y luego volteó a ver a su mejor amigo buscando una respuesta pero él desvió la mirada.

—Es una pena, Jane, no me interesa estar en el equipo, porque la verdad es que tengo metas mucho más grandes e importantes que ser una simple animadora con la cabeza hueca —Liv fingió una sonrisa y caminó hacia la

entrada de su casa, Keira la siguió, ambas entraron en la casa y fueron directo a la habitación de la chica. La morena dejó a la perrita en la cama de Liv.

—¿Estás bien? —le preguntó Keira una vez que cerró la puerta. Liv estaba sentada en su cama colocándole un listón violeta a la perrita de su amiga.

—¿Por qué no lo estaría? —la chica levantó la vista y forzó una sonrisa. Alzó su mano derecha para tomar el dije de bailarina que Sebastian le había regalado como si eso fuese a evitar que el corazón se le hiciera añicos—. ¿Ya pensaste en un nombre? —preguntó cambiando el tema, Keira no iba a insistir, Liv hablaría cuando se sintiera lista.

—Le pondré Kali.

Desde el día en que Jane le plantó en cara a Liv que era la novia de Sebastian, la castaña decidió alejarse de él, nada grato podría resultar si cada vez que los viera se iba a sentir miserable. Sin embargo, Sebastian no estaba dispuesto a perder a su mejor amiga, aunque en un principio se negaba a insistirle, lo hizo, hasta que ella cedió y le dirigió la palabra.

—Por favor, tienes que escucharme —pidió el ojiverde casi corriendo atrás de ella. Liv resopló exasperada, lo volteó a ver tratando de lucir lo más relajada posible.

—Sebastian, no tienes nada que explicarme —dijo la chica con la sonrisa más falsa que jamás había hecho—. El que yo esté molesta es asunto mío, no tienes que preocuparte.

—Pero es que sí lo hago, porque me afecta a mí también ya que no me hablas y no entiendo la razón —el chico frunció el ceño y se cruzó de brazos. Liv lo observó con algo de sorpresa, ya que pensaba que sería muy obvio, pero al parecer Sebastian no había notado que ella estaba enamorada de él y que estaba celosa de Jane. Los hombres realmente no se daban cuenta de nada.

—¿Y desde cuándo te importa eso? Creí que tu lema de vida era: si no les gusta como soy, que se vayan.

—Olivia... no lo hagas más difícil —la castaña suspiró, negó con la cabeza y se fue a sentar a una de las bancas del parque que estaba cerca de su casa, donde siempre se sentaban a conversar desde temas triviales hasta temas de suma importancia. Sebastian la siguió y se colocó junto a ella, pero ambos permanecieron en silencio por un rato.

—¿Desde cuándo te gusta Jane? —preguntó finalmente—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—Es algo reciente, pasó en el campamento —confesó él—. Al que no fuiste —agregó rápidamente.

—¿Estás culpándome o algo así? —la castaña alzó ambas cejas y lo miró con incredulidad—. Es que es imposible —dijo negando con la cabeza—, nunca pensé que te gustaran ese tipo de chicas.

—¿A qué te refieres? —Liv tuvo que pensar muy bien lo que diría, quería decirle que Jane era una chica fácil, pero tuvo que reprimir sus palabras porque sabía que aquello le molestaría a Sebastian y si bien no le agradaba la situación, tampoco quería hacerlo enfadar.

—Huecas —dijo después de repasar en su mente un sinfín de adjetivos.

—Ella no es así —dijo él—. Si te dieras el tiempo de conocerla... —Liv comenzó a reír.

—La conocemos desde primer grado, Sebastian, y siempre ha sido una idiota —soltó ella sin pensar en lo que estaba diciendo—. Tú también lo pensabas, no lo niegues —dijo antes de que el ojiverde pudiera decirle algo.

—Claro, pero eso era antes —Liv bufó y negó con la cabeza.

—Pudiste decírmelo.

—No había tenido tiempo —comentó Sebastian—. Además, pensé que sería algo que se quedaría en el verano y ya, pero en la fiesta de Hannah...

—Mmm, ya veo —dijo ella para cortarlo, no quería saber nada más al respecto—. Bueno, pues está bien.

—¿Qué cosa?

—Pues que salgas con ella, si de verdad te gusta y la... quieres —le dijo alzando los hombros.

—¿Eso crees? —Liv soltó un suspiro.

—No, no en realidad —Sebastian ladeó la cabeza.

—¿Qué crees entonces? —la chica se quedó pensativa y luego lo miró fijamente a los ojos.

—Creo que... eres un bacalao —Sebastian sonrió relajado.

—¿Eso significa que ya no me odias por no haberte dicho y que ya somos mejores amigos de nuevo?

—Tal vez —la castaña se encogió de hombros. Sebastian la abrazó y le dio un beso en la cabeza. Liv sabía que tenía que acostumbrarse al hecho de que su mejor amigo tuviese novia y que tendría que guardarse sus sentimientos. Al fin y al cabo, él le había aguantado demasiadas cosas a ella, así que haría un esfuerzo por no sentirse mal y apoyarlo en la decisión que había tomado de

salir con la chica más estúpida de Cassworth. Definitivamente debía de dejar de pensar en eso, más que nada porque no tenía tiempo para aquellas cuestiones del corazón, ya que en ese momento lo que más importaba era concentrarse y dar todo de sí misma para poder entrar al *Royal Ballet*.

—¿Cómo vas con el ballet? —le preguntó su amigo un jueves por la tarde mientras estudiaban cálculo en casa de Sebastian.

—Envié mi solicitud el viernes pasado —comentó la chica sin despegar la vista del cuaderno—. Dentro de unos días me dirán cuándo tengo que ir a Bath para hacer la audición.

—¿No sería mejor que buscaras una escuela de ballet aquí en Estados Unidos? —preguntó el chico dejando el lápiz de lado y le sonrió con malicia a su amiga. Liv ni siquiera se inmutó de aquel gesto y siguió concentrada en el ejercicio. Sebastián prosiguió—, escuché que la de aquí de Nueva York es bastante buena —aquello lo había hecho con toda la intención de molestar a su amiga y así fue. Ella alzó la cabeza y lo observó horrorizada.

—¿Estás loco? —Sebastian rió por lo bajo sin mirarla—. ¡Jamás iría ahí!

—Yo creo que te mueres por ir —él la miró con una sonrisita burlona y Liv le arrojó el lápiz que tenía en la mano, esto solamente provocó que Sebastian soltara una carcajada.

—De todas formas, aunque quisiera ir, mi madre no me dejaría.

—¿Por qué no? Creí que amaba a Jo... ¡Auch! —la castaña le había soltado un manotazo en la parte superior del brazo.

—¿Quieres callarte?

—Ya, ya, perdón —dijo el chico alzando las manos, pero no pudo ocultar su sonrisa.

—Claro que consideré asistir a otra escuela aquí en Estados Unidos, ¿recuerdas? —Liv alzó ambas cejas.

—Lo sé, por eso no fuiste al campamento —la chica forzó una sonrisa, de haber ido, Sebastian probablemente no sería novio de Jane—. Es sólo que pensé que tal vez podrías reconsiderarlo —dijo el chico encogiéndose de hombros.

—Ya lo he hecho —dijo la castaña—. Y la verdad es que no quisiera estar tan lejos de casa, pero mi sueño es ir al *Royal Ballet* y no voy a dejar que nada me detenga.

—Entiendo, pero aún así, no me gustaría que te fueras —dijo él encogiéndose de hombros.

—Ni siquiera vas a notar que no estoy —Liv forzó una sonrisa—, Jane se encargará de eso.

—¡Oh, vamos! —se quejó Sebastian, ella lo miró expectante—. Ya han pasado casi dos meses.

—Dos meses de hipocresía —musitó la Liv regresando a sus ejercicios de cálculo. Si la materia se le hacía difícil, lo era más teniendo aquellos pensamientos en la cabeza.

—Olivia, por favor —ella suspiró y lo volteó a ver.

—Sabes que no me agrada y yo tampoco le agrado, sólo está esperando el momento en que me vaya de aquí para por fin tomar el control sobre tu vida —mover sus manos de una manera extraña, su amigo puso los ojos en blanco.

—No creo que pueda controlarla por mucho tiempo —dijo Sebastian empleando un tono demasiado serio para él.

—¿Por qué lo dices? —el chico suspiró y sacó un sobre blanco de su mochila—. ¿Qué es eso?

—Mi futuro —dijo él tendiéndole la carta, Liv la tomó y comenzó a leerla.

—¿Harvard? ¿Es en serio? —ella frunció el ceño, se veía realmente molesta—. Creí que ya lo habías hablado con tu padre.

—Yo también, pero ya está todo arreglado.

—No, no, no, Sebastian —dijo ella negando con la cabeza, estaba completamente indignada.

—Seré doctor, ¡ja! —el chico soltó una risa amarga.

—Eso no es justo, tú... tú querías algo relacionado con el cine.

—¿Y qué puedo hacer? —dijo él desanimado—. Si contradigo a papá me echará de la casa y no quiero que eso pase, me gusta mi cama y no pagar por mi comida —trató de bromear, pero ambos sabían que aquello le fastidiaba demasiado.

—Pero no es tu sueño.

—Liv, ¿qué más da si no lo es?

—Pues deberías de aferrarte a tu sueño y seguirlo, no puedes conformarte y mucho menos rendirte.

—No me estoy rindiendo, sólo digo que haré lo que papá me diga hasta que pueda pagar otra Universidad, una donde pueda estudiar lo que me gusta.

—¿Y cuántos años vas a desperdiciar en una que no quieres?

—Sí la quiero, ¿de acuerdo? —dijo él—. Así que ya déjalo —Liv resopló y lo miró con enojo.

—No entiendo por qué sacas este tipo de temas si no vas a aceptar lo que te diga.

—Sólo quería contárselo a alguien —respondió el otro encogiéndose de hombros. Liv pensó en decirle que para la próxima fuera a contárselo a Jane, si quería una respuesta desinteresada, pero se contuvo porque no quería pelear con él. Respiró hondo y siguió resolviendo los problemas. —¿Qué harás mañana? Ya sabes es *Halloween* —dijo el chico luego de haber pasado bastante tiempo en silencio.

—Dormir, probablemente —dijo ella recargando su barbilla en su mano.

—¿Quieres acompañarme a pedir dulces? —Liv lo miró divertida.

—Sebastian, tenemos diecisiete años, ¿no crees que ya estamos muy grandes para eso?

—Qué aburrida eres.

—¿Disculpa? —Liv abrió la boca indignada y Sebastian la miró burlón.

—Mis tíos llegan mañana y traerán a Gracie, mi madre me pidió que la llevara a pedir dulces.

—¿Y tengo que disfrazarme?

—Obviamente.

—Solamente la vamos a acompañar.

—Sí, pero luego iremos a la fiesta de *Halloween* de Chad.

—Oh no, no, me niego —dijo la castaña—. Sabes que ese tipo de cosas no son lo mío.

—Liv, tienes que vivir un poco, es solamente una noche.

—¿Y tu novia qué va a decir?

—Ella no irá, saldrá de la ciudad

—¿Jane Ames se va a perder la última fiesta de *Halloween*? ¿En verdad?

—No estaba muy feliz, pero el hecho de que ella no vaya no significa que yo no pueda ir

—De acuerdo, pero no tengo ningún disfraz —dijo la chica alzando los hombros.

—Con tu cara basta —comentó Sebastian, su mejor amiga le arrojó nuevamente el lápiz que tenía en la mano. Cuando Liv salió de casa de Sebastian ya había oscurecido, aunque no era muy tarde. En cuanto entró por la puerta de su casa, su madre la tomó del brazo y la llevó hasta el salón de baile.

—Dos horas perdidas —le dijo mientras entraban a la habitación.

—Estaba estudiando, mañana tengo examen.

—No es tan importante como esto, Olivia —le dijo su madre—, tus exámenes pueden esperar —la castaña la miró sorprendida, cualquier otra persona hubiese deseado que su madre le dijera esas cosas.

—Bueno, ya estoy aquí —dijo la chica colocándose las zapatillas.

—Sí, sí, comienza con el calentamiento y luego con lo que vas a presentar en la audición —Liv asintió y empezó a estirar las piernas. Había momentos en los que se cuestionaba si en verdad estaba dispuesta a aguantar tanta presión para poder ser bailarina, tal vez podría ir a la Universidad como todos los demás y estudiar Historia, como Keira quería, o Literatura Inglesa. Sin embargo, aquellos pensamientos se desvanecían en cuanto empezaba la música, en ese instante se decía a sí misma que bailar era lo que quería hacer por el resto de su vida. Al terminar la clase, Liv le pidió a su madre permiso para ir a la fiesta, lo cual fue bastante fácil—. Pero te irás en cuanto termine la clase.

—Sí, está bien —dijo la chica. Subió a su habitación, ahora tenía que pensar en el disfraz que usaría, no podía llegar a la fiesta con cualquier cosa.

Al día siguiente, Liv salió corriendo de la escuela y fue hacia una tienda de disfraces, pero ya casi no tenía ninguno que valiera la pena. Regresó derrotada a su casa pensando que tal vez tendría que ponerse un vestido negro y usar uno de los sombreros de bruja que tenían arrumbados en el ático.

—¿Qué sucede? —preguntó su madre al ver a su hija bajar con una caja de cartón llena de viejos disfraces.

—Busco un sombrero de bruja.

—¿Vas a disfrazarte de eso? —Liv asintió y le contó a su madre su situación—. Espera aquí —dijo la rubia y fue hacia su habitación. De su armario sacó una gran caja blanca y la llevó al cuarto de su hija.

—¿Qué es esto?

—Puedes usarlo si quieres, aunque tengo la idea de que los vestuarios no son disfraces, pero tal vez pueda hacer una excepción —dijo quitando la tapa de la caja.

—¿Esto es...?

—Sí, mi vestuario del Cisne Negro —comentó Olenka—. Es de los pocos que conservo del *Royal Ballet*.

—¿Y en verdad puedo usarlo? —su madre asintió—. ¡Gracias!

—Te ayudaré a arreglarte —dijo la rubia y antes de que su hija pudiera decir algo acerca de la clase—. Por un día no pasa nada —dijo no muy convencida, pero tampoco quería que su hija terminara odiándola por ser demasiado estricta. Liv sonrió de oreja a oreja y comenzó a prepararse. Olenka la maquilló y la peinó, era la primera vez que Liv utilizaba tanto cosmético. Una vez lista, salió hacia casa de Sebastian, él estaba disfrazado de Clark Kent, con la camisa abierta dejando ver una playera de *Superman*.

—Debí haberlo imaginado —dijo él al ver a su amiga, ella puso los ojos en blanco y señaló su disfraz.

—No, yo debí de haberlo imaginado.

—Es el mejor disfraz, tienes que admitirlo —dijo el chico extendiendo los brazos.

—Si tú lo dices.

—¡Guau! —ambos se giraron para ver a la prima de Sebastian, estaba vestida de princesa—. ¡Qué bonita! —dijo mirando a Liv, ésta rió y le regresó el cumplido.

—Vamos por tus dulces —dijo la castaña tendiéndole la mano, la niña la tomó y también la de Sebastian. Los tres recorrieron el vecindario hasta que dieron las nueve y tuvieron que llevar a Gracie a casa. Luego se dirigieron hacia casa de Chad, no vivía muy lejos así que se fueron caminando. A una cuadra pudieron escuchar la música, cuando llegaron vieron gente afuera de la casa charlando con un vaso en la mano. Al entrar, se toparon con un mar de personas—. No creí que viniera toda la escuela.

—Chad es muy popular —dijo Sebastian mientras saludaba a los miembros del equipo.

—Igual que tú —comentó la chica—, capitán.

—¿Qué te digo? —dijo él alzando sus brazos.

—¿Olivia Breen en mi fiesta? —la castaña se giró y vio la tonta cara de Chad sonriéndole. Era el típico chico popular de preparatoria, rubio y con ojos azules, pero sin un gramo de cerebro—. ¡Esto es algo memorable!

—No te emociones tanto, Chad —dijo la chica—. Estoy aquí por Sebastian.

—Sí, claro, los mejores amigos, ¿no es así?

—Por siempre —dijo el ojiverde abrazando a su amiga, ella forzó una sonrisa.

—Los dejo, disfruten la fiesta —dijo palmeando al chico.

—Recuérdame por qué comenzaste a hablarle —dijo Liv mirando hacia donde se había ido Chad.

—Es un buen tipo —dijo Sebastian—. Te agradecería si le dieras la oportunidad.

—Tal vez, pero no quiero averiguarlo.

—Eres imposible, Breen —dijo su amigo en tono burlón. No fue una fiesta particularmente mala, pero sirvió para que Liv reafirmara su desdén por ellas. Si bien todo el mundo quedó maravillado con su disfraz y en más de una ocasión la sacaron a bailar, ella no se sentía muy cómoda.

—Creo que me voy a ir —le dijo a Sebastian, éste la miró preocupado.

—¿Pasó algo? —ella negó con la cabeza.

—Ya sabes que soy una amargada —su amigo rió.

—No lo eres —dijo el chico—. Aguanta media hora más y me voy contigo, ¿te parece?

—Puedo irme sola, no te preocupes, tú te la estás pasando bien.

—¿De verdad crees que voy a dejarte ir sola a estas horas de la noche?

—No me pasará nada, sigue divirtiéndote —dijo Liv dándose la vuelta y salió de la casa. A veces pensaba que debería al menos fingir que se la pasaba bien, pero no podía evitarlo, si no se sentía a gusto en una situación, simplemente se iba. Sebastian salió corriendo tras ella, disminuyó su velocidad en cuanto la alcanzó y comenzó a caminar a su lado—. Te dije que estaría bien.

—¿Qué clase de amigo sería si no te acompaño?

—Lo siento —dijo la castaña encogiéndose de hombros y se abrazó porque el frío le estaba calando los huesos.

—Ponte esto —le dijo tendiéndole su camisa, ella la aceptó y se la colocó. Fue entonces cuando Liv pensó en que si fuera novia de Sebastian, tal vez sería así, pero antes de que pudiera comenzar a fantasear, la realidad la golpeó en la cara. No era la novia de Sebastian, Jane lo era y por más que lo intentaba, no podía vivir con eso. Estuvo a punto de decirle lo que sentía por él, creía que tal vez aquello cambiaría algo, pero lo pensó mejor y decidió guardarse sus sentimientos.

Una vez enviada su solicitud para entrar a la escuela del *Royal Ballet* los nervios de Liv aumentaron, ya que pronto le dirían cuándo tenía que presentarse en Bath para hacer la audición, luego de eso le dirían si había

logrado entrar a la escuela. Pero también estaba inquieta por el examen de cálculo, ya había reprobado el primer parcial y en el segundo no le había ido tan bien, si fallaba en el tercero reprobaría la materia y definitivamente no quería que eso pasara. Sebastian seguía ayudándola pero a Liv se le hacía imposible memorizar las fórmulas y completar los ejercicios que seguramente vendrían en el examen. A mediados de diciembre, un día antes del examen, se encontraba en casa de su mejor amigo dando un último repaso. Terminaron de estudiar y decidieron comer un bocadillo antes de que Liv regresara a su casa para seguir practicando.

—¿Entonces esta Navidad la pasarás con tus abuelos? —preguntó Sebastian, su amiga asintió—. Ya veo —dijo el chico algo desanimado, ya que siempre pasaba esas fechas con Liv.

—Lamento no pasar la Navidad este año contigo, Bash, pero la abuela ha estado un poco enferma y no puede viajar.

—Está bien, ya me las arreglaré —el chico forzó una sonrisa.

—Aunque puedes venir, si quieres, no creo que a mis padres les moleste.

—No te preocupes, Liv, pero gracias —Sebastian le tomó la mano, la chica deseaba que no lo hubiese hecho, porque sólo eso bastaba para que su estómago se revolviera.

—Ya debo irme, tengo que seguir ensayando —ella se encogió de hombros y comenzó a recoger sus cosas. Al día siguiente, por la mañana, Liv se levantó con toda la actitud de ir al colegio y presentar su examen. Se dio un baño rápido, se vistió con un par de *jeans* y un suéter de cuello en “V” morado, desayunó, tomó su mochila y salió de su casa para encontrarse con Sebastian.

—¿Estás lista? —le preguntó en cuanto la vio, la chica asintió.

—¿Y tú? —inquirió señalando el casco de fútbol americano que llevaba en la mano, ese día, por la tarde, Sebastian tenía partido.

—Por supuesto —dijo entusiasmado—. ¡Vamos a hacer trizas a Lakewood!

—Seguro que sí —dijo Liv, ella no entendía nada de deportes, pero asistía a los partidos para ver a su mejor amigo. Aunque en los últimos cuatro partidos, los cuales ganaron, había tenido que soportar a Jane besando a Sebastian por la victoria. Eran la típica pareja norteamericana de la porrista y el capitán del equipo, a Liv solamente le daban ganas de vomitar de sólo pensar en ellos.

—Hubieras aceptado la propuesta de Jane de unirme a las animadoras —la castaña bufó.

—Primero muerta antes que pertenecer a esa hermandad de arpías huecas —dijo haciendo un gesto de repulsión.

—Pero te verías muy linda en el uniforme —Liv entornó los ojos hacia él y lo miró con incredulidad, ¿acababa de decirle que se vería linda?

—¿Podrías dejar de decir tonterías, Dashwood? —dijo tratando de ignorar su comentario, que al final de cuentas era más sarcástico que nada. El chico comenzó a carcajearse.

—Sólo imagínate en ese uniforme —dijo sin dejar de reírse, la castaña resopló y negó con la cabeza. El examen estuvo más fácil de lo que había esperado, gracias a la ayuda de Sebastian, Liv había logrado responder todos los ejercicios, normalmente dejaba algunos problemas sin resolver, pero esa vez no fue así. Por la tarde, se reunió con Keira y ambas fueron a ver el partido, el cual estuvo muy reñido, sin embargo, los Osos de Cassworth obtuvieron la victoria. Como también era el último día de clases antes de las vacaciones de invierno, Sebastian dio una fiesta en su casa, así que todos los alumnos de último grado, al igual que algunos menores, se fueron a la casa del capitán del equipo a celebrar la victoria.

—¿No vas a ir? —le preguntó Keira a Liv, ésta negó con la cabeza.

—Debo ensayar —la chica se encogió de hombros—. ¿Y tú?

—Tal vez vaya un rato —dijo la morena—. Aunque no me agradan tanto las fiestas, pero es el último año, supongo que no me hará daño ir.

—Si mi madre me libera, igual y te acompaño.

—Espero que sí, pero yo te aviso si sigo ahí —Liv asintió, después se despidió de Keira y se fue a su casa a ensayar. La fiesta no tardó en empezar y ya se escuchaba la música a todo volumen.

—No entiendo cómo es que Monica y Louis le permite hacer esas cosas a Sebastian —dijo Olenka mirando por la ventana.

—Creo que no están en casa —dijo Liv sentándose en el sofá luego de haber ensayado por dos horas.

—¿No piensas ir? —la castaña miró a su madre con sorpresa.

—Realmente no me llama la atención estar rodeada de tanta gente borracha —dijo pensando en la fiesta de *Halloween*.

—Menos mal que a ti no te gusta —dijo Olenka recordando todas las escenas que había tenido que pasar con James.

—Además, no tengo tiempo para eso, debo continuar con mi preparación para la audición —dijo su hija encogiéndose de hombros—. Así que seguiré

practicando —Liv se levantó y regresó al salón de danza, repitió una y otra vez la coreografía hasta que tuvo suficiente. Era la única manera en que podía olvidarse de Sebastian, aunque fuese por un momento.

—¿No crees que se esfuerza demasiado? —le dijo Robert a su esposa mientras veían a su hija practicar.

—Así debe ser si quiere ser una *prima ballerina*.

—Pero se pierde su vida, su juventud, por esto.

—Es su sueño, Robert —dijo Olenka—. Ella quiere esto, como Elizabeth al diseño de modas y James a Juilliard.

—Claro, sin embargo, ni Elizabeth ni James dejaron de vivir lo que les correspondía...

—Ya fue a una fiesta el otro día, además yo tampoco iba a ese tipo de cosas.

—Ni siquiera podías salir de tu país, Olenka, seamos realistas —le dijo Robert—. No ibas a fiestas porque tu hermano no te dejaba ni respirar sola —la rubia se estremeció al recordar a Vladimir.

—Bueno, pero... pero tampoco quería hacerlo, mi vida era el ballet y para Olivia también lo es.

—Ella sólo quería bailar, no convertirse en una de las mejores bailarinas del mundo.

—Pero es que sí quiero serlo —dijo Liv que había terminado de practicar y estaba escuchando la conversación—. Mi sueño es ser una *prima ballerina* y bailar en el Royal Opera House hasta que ya no pueda hacerlo más —su padre suspiró.

—Yo solamente digo que te estás exigiendo demasiado— comenzó a decir Robert—. Que no tiene nada de malo que vayas de vez en cuando a una fiesta y dejes por un par de horas el ballet, que disfrutes lo que te queda de la preparatoria.

—Papá, para mí dejar de bailar es como dejar de respirar, simplemente no puedo hacerlo y tampoco quiero.

Al final del día, Liv no fue a la fiesta de Sebastian, Keira le mandó un mensaje diciéndole que había decidido no ir, por lo cual la castaña no se sintió mal de haberla dejado sola. El lunes por la mañana, llegó una carta de la escuela del *Royal Ballet*, tenía que presentarse en Bath el once de enero para hacer la audición preliminar.

—¿No podías haber enviado un video? —preguntó Sebastian mientras le ayudaba a hacer su maleta.

—Sí, fue lo que le dije a mamá antes de enviar la solicitud —comentó la chica—, pero piensa que es preferible que me presente para que puedan “apreciarme mejor” —dijo haciendo comillas con los dedos.

—Bueno, tiene un punto.

—Pero voy a perder algunos días de clases —dijo ella—, espero no atrasarme demasiado —dijo haciendo una mueca y suspiró.

—Sabes que yo te voy a pasar todo, así que no te preocupes.

—Gracias, Bash —dijo Liv esbozando una sonrisa. Él le enseñó el puño y ella inmediatamente chocó el suyo con el de él.

—¿Y cuándo te dan resultados?

—Aún no lo sé —la castaña se encogió de hombros—. Supongo que después de la audición final que es en marzo, eso si me mandan la invitación.

—¿También vas a tener que ir a Inglaterra? —ella asintió.

—Pero esa audición será en Londres —explicó la chica—, ahí presentaré lo que he estado ensayando.

—Falta mucho, ¿no crees que deberías relajarte? —Liv soltó un suspiro y puso los ojos en blanco, había tenido que soportar a su padre diciéndole que no se esforzara tanto. Keira también le había dicho una vez que debería de descansar y divertirse haciendo otra cosa, y ahora Sebastian le decía que se relajara.

—No puedo darme ese lujo, quiero que salga perfecto.

—Olivia, así será —le dijo Sebastian—. Te van a aceptar de inmediato, tu madre fue una gran bailarina...

—Sí, Olenka Ivanova —dijo Liv soltando un bufido.

—¿Por qué lo dices de esa manera? —preguntó su amigo.

—Yo debí de haber iniciado en la escuela del *Royal Ballet* desde que tenía once o doce años —empezó a decir la chica—. A esta edad es muy raro que se tomen la molestia de aceptarte a menos que tengas una buena trayectoria.

—¿De verdad? —ella asintió.

—Yo no he estado en academias reconocidas y casi todo lo que sé es por mi madre.

—¿Y cómo es que aceptaron hacerte la audición?

—Sólo dije que era hija de Olenka Ivanova —Liv se encogió de hombros y miró hacia el suelo—, pero no quiero que me acepten nada más por eso.

—No lo harían si no fueras buena, ni siquiera porque tu madre haya sido una de las mejores bailarinas de su época.

—Lo sé —dijo mirando a su amigo—. Y es que tampoco quiero que me comparen con ella.

—Al principio van a hacerlo, pero tú vas a demostrarles que tienes tu propio talento —la castaña recordó el verano antes de entrar a décimo grado, había ido a Manhattan con su madre a hacer una audición en el Ballet de la Ciudad de Nueva York. Pensaba entrar ahí, pero después de escuchar a una de las profesoras decirle que no era tan buena como su madre a su edad, la chica se molestó y salió de ahí sin siquiera hacer la segunda prueba. Desde entonces, temía decir que su madre era Olenka Ivanova porque de inmediato asumían que sería igual que ella y no era así.

—Eso espero —dijo la chica cerrando su maleta. No hace falta decir que Liv se puso mucho más nerviosa y no hubo un solo día en el que pudiera dormir tranquila, ni que dejara de ensayar, salvo tal vez en Navidad y Año Nuevo. Olenka y Liv se quedaron en Exeter con los abuelos hasta el diez de enero, que fue el día en que se movieron hacia Bath. Aquella noche apenas y pudo dormir, recibió un mensaje de Sebastian a las tres de la mañana: <<Liv, mucha suerte en tu audición, lo harás genial, como siempre. Te quiero ;)>> Ese mensaje la animó y la dejó con una enorme sonrisa en el rostro.

—¿Olivia Breen? —al escuchar su nombre, el corazón de Liv comenzó a latir rápidamente. Respiró hondo, se levantó de su asiento, acomodó el pasador de su abuela en su cabello y entró a un salón junto con otras chicas. Les dieron un par de instrucciones y así comenzó la audición.

—¿Cómo te fue? —su madre se aproximó hacia ella en cuanto la vio salir, la tomó de los hombros y la miró directamente a los ojos como si tratara de ver dentro de su cabeza.

—Creo que bien —respondió ella tranquilamente—. Yo me sentí así.

—Perfecto —dijo Olenka complacida—. Ahora tenemos que esperar a que programen tu audición final, pero es un hecho que te vas a quedar, te lo aseguro —Liv asintió, acomodó su bolso en su hombro y salió junto con su madre. No perdieron el tiempo y rápidamente regresaron a Brooklyn, para cuando llegaron ya eran casi las tres de la mañana. En cuanto entraron a la casa, Liv corrió a su habitación y lo primero que hizo fue abrir su ventana, la cual daba directamente a la del cuarto de Sebastian. Tomó unas piedritas que tenía en su escritorio y las lanzó hacia el cristal de la otra casa, pensó que tal

vez seguiría despierto, pero no obtuvo respuesta. Probablemente estaba bien perdido en sus sueños, pensó la chica recargándose en el marco de la ventana. Decidió lanzar otra y esta vez vio cómo la luz se encendía, la cortina se corrió y apareció su amigo un poco adormilado y sin playera. Demonios, se dijo a sí misma al verlo así. El chico esbozó una leve sonrisa y abrió la ventana.

—Miren quién volvió —dijo él bostezando—. Creí que regresarías hasta la próxima semana.

—Era el plan, pero le insistí a mi madre para que regresáramos de inmediato.

—¿Y cómo te fue?

—Bastante bien.

—Ya lo sabía.

—Lamento haberte despertado —le dijo encogiéndose de hombros, él negó con la cabeza.

—No te preocupes, te habría reclamado si no lo hubieses hecho.

—Por supuesto que lo habrías hecho, si eres el más dramático de todo el mundo —Sebastian se rió.

—¿Mañana irás a la escuela? —Liv asintió—. Bien, porque ya me estaba aburriendo de tener que caminar solo en mi soledad —la chica rió.

—Sí, claro —dijo ella poniendo los ojos en blanco, Sebastian volvió a bostezar.

—Volveré a la cama —dijo cubriéndose la boca—. Nos vemos mañana.

—Seguro —dijo la otra sonriéndole. Ambos cerraron sus ventanas y cortinas para irse a dormir.

Robert y Olenka se fueron dos semanas a Italia por su aniversario de bodas, dejaron a Liv sola por un par de días, ya que Elizabeth llegaría después para “cuidarla”. La chica insistió en que no era necesario molestar a su hermana, que ella podía encargarse de todo sin ayuda de nadie, además tenía a los Dashwood a un lado, podía acudir a ellos si necesitaba algo. Sin embargo, Robert no confiaba demasiado en las capacidades de su hija como para poder mantenerse sola sin que la casa explotara.

—No es como si comiera cosas muy elaboradas —le dijo a Keira mientras caminaban hacia el salón de Historia—. Además, sí sé cocinar, que no lo haga es muy diferente.

—¿Y cuándo llega tu hermana?

—El domingo —dijo Liv. Apenas era jueves así que tendría esa tarde y dos días más para disfrutar de su soledad y seguir practicando para la audición final, a la cual había sido invitada, obviamente. Con ello su esperanza de ingresar al *Royal Ballet* creció. Cuando le llegó la carta, su madre se volvió loca al igual que ella, su padre no se sorprendió demasiado, ya que era de esperarse.

—¡Olivia! —la castaña se paró en seco y rogó porque aquella voz no fuera de quien estaba pensando.

—No puede ser —dijo cerrando los ojos—. ¡Vámonos! —tomó a Keira del brazo y comenzó a caminar muy rápido para alejarse de quien la estaba llamando, Chad Somner, el amigo bobo de Sebastian. A Liv no le agradaba para nada. Un par de semanas antes, él había terminado con su novia, la mejor amiga de Jane, por supuesto, desde entonces se la pasaba persiguiendo a Liv todo el tiempo y trataba de tener una cita con ella, incluso Sebastian la había intentado persuadir unos días antes.

—Deberías de darle una oportunidad —le dijo una tarde mientras caminaban de regreso a casa.

—Acaba de terminar con su novia, Sebastian —le recordó y lo miró con incredulidad—. Y ahora ya anda buscando a alguien más, ¡vaya cretino!

—Siempre le has gustado, créeme, le encantó verte en su fiesta de *Halloween*.

—¿Ah, sí? Pues a mí nunca me ha atraído, ni siquiera me agrada.

—¿Por qué no?

—Es un idiota —dijo ella—. Y la verdad es que yo no quisiera salir con un patán como él, te apuesto a que su único tema de conversación es el fútbol.

—Claro que no —dijo el chico riendo.

—¿Has hablado con él de otras cosas?

—Pues sí, también hablamos de chicas —Liv lo volteó a ver como si ya le hubiera dado la razón.

—¡Ahí está! —le dijo—. ¡Qué gran tema de conversación!

—Como sea, no sabrás la realidad hasta que aceptes salir con él.

—Increíble —dijo ella negando con la cabeza—. ¿Y te haces llamar mi mejor amigo?

—Sólo digo que podría ser algo bueno para ti —Liv soltó una carcajada.

—¿Algo bueno para mí? ¿En qué sentido?

—Muchas veces te has quejado de que no le gustas a nadie, pero ahí está

Chad muriéndose por ti.

—Me “quejo” —dijo ella haciendo comillas con los dedos—, de no gustarle a alguien que me gusta.

—Puede llegar a gustarte —Liv suspiró exasperada.

—Sebastian, no me interesa tener un novio, es más, no quiero salir con nadie por el momento y lo sabes.

—No estoy diciendo que te cases con él.

—Igual no voy a perder mi tiempo y menos con alguien como Chad Somner —le dijo algo con algo de fastidio—. Lo siento, sé que es tu amigo pero simplemente no me gusta y no vale la pena.

—¿Por qué no? —Liv puso los ojos en blanco y resopló.

—¡Porque no y ya! —le dijo molesta—. Deja de intentar conseguirme novio, ¿de acuerdo?

—¿Sigues pensando en él? —la castaña frunció el entrecejo, sabía perfectamente a quién se refería y odiaba que Sebastian creyera que seguía enamorada de la persona que solamente le amargó la existencia.

—¡Por supuesto que no! —dijo ella casi gritando.

—Está bien, ya, relájate —dijo el otro levantando las manos en señal de rendición. Desde ese día, su amigo no había vuelto a sacar el tema y ella agradecía infinitamente que fuera así. Liv dejó de pensar en esa conversación y regresó a la que tenía con su mejor amiga.

—¿Y ya le dijiste que te dejara en paz? —le preguntó Keira cuando entraron al salón, el profesor ya estaba ahí, pero habían sido las primeras en llegar.

—Buenos días, señorita Breen, señorita Hale —las saludó el profesor al verlas entrar y luego siguió escribiendo en el pizarrón “Guerra Fría”.

—Buenos días, profesor Miller —contestaron las dos al unísono.

—Se lo he dicho, pero es muy insistente, incluso Bash me ha dicho que salga con él, lo cual es muy irónico —dijo Liv—. No entiendo por qué Chad está obsesionado conmigo, hay chicas mucho más bonitas en esta escuela, las cuales darían la vida porque se les declarara.

—Yo pienso que tú eres muy bonita —le dijo Keira, la castaña se encogió de hombros y esbozó una ligera sonrisa—. Y además eres inteligente.

—No me va tan bien en la escuela... —comenzó a decir Liv, la otra entornó los ojos hacia su amiga.

—Mejor cállate, tienes notas excelentes.

—No en cálculo —dijo algo preocupada, pues ese semestre la materia se había vuelto más complicada.

—Te falla un poco, pero sacar buenas notas no define para nada tu inteligencia, Liv —dijo Keira tratando de llegar al punto de su comentario—. Y lo que creo es que Sebastian es un completo idiota por no darse cuenta de lo maravillosa que eres.

—Él está muy feliz con Jane.

—Porque es lo que se espera de él —dijo la morena encogiéndose de hombros—. Es el capitán del equipo de fútbol, es lo típico, ya sabes.

—No entiendo en qué fallé —dijo Liv negando con la cabeza, su amigaladeó la cabeza sin entender—. Tantos años intentando que Sebastian bailara ballet y terminó jugando americano —Keira iba a mencionar algo, pero sabía que era un tema delicado para su amiga. Tal vez ya no le dolía tanto, pero la última vez que hablaron de aquella situación, se había puesto a llorar. Liv odiaba que la vieran en ese estado, Keira era la única que la había visto con lágrimas en los ojos y sollozando, ni siquiera su madre o Sebastian, era bastante reservada.

—¿Y ya estás lista para tu audición? —su amiga desvió el tema, la castaña asintió, faltaban dos semanas nada más.

—Sigo practicando, pero ya me siento preparada.

—¿Irás sola esta vez? —Liv negó con la cabeza.

—Bash irá conmigo y veré a mi madre en Londres —Keira la miró con una sonrisa picarona.

—Es tu momento —le dijo—. Tienes que hacerlo entrar en razón y declararle tus sentimientos.

—¡Ay, cállate! —dijo la otra riendo—. Ya he aceptado que él no es para mí, solamente seremos mejores amigos por siempre y estoy bien con eso, en serio —pero su amiga no se tragó ese cuento.

—Eres un caso perdido, Olivia Breen —dijo la morena poniendo los ojos en blanco. Los demás alumnos llegaron al salón, entre ellos Sebastian, quien se sentó delante de Liv y lo hizo mirando hacia ella, como era su costumbre desde el preescolar. La saludó con un choque de puños y después a Keira con un gesto con la cabeza, ella amablemente le devolvió el saludo y luego se puso a leer una revista sobre Salvador Dalí, su pintor favorito.

—Necesito pedirte un favor —Liv lo volteó a ver inquisitiva—. ¿Podrías enseñarme a bailar? —su amiga lo miró divertida.

—¿Hablas en serio? —él asintió.

—Quiero aprender antes de la graduación, ya sabes, para el baile.

—Sebastian... —Liv dijo el nombre del chico con toda la seriedad posible —, yo bailo ballet.

—Lo sé, pero supuse que también sabes bailar otras cosas.

—Yo no, pero Beth sabe —le comentó—. Llega el domingo, ve a mi casa para que te enseñe.

—¿De verdad?

—Pues sí, te lo acabo de decir —le habló como si fuera un retrasado y puso los ojos en blanco.

—¡Gracias! —dijo sonriente, ella negó con la cabeza y le devolvió la sonrisa, pero no estaba para nada contenta. El baile de graduación era un tema que no se le antojaba para nada, sobre todo porque desde niña había pensado que iría con Sebastian, pero ahora que él estaba con Jane, eso era imposible. Quería ir porque era el único que tendría, pero al mismo tiempo prefería quedarse acurrucada en su cama mientras veía películas.

Elizabeth llegó el domingo en la mañana, llevaba una maleta y un gran portafolio donde traía sus diseños. Al caer la tarde, Sebastian entró a la casa por la puerta de la cocina que daba al patio trasero, el cual estaba conectado al suyo. La hermana de su mejor amiga le estuvo enseñando pasos básicos en el salón de danza, mientras tanto, Liv calentaba para practicar su coreografía. Al final del día, Sebastian aprendió más o menos a bailar, pero quedó satisfecho, aunque aún le faltaba coordinar un poco.

—No hay gran cosa en el refrigerador, ¿quieren ordenar una pizza o vamos por algo de comer? —preguntó Elizabeth, los otros dos estaban echados en el sillón de la sala—. Hasta mañana iré a hacer las compras.

—Vamos por algo de comer —dijo Sebastian—. Yo invito.

—Ni pensarlo —le dijo la ojazul—, yo pagaré.

—Por favor, insisto —dijo el chico—. Conozco un lugar bueno y no es muy caro. —Luego de varios intentos, Sebastian convenció a Elizabeth de que él pagaría. Los tres fueron un restaurante de comida china, entraron y lo primero que vieron fue la cara de Chad saludándolos, Liv volteó a ver a Sebastian molesta.

—¿Es amigo suyo? —preguntó Elizabeth mirándolos.

—Mío no —dijo la castaña y pasó de largo hacia una mesa vacía, la otra se

excusó y fue tras su hermana.

—Es todo un reto tu amiga, eh —le dijo Chad a su amigo.

—Yo creo que sería mejor si dejas de insistirle —comentó Sebastian encogiéndose de hombros—, no vas a lograr nada.

—No me rendiré—dijo el chico—, no después de haberla visto con esas mallas, me gustaría verla sin ellas, ¿sabes a lo que me refiero? —el ojiverde forzó una sonrisa y apretó la mandíbula. Aquel comentario le había molestado bastante.

—Ella no va a cambiar de opinión —dijo pasando junto a Chad, pero antes de irse le advirtió que no se atreviera a tocar a su mejor amiga.

—Relájate, Dashwood —dijo el otro—. Tú ya tienes a Jane, deja algo para los demás —Sebastian se giró y lo tomó del cuello de la playera.

—Aléjate de ella —lo soltó y se fue a sentar con las hermanas Breen. Chad trabajaba en ese restaurante, él se encargó de tomarles la orden y servirles, todo el tiempo intentó llamar la atención de Liv, pero lo único que consiguió fue molestar más a Sebastian. Salieron del restaurante, Elizabeth se adelantó a la casa, mientras que los otros dos se quedaron unos cuantos pasos atrás.

—¿Liv? —Sebastian iba caminando hacia la casa de su amiga con las manos en los bolsillos de sus pantalones, ella lo volteó a ver.

—¿Qué pasa?

—No quiero que pienses que sugerí ese lugar porque Chad trabaja ahí, de verdad —comenzó a decir sin dirigirle la mirada—. De hecho le dije que ya no te insistiera más.

—¿En serio? —la chica alzó ambas cejas—. Creía que tu más grande deseo era que fuera su novia —Sebastian se detuvo y la volteó a ver con el entrecejo fruncido.

—Yo no quiero eso —le respondió—, sólo pensé que podría ser una buena experiencia para ti, pero es mejor que te alejes de él.

—¿Por qué?

—Pues no te gusta —dijo alzando los hombros—. Sé que no vas a cambiar de opinión porque en este momento no tienes tiempo para cuestiones de amor —Liv rió levemente.

—No es eso, Bash —dijo ella—. Ha de ser interesante enamorarse, tener una relación, besar a un chico y todo, pero no tiene caso si no es alguien a quien de verdad quieras, alguien que valga la pena.

—¿Y quién vale la pena para ti? ¿No estarás hablando de Jo...?

—¡No! —espetó ella rápidamente—. Él es irrelevante.

—Hace dos años no lo era —Liv puso los ojos en blanco.

—Pues no, él no vale la pena.

—¿Entonces hay alguien más? —el chico la miró sorprendido—. ¿Acaso te gusta alguien y por eso no quieres nada con Chad? —ella sonrió y se detuvo delante de su puerta antes de mirarlo.

—Sí hay alguien, pero eso ya no importa —él la miró boquiabierto.

—¿Quién? ¿Es de la escuela?

—Buenas noches, Sebastian —dijo ella abriendo la puerta.

—Espera, Liv, no me puedes dejar así —la chica rió y negó con la cabeza.

—Calma a tu espíritu chismoso, Dashwood, porque no te diré absolutamente nada —dijo cerrando la puerta.

—¿Esto es alguna clase de venganza por no haberte dicho lo de Jane? ¿Lo es? —dijo pegando su oído a la puerta, ella se recargó en ésta y miró hacia el techo.

—Si quieres verlo de ese modo, por mí está bien.

—No seas así, Olivia Breen —le dijo el chico pegando levemente en la puerta—. ¿Liv? —la chica escuchó a su mejor amigo llamándola mientras subía las escaleras hacia su habitación. Sebastian insistió lanzando piedras a su ventana, mandándole mensajes, pero Liv no le contestó. De cierta manera disfrutaba ver cómo él se volvía loco ante la posibilidad de que a ella le gustara alguien. En el pequeño lapso que pasa antes de quedarse dormida, Liv imaginaba a un Sebastian celoso de otro chico, cuando en realidad era él mismo de quien ella estaba hablando.

Las siguientes dos semanas pasaron demasiado rápido y ya era momento de tomar un avión hacia Londres. Entre la emoción del viaje y los nervios de la audición final, Liv apenas y pudo concentrarse en la escuela, sin embargo, no falló en ninguno de los exámenes parciales. Sebastian seguía insistiendo en que le confesara quién le gustaba, pero ella se negaba rotundamente, ya que no podía inventar a otra persona, pero tampoco quería decirle la verdad.

—Al menos dime su color de cabello o de ojos, su signo zodiacal —la chica soltó una carcajada.

—Eres peor que un reportero de espectáculos —le dijo su amiga negando con la cabeza.

—Es que esto es algo imposible de creer, nunca me habías dicho que te

gustara alguien después de ya sabes quién.

—¿*Voldemort*? —Sebastian puso los ojos en blanco.

—No empieces con tus ñoñerías de *Harry Potter* —la chica rió—. ¿Me vas a decir entonces?

—Jamás.

—¡Oh, pues! —suplicó él—. Su nombre, la inicial al menos.

—Sebastian... —dijo ella haciendo la confesión sin que su amigo se diera cuenta—. Si vas a estar así todo el vuelo, te juro que te mando al área de equipaje —el chico frunció el ceño.

—De acuerdo, ya no voy a preguntarte de nuevo —dijo cruzándose de brazos—. Pero cuando quieras saber algo sobre mi situación amorosa, yo...

—Créeme, Bash, no quiero saber absolutamente nada de lo que pase entre tú y esa zanahoria —dijo palmeándole el brazo—. Además, no me lo dirías, siempre te has reservado las cosas que atañen a tus sentimientos, eres un enigma —Sebastian le dio la razón en eso, pero igual le dijo que si alguna vez tenía un momento de locura y decidía hablar sobre sus emociones, hablaría con otra persona. El vuelo no fue tan largo como esperaban y pronto se encontraban en Londres, Olenka los recibió y se fueron a un hotel. Al día siguiente, Liv se presentó en Covent Garden e hizo la audición, por simple protocolo, claro, porque inmediatamente le dijeron que estaba dentro e iniciaría en septiembre. Su madre comenzó a llorar de la emoción en cuanto se enteró, Sebastian abrazó a su amiga y la felicitó.

—Tengo que ir a contarle a tu padre —dijo Olenka, sacó su teléfono celular y le marcó a Robert.

—Lo lograste —dijo su amigo sonriéndole.

—Siento que estoy soñando.

—Pero no es así —dijo chocando el puño con el de ella—. Estaba viendo que también aquí puedes estudiar la preparatoria mientras asistes a las clases de ballet, ¿por qué no hiciste eso?

—Mi madre sí lo consideró, pero yo le dije que no porque... —guardó silencio, no sabía qué tan bueno sería decirle la verdadera razón a Sebastian, aunque conociéndolo, no lo iba a malinterpretar.

—¿Ajá?

—Porque quería estar contigo —ella se encogió de hombros, él alzó ambas cejas en señal de sorpresa.

—¿Hablas en serio? —Liv asintió—. ¿Por mi culpa arruinaste tu carrera de

bailarina?

—¡Ay, cállate! No está arruinada —dijo la chica entre risas—. Y no, por nadie haría tal cosa, eh, no te sientas tan especial, Dashwood —él rió con ganas.

—Yo hubiera hecho lo mismo —dijo abrazándola.

—Ajá, por eso te fuiste de intercambio y me abandonaste.

—No te la pasaste tan mal ese año —dijo el chico riendo, Liv frunció el ceño y lo miró mal.

—Muy gracioso, ja, ja, ja.

Faltaba poco para el baile de graduación, la situación de Liv era la siguiente: Chad había dejado de insistirle, se había conseguido a otra chica, lo cual era demasiado fácil, considerando que la mitad de la escuela quería salir con Chad Somner y la otra con Sebastian. Debido a todo esto, no tendría pareja, pero eso no la preocupaba tanto ya que Keira tampoco tenía y podrían estar juntas. Sin embargo, su amiga no tenía planeado ir a la graduación, ya que se iría a un viaje como voluntaria a Haití para ayudar a los niños de ese lugar y no regresaría hasta un día después del evento. Así pues, Liv decidió no ir al baile y volver a su plan de ver películas en pijama. Sin embargo, Olenka ya le había comprado un bonito vestido para la ocasión, el cual evidentemente no usaría.

—¿Aún puedes devolverlo?

—No, pero ya podrás usarlo en otra ocasión, no te preocupes por eso —le dijo su madre mientras lo colgaba en el armario—. Pero yo pienso que deberías de ir, aunque sea un rato.

—Lo voy a pensar —le dijo y su madre pareció satisfecha, salió de la habitación dejando a su hija sola. Liv estaba recostada releyendo una de sus novelas favoritas, *Sentido y sensibilidad*, de Jane Austen, cuando escuchó aquel familiar sonido de una piedrita golpeando el cristal. La chica se levantó, dejó el libro en su cama y se dirigió hacia su ventana para abrirla. Encontró a Sebastian al otro lado, estaba vestido con una camisa blanca y un pantalón negro, traía dos corbatas, una en cada mano.

—¿Cuál te gusta más? —le preguntó mostrándole ambas tiras de tela.

—La azul —le contestó ella, el chico arrojó la otra corbata a su cama y comenzó a ponerse la que había elegido su amiga.

—¿Por qué aún no te arreglas? —le preguntó mientras intentaba hacerse el

nudo de la corbata sin tener mucho éxito. Liv rió y negó con la cabeza.

—Déjame ayudarte —dijo la chica, así que salió de su casa y fue hacia la de Sebastian. Entró por la puerta trasera, como siempre, saludó a la señora Dashwood y subió a la habitación del chico para ayudarlo.

—Entonces, ¿por qué no traes un vestido y maquillaje? —ella lo miró y suspiró.

—No voy a ir —dijo la chica terminando de acomodarle la corbata.

—¿Por qué no? —Liv le comentó su situación—. Pero puedes estar conmigo.

—Y con Jane... —le recordó la castaña.

—Eso es lo de menos, es nuestro baile de graduación —dijo el chico colocando sus manos en los brazos de su amiga—. Lo hemos estado esperando desde el preescolar.

—Lo sé, pero va a ser incómodo —dijo ella encogiéndose de hombros y apretando los labios—. Además, pronto me voy a Londres, tengo que arreglar muchas cosas.

—¿Sí vas a tomar el programa de verano? —Liv asintió—. Pero falta una semana para eso, puedes tener todo listo, incluso si vas al baile.

—Bash, no insistas, por favor.

—Es que no comprendo por qué no quieres ir si ya te dije que vamos a estar juntos, sin importar si Jane está ahí o no, no te voy a dejar.

—Eso dices ahora, pero cuando estemos ahí te vas a ir como bobo atrás de ella y no te vas a acordar de mí.

—No es verdad, Liv.

—Siempre lo haces —musitó ella mirando hacia el suelo.

—Créeme que no lo hago a propósito.

—Lo sé, digo, estás muy enamorado de ella y...

—No lo estoy —la interrumpió—, sólo me gusta.

—Sí, claro —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—Es en serio, no es el tipo de chica con la que planeas una vida.

—No pensabas lo mismo hace unos meses —él rió y le dio la razón.

—Pero ahora sí.

—¿Y qué te hizo cambiar de opinión?

—Supongo que el hecho de que ya no la voy a ver y que en la Universidad voy a conocer a otras chicas, ya sabes —la chica bufó inconscientemente—. ¿Qué pasa?

—No, nada —contestó meneando la cabeza. La respuesta de Sebastian la había hecho sentir algo en el pecho, tenía ganas de llorar. Liv esperaba que le dijera que se había dado cuenta de que estaba enamorado de ella desde siempre y que quería pasar el resto de su vida a su lado, pero no fue así. Entonces pensó que tal vez debería de dejar de leer novelas románticas, porque algo así jamás le iba a pasar. Así pues, se apartó de él, se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—¿Acaso dije algo malo, Liv? —el chico frunció el ceño, ella negó con la cabeza sin mirarlo.

—Diviértete en el baile —le dijo antes de salir. En lugar de ir a su casa la chica se dirigió hacia el parque y se quedó contemplando los juegos para niños en los que solía jugar con Sebastian, éste la alcanzó y la tomó del brazo.

—¿Qué sucede? —le preguntó, ella no respondió y ocultó su cara para que no la viera al borde de las lágrimas. Desde que Sebastian había iniciado su relación con Jane, Liv no había querido llorar, no tenía por qué, en realidad, pero ella sentía una presión en el pecho que la orillaba a eso. Sin embargo, se había negado todo ese tiempo a derramar una sola lágrima por aquella desafortunada situación.

—Te he dicho que nada —dijo con un hilo de voz. Pensaba que si hubiese sido valiente y le hubiera confesado sus sentimientos, tal vez todo sería diferente, quizá Keira tenía razón y él sentía lo mismo. No obstante, la respuesta que le había dado unos minutos atrás no la había animado para nada, ni siquiera le había dado esperanza. Para él siempre sería su mejor amiga y ya.

—¿Olivia? —dijo Sebastian obligándola a que lo mirara, en cuanto la vio, el chico se quedó boquiabierto. Nunca la había visto llorar en los casi trece años de ser amigos, ni siquiera cuando le pintó el cabello en el preescolar o cuando se cayó al aprender a andar en bicicleta—. Por Dios, ¿qué te pasa? —Liv no respondió, se limitó a respirar hondo, se apartó de él y le dio la espalda.

—Estoy bien —le dijo limpiándose las lágrimas, Sebastian no sabía qué hacer—. Sólo pensé en que ya no nos vamos a ver todos los días y me sentí mal —su voz se agudizó un poco, por lo que él supo que estaba mintiendo.

—Dime la verdad —él se acercó y la abrazó por la espalda, colocó su barbilla en la cabeza de la chica, ya que era mucho más alto que ella. Liv sabía que en ese momento podía decirle cómo se sentía respecto a él, pero también podía callárselo para siempre y vivir preguntándose qué habría

pasado si le hubiera dicho y esto la habría perseguido toda la vida.

—Yo... —comenzó a balbucear—. Tú...

—¿Sí? —él se apartó de ella y la giró para verla a los ojos, pero ella no se atrevió a mirarlo.

—No puedo... no puedo hacerlo —dijo negando con la cabeza.

—¿De qué hablas? —el chico frunció el ceño y entornó los ojos hacia su amiga, como si con eso fuera a obtener una respuesta.

—¿Recuerdas que te dije que había alguien que me gustaba y por eso no le hacía caso a Chad?

—Sí, claro, te estuve insistiendo mucho y no soltaste nada —ella rió un poco, él se sintió algo aliviado al escuchar la risa de su amiga.

—Pues ese chico es muy importante para mí y creo... creo que estoy enamorada de él.

—¿Y por eso estás llorando? —inquirió él—. ¿O te hizo algo? Porque si fue así puedes decírmelo y yo lo golpearé hasta...

—Eres tú, Sebastian —dijo Liv sin rodeos, el chico se quedó perplejo.

—¿Cómo dices? —ella levantó su mirada y clavó sus ojos cafés en los de él.

—Estoy enamorada de ti.

Olivia
y el
Príncipe
Encantador

A grey crown graphic with five points and a circular base, positioned behind the text.

“Y con facilidad perdonaría su orgullo si no hubiera mortificado el mío.”

—Orgullo y prejuicio,
Jane Austen.

Jonathan Ross

Liv había tomado el avión a Londres un día antes de lo previsto, ya que no quería seguir viendo a Sebastian, no después de haberle dicho la verdad sobre sus sentimientos. Estaba huyendo, lo sabía, pero no tenía ni idea de cómo enfrentarlo. Durante todo el trayecto, no pudo evitar pensar en aquella noche, apenas había pasado poco más de un día en el cual estuvo evitando a su mejor amigo, ni siquiera se había despedido de él. Recargó su cabeza en el respaldo del asiento pensando en que tal vez debió haberle dicho que se iba, pero ¿cómo podía hacerlo si no dejaba de pensar en esa maldita noche?

—¿Tú qué? —aquellas fueron las primeras palabras que salieron de la boca de Sebastian, segundos después de que Liv le dijera que estaba enamorada de él.

—No me hagas repetirlo, Sebastian, por favor, bastante me ha costado decirlo —la chica miró hacia otro lado y se mordió el labio.

—Es que no entiendo —dijo él parpadeando varias veces. La castaña frunció el entrecejo, ¿qué era lo que no entendía? Ella había sido muy clara—. Lo que quiero decir es... —balbuceó y pasó su mano por su cabello y trató de no ver a su amiga—. ¿Por qué de mí? Somos mejores amigos, tú no puedes... o sea, no podemos... —Liv abrió la boca para decir algo pero no emitió sonido alguno y volvió a cerrarla, negó con la cabeza y se dio la vuelta—. ¿A dónde vas?

—A casa —dijo la chica sin mucho ánimo—. Por favor, olvida lo que te dije —Sebastian la tomó del brazo.

—¿Olvidarlo? —ella asintió—. Pero...

—Ya lo dijiste, Sebastian, somos mejores amigos, no puedo estar enamorada de ti, ¿o sí?

—No es a lo que me refería —dijo él algo exasperado y mirando hacia el cielo—. Es sólo que es extraño, digo, hemos compartido muchas cosas y yo nunca creí que tú...

—Lo sé, por eso mejor olvídale —se soltó del agarre del chico y corrió

hasta su casa. Al entrar vio a su madre hablando por teléfono y a su padre leyendo un libro.

—¿Sucede algo, cariño? —le preguntó Robert al verla pálida y agitada.

—Para nada, todo bien —dijo ella subiendo a su habitación. Poco después su madre le avisó que su mejor amigo estaba en la casa—. Dile que estoy dormida —pidió la chica.

—¿Quieres que le diga a Sebastian que estás dormida? ¿En serio? —su madre se sorprendió demasiado, nunca pensó que Liv diría algo así, ni siquiera cuando se enojaba con él por cosas tan insignificantes—. ¿Pasó algo entre ustedes?

—No, pero estoy cansada y no quiero ver a nadie.

—De acuerdo —dijo Olenka extrañada y bajó a ver al chico—. Ya se ha dormido, querido.

—¿Segura? —ella asintió, el chico reprimió su impulso de irrumpir en la casa, subir hasta la recámara de Liv y obligarla a hablar con él—. Bueno, gracias, señora Breen, nos vemos y buenas noches —salió de la casa, rápidamente se dirigió a la suya para entrar en su habitación y llamar la atención de Liv desde su ventana. Estuvo lanzando pequeñas piedras por horas, ni siquiera se acordó del baile al que tenía que ir. Siguió y siguió insistiendo, pero la habitación nunca se iluminó y la cortina tampoco se corrió—. ¡Olivia! —dijo lo más alto que pudo para no alertar a los demás. Liv se cubrió con su colcha como si así fuera a dejar de escuchar a Sebastian llamándola, así permaneció hasta que se quedó dormida. Al día siguiente, le pidió a su madre que adelantara su viaje a Londres.

—¿Te sientes bien? —Olenka le tocó la frente—. Creí que querías pasar más tiempo con Sebastian

—No hagas preguntas, mamá, por favor.

—Dime la verdad, Olivia, algo pasó entre ustedes, ¿no es así?

—Eso ya no importa, quiero irme de aquí.

—Muy bien, cambiaré el boleto, pero me dirás lo que sucedió con Sebastian, siempre han sido tan unidos y ahora te quieres alejar de él, no lo entiendo.

—No hay nada que entender.

—¿Te hizo algo malo? —Liv negó con la cabeza.

—Nunca lo haría —dijo la chica y entonces le contó a su madre lo que había ocurrido.

—Cariño, no puedes huir de estas situaciones —le dijo—. Tarde o temprano tendrás que enfrentarlo.

—Pues prefiero que sea más tarde —musitó la castaña jugueteando con un mechón de su cabello.

—Sin embargo, ahora no puedes distraerte con cosas como un amor adolescente.

—No es eso, madre —dijo Liv con algo de fastidio—. Yo... bueno, yo...

—Lo sé, cariño, sé que tus sentimientos por Sebastian son muy fuertes, ha estado a tu lado casi toda tu vida y no es fácil desprenderse de algo así, créeme —le dijo su madre acariciándole el cabello—. Pero con el tiempo verás que el único amor al que debes aferrarte es al que sientes por el ballet.

—¿Tú te arrepientes de haber elegido a mi padre en lugar de seguir bailando?

—En realidad, no tuve que hacer esa elección, Olivia, yo tuve que dejar el ballet porque nuestras vidas corrían peligro —dijo ella soltando un suspiro—. Y para cuando ya estábamos a salvo, era considerada demasiado grande para seguir con mi carrera.

—No es justo.

—Por supuesto que no lo es —le dijo Olenka posando su palma en la mejilla de su hija—. En la vida tienes que hacer ciertos sacrificios por las cosas que te apasionan, que amas, de lo contrario todo sería muy sencillo y no valdría la pena, ¿no lo crees?

—¿Estás diciendo que mi sacrificio a cambio del *Royal Ballet* es alejarme de mi mejor amigo? —dijo la chica—. ¿Debo ignorar mis sentimientos?

—Sólo si quieres ser una *prima ballerina* —dijo su madre—. No puedes distraerte ni pensar en otra cosa que no sea bailar, por ahora —Liv miró por la ventanilla del avión mientras recordaba las palabras de Olenka.

—¿Por qué es tan difícil dejar de pensar en él? —cerró los ojos con desesperación. En cuanto llegó a Londres prendió su celular y entró una llamada de Sebastian, decidió contestar, era lo menos que le debía luego de no haberse despedido—. ¿Hola? —dijo ella con los labios temblorosos.

—¿Cómo pudiste? —desde el otro lado del océano Atlántico, Sebastian caminaba de un lado a otro de su habitación, pensando en qué hacer para que lo que había pasado la noche anterior no afectara su amistad con Liv. Trató de divertirse en el baile de graduación, al cual había llegado demasiado tarde, pero no podía dejar de pensar en lo que le había dicho su mejor amiga, así que

se disculpó con Jane, quien dijo que se quedaría más tiempo, y regresó a su casa. En cuanto despertó, corrió a la casa vecina, pero los Breen no estaban ahí, pasó todo el día esperando su regreso. Los vio llegar muy noche, pero ya no se atrevió a ir, así que volvió a llamar a Liv desde su ventana, sin éxito.

Al día siguiente, Sebastian fue al centro comercial junto con su madre y se encontró con Keira, ella lo miró sorprendida.

—Bash, creí que estarías en el aeropuerto con Liv —dijo la chica, él frunció el ceño y la miró inquisitivamente.

—¿De qué hablas?

—Pues hoy se va a Londres, ¿no?

—¿Cómo dices? —Sebastian abrió la boca y la miró con incredulidad.

—Fue a verme a mi casa para despedirse porque le dije que hoy no podría acompañarla al aeropuerto —comentó la morena—. Ya no puedo faltar a mi trabajo en el puesto de sándwiches —le dijo mostrándole su playera verde con el logotipo del lugar.

—Es que yo no sabía que se iba hoy.

—Oh... —Keira no sabía lo que había pasado entre ellos.

—No puedo creer que no me lo dijera —Sebastian frunció más el entrecejo y se fue corriendo de ahí hacia la salida. Le envió un mensaje a su madre de que había tenido que irse con el auto. La señora Dashwood se molestó bastante, por supuesto, pero luego de que él le explicara a donde iba se relajó. Al llegar al aeropuerto, Sebastian vio a los Breen y se acercó a ellos preguntando por su amiga.

—Acaba de despegar el avión —le dijo Olenka y lo miró con algo de lástima. El chico volteó hacia la gran ventana por la cual se veían los aviones y soltó un suspiro, sin decir nada se dio la vuelta y se fue. Después de varias horas, comenzó a marcar el número de Liv hasta que finalmente le contestó.

—Yo... yo no quería irme así, pero... —balbuceó la chica.

—¿Pero qué? —dijo él bastante molesto—. ¡Ni siquiera me dejaste decir algo al respecto!

—Ya habías dicho suficiente...

—Sólo dije que no podía ser que estuvieras enamorada de mí porque somos mejores amigos, porque yo creí que...

—¿Qué?

—Que sería algo que arruinaría nuestra amistad.

—Pues sí, lo es —dijo Liv apretando el celular con la mano—. Pero yo sabía que era el riesgo a correr si te lo decía.

—Yo también lo sabía.

—¿A qué te refieres? —la chica frunció el entrecejo, Sebastian negó con la cabeza como si la estuviese viendo.

—No, nada —dijo él mirando hacia el techo de su habitación.

—Sebastian... —la voz de Liv sonó como una advertencia de que insistiría hasta que le dijera la verdad.

—¿Cómo te fue en el vuelo? —la castaña puso los ojos en blanco.

—No me cambies el tema —le dijo—. Siempre haces lo mismo, me desespera.

—Olvida lo que dije —contestó él. Liv permaneció unos segundos en silencio.

—Sólo si tú olvidas lo que yo te dije la otra noche —le dijo la chica y se mordió el labio.

—De acuerdo —Liv soltó el aire que estaba reteniendo, en eso la llamaron para que recogiera su equipaje.

—Debo colgar, Bash, hablamos luego, ¿sí?

—Claro —dijo el otro tratando de no sonar tan hostil.

—Bien, te quiero —le dijo antes de colgar.

—Yo también... —dijo, pero Liv ya se había ido. Sebastian se echó en su cama boca arriba y con los brazos extendidos hacia los costados—. No debería de ser tan complicado —musitó mirando hacia la foto que tenía en su mesa de noche, estaba él cargando a Liv en su espalda, la foto era de cuando iban en noveno grado, antes de que él se fuera de intercambio, se veían muy felices. Recordó entonces ese año en el que estuvo lejos de casa, Liv se había deprimido mucho porque la dejaría sola en décimo grado, sin embargo, no le duró tanto aquel sentimiento porque, Keira, había regresado a Brooklyn y cursaría el resto de la preparatoria con ella.

Liv entró en su nuevo departamento, se sentía un frío impresionante a pesar de ser verano. Era un lugar demasiado grande para ella, tenía dos habitaciones, cada una con un baño, más un estudio, la sala de estar y la cocina. Estaba amueblado, sus abuelos se habían encargado de hacerlo lo más cómodo posible para su nieta. La chica pensó que se sentiría menos vacío una vez que Keira llegase, ya que ella había ingresado al King's College de

Londres. Liv entró a su nueva habitación y comenzó a acomodar sus cosas. Sacó una foto igual a la que tenía Sebastian, la colocó en uno de los estantes y suspiró, también pasó por su cabeza el décimo grado. Su mente viajó hacia ese año y no pudo evitar recordar la llegada de aquel chico, Jonathan Ross. Su imagen aún permanecía presente en su memoria, era un chico alto, rubio y sus ojos eran color avellana. Era bastante guapo, pero por alguna razón pasaba desapercibido, ya que Chad Somner acaparaba las miradas de todas las chicas, incluso de las mayores. Había pasado una semana desde que Keira y Liv entraron a décimo grado, la castaña estaba sentada en su banca repasando sus apuntes, no quería que la profesora Dawson, de Historia, la tomara desprevenida.

—Seguro es un creído —musitó la castaña en cuanto vio a Jonathan entrar al salón con sus aires de grandeza, aunque nadie pareció prestarle atención al chico nuevo.

—No deberías juzgar a una persona antes de conocerla —le susurró Keira que había escuchado su comentario, Liv se encogió de hombros apenada. El chico entregó un papel a la profesora Dawson, ésta lo leyó y le sonrió.

—Bienvenido, señor Ross —le dijo devolviéndole el papel—. Por favor, tome asiento detrás de la señorita Breen —señaló el lugar vacío detrás de Liv. Él pasó de largo sin ver a ninguno de sus compañeros, se sentó apoyándose en el respaldo de la silla, cruzando los brazos y mirando hacia el techo. La castaña sintió algo extraño en su interior cuando el chico nuevo pasó junto a ella. Había dejado el rastro de una loción de *Abercrombie & Fitch* que jamás olvidaría, además no era tan común que los chicos de esa edad se perfumaran. Tal vez era *gay*, pensó la chica golpeando ligeramente su mejilla con la goma de su lápiz, después se reprimió por haber pensado algo así, porque quizá sólo le gustaba verse y oler bien.

—¿Señorita Breen? —la voz de la profesora Dawson la sacó de sus pensamientos, Liv parpadeó un par de veces y enfocó su mirada en su maestra de Historia—. ¿Y bien?

—¿Qué? —la castaña confundida frunció el entrecejo.

—¿Podría decirme el qué es el contexto histórico? —Liv entreabrió la boca y trató de recordar lo que había estado estudiando pero la respuesta no acudía a su mente.

—Sí, bien, pues el contexto histórico es... —comenzó a balbucear entonces escuchó una voz detrás de ella que le susurró parte de la respuesta y gracias a

eso pudo recordarlo—. Es el conjunto de circunstancias, como el lugar, tiempo y sucesos relevantes que rodean el objeto a estudiar —la profesora Dawson frunció la boca.

—Se salvó esta vez, señorita Breen —le dijo y continuó con la clase, volteó a ver al chico nuevo, estaba apoyado en su codo y su barbilla recargada en su mano, miraba hacia el pizarrón donde la maestra escribía la palabra “contexto” en letras grandes. Jonathan se dio cuenta de que lo estaban observando y sus ojos color avellana se desviaron a los ojos marrones de Liv, ella abrió la boca para gesticular una palabra pero no pudo hacerlo, se limitó a forzar una sonrisa y rápidamente se giró. Sintió sus mejillas arder el resto de la clase, ¿qué le sucedía? No era común en ella, el único que la había hecho sentir así de nerviosa era Sebastian.

Pasaron un par de semanas, Jonathan seguía sin hablarle a nadie del salón, salvo al chico que se sentaba junto a él, ya que éste era demasiado sociable, por lo cual era imposible ignorarlo para siempre.

—Breen, ¿ya te enteraste? —preguntó Ben, así se llamaba el nuevo amigo del rubio. La chica lo miró inquisitiva y ladeó la cabeza, había evitado la mirada de Jonathan, porque no había dejado de verla desde que entró al salón —. La profesora Dawson enfermó y enviarán a un sustituto, dicen que tiene menos de treinta años, lo haremos sufrir.

—No creo que eso sea conveniente —dijo ella quitándose su mochila y dejándola en el suelo.

—Será una novatada —dijo emocionado—. Dicen que es su primer día como maestro, va a ser genial.

—Si la directora Brown se entera de esto, te va a ir muy mal, ya no necesitas más sanciones, Benjamin, llevas demasiadas y apenas van tres semanas y media de clases.

—Eres una aguafiestas, Breen.

—Soy realista —dijo ella colocándose un mechón de su cabello detrás de la oreja—. No vas a salir sin un castigo.

—Todos estamos de acuerdo en hacerlo, incluso Nate —Liv dirigió su mirada al rubio, el cual estaba cruzado de brazos y observaba con indiferencia a la chica.

—Hagan lo que quieran, sólo no me metan en sus asuntos —dijo la castaña antes de sentarse en su lugar. Ben sonrió con malicia pero se reservó su plan

para cuando comenzara la clase. El sustituto era un chico de unos veinticinco años, flacucho, con gafas y el cabello alborotado, se podía oler el miedo que le daba estar frente a un grupo de décimo grado.

—Esto será divertido —dijo Ben riendo por lo bajo. La clase comenzó, el profesor empezó a hablar sobre la Ilustración, se giró para escribir algunas cosas en el pizarrón y fue cuando Ben le lanzó una bolita de papel babeada con su cerbatana. La primera vez la pasó por alto, pero después de varias veces de recibir los proyectiles llenos de baba y escuchar las risas de los alumnos, se giró enfadado e intentó buscar a la persona que estaba fastidiándolo, pero no pudo hallar al culpable.

—Bueno, ha sido suficiente, ¿quién es el gracioso? —nadie habló, Liv puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Entonces comenzó a revisar todos los lugares y mochilas de los alumnos, se detuvo a un lado de Liv e inspeccionó su mochila, dentro encontró la cerbatana—. ¿Puedes explicar esto? —la chica se quedó boquiabierta.

—Eso no es mío —dijo rápidamente.

—Pues estaba dentro de tu mochila.

—Alguien más lo puso ahí —dijo ella encogiéndose de hombros.

—¿Ah, sí? ¿Y quién fue? —Liv sabía que había sido Ben, pero si lo decía quedaría como una soplona, además, no tenía pruebas. La vida en la preparatoria era demasiado complicada, no quería que todos sus compañeros se pusieran en contra de ella, pero tampoco quería que la castigaran.

—Es mía —la voz de Jonathan se escuchó clara y sin titubeos, el sustituto lo miró perspicaz y alzó una ceja—. La dejé caer cuando se dio la vuelta y por error cayó dentro de la mochila de Liv.

—Bien, irás a la oficina de la directora, ahora mismo —el chico asintió, tomó sus cosas y salió del salón. El profesor sustituto regresó al pizarrón y siguió escribiendo. Liv volteó a ver a Ben y negó con la cabeza al ver su sonrisa burlona. Al terminar la clase, ella se levantó y lo encaró.

—¡Querías culparme por tus tonterías!

—¿Y qué con eso? —dijo el otro con indiferencia—. No te hicieron nada.

—Porque Jonathan se echó la culpa —respondió ella con agresividad, aún no se atrevía a llamarlo por su apodo—. Ahora él va a tener que pagar por tu inmadurez.

—¿Estás preocupada por él? —el chico la miró burlón y sonrió con malicia

—. ¿Acaso te gusta? —inquirió alzando ambas cejas, la chica resopló.

—Por supuesto que no —le tembló un poco la voz, eso bastó para que el otro se burlara aún más de ella.

—¡A Liv le gusta Nate! ¡A Liv le gusta Nate! —canturreó mientras reía, Keira se paró frente a él y le mostró su puño, entonces Ben se detuvo y tragó saliva.

—Sabes que no es justo que hayan mandado a Nate a la dirección —le dijo la morena.

—No le harán nada —empezó a decir Ben—, tiene su historial limpio y lo dejarán libre —comentó sin darle mucha importancia, luego miró a la castaña y le sonrió con malicia—. Relájate, Breen, tu *Príncipe Encantador* estará bien —rió antes de salir del salón. Liv lo observó con el ceño fruncido hasta que lo perdió de vista. Respiró hondo para calmarse y guardó sus cosas para ir a su siguiente clase, la que menos le gustaba, educación física.

—Para ser una bailarina de ballet tienes una pésima condición —dijo Keira corriendo, ya llevaba tres vueltas y Liv apenas estaba por terminar la primera.

—Detesto correr —dijo ella sin aliento—. Hay tres cosas en esta vida que odio más que nada, y son: que me cambien los planes, la papaya y correr —se detuvo para respirar.

—Oh, ahí viene Nate —dijo la morena abriendo los ojos y señalando al chico con la cabeza. El rubio iba corriendo, a su lado estaba Ben tratando de disculparse pero el otro lo ignoraba. Pasó al lado de las dos chicas y le dirigió una fugaz mirada a Liv, la cual ella sintió como si hubiese sido eterna, como en cámara lenta.

—Debería darle las gracias —dijo Liv mirando hacia donde estaba el chico—. Es la segunda vez que me ayuda en algo —sus palabras no tuvieron receptor porque Keira ya iba más adelante. La castaña siguió corriendo como pudo hasta completar las cinco vueltas, no sin antes sentir que iba a vomitar el desayuno y que la vida se le escapaba por la boca.

—En verdad lo lamento, Nate, amigo, perdóname —dijo Ben suplicante, Liv alcanzó a escuchar la conversación mientras tomaba un poco de agua y se limpiaba el sudor de la frente.

—Olvídalo —dijo el otro poniendo los ojos en blanco. Jonathan tenía todo el aspecto de un cretino presumido, además su actitud dejaba mucho que desear. Sin embargo, había salvado a Liv en dos ocasiones y eso le hacía

pensar que tal vez no era tan arrogante como aparentaba.

—Oye, Jonathan —la chica se acercó a él, decidida a agradecerle, éste la miró sin cambiar la expresión pacífica e indiferente de su rostro—. Quería darte las gracias por lo que hiciste.

—No te preocupes —dijo él encogiéndose de hombros, ella asintió, apretó los labios sin saber qué más decir, se dio la vuelta y se fue junto con Keira a los vestidores de chicas.

Estaba comenzando octubre, las hojas anaranjadas caían de los árboles llenando los jardines de Cassworth y con ello la pared que Liv había levantado entre ella y Jonathan poco a poco iba desapareciendo.

—¿Tienes un bolígrafo? —Jonathan se inclinó hacia adelante para poder susurrarle a Liv y no interrumpir la clase. Ella giró un poco la cabeza y asintió mientras buscaba entre sus cosas algún bolígrafo extra hasta que encontró uno y se lo dio—. Gracias —Liv sabía que no lo recuperaría, Jonathan era bastante distraído y siempre perdía las cosas que le prestaban.

—Señor Ross, espere un momento —la profesora Dawson lo llamó al terminar la clase cuando él se disponía a salir del salón. Le dijo que le había ido muy mal en el primer parcial y que necesitaba estudiar más para los siguientes, el problema era que Jonathan no tenía ningún apunte, se la pasaba dibujando en clase.

—Claro, profesora, no se preocupe —fue lo que le dijo antes de salir. En la siguiente clase le pidió prestada su libreta a Liv.

—¿Y para qué la quieres? —preguntó agresivamente, aunque no era su intención, pero Jonathan pareció no darse cuenta.

—No tengo apuntes y no puedo reprobar el siguiente examen —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues ya deberías de comenzar a anotar en clase —le dijo la chica mientras buscaba su libreta de Historia en su mochila—. Cuídala, no la pierdas como todo lo que te he prestado.

—Lo sé, lo sé —dijo poniendo los ojos en blanco—. Gracias, Liv —dijo él tomando la libreta que la castaña le tendió. Al día siguiente, Jonathan estuvo evitando a la chica, ella se dio cuenta y en la última clase, que era justamente la de Historia, se acercó a él para pedirle su libreta.

—¿Y bien? —le dijo colocándose frente a él, el rubio la miró culpable.

—Sé que te prometí que cuidaría tu libreta, pero...

—¿La perdiste? —Liv lo miró boquiabierta, toda su cara expresaba una profunda angustia.

—Te compraré otra, lo siento y pasaré todos los apuntes en la nueva.

—No me interesan los apuntes, tenía algo muy especial ahí.

—¿Te refieres a esto? —le mostró una foto de la Navidad en la que Liv le presentó a su mamá una pieza de *El Cascanueces*. Llevaba puesto su vestuario, estaba haciendo una pose de ballet y Sebastian la estaba imitando. Había olvidado que estaba ahí esa fotografía, se acordó una vez que estuvo en su casa.

—¿Por qué tienes eso pero no mi libreta?

—Porque la encontré tirada en el piso de mi cuarto, pero no hallé tu libreta —Liv suspiró aliviada y tomó la fotografía, ya le pediría a Keira sus apuntes —. ¿En dónde practicas el ballet? —la chica lo miró perpleja, no pensaba que Jonathan le preguntara algo así.

—En casa, mi mamá es... —guardó silencio por unos momentos, no quería revelar quién era su madre, aunque no creía que él supiera algo del ballet—. Ella es mi maestra, ya sabes, Olenka Ivanova —dijo como si fuera lo más obvio del mundo, esperando que la cara del rubio reflejara confusión al no saber de quién se trataba. Sin embargo, el pálido rostro de Jonathan se iluminó y sus ojos se abrieron demasiado.

—Debes estar bromeando —le dijo—. ¿Tú eres la hija de Olenka Ivanova? ¿En serio? —Liv lo miró sorprendida.

—¿En verdad sabes quién es? —él asintió.

—Yo también bailo ballet —dijo encogiéndose de hombros. La castaña se quedó boquiabierta y comenzó a examinarlo de arriba abajo, como si al hacerlo pudiera encontrar algún indicio de lo que acababa de escuchar.

—A sus lugares —dijo la profesora Dawson entrando al salón, por lo cual la conversación de Jonathan y Liv se vio interrumpida.

—¿Quieres venir hoy a mi casa a una clase? —la chica se acercó al rubio una vez que la profesora Dawson había salido del aula.

—¡Por supuesto! —dijo el chico entusiasmado, pero pronto recobró la compostura—. Quiero decir, claro, es una buena idea.

—Bien, te veo a las tres en punto en la entrada —el otro asintió, Liv le sonrió y salió del salón junto con su mejor amiga.

—Creí que no te agradaba —le dijo Keira mientras caminaban a la mesa que siempre ocupaban al fondo de la cafetería.

—Baila ballet, ¿puedes creerlo? —comentó la chica sentándose—. Pero sigue teniendo algo que no me agrada del todo.

—Yo pienso que le gustas —dijo la morena sin mirar a su amiga porque estaba más ocupada intentando destapar el yogurt sin que le salpicara el contenido—. Y a ti te gusta él.

—¿Qué estás diciendo? —Liv la miró incrédula—. Eso es ridículo.

—Pero se echó la culpa la otra vez.

—Eso no significa nada, sólo fue amable.

—Y tú lo has invitado a tu casa a tus clases de ballet —dijo Keira ignorando completamente lo que su amiga había dicho.

—No me gusta —musitó la chica mirando su comida, la otra rió por lo bajo y lamió la tapa del yogurt. Terminaron de comer, salieron de la cafetería y se fueron a sus respectivos talleres. A las tres de la tarde, Liv se encontró con Jonathan en la entrada de la escuela, los dos se fueron caminando hasta la casa de la chica, conversaban sobre las academias, los bailarines, entre otras cosas. En el transcurso del trayecto, Liv recibió una llamada telefónica.

—¡Bash! —dijo entusiasmada y una enorme sonrisa se formó en su rostro.

—¿Cómo te va?

—Bastante bien, tengo que contarte muchas cosas pero ahora mismo no puedo, voy camino a casa con un amigo.

—¿Un amigo? —Sebastian frunció el ceño—. ¿Tan rápido conseguiste mi reemplazo?

—¡Ay, cállate! —dijo ella riendo—. Te llamo en la noche, ¿de acuerdo?

—Está bien —ambos se despidieron y colgaron.

—¿Tu novio? —preguntó Jonathan burlón, Liv negó con la cabeza.

—Para nada —dijo la chica—. Bash es mi mejor amigo, nos conocemos desde el preescolar, pero este año se fue de intercambio a California —explicó ella, el rubio asintió, supuso que se trataba del chico de la foto. Siguieron su camino hasta que llegaron al hogar de los Breen. Al entrar, se encontró con su hermano, en ese momento estaba cursando el último grado de preparatoria, lo saludó y le presentó al chico—. ¿Dónde está mamá?

—¿Dónde crees? —dijo su hermano poniendo los ojos en blanco. Eso significaba que ya la estaba esperando en el salón de danza que tenían en la casa.

—¿Tienes idea de la hora que es? —le dijo Olenka cuando la vio entrar, Liv miró el reloj que había en la pared y sólo había llegado cinco minutos

tarde.

—Madre, él es Jonathan —dijo la chica ignorando la reclamación de su madre.

—Nate —dijo él extendiéndole la mano a la rubia, ella la aceptó y sonrió ligeramente.

—También baila ballet, lo invité para que tomara una clase conmigo, no hay problema, ¿verdad? —dijo la castaña antes de que su madre pudiera decir algo sobre si él la había hecho perder el tiempo.

—¿Hace cuánto que practicas ballet?

—Nueve años —respondió el chico, la rubia alzó ambas cejas sorprendidas.

—Pues vamos a ver —dijo ella invitándolo a acomodarse en el salón donde cada tarde Liv tomaba clase—. En el armario hay ropa adecuada para bailar, puedes tomar lo que quieras —el chico asintió y rápidamente buscó algo, se cambió en el cuarto de baño que estaba al lado del armario. Olenka inició el calentamiento, su hija y Jonathan la siguieron, éste último llevó a cabo cada movimiento con precisión y delicadeza, tanto Liv como su madre quedaron impresionadas.

—Eres un bailarín increíble —la castaña se acercó a él sonriente, Olenka lo observó pensativa.

—¿En dónde dices que estudias?

—Londres —dijo él—, pero por el momento no estoy practicando.

—No está tan lejos de aquí —comentó Liv con sarcasmo—. ¿Por qué te mudaste?

—A mi padre lo transfirieron acá y no tuve más remedio que dejar mi escuela en Londres, estuve buscando alguna aquí pero al final no me convenció ninguna.

—Pues ya no busques más —habló Olenka—. Puedes venir aquí si quieres —Jonathan la miró perplejo.

—¿Lo dice de verdad? —la rubia asintió.

—Sé que no es una academia como tal, pero nos vendría bien otro alumno —dijo la ojiazul. Olenka había perdido a todas sus alumnas porque era demasiado exigente, muchas chicas de las que asistían a sus clases lo hacían como pasatiempo y no para ser profesionales.

—¿Cuánto debo pagar por las clases?

—Por ahora no te preocupes por eso, luego lo hablaré con tus padres, ¿te

parece bien? —el chico sonrió de oreja a oreja.

—¡Gracias! ¡Gracias! —dijo entusiasmado—. Sobre todo gracias a ti, Liv, por invitarme —la chica se encogió de hombros y esbozó una pequeña sonrisa. Aquel chico era muy diferente al que se había imaginado el primer día que lo vio. Al final, no era un petulante arrogante como había creído.

Por la noche, Liv llamó a Sebastian, como le había prometido, el chico estaba leyendo en su habitación cuando su celular comenzó a sonar. Se levantó de la cama y fue hacia el escritorio donde lo había dejado, sonrió al ver el nombre de su mejor amiga en la pantalla.

—Creí que ya no llamarías —dijo él, Liv rió.

—No seas dramático —dijo ésta y negó con la cabeza aunque él no pudiera verla, pero seguramente se lo imaginaba—. Me quedé hablando un rato con Jonathan y se me fue el tiempo —Sebastian frunció el ceño.

—¿Ah, sí? ¿Con tu nuevo mejor amigo?

—Tal vez —dijo ella poniendo los ojos en blanco.

—Mmm... —fue todo lo que el ojiverde dijo.

—Es el chico nuevo del que te hablé, ¿recuerdas? —Liv hizo la pregunta, aunque sabía perfectamente que Sebastian tenía memoria de teflón y probablemente ya había olvidado lo que le contó. A veces pensaba que nada más fingía que no se acordaba de las cosas, pero eso nunca lo sabría.

—Sólo recuerdo que dijiste que era un cretino presumido y que no te caía bien —dijo sentándose en su cama.

—Sí, bueno, ya no pienso eso —confesó la chica mientras enrollaba un mechón de su cabello en su dedo.

—¿Y a qué se debe el cambio?

—Pues baila ballet... —comenzó a decir ella, entonces el chico soltó una carcajada lo que provocó que la castaña se molestara—. No le veo lo gracioso, Sebastian —el otro tuvo que reprimir su risa para no enfadar más a su mejor amiga.

—Entonces ya no es un creído porque baila ballet —Liv resopló.

—Ay, olvídale —dijo ella frunciendo el ceño—. Adiós.

—¡Oh, vamos! —dijo él, pero la chica ya había colgado el teléfono—. Es realmente imposible —musitó el chico poniendo los ojos en blanco y dejó el celular en la cama. Unos minutos después entró Steve, su compañero de cuarto y lo saludó.

—Luces molesto, ¿está todo bien? —el ojiverde suspiró.

—Chicas, no las entiendo —dijo finalmente, el otro arqueó una de sus cejas castañas y lo miró inquisitivo—. Mi amiga de toda la vida acaba de enojarse conmigo por una estupidez, siempre hace lo mismo.

—¿Por qué se enojó?

—Porque me burlé de que su nuevo amiguito baila ballet.

—Ya veo.

—Igual no debí hacerlo, sé que el ballet es importante para ella y no le gusta que haga bromas al respecto, es sólo que no puedo evitarlo, es divertido —dijo Sebastian encogiéndose de hombros—. Y más si ella se enoja, no puedo detenerme.

—¿Y qué piensas hacer con ella?

—No lo sé, esperar a que me hable —dijo él. Cada vez que Liv se enojaba con Sebastian, ella acababa rindiéndose y le hablaba de nuevo, porque simplemente no podía permanecer enojada con él, por más que la sacara de sus casillas.

—Tal vez podrías pedirle perdón —sugirió el otro chico.

—Sebastian Dashwood jamás pide perdón —le dijo, su compañero rió y el ojiverde lo miró ceñudo—. ¿Qué te divierte, Allen?

—Nada —dijo él apretando los labios pero sin dejar de sonreír—. ¿Y cómo es ella?

—Fastidiosa y dramática —respondió el chico en tono burlón y sacó del cajón de su mesa de noche un cuaderno, lo abrió y tomó una foto donde estaban él y Liv sentados en los columpios del parque que está cerca de sus casas. Se la mostró a Steve—. Así es Olivia Breen.

—Es bonita —comentó observando la fotografía.

—Supongo —dijo el otro alzando los hombros—. Entonces, Steve, ¿crees que debería de pedirle una disculpa? —el chico desvió sus ojos marrones hacia Sebastian y asintió. Mientras tanto, Liv estaba caminando de un lado a otro de su habitación con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido.

—Es un tonto, nunca se toma nada en serio —musitó la chica para sí misma y miró su celular esperando que su “mejor amigo” volviera a marcarle, pero recordó que Sebastian no era de los que rogaban. Al final, el chico pensó que si ella se había enojado era su problema y él no iba a insistirle cuando, en realidad, no había hecho nada malo, no era su culpa que su amiga fuera tan sensible y se tomara todo tan personal. Liv decidió que dejaría de pensar en si

Sebastian se dignaba a hablarle o no, prefirió enfocarse en sus clases de ballet y en su nuevo compañero de baile. Olenka estaba emocionada de tener a un hombre como pupilo, así podría montar un *pas de deux*, para ella era la parte más bella de la obra.

—Habrá un encuentro de danza clásica en diciembre —comentó la rubia una vez que terminó la clase—. Será en Manhattan y quiero que nos acompañes —le habló directamente a Jonathan, éste la miró perplejo y parpadeó varias veces sin saber qué decir.

—¡Sería estupendo! —dijo Liv sonriendo de oreja a oreja.

—Lo sé, estaba pensando en que interpretaran el *pas de deux* del hada del azúcar y...

—Pero sólo dan cuatro minutos por participante —le recordó Liv—. Sé que no vas a querer que presentemos otra cosa que no sea de *El Cascanueces* —dijo la chica encogiéndose de hombros—, así que estaba pensando que podría ser el de Clara y el Príncipe, ¿qué te parece? —a Olenka le brillaron los ojos.

—Eso me gustaría mucho, ¿entonces qué dices Jonathan?

—Sería un honor —dijo él.

—¿Entonces cuento contigo?

—¡Por supuesto! —Olenka sonrió al escuchar eso y les dijo que la siguiente clase empezarían a montar la pieza. Liv estaba realmente emocionada, se sentía contenta de tener a Jonathan como compañero de baile, pero más aún como amigo. Las lecciones de ballet se alargaron una hora para que les diera tiempo de montar el *pas de deux*, Jonathan y Liv casi corrían desde la escuela hasta la casa de la chica para no perder ni un minuto.

—¿Dónde está Nate? —preguntó la rubia al ver a su hija entrar a la casa sin acompañante.

—Sus padres llegaron de improviso y se lo llevaron —comentó la chica mientras se quitaba los zapatos y los dejaba sobre un tapete a un lado de la puerta—. Hoy es su cumpleaños.

—No lo sabía —dijo su madre mirando el calendario, era 11 de octubre.

—Dijo que no quería que nadie supiera, sólo me dijo a mí para poder darte una explicación, también dijo que estaba muy apenado por no venir —Olenka asintió.

—Como sea, eso no significa que tú no tengas clase —le advirtió, Liv rió y negó con la cabeza.

—No pensé lo contrario —dijo caminando hacia el salón de baile. Tanto Liv como Jonathan habían formado un lazo a través del ballet, era casi perfecto, como si el destino hubiese estado maquinando un plan para que se encontraran, o al menos eso pensaba ella.

—¿Entonces sí te gusta? —le preguntó su mejor amiga a la hora del almuerzo, estaban sentadas en la mesa de siempre, al fondo de la cafetería, lejos de todo el mundo, sólo ella y Keira.

—No es eso —dijo la castaña—. Es sólo que por fin tengo a alguien que comprende mi pasión por la danza y no se trata de mi madre.

—¿Entonces no serías su novia? —Liv la miró perpleja, no había contemplado aquella posibilidad. Sabía que su corazón le pertenecía a Sebastian. No creía que alguien más podría obtenerlo y no se había atrevido a pensar en que tal vez Jonathan podría ser el indicado, por más cursi y ridículo que sonara.

—Siendo honesta, no lo veo de esa manera —la chica se encogió de hombros mientras le daba un mordisco a su manzana.

—Creí que por eso estabas tan emocionada de que fuera a lo de Manhattan contigo —Liv sonrió al pensar en eso—. Y a todo esto, ¿Sebastian cómo está? —la sonrisa de la chica se borró, no había vuelto a hablar con él desde que se había burlado de que Jonathan bailara ballet.

—No lo sé, estoy enojada con él —Liv se encogió de hombros, Keira ya no preguntó nada más sobre eso y su amiga tampoco dijo algo al respecto, se limitaron a terminar de almorzar mientras hablaban de los próximos exámenes. Desde aquel día, Liv se comenzó a cuestionar si en realidad Jonathan le gustaba o solamente lo estimaba porque compartían algo en común.

—¿Liv? —el rubio susurró detrás de ella mientras veían una película sobre la Revolución Francesa en la clase de Historia, ella se enderezó y giró un poco la cabeza para escucharlo—. ¿Crees que tu madre nos permita faltar a un ensayo? —la chica lo volteó a ver inquisitiva, entonces él le pasó una hoja, que en realidad era la propaganda de una nueva película que estaría en el cine a partir del siguiente día, *Descubriendo el país de Nunca Jamás*. Liv se emocionó porque se trataba de J.M. Barrie, el escritor de *Peter Pan*, una de sus historias favoritas, sin duda iría, sólo habría que convencer a su madre.

—Terminaremos de ver la película la próxima clase —anunció la profesora Dawson encendiendo las luces. Liv dio las gracias porque se le estaba haciendo eterna, le gustaban las películas históricas, pero la Revolución

Francesa no era su tema favorito.

—¿Y bien? —Jonathan la tomó del hombro.

—No lo sé, no creo que nos deje faltar —dijo la chica—. Pero podemos preguntarle e insistir hasta que nos deje.

—Si quieres yo le pido permiso —se ofreció el chico, Liv estuvo de acuerdo y en cuanto llegaron a la casa de los Breen hablaron con Olenka.

—Por supuesto que no, el tiempo es muy valioso y no podemos perder ni un minuto.

—Pero mamá...

—Nada de peros, Olivia —dijo la rubia.

—Papá me dirá que sí —dijo Liv, su madre la miró indignada.

—Entonces tal vez él pueda darte clases de ballet también —le respondió cruzándose de brazos.

—Solamente es un día —insistió la castaña, Jonathan iba a intervenir pero Olenka habló primero.

—De acuerdo, pero el sábado ensayaremos el doble —los dos chicos asintieron—. Y hablando de ensayos perdidos, dentro de dos semanas no habrá clase.

—¿Por qué no? —preguntó el rubio.

—Es día de Acción de Gracias —dijo Liv como si fuera lo más obvio del mundo.

—¿Pasarás el día con tu familia, Jonathan? —preguntó Olenka, aunque ni ella ni Robert eran norteamericanos de nacimiento, habían adoptado esa costumbre y cada cuarto jueves de noviembre ofrecían una cena para sus amigos más cercanos, es decir, los Dashwood.

—No solemos celebrar esa fecha —respondió Jonathan—, somos británicos.

—Es verdad —dijo Olenka torciendo la boca—. De todas formas, tú y tu familia podrían venir a pasar el día con nosotros.

—Mis padres no podrán venir, saldrán de viaje esa semana —comentó el chico—, pero yo con gusto asistiré.

—¡Magnífico! —dijo la rubia, se despidió y salió del aula.

—¿Quieres algo de tomar? —le preguntó Liv, el chico asintió. Aunque ya se les había hecho una costumbre de tomar algo luego de los ensayos, la chica seguía ofreciéndolo. Ella tomaba té de frutos rojos, su favorito, él siempre le pedía café.

Al día siguiente, Liv y Jonathan se encontraban en la fila para comprar los boletos de la película. Estaban hablando sobre los actores cuando el celular de la chica comenzó a sonar.

—Tal vez sea mi madre que cambió de opinión —dijo ella divertida pero dejó de estarlo cuando leyó “Bash” en la pantalla.

—¿No vas a responder? —Jonathan alzó una ceja, ella negó con la cabeza.

—No es importante— le dijo presionando el botón rojo para rechazar la llamada. Seguramente Sebastian tomaría aquello como una muestra de que seguía molesta, aunque no era así, pero tampoco quería hablar con él en ese momento. Estaba con Jonathan y era lo único que le importaba. Solamente le envió un mensaje en el que decía que estaba ocupada y le llamaría después. Así pues, entraron a la sala y vieron la película, Liv comenzó a sentirse nerviosa y odiaba esa sensación, se decía a sí misma que sólo eran amigos, no tenía por qué ponerse así. Sin embargo, mientras pasaban los días, aquel sentimiento iba incrementando hasta el punto de distraerla al momento de bailar.

—¿Qué te sucede hoy, Olivia? —su madre detuvo la música y la miró con el ceño fruncido.

—No... No sé —balbuceó sin mirarla.

—Estás muy distraída, no saldrá bien si tú no pones de tu parte, por más que Jonathan se esfuerce —Liv odiaba que su mamá la regañara frente a otras personas y en ese momento más porque era frente a Jonathan.

—Sí, lo sé —dijo la castaña fastidiada.

—¿Sigues peleada con Sebastian? —Liv alzó rápidamente la vista hacia su madre y la miró molesta, tampoco le gustaba que mencionara sus problemas personales.

—No es eso —musitó volteando la cabeza hacia otra dirección, sintió la mirada de Jonathan clavada en su espalda.

—¿Entonces? —la rubia alzó una ceja y se cruzó de brazos, Liv negó con la cabeza y sin decir nada salió de la habitación—. ¡Olivia! —su madre la llamó pero no obtuvo respuesta.

—Iré a hablar con ella —dijo el chico en cuanto vio que Olenka se disponía a seguir a su hija, ella lo observó y asintió. Robert estaba sentado en el sofá de la sala junto con James, ambos veían un partido de rugby, giraron la cabeza vista al escuchar a Liv refunfuñando mientras caminaba enfadada hacia

la cocina. Volvieron la vista hacia la televisión cuando escucharon que la puerta trasera se azotaba. Jonathan apareció unos segundos después y buscó a la chica con la mirada.

—Patio trasero —dijeron Robert y James al unísono sin molestarse en mirar al chico, éste dio las gracias y corrió hacia la cocina para salir al jardín. En un principio no encontró a Liv ya que ella estaba hecha un ovillo en la parte posterior de un árbol.

—Aquí estás —dijo él recargando su palma en el tronco, ella abrazó más sus rodillas sin verlo—. ¿Está todo bien?

—Quiero estar sola —el rubio puso los ojos en blanco y se sentó a su lado ignorando lo que Liv había dicho—. Hablo en serio, Jonathan —el chico alzó ambas cejas.

—Está bien, pero quiero que sepas que si necesitas hablar con alguien sobre lo que te sucede, puedes contar conmigo —ella lo miró y forzó una sonrisa.

—Gracias —le dijo, él le sonrió y se levantó—. Creo que sólo estoy algo nerviosa por la presentación, sé que falta un mes pero no puedo evitarlo —mintió, la verdad era que no le preocupaba para nada el evento en Manhattan, sino lo que estaba sintiendo por el rubio en ese momento.

—Lo sé —dijo Jonathan—. Es normal, pero lo haces bastante bien.

—¿Tú crees? —el chico asintió tendiéndole una mano para ayudarla a pararse, ella la tomó y se alzó quedando a muy pocos centímetros de él.

—Vas a deslumbrar a todos en Manhattan —musitó, sus ojos se encontraron con los de Liv, poco a poco sus rostros se fueron acercando hasta que sus alientos chocaron. Justo antes de que sus labios se juntaran, James salió al jardín para decirle que Sebastian estaba en la sala esperándola.

—¿Bash está aquí? —repitió lo que su hermano había dicho. Liv pensaba que su mejor amigo no volvería sino hasta diciembre, sin embargo, ahí estaba él, sentado en uno de los sillones viendo el concierto junto con el señor Breen. Sebastian alzó la mirada cuando la chica entró en la habitación, le sonrió y agitó la mano para saludarla. Ella no dejaba de observarlo con sorpresa. Jonathan apareció atrás de ella y rodeó los hombros de la castaña con su brazo.

—Tú debes de ser Jonathan, ¿verdad? —el rubio asintió sin soltar a Liv ni un instante—. Yo soy Sebastian, el mejor amigo de Liv —ella no se percató de las miradas de desagrado que se lanzaron ambos chicos, seguía algo

confundida y aturdida por su casi primer beso. Sebastian la sacó de sus pensamientos—. ¿Por qué estás tan roja? —preguntó haciendo que se pusiera aún más colorada.

—No lo estoy —dijo ella tocando sus mejillas y frunció el ceño—. ¿Qué haces aquí? Creí que no vendrías hasta Navidad.

—Quise sorprender a mis padres, es una fecha importante para ellos, ya sabes —dijo Sebastian alzando los hombros—. Y de paso a ti, boba.

—¿Por qué me dices así? —Liv lo miró mal.

—Aunque no creí que estarías ocupada —dijo levantándose—. Supongo que nos veremos mañana —ella asintió sin dejar de verlo. El chico se despidió de todos, le lanzó una última mirada a Jonathan y salió de la casa. James estaba riendo por lo bajo junto con su padre por lo que acababa de suceder, al parecer Liv había sido la única que no se había dado cuenta de la tensión entre Sebastian y Jonathan.

Al día siguiente, Liv comenzó a arreglarse para la cena de Acción de Gracias, se colocó unos jeans azules, un suéter beige delgado de manga larga y unas botas color miel. Recogió su cabello castaño oscuro en una coleta alta y se puso un poco de maquillaje, ya que en ese entonces no acostumbraba a usarlo todos los días. Bajó para ayudar a su madre en lo que hiciera falta. Liv tomó una pequeña tarta de calabaza y comenzó a comerla.

—Tranquila con esos postres, ¿de acuerdo? —le dijo su madre, Liv puso los ojos en blanco—. Te noto un poco más llena.

—Pero mamá, estoy cuidándome.

—Sólo digo —Liv resopló, dejó la tarta en la barra de la cocina y salió de ahí hacia su habitación para observarse en el espejo. Liv había empezado a subir de peso a los siete años y no había manera de que adelgazara, hasta que fue con un médico y empezó a tratar su caso, luego de cinco años ella comenzó a bajar de peso.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó James asomándose por la puerta, su hermana estaba contemplándose en el espejo.

—Nada... —dijo ella mirándolo.

—Por favor no me digas que de nuevo tienes esos problemas.

—No, claro que no —dijo Liv abrazándose—. Es sólo que mamá dijo...

—Oye, no le hagas caso, te ves bien.

—¿Tú no crees que subí de peso?

—¿Eso te dijo? —la castaña asintió, James rió.

—Ya sabes cómo es, pero no, de hecho creo que luces más delgada y debes creerme, porque yo no suelo decirte estas cosas —Liv le sonrió y lo abrazó. En eso sonó el timbre de la puerta, era Jonathan, había llegado con la salsa de arándanos que le había encargado Olenka, Liv se ruborizó en cuanto lo vio y lo hizo aún más cuando la saludó dándole un pequeño beso en la comisura de los labios.

—Espero que esté bien —dijo el chico refiriéndose a la salsa—. Nunca antes había comprado una.

—Está perfecta, gracias, cariño —dijo la rubia dedicándole una radiante sonrisa y regresó a la cocina. Liv se encargó de poner la mesa, con ayuda de Jonathan, claro.

—¿Por qué hay más lugares? —inquirió el chico, ella le explicó que desde que llegaron a Brooklyn, los Dashwood los habían invitado a todas sus celebraciones y se les hizo costumbre pasar los días festivos juntos.

—Este año nos toca a nosotros —dijo colocando la última servilleta.

—Ya veo —dijo el rubio, segundos después tocaron el timbre.

—Y ahí están —dijo Liv sonriente y fue a abrir la puerta. Saludó a los padres de Sebastian con mucho ánimo, detrás de ellos venía su mejor amigo quien le entregó una bolsa de regalo como oferta de paz entre los dos—. No tenías que hacerlo —dijo cerrando la puerta, fue hacia la sala para abrir la bolsa y ver su contenido.

—¿Por qué está tu amigo el bailarín aquí? —susurró el ojiverde.

—Mi madre lo invitó —dijo la chica encogiéndose de hombros y lo presentó a los señores Dashwood mientras abría la bolsa. Dentro se encontraba una caja musical, la chica levantó la tapa, una bailarina en miniatura se alzó y empezó a sonar el *Vals de los copos de nieve*. El rostro de Liv se iluminó—. ¡Está increíble! —dijo sin dejar de ver a la bailarina girar, entonces se dio cuenta que llevaba el mismo vestuario que Elizabeth le había hecho para la Navidad anterior.

—El padre de mi amigo Steve hace estas cosas —señaló la caja—. Las personaliza y todo eso, sólo tuve que mostrarle una fotografía —el chico se encogió de hombros, Liv dejó la caja en el sofá y abrazó a su mejor amigo.

—¡Muchas gracias, Bash! —el chico sonrió y le devolvió el abrazo. Jonathan los observó tratando de ocultar su enojo, pero no tuvo mucho éxito porque Sebastian se dio cuenta y lo único que hizo fue sonreírle cínicamente,

lo cual aumentó la molestia del rubio. Aquello complació al ojiverde. Robert les dio la bienvenida a sus amigos y los invitó a pasar al comedor para comenzar con la cena. Jonathan no se separó de Liv ni un segundo y ella estaba más que encantada, al grado en que llegó a ignorar a Sebastian. Fue entonces que el rubio sonrió mientras observaba el semblante serio del otro chico.

—Me la pasé bastante bien —le dijo Jonathan a Liv, estaban ya fuera de la casa.

—Puedes espiar por la mirilla —le dijo James en tono burlón a Bash al darse cuenta de que no dejaba de mirar hacia la puerta de la entrada.

—¿Cómo crees? —el chico lo miró ofendido, pero se encaminó hacia la puerta, no para mirar, sólo se colocó a un lado para escuchar.

—¿Mañana ensayaremos verdad? —preguntó Jonathan tomando la mano de la castaña, ella esbozó una tímida sonrisa y asintió.

—Vete con cuidado —dijo la chica, Sebastian puso los ojos en blanco y abrió la puerta.

—Olivia, tu madre te busca —Liv miró molesta a su mejor amigo por haberlos interrumpido por segunda ocasión.

—¿Justo ahora? —enarcó una ceja y lo observó con incredulidad, el chico asintió, Jonathan negó con la cabeza y rió por lo bajo.

—Ve, nos vemos mañana.

—De acuerdo —dijo la castaña, el rubio le guiñó el ojo y se dio la vuelta. Sebastian tomó a su amiga del brazo y la metió en la casa—. Eres demasiado inoportuno.

—No me agrada ese sujeto —dijo frunciendo el ceño.

—¿Acaso estás celoso? —Sebastian bufó.

—Para nada, es sólo que hay algo en él que no me gusta.

—Ni siquiera lo conoces.

—No es necesario, se nota a primera vista que es un desgraciado.

—¡Sebastian!

—¿Qué? Es la verdad, Olivia—la chica puso los ojos en blanco y resopló.

—Es agradable y me ha ayudado en muchas ocasiones.

—¿Y qué con eso? —dijo el chico encogiéndose de hombros.

—Me gusta —Liv miró a su mejor amigo y se mordió el labio—. Y creo que yo le gusto a él —dijo jugando con sus dedos, Sebastian la miró con incredulidad.

—Tienes que estar bromeando.

—¿Te parece que lo esté haciendo? —el ojiverde suspiró.

—Mira, Liv, te estoy diciendo esto porque me importas, y sé ese sujeto no tiene buenas intenciones.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque soy hombre y sé cómo somos a veces—ella se burló—. Hablo en serio.

—Tú nunca hablas en serio, Sebastian —dijo la chica negando con la cabeza.

—Esta vez sí, no quiero que te lastimen —en cualquier otra ocasión aquello habría enternecido a Liv, pero en ese momento se estaba desesperando demasiado. Estaba molesta porque Sebastian la había interrumpido con Jonathan y porque ahora estaba dándole toda una cátedra de por qué no debería gustarle.

—Pues ya será asunto mío —dijo ella cruzándose de brazos.

—¡Ja! Está bien, pero créeme que no me contendré cuando llegue el momento de que tenga que decir “te lo dije”.

—Buenas noches, Sebastian —dijo ella y pasó de largo junto a él, lo que hizo que el chico riera con incredulidad.

—Siempre haces lo mismo —Liv se detuvo y giró un poco la cabeza antes de subir la escalera hacia su habitación—. Te enojas conmigo, me dejas de hablar y luego regresas como si nada. Algún día me voy a cansar de eso, Olivia —ella se volteó para verlo.

—¿De verdad? —la castaña arqueó ambas cejas—. ¡Pues cánsate de una buena vez y desaparece! —le soltó antes de darse la vuelta e irse a su cuarto. Sebastian puso los ojos en blanco y se fue a su casa. El domingo regresó a California sin siquiera decirle a Liv, lo cual hizo que ella se enojara mucho más.

—Yo creo que exageraste —le dijo Keira mientras caminaban hacia la salida del colegio, la castaña la volteó a ver perpleja.

—¿Disculpa? —la morena se encogió de hombros—. Él se está entrometiendo en mis asuntos.

—Pero es tu mejor amigo, tú también lo harías si la situación fuera al revés, lo sabes —comentó la chica—. Quieres lo mejor para Bash y él hace lo mismo.

—Pues sí, pero... —no supo cómo debatir aquello—. Supongo que debo pedirle una disculpa.

—Supones bien —Liv sacó su teléfono y comenzó a escribir un mensaje para Sebastian, entonces recordó que ella estaba molesta por otra cosa.

—¡Pero él ni siquiera se despidió! —Keira puso los ojos en blanco y negó con la cabeza.

—Es lo de menos, merece que le pidas una disculpa.

—¿De qué lado estás? —Liv guardó su teléfono y se cruzó de brazos.

Durante las siguientes dos semanas, Olenka no dejó descansar a sus alumnos, a pesar de que la pieza ya estaba perfecta. Cuando llegaron a Manhattan, el estómago de Liv comenzó a contraerse y los nervios se apoderaron de ella, así le pasaba siempre, cuando ya estaba a punto de presentarse entonces empezaba a sentirse nerviosa. En el hotel se encontraron con muchos bailarines, todos se veían tan profesionales y eso la hizo sentir peor.

—Ensayaremos una vez en el escenario para ajustar las luces y para que conozcan el espacio, no desaprovechen esto —advirtió Olenka, ambos asintieron. El ensayo salió bien, tanto Liv como Jonathan se relajaron un poco.

—¿Ya estás más tranquila? —la castaña asintió—. Bien —dijo el otro abrazándola.

—¿Nate, eres tú? —ambos se giraron para ver de dónde provenía esa voz, se encontraron con una chica pálida de cabello azabache y ojos verde aceituna.

—¡Serena! —dijo él aproximándose hacia ella y la abrazó.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a bailar.

—Sabía que no dejarías el ballet.

—Ella es Olivia Breen —comentó Jonathan presentando a la chica—. Y ella es Serena Malone, una amiga de Londres.

—¿Ahora soy sólo eso? —dijo divertida—. Fuimos novios pero decidimos terminar como amigos —aquella información no era necesaria, pensó Liv, viendo las claras intenciones de Serena.

—Sí, bueno, bien por ustedes —dijo forzando una sonrisa—. Volveré al cuarto, nos vemos después, Nate.

—Claro —dijo el rubio. Liv se decepcionó un poco pues creyó que le diría que se iría con ella. Eso le pasaba por esperar tanto de las personas. Al día siguiente, Liv y Jonathan presentaron el *pas de deux*, al público le encantó y

también a los miembros del Ballet de la Ciudad de Nueva York. Una de las profesoras se acercó a ellos al finalizar la presentación, Liv la reconoció como la estirada que le había dicho que no era tan buena como su madre.

—Has mejorado bastante —le dijo—. Aunque aún te falta mucho para igualar a Olenka.

—Y a ti te falta mucho para ser una buena maestra —Liv se giró y vio a su madre parada con los brazos cruzados—. Nunca lo fuiste y por lo visto, nunca lo serás, Dominique —aquella mujer había pertenecido a la Academia Vagánova, donde Olenka se formó, fue su maestra, era un par de años mayor que ella. Siempre fue demasiado estricta y le gustaba humillar a sus alumnas.

—Y aún así, aquí estoy, en una de las academias de ballet más reconocidas.

—No tuviste opción —le recordó la rubia, pues la habían corrido de la academia rusa.

—Como sea —forzó una sonrisa y se giró hacia Jonathan—. Quisiera ofrecerte una beca en nuestra Academia, para el momento en que quieras tomarla, con alojamiento y otros gastos incluidos.

—Él es mi alumno —intervino Olenka.

—Y como su maestra deberías permitirle que crezca como bailarín, que pruebe en otros lugares.

—Por el momento estoy bien, gracias —dijo Jonathan, Dominique le dedicó una sonrisa y le tendió una tarjeta.

—Si llegas a cambiar de opinión, llámame —el chico asintió y tomó la tarjeta, la otra se despidió, se dio la vuelta y se fue.

—La detesto —dijo Liv entre dientes.

—No le hagas caso, Olivia —le dijo su madre—. Siempre estuvo celosa de mí y ahora lo está de ti —la castaña suspiró y miró a Jonathan.

—Es una buena oferta, tal vez deberías aceptarla.

—Tiene razón, no quiero detenerte —le dijo Olenka.

—No es necesario —comenzó a decir el chico—, me quedaré con ustedes —dijo sin dudar. Y así fue, por un par de meses más, antes de que lo invitaran a una semana de prueba en abril. Cuando regresó, comenzó a comportarse diferente con Liv, dejó de asistir a las clases con Olenka y poco a poco se fue alejando.

—¿Está todo bien? —le preguntó Liv a Jonathan un día al terminar la clase de la profesora Dawson.

—Sí —dijo el otro relajado.

—Es que siento que te estás alejando y ya casi no hablamos.

—Pero fuiste tú la que comenzó a alejarse de mí —Liv lo miró incrédula.

—Yo sigo yendo a las clases con mi madre y ya van dos semanas que no te paras por ahí —Jonathan suspiró y se encogió de hombros.

—Lo siento, he estado muy ocupado y con todo esto del Ballet de Nueva York.

—¿De qué hablas? —la castaña frunció el entrecejo, ella no tenía ni idea de que Jonathan había ido a la semana de prueba, ni mucho menos que había aceptado la beca.

—Quiero crecer como bailarín —comenzó a decir—. Tu madre es buena, por supuesto, pero no puedo avanzar con ella, necesito certificados, cosas que avalen mi nivel y con ustedes nunca obtendré eso.

—Entonces aceptaste la beca —Jonathan asintió—. ¿Y por qué no nos dijiste?

—Creí que se molestarían.

—Claro que no, nos dolerá dejarte ir, pero es algo bueno para ti y tienes razón, mi madre no puede ofrecerte eso que buscas.

—Gracias por entenderlo, Liv.

—¿Y por eso dejaste de hablarme? —él asintió, aunque no era del todo cierto. Dominique le había pedido que cortara toda relación con Olenka y Liv, de lo contrario, no lo aceptaría en el ballet de Nueva York—. Pues ya no tienes que ignorarme.

—Lo sé —dijo él—. ¿Te parece que olvidemos todo esto que sucedió? ¿Borrón y cuenta nueva? —ella sonrió y asintió, creyéndole. Pasaron un par de días y todo parecía haber regresado a la normalidad, sin embargo, Jonathan volvió a hacer lo mismo y comenzó a evitar a Liv. Él pensaba que era lo mejor para ambos.

—Creí que ya estábamos bien —le dijo a Keira cuando lo vio salir del salón sin decirle nada, ni siquiera la saludó o se despidió.

—Se le han de haber subido los humos —comentó su amiga negando con la cabeza, Liv bajó la cabeza y se mordió el labio, ¿por qué se había vuelto así? No lo entendía y probablemente nunca lo sabría, porque Jonathan no iba a confesarle la verdadera razón por la cual ya no le hablaba, había preferido su futuro que a ella. Liv decidió hablar una vez más con él, ¿qué podía perder?

—Está bien, te lo diré —dijo el rubio—. Ben me dijo que yo te gustaba y la verdad es que tú no me gustas a mí, entonces me resulta algo incómodo estar

contigo —Liv no esperaba que le dijera eso, estaba más que convencida de que a Jonathan también le gustaba ella y se negaba a creer aquello.

—¿Y entonces comenzaste a actuar como un cretino por algo que te dijeron?

—¿Vas a negar que te gusto? —la castaña respiró hondo y lo miró.

—No —dijo sin titubear—. Me gustas y creo que me enamoré de ti, pero ya nada de eso importa, ¿o sí? —Jonathan la miró perplejo, abrió la boca para decir algo pero volvió a cerrarla. Podría haberle dicho la verdad en aquel momento, pudo haberle dicho que ella también le gustaba y sentía que las cosas fueran así, pero le importaba mucho más su futuro como bailarín que un posible romance.

—Nos vemos, Liv —fue lo último que dijo antes de darse la vuelta e irse. La castaña pegó su espalda en los casilleros, apretó los labios y trató de reprimir las lágrimas. Jonathan ni siquiera se molestó en despedirse de Liv antes de irse de Cassworth. Aquello hizo que la chica se sintiera realmente triste, nunca había experimentado nada igual, el rechazo y su primera desilusión. Ni siquiera se sintió así cuando se dio cuenta de que le gustaba Sebastian y que eso no podría suceder porque eran mejores amigos, ni siquiera en ese momento se sintió tan miserable. Liv no entendía que apenas tenía dieciséis años y que en la vida haría cosas mucho más grandes e importantes que ser la novia de Jonathan Ross.

Danza
del
Hada
de
Azúcar

“Detente, corazón mío, detente; y
vosotros mis nervios, no os debilitéis así
en un momento, sostenedme robustos...”

—Hamlet, William Shakespeare.

Olivia Breen

Liv dejó de recordar lo que había sucedido con Jonathan, solamente le provocaba una enorme tristeza y además venía a su mente el hecho de que Sebastian había tenido la razón sobre él y odiaba admitirlo. Suspiró y trató de no pensar en nada relacionado a su pasado, ni en su mejor amigo. Eventualmente, tendría que lidiar con las consecuencias de sus decisiones, es decir, de su declaración, pero por el momento se enfocaría en el ballet y en lograr su sueño de ser una *prima ballerina*. En el primer día del programa de verano, Liv fue la primera en llegar, estaba algo nerviosa, pero sabía que podría con cualquier cosa que se le presentara, o al menos eso creyó. La siguiente persona que llegó fue Serena, la ex novia de Jonathan, había pasado mucho tiempo que no se veían, pero Liv la recordaba bastante bien.

—Así que decidiste unirme al *Royal Ballet* —le dijo la chica con una radiante sonrisa—. Será bueno tenerte.

—Creí que ya llevabas tiempo aquí —dijo Liv frotándose el brazo.

—Sí, estoy aquí desde los once años —comentó Serena mientras se colocaba las zapatillas—. Por eso me mandaron a dar el programa de verano.

—Ya veo —dijo la castaña asintiendo.

—Aunque dudo mucho que tú lo necesites —le dijo sinceramente. Liv había pensado que Serena era una chica presumida y arrogante. Cuando la conoció, le había dejado en claro que era la ex novia de Jonathan, aunque tal vez Liv lo malinterpretó todo, no sería la primera vez que lo hacía.

—Pienso que siempre es necesario repasar y practicar, nunca hay que confiarse —dijo la chica alzando los hombros.

—En eso tienes toda la razón —Serena le sonrió. Poco después llegaron las demás chicas y la clase comenzó. Durante el resto del verano, Liv y Serena empezaron a llevarse bien, de hecho, se convirtieron en muy buenas amigas—. ¿Quieres hacer algo este fin de semana?

—Claro —dijo Liv mientras guardaba sus zapatillas en su bolso. Era la última clase del programa de verano, después de eso iniciaría el verdadero reto. Serena propuso que fueran al cine y luego a comer algo.

—Quiero desquitarme todo el ejercicio que hemos hecho —dijo mientras se dirigían a un restaurante donde vendían unas hamburguesas excelentes. Liv no era muy aficionada a ellas, las comía, pero si le daban a elegir, prefería una buena rebanada de pizza.

—¿Son muy estrictos respecto a la dieta de una bailarina? —preguntó Liv tomando una papa frita y se la metió a la boca.

—No es que nos obliguen a comer sano, pero también debemos mantenernos en un peso, o de lo contrario estás fuera —la castaña había tomado otra papa, pero después de escuchar eso la regresó. Serena rió y negó con la cabeza—. Tú estás bastante bien, Vía, así que no te preocupes por eso y sigue comiendo. Además, es solamente un día —Liv le sonrió y se metió otra papa a la boca. Era fácil para Serena decirlo, ella era bastante delgada y parecía de esas chicas que comía demasiado y no engordaba. En cambio, Liv, parecía que respiraba y aumentaba de peso, además tenía ciertos problemas respecto al peso en su pasado, por eso mismo cuidaba bastante su alimentación, aunque a veces terminaba cediendo, sobre todo cuando Sebastian le insistía en que no había nada de malo en que comiera porquerías de vez en cuando—. ¿Has hablado con Nate? —preguntó Serena, Liv parpadeó varias veces y negó con la cabeza.

—Desde que ingresó al Ballet de Nueva York no lo he visto, ni siquiera mantuvimos contacto —la castaña se encogió de hombros y trató de fingir que no le afectaba. Habían pasado dos años y Liv aún sentía como si le golpearan el estómago cada vez que alguien mencionaba a Jonathan.

—Tan típico de él —musitó Serena—. No es una persona que se involucre mucho con los demás.

—De eso me di cuenta —dijo la castaña jugueteando con una papa y sin mirar a su amiga.

—Sé que le gustabas, nunca me lo dijo, pero me di cuenta de cómo te miraba —comentó Serena, Liv alzó la cabeza y la observó con incredulidad.

—Eso ya no importa —dijo la chica meneando la cabeza.

—Supongo que no —la otra se encogió de hombros—. Aunque considero que es mejor así, Nate no era un buen novio, créeme.

—Te creo —dijo Liv forzando una sonrisa—. ¿Hay otra cosa que deba de saber sobre las clases? —preguntó la chica cambiando de tema, entonces Serena comenzó a darle una infinidad de consejos.

—Y da lo mejor de ti —concluyó tomándola de las manos. —Ya quiero que compartamos el escenario en el Royal Opera House.

—Sólo hay que esperar dos años —dijo Liv riendo.

—Tú podrías estar ahorita mismo en el elenco —comentó Serena, la castaña iba a responder pero la peli azabache le ganó—. Pero hay un protocolo que seguir, lo sé —dijo poniendo los ojos en blanco. Liv se encogió de hombros y siguió comiendo.

Al día siguiente, Liv despertó y se llevó la grata sorpresa de que Keira había llegado. Aquello le levantó mucho el ánimo, sobre todo porque se había pasado toda la noche pensando en Jonathan. No pudo evitarlo, aún se preguntaba qué estaría pasando con su vida.

—¿Ahora son amigas? —preguntó Keira cuando Liv le contó sobre Serena.

—Creo que me equivoqué respecto a ella —comentó la castaña.

—Bueno, al menos ya tienes una amiga ahí.

—Sí, pero ella no va a tomar las clases conmigo —le explicó—. Serena da clases a las principiantes.

—Qué mal —dijo Keira torciendo la boca—. Quería preguntarte algo.

—¿Qué sucede?

—Si no quieres no me digas, es sólo que el día en que te fuiste, Bash no sabía que...

—Lo sé —Liv soltó un suspiro y comenzó a contarle lo que había pasado el día de la graduación—. Al parecer te equivocaste esta vez, Keira, ya que él no siente lo mismo por mí.

—¿Te lo dijo como tal? —la castaña negó con la cabeza.

—Pero tampoco dijo que sí.

—¿Y cómo te sientes al respecto? —Liv alzó los hombros—. ¿Te arrepientes de haberle dicho?

—Pues a veces sí y a veces no. Quiero decir, seguimos siendo amigos y todo, pero no veo cómo va a ser posible que me deje de gustar.

—Lo lamento —Keira puso su mano en la de Liv y le dio un apretón.

—Pero ya es suficiente de mí —dijo la castaña limpiándose los ojos pues se habían humedecido un poco—. Dime, ¿ya estás lista para la Universidad?

—Eso creo —dijo la morena encogiéndose de hombros. —Me asusta un poco, pero al mismo tiempo estoy emocionada.

—Sé que te va a ir bien.

—Espero —dijo Keira—. ¿Tú piensas en algún momento estudiar una carrera?

—No lo sé, me gustaría, pero ahorita quiero acostumbrarme al ritmo en el *Royal Ballet* y ya después veré si puedo con la Universidad —dijo Liv entre risas. Ese día, por la tarde, Serena llegó al departamento de la castaña. Liv la había invitado para que conociera a Keira, sin embargo, no resultó como lo esperaba. Una vez que se fue, su mejor amiga le dijo que no le agradaba para nada.

—Es la persona más falsa que he conocido —dijo cruzándose de brazos, Liv alzó ambas cejas sorprendida. Keira no era de las que decían cosas malas de los demás, pero Serena no le había caído para nada bien—. No te fies de ella, Liv.

—No es tan mala.

—Sólo es un consejo —le dijo Keira forzando una sonrisa.

Durante su primer año en el *Royal Ballet*, Liv se la pasó de maravilla, cada día despertaba contenta de haber cumplido uno de sus sueños. Si bien tenía uno que otro día malo, no opacaban para nada a los buenos. En sus clases conoció a Ethan y a Margot, se volvieron cercanos a Liv, aunque ella se andaba con cuidado, pues su madre le había dicho que no debía de confiar en nadie. Además, a Liv solamente le interesaba progresar en el ballet, ella iba a bailar y a mejorar su técnica, no tenía pensado hacer amigos.

—Me encantaría que estuvieras en la obra de diciembre —le dijo una de sus profesoras. Liv trataba de que los comentarios positivos no se le subieran a la cabeza y de que los negativos no le bajaran su autoestima, pues sabía que la mayoría de esos comentarios eran producto de la envidia—. Tal vez pueda hablar con la directora para que eso sea posible.

—Le agradezco mucho la intención, pero quiero ir poco a poco.

—De acuerdo, pero si alguna vez cambias de opinión puedes decírmelo.

—Cuenta con ello —dijo Liv y siguió estirando en la barra.

—No deberías de creerte todo lo que te dicen, Breen —le dijo una chica al terminar el día. Estaban en los vestidores cambiándose.

—Si lo dice debe de ser porque así lo cree, Becca —intervino Margot encogiéndose de hombros.

—Claro, es porque su madre fue una bailarina estrella —dijo la otra hostilmente—. Todos aquí la alaban por eso.

—Nadie me alaba —dijo Liv frunciendo el entrecejo—. Sólo fue un comentario que hizo una de las maestras. Si tanto te molesta que me lo haya dicho a mí, entonces esfuérzate más para que sea a ti a quien se lo diga —sin más que decir, Liv tomó su maleta y salió de la escuela hacia su departamento. Aquel día, Keira llegó con un montón de libros que había sacado de la biblioteca de la Universidad, esa semana le habían dejado demasiada tarea, apenas y pudo acompañar a Liv durante la cena. En ese momento, la castaña se preguntó si de verdad quería estudiar una carrera, no estaba segura de poder con la presión del *Royal Ballet* y de la Universidad.

—Yo creo que eres bastante capaz —le dijo Keira el viernes por la mañana, mientras desayunaban—. Pero lo que te sucede es que no quieres salir de tu zona de *comfort* —le dijo metiéndose lo que quedaba de pan tostado a la boca y se levantó apresurada. Liv suspiró y vio a su amiga correr por todo el departamento, finalmente se despidió de ella y salió de ahí. Liv terminó de arreglarse, tomó su maleta con sus cosas para ballet y se dispuso a ir a sus clases. Antes de salir, observó el fólder que estaba sobre la mesa, dentro estaban sus papeles para inscribirse a la Universidad. Negó con la cabeza, lo tomó y lo guardó en la maleta. Una vez que acabaron sus lecciones de ballet, se fue caminando hacia el King's College. Miró el edificio, respiró hondo y fue a las oficinas para inscribirse, ya no había vuelta atrás. Terminando todo el proceso de ingreso a la Universidad, Caminó hacia la salida dudando de si había tomado la decisión correcta, sabía que viviría del ballet para siempre, incluso cuando ya no pudiera presentarse, daría clases o algo así, pero una parte de ella quería tener algo más. Liv estaba distraída en sus pensamientos y no se fijó que el piso estaba mojado porque lo estaban limpiando, dio un paso y resbaló, sus cosas volaron y ella terminó en el suelo.

—Déjame ayudarte —Liv escuchó una voz masculina, alzó la vista y se encontró con un par de ojos aguamarina que la miraban consternados. La

castaña observó al hombre que tenía enfrente, tendría unos treinta y tantos, pero no más de cuarenta. Liv se apresuró a recoger sus cosas, él trató de ayudarla pero ella fue más rápida, lo único que pudo levantar fueron las zapatillas junto con un folleto del *Royal Ballet*, luego le tendió la mano a la chica para ayudarla a ponerse de pie.

—Gra... gracias —balbuceó Liv sin dejar de verlo, era un hombre atractivo, al menos para ella.

—¿Te encuentras bien? —el hombre ladeó la cabeza, sus ojos reflejaban una sincera preocupación.

—Sí, creo que sí —dijo curvando un poco los labios, aunque en realidad le dolía un poco el coxis por el sentón que dio.

—¿De verdad? —él la miró suspicaz—. Puedo llevarte a la enfermería si lo deseas.

—Oh, no, no hay problema —dijo la chica negando rápidamente con la cabeza y alzando las manos.

—De acuerdo —dijo él. —Ten más cuidado la próxima vez —Liv se limitó a encogerse de hombros, le dio las gracias nuevamente y salió de ahí lo más rápido que pudo. Una vez que llegó a su departamento, se preparó una taza de té y buscó algún analgésico en el botiquín. Una vez que la pastilla hizo efecto y que se terminó su té, decidió tomar una pequeña siesta.

Tuvo un sueño extraño en el que Sebastian y ella iban en un autobús a una excursión. Estaban sentados juntos y él tenía su cabeza recargada sobre el hombro de la chica, iban riéndose y de vez en cuando se besaban. Entonces llegaban al lugar donde siempre iban de campamento y ahí los estaba esperando el hombre que la había ayudado, éste comenzaba a reclamarle a Liv porque estaba tomada de la mano con Sebastian. Luego de eso despertó, estaba algo desorientada, se frotó los ojos y se estiró. Se levantó de la cama y fue hacia el baño para tomar una ducha. El agua caliente caía sobre ella y no pudo evitar pensar en su sueño, no era la primera vez que soñaba algo así con Sebastian y siempre se sentía decaída una vez que despertaba, ya que deseaba que aquello se hiciera realidad. Sin embargo, pronto sus pensamientos se desviaron hacia el hombre que la había ayudado. Abrió los ojos de golpe al darse cuenta de que él se había quedado con sus zapatillas. Maldijo pegando la mano en la pared, era tarde y seguramente ya no lo encontraría en la Universidad. Además, la siguiente semana era el periodo vacacional de

Pascua, tampoco podría buscarlo. Salió del baño con su pijama puesta y se dirigió hacia la cocina.

—Hola —saludó Keira, quien entró al departamento, lucía bastante cansada pero al mismo tiempo aliviada. La semana había terminado y había cumplido con todas sus tareas, estaba lista para un merecido descanso. Liv preparó un poco de café para su amiga y algo de cenar para las dos. Al fin podrían sentarse a platicar tranquilamente. Liv comenzó a contarle todo su día y lo que había sucedido en la Universidad—. Tal vez sea un profesor, ¿cómo dices que es?

—Pues es muy alto y delgado, tiene ojos azules con un toque de verde y me atrevería a decir que es guapo —Liv recargó su barbilla en la palma de su mano y miró hacia el techo tratando de recordar a aquel hombre—. Tiene el cabello negro, algo largo y ondulado, su piel es bastante blanca, parece un vampiro.

—¿Como Edward Cullen? —Liv la volteó a ver con cara de disgusto.

—Iugh, no, hablo de un vampiro de verdad —Keira comenzó a reír.

—Déjame pensar —dijo frunciendo el entrecejo tratando de recordar a alguien con esas características entonces su expresión cambió y formó una “o” con su boca

—¿Lo has visto?

—¡Claro!

—¿Y quién es?

—El profesor Sharpe —respondió la morena—. Da clases en Literatura y un par de materias en Historia Antigua, una de mis compañeras lo acosa y a veces fantasea con él —comentó Keira entre risas, Liv se sonrojó un poco, no es que ella hiciera lo mismo, pero sí había soñado con él y ahora no podía dejar de pensar en el profesor Sharpe.

—¿Y tienes idea de dónde puedo encontrarlo? —su amiga negó con la cabeza.

—Pero cuando regresemos a clases puedo buscarlo y pedirle tus zapatillas.

—Pues ya qué, mañana tendré que usar otras —suspiró y terminó de comer. Al día siguiente, fue a la escuela del *Royal Ballet*, en la entrada la estaba esperando el profesor Sharpe con sus zapatillas en la mano. Liv se aproximó hasta él y lo saludó, él le devolvió el gesto y sonrió.

—Me parece que esto es tuyo —dijo el ojiazul tendiéndole las zapatillas.

—Muchas gracias —dijo tomándolas y las guardó en su bolso—. ¿Cómo

supiste que estaría aquí?

—También se te cayó esto —le mostró un folleto—. Vine a ver si de casualidad te veía aquí.

—No te hubieras molestado —dijo la chica alzando los hombros.

—Está bien, no fue ninguna molestia —respondió él sonriéndole. Liv pensó que aquel hombre era bastante amable, no podía ser real—. Soy William, por cierto, William Sharpe —dijo tendiéndole la mano.

—Olivia Breen —dijo aceptándola y esbozando una ligera sonrisa. Poco después llegaron Margot e Ethan, la saludaron y se dispusieron a entrar.

—Te veo adentro, Liv —dijo el chico mirándola a ella y después a William.

—Sí, ya voy —dijo la chica—. Ya debo irme, de verdad muchas gracias por venir hasta acá a traerme las zapatillas.

—No agradezcas, nos vemos —dijo él haciendo un gesto con la cabeza, se dio la vuelta y se fue. Liv entró, pero se regresó un poco para verlo, suspiró, negó con la cabeza al recordar lo que Keira le había dicho de su amiga acosadora y rió para ella misma.

Los meses pasaron y por fin llegó el verano, Liv decidió pasar un par de semanas en Brooklyn, ya que ese año se había quedado en Inglaterra durante Acción de Gracias, Navidad y Pascua. Lo hizo porque quería pasar el mayor tiempo posible con sus abuelos, le encantaba charlar con ellos, salir a pasear, entre otras cosas. Por suerte, la abuela Claire ya estaba mejor y podía llevar a cabo la mayoría de las actividades recreativas, sin embargo, Liv procuraba ayudarla lo más que se pudiera. Keira solamente la acompañó en Pascua a Exeter y por supuesto fue bien recibida por Claire y Arthur. Sin embargo, no era la única razón por la que había decidido no ir a Brooklyn en todo el año, tampoco tenía muchas ganas de ver a Sebastian, pero ya no podía seguir evitándolo.

—Nos avisas en cuanto llegues al aeropuerto, por favor —le pidió su abuela, la chica asintió y le dio un abrazo fuerte.

—Cuídense mucho —les dijo a sus abuelos, se despidió de nuevo y caminó hacia la puerta de abordaje, volteó a ver a la pareja y agitó la mano para después desaparecer. Pronto subió al avión, una vez que despegó, se puso los auriculares y se perdió en su música. Había comenzado a escuchar a *Florence and the Machine*, luego de haber acompañado a Keira a su concierto, salió

encantada, incluso compró el disco y no paraba de reproducir las canciones una y otra vez. En ese momento estaba escuchando *Cosmic Love*.

—*The stars, the moon, they have all been blown out. You left me in the dark. No dawn, no day, I'm always in this twilight, in the shadow of your hear* —repitió en su mente pensando en qué iba a hacer cuando viera a su mejor amigo. Sin embargo, no le dio tanta importancia, tendría tiempo para meditarlo, porque Sebastian no llegaría a Brooklyn sino hasta un par de días después. O eso creyó ella, pues al llegar a su casa, a Liv se le hizo nudo en el estómago ya que el ojiverde la estaba esperando en la sala de estar. Lo encontró jugando videojuegos con James, quien también había decidido visitar a su familia. Robert lo saludó y subió al cuarto de Liv para dejar su maleta. Olenka puso su mano en el hombro de su hija y lo apretó como para darle ánimos. Liv no pensó que tendría que enfrentarse a su mejor amigo tan pronto. Sebastian dejó de jugar y se levantó para saludarla, pero ambos se sintieron algo extraños. Se dieron un torpe abrazo, Liv apartó la mirada y se acomodó un mechón de su cabello detrás de la oreja. Sebastian la miró y apretó los labios—. ¿Vamos al parque? —sugirió la chica volteándolo a ver, el ojiverde asintió. Los dos salieron de la casa y caminaron en silencio hacia el parque. Liv iba jugueteando con sus dedos sin mirar a Sebastian, él iba con las manos en los bolsillos y volteaba hacia todos lados menos hacia donde estaba su amiga. Una vez que llegaron al parque se sentaron en la banca de siempre. Pasaron unos minutos en silencio hasta que Sebastian decidió hablar.

—¿Por qué te fuiste así? —Liv tardó un poco en contestar, estaba nerviosa y quería elegir bien sus palabras, quería expresarle todo lo que sentía de una manera en la que Sebastian lo entendiera.

—Tenía miedo, Bash —él la miró inquisitivo, entonces Liv continuó hablando—. Creí que al decírtelo te alejarías y preferí hacerlo yo, antes de que me dejaras de hablar o algo así.

—Liv, yo no soy Jonathan, jamás te dejaría de hablar, es realmente una estupidez —dijo él negando con la cabeza—. Eres mi mejor amiga, ¿sabes?

—Creí que arruinaría la amistad —Liv se encogió de hombros. Sebastian se recargó en el respaldo y miró hacia el cielo, tenía una tonalidad naranja y había unas cuantas nubes rosadas.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le dijo, ella asintió—. ¿Por qué yo? No lo entiendo, he estado pensando en qué es lo que puedes ver en mí que te guste y la verdad no encuentro algo que cumpla con tus estándares.

—No lo sé, Sebastian, simplemente me gustas —dijo la chica encogiéndose de hombros. Aunque la verdad era que si empezaba a decirle las razones por las cuales estaba enamorada de él, probablemente no terminaría nunca.

—Ya veo —dijo él asintiendo—. Entonces ya no puedo contarte nada, ¿cierto? —Liv ladeó la cabeza.

—¿A qué te refieres?

—Pues no quisiera lastimar tus sentimientos —el ojiverde apretando los labios.

—No te preocupes por eso, hagamos de cuenta que no dije nada.

—Pero lo hiciste.

—A lo que me refiero es que puedes contarme lo que sea y estaré bien, sé que lo nuestro no puede ser y estoy bien con eso.

—¿De verdad lo estás? —ella asintió y le sonrió, aunque en realidad era una mentira, pero en serio no quería arruinar su amistad.

—¿Tienes algo que contarme entonces?

—Sí, bueno, es que conocí a alguien —empezó a decir, Liv, sacando toda la fuerza que tenía, lo animó a que continuara y entonces Sebastian le contó sobre Andy, una estudiante de Medicina en Harvard, compañera suya.

—¿Y crees que es la indicada?

—No sé, quiero decir, no tengo idea de lo que vaya a suceder, pero es una gran chica.

—Entonces, ¿qué esperas?

—Me da miedo —dijo riendo.

—No seas marica y dile que te gusta.

Liv volvió a Inglaterra, durante el vuelo escuchó su *playlist* de canciones favoritas, sin embargo, repitió una y otra vez *Teardrops on my guitar*, porque esa canción representaba todo lo que sentía en ese momento. Liv pensaba que Taylor Swift tenía una canción para cada situación en la vida. Siempre encontraba alguna que describía sus sentimientos a la perfección, como ahora.

—*You're the reason for the teardrops on my guitar, the only one who's got enough of me to break my heart...* —canturreó mientras entraba a su departamento. Keira regresaría hasta mediados de agosto, por lo que estaría sola por otras tres semanas. Pensó en volver con sus abuelos, pero en ese momento sentía algo triste y quería tener tiempo para llorar, comer helado y mirar al techo mientras escuchaba canciones de desamor. Ya que después no

podría hacerlo, en primer lugar, porque no quería incomodar a su amiga y en segundo, porque no tendría tiempo ya que comenzaría a estudiar Literatura Inglesa en septiembre. Pensó que lo bueno de empezar con sus estudios universitarios era que se iba a distraer un poco, pero también que existía la posibilidad de que William Sharpe le diera clases.

—Te noto distraída —le dijo Serena una vez que salieron de la clase. Últimamente se metía a las clases de Liv para estar con ella, se habían vuelto muy cercanas, no obstante, Serena también había comenzado a sacarla de quicio.

—No es nada —dijo la castaña encogiéndose de hombros mientras caminaba hacia la puerta principal.

—Ya dime, te ves muy triste —Liv suspiró y decidió contarle todo acerca de Sebastian—. A mí me pasó algo similar con Jonathan, claro que nosotros sí tuvimos una relación, pero te entiendo, es frustrante, pero no deberías estar triste —Liv la observó con incredulidad, pero prefirió no decir nada, solamente sonrió falsamente, se excusó y salió de ahí. El comentario de Serena la había hecho enojar, siempre que le contaba algo, la pelinegra salía con que lo que le sucedió a ella era mucho peor. Llegó al departamento y tomó una ducha, al salir se acurrucó en el sofá con un ejemplar de *Hamlet* y se pasó la tarde leyendo. Por la noche, le habló por teléfono a Sebastian, como Keira todavía no volvía, no tenía con quién hablar, o más bien quejarse, sobre Serena, así que optó por su mejor amigo, aunque fuese a larga distancia.

—Sólo ignórala cuando haga ese tipo de comentarios —le dijo el chico mientras anotaba algunas cosas en un cuaderno. Estaba en su habitación de la Universidad repasando lo que había visto el año anterior.

—Pues lo intento, porque es mi amiga y la quiero, pero a veces me desespera —Sebastian rió levemente.

—¿Más que yo? —Liv sonrió y soltó una carcajada.

—Sebastian, no seas ridículo, nadie me saca de quicio tanto como tú.

—Consideraré eso un honor —dijo el ojiverde colocándose la mano en el pecho.

—Eres un tonto —dijo la castaña negando con la cabeza—. ¿Regresas a la escuela el lunes? —preguntó cambiando de tema.

—Así es —dijo él—. Tú entras hasta mediados del mes, ¿no es así?

—Sí, es la semana de inducción y después comienzan las clases.

—¿Y estás lista para la Universidad?

—Supongo que sí, aunque no sé si podré con las tareas y el ballet.

—Claro que podrás, eres inteligente y responsable, te va a ir bien —le aseguró, Liv se sonrojó un poco pues Sebastian le había hecho un cumplido.

—Gracias —dijo ella mordiéndose el labio. Siguieron hablando un rato más hasta que la puerta de la entrada se abrió y Keira apareció con sus maletas—. Te dejo, Keira está aquí —la morena le hizo una señal de que no era necesario que cortara la llamada, pero Liv no le hizo caso.

—Salúdame —dijo Sebastian.

—Claro, hablamos luego, te quiero —dijo rápidamente la chica y colgó para ir a abrazar a su mejor amiga.

Liv despertó el segundo lunes de septiembre con un nudo en el estómago, seguía teniendo sus dudas acerca de estudiar una carrera, pero al mismo tiempo sabía que no podía depender totalmente del ballet. Así que se levantó de la cama y comenzó a prepararse para ir a la Universidad. Aquel día iniciaba la semana de bienvenida en el King's College de Londres. Keira le dio ánimos y le explicó todo lo que tendría que hacer.

—Todo va a estar bien —le dijo su amiga—. Suerte, nos vemos en el departamento —dijo antes de darse la vuelta y perderse en la multitud. Liv suspiró y se preguntó si era muy necesario pasar por todo ese teatro de la inducción.

—¿Estás perdida? —una voz familiar la sacó de sus pensamientos, alzó la vista y se encontró con un par de ojos aguamarina.

—No exactamente —respondió ella encogiéndose de hombros—. Estaba considerando irme a casa y regresar hasta el lunes —William Sharpe alzó una de sus cejas color azabache.

—¿No te interesa unirme a algún club o sociedad? ¿Cursar algún idioma? ¿Practicar un deporte? —Liv negó con la cabeza.

—Tuve que acomodar mis horarios para poder ir a mis clases de ballet y asistir a la Universidad, no tengo tiempo para algo más.

—¿Qué carrera elegiste?

—Literatura Inglesa —William alzó ambas cejas y sonrió.

—Parece que nos estaremos viendo seguido, soy profesor del departamento de inglés.

—¿En verdad? —Liv trató de sonar sorprendida, pero aquella información ya la sabía.

—¿Y quién hizo que te decidieras por Literatura Inglesa? —inquirió el ojiazul—. Espera, no me digas, tienes cara de ser seguidora de Austen, ¿me equivoco? —Liv comenzó a reír y alzó los hombros.

—¿Es demasiado obvio? —dijo pasándose la mano por el cabello y enredándose en el dedo índice—. También me gustan Shelley, Orwell, Shakespeare, Conan Doyle y Dickens.

—¿Shakespeare? ¿Cuál te gusta más de él?

—*Hamlet*, sin duda alguna —William la miró impresionado.

—Por un momento pensé que dirías *Romeo y Julieta* —Liv lo miró fingiendo estar ofendida y luego rió.

—Está bien que adore a Austen, pero no soy muy aficionada de los trágicos romances de tres días —William soltó una carcajada.

—¿Profesor Sharpe? —una mujer de edad avanzada se acercó a ellos. El ojiazul la volteó a ver expectante—. Tiene que dar el discurso de bienvenida.

—Es cierto, enseguida voy —dijo asintiendo y se giró para ver a la castaña—. El deber llama, va a ser todo un honor tenerte en mi clase, Olivia —Liv esbozó una ligera sonrisa. William se despidió de ella y se fue casi corriendo.

—Debo estar loca —dijo la chica negando con la cabeza.

—¿Por qué estarías loca? —Serena había aparecido a su lado, Liv la miró sorprendida.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Lo mismo que tú, quería que fuera una sorpresa —dijo la pelinegra tomando de las manos a su amiga—. Me inscribí en Literatura Inglesa, seremos compañeras de Universidad también —Serena lucía realmente emocionada, pero Liv no lo estaba, quería que aquella experiencia fuera solamente de ella, quería conocer gente nueva y el que Serena estuviese ahí lo cambiaba todo. No le gustaba admitir que sentía algo de celos porque Serena se llevaba bien con todos en el *Royal Ballet* y ella no, es decir, era su amiga y todo, la quería, pero no podía evitar sentir que estaba en una competencia con Serena Malone.

—¡Genial! —dijo la castaña mientras la pelinegra la abrazaba. Liv se preguntaba por qué Serena había decidido estar en la misma Universidad que ella, nunca dio indicios de querer hacer algo más que el ballet.

—Esto va a ser muy divertido —dijo Serena, Liv trató de ver el lado positivo y encontró su motivación en William Sharpe.

Liv tuvo un pequeño *crush* con William Sharpe, adoraba sus clases y por supuesto a él. Sebastian trataba de convencerla de que no se hiciera muchas ilusiones ya que era un hombre quince años mayor que ella.

—No lo entiendes, Bash, es realmente increíble —dijo Liv mirando la pantalla de su laptop, estaba teniendo una video llamada con su mejor amigo. El ojiverde rió levemente, él estaba en la cafetería de su escuela con su amigo del intercambio, Steve, quien también había decidido estudiar Medicina en Harvard.

—Solamente no te metas en problemas —Liv hizo una mueca de incredulidad y frunció el entrecejo.

—No hay nada de malo en amarlo en secreto, ¿o sí? —dijo ella jugueteando con un mechón de su cabello.

—¿Lo amas? —Sebastian enarcó una ceja. Liv abrió la boca para responderle, pero no sabía bien qué decir, así que la cerró y se mordió el labio inferior—. Porque si es así, creo que eso ya es bastante serio.

—Anda, búrlate todo lo que quieras, Dashwood —Sebastian estaba a punto de reírse pero en ese momento una chica de cabello negro y ojos marrones lo abrazó por el cuello y le plantó un beso en los labios. Liv se quedó observando la pantalla con la boca entreabierta y el corazón hecho trizas—. Tengo que irme, olvidé que iba a ayudar a Keira con algo, adiós.

—¡Espera, Liv! —dijo el ojiverde pero la pantalla ya estaba en negro. La castaña había cerrado su laptop de golpe, se abrazó a sí misma y soltó un suspiro. Aquella chica debía de ser Andy, pensó, Sebastian le hablaba de ella constantemente, pero no estaba preparada mentalmente para algo así. Liv apenas y se concentró esa semana, no podía evitar pensar en Sebastian una y otra vez, ni siquiera William Sharpe lograba captar su atención.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó el ojiazul al terminar la clase, ella asintió vagamente y forzó una sonrisa.

—He tenido una mala semana, eso es todo.

—Si necesitas algo, puedes pedírmelo —dijo William sinceramente. Liv le dio las gracias y salió del salón. Intentó dejar sus sentimientos afuera del *Royal Ballet*, para poderse enfocar solamente en bailar. Las horas se fueron más rápido de lo que hubiese querido, pero así era siempre que entraba a su salón de danza. Al finalizar la clase, se encontró con Serena y ambas caminaron juntas hacia sus respectivos hogares.

—¿Qué harás en Navidad? —le preguntó la chica.

—La pasaré en Exeter con mis abuelos, van a venir mis padres y Sebastian —Serena frunció el entrecejo.

—Pero él va a pasar esas fechas con su familia en Vancouver —Liv se paró en seco y la volteó a ver.

—¿Qué dijiste? —Serena estaba a punto de repetir lo que había dicho pero Liv continuó—. ¿Cómo es que sabes eso? Ni siquiera lo conoces.

—De hecho...

—¿Qué? —preguntó Liv bruscamente y se cruzó de brazos.

—Pues hemos estado hablando desde hace un tiempo.

—¿Por qué?

—Me apareció como sugerencia de amistad y lo agregué, entonces empezamos enviarnos mensajes.

—¿Sí sabes que tiene novia?

—Lo sé, Liv, relájate, sólo quiero ser su amiga.

—Debo irme, adiós —dijo alejándose de ella lo más rápido que pudo. Sacó su teléfono y marcó el número de su mejor amigo pero él no le respondió. Liv sentía su sangre hervir, ¿desde cuándo Serena y Sebastian eran tan amigos? ¿Por qué le contó a ella que pasaría la Navidad en Canadá? ¿Por qué no le había dicho que no iría a Inglaterra?

—Te dije que no era de fiar —dijo Keira mordiendo una rebanada de pizza luego de escuchar a Liv desahogarse por veinte minutos.

—¿Qué pretende? ¡Es mi mejor amigo! ¡Debió decirme a mí que no pasaría la Navidad conmigo!

—¿Por qué no hablas con Bash? Seguro podrá explicártelo.

—No quiero saber nada de él en este momento —dijo Liv recargando sus brazos cruzados en la mesa y recostando su cabeza en ellos—. ¿Crees que estoy mal por molestarme? —preguntó la castaña alzándose y mirando a su amiga—. Quiero decir, él puede ser amigo de quien quiera, pero que lo sea de Serena me molesta.

—¿Por haber sido novia de Jonathan? —inquirió su amiga, pero la castaña negó con la cabeza. No era eso lo que le molestaba—. Creí que ya eran como hermanas —Liv puso los ojos en blanco.

—Claramente un error de mi parte, además mi única hermana que no comparte mi sangre eres tú, no hay más —Keira sonrió y negó con la cabeza.

—Habla con Sebastian, en serio —dijo tendiéndole el teléfono, Liv suspiró y lo tomó.

—De acuerdo, pero si algo sale mal, por favor recoge mis pedazos y vuélvelos a juntar.

—Cuenta con ello —dijo la morena guiñándole el ojo y se fue de ahí dejándola sola. Liv estaba a punto de marcarle a Sebastian cuando su celular comenzó a sonar y el nombre de su mejor amigo apareció en la pantalla.

—¿Hola?

—¿Qué cuentas?

—Nada... ¿Tú?

—¿En serio? ¿Ni siquiera de tu profesor favorito?

—No.

—Estás enojada, ¿cierto? —Liv enarcó una ceja y se cambió el teléfono de oreja.

—¿Por qué lo dices?

—Tus respuestas son breves y cortantes.

—Lo siento, no he tenido un buen día —dijo la castaña poniendo los ojos en blanco. No quería estar molesta con Sebastian, pero en cuanto escuchó su voz el recuerdo de Serena vino a su mente.

—¿Quieres hablar de eso?

—Después, primero dime ¿cómo estás?

—No tan bien, necesito un consejo —dijo él. En ese momento, una voz en el interior de Liv le dijo que se tragara lo que estaba a punto de decir, pero evidentemente fue ignorada por la chica.

—¿De verdad? ¿Y por qué no se lo pides a Serena? —Sebastian alzó ambas cejas y se quedó boquiabierto.

—¿De qué hablas?

—Pues como ya son tan amigos, tal vez prefieras contarle tus problemas a ella, o quizá tus planes futuros como pasar la Navidad en Vancouver.

—Iba a decírtelo después de pedirte un consejo.

—Mmm...

—¿Estás celosa de Serena?

—¡Para nada! —espetó Liv, entonces Sebastian comenzó a reír.

—Bueno, entonces si no te molesta, hablaré con Serena y le pediré el consejo a ella.

—Haz lo que quieras, no me importa.

—¿Segura?

—Completamente, adiós, Sebastian —dijo colgando y se cruzó de brazos

haciendo un mohín de disgusto, como si fuera una niña pequeña.

—Creo que salió bien —le dijo Keira quien la observaba desde el marco de la puerta de la cocina. Entonces Liv se dio cuenta de lo que había hecho.

—Soy una estúpida —dijo la castaña cubriéndose la cara con sus manos.

Sebastian no se había tomado a mal la reacción de su amiga, cuando ella le colgó, lo único que hizo fue negar con la cabeza sin dejar de sonreír. Liv por su parte, se mortificaba pensando que tal vez Sebastian pensaba que era una exagerada y que se había molestado porque una vez más le había cortado la llamada. Sin embargo, al día siguiente recibió un mensaje de su mejor amigo, era más bien una imagen de la serie Juego de Tronos, que estaba próxima a estrenarse. Por lo general, cuando ocurrían situaciones incómodas entre ellos, alguno de los dos rompía el hielo con un mensaje al azar o enviando una imagen sobre algo que le gustaba al otro. Así que Liv tomó aquello como una oferta de paz y decidió no volver a tratar el tema de Serena, ni siquiera con ella, pero la peli negra no iba a quedarse callada.

—No creí que te enojaría que hablara con él —le dijo al terminar la clase mientras se cambiaban,

—Ya olvídalo, no importa.

—¿En serio? Porque no me gustaría que peleáramos por algo así, quiero decir, sé que te gusta y todo, pero él tiene novia ¿no es cierto?

—¿Y qué con eso?

—Pues que no tienes posibilidades con él, no deberías de celarlo tanto, ya que no es tu novio, sólo es tu amigo —Liv se colocó sus botas cafés y la volteó a ver.

—Es mi mejor amigo, ¿está claro? —dijo la castaña enfatizando el posesivo y mirando a Serena seriamente—. Y sí, me gusta, así que si eres mi amiga vas a alejarte de él, porque no entiendo por qué comenzaste a mandarle mensajes si no lo conoces en persona.

—Solamente estaba siendo amigable —Liv bufó y negó con la cabeza.

—Ya deja de hacerte la inocente, Serena, por favor, realmente no te queda ese papel.

—Es la verdad, me apareció en sugerencias y quise conocerlo.

—¿Para qué? ¿Para ser su amiga? —Liv enarcó ambas cejas y se cruzó de brazos.

—Pues sí, ya te lo dije —la castaña la miró incrédula y sonrió cínicamente.

—Da igual, no me voy a desgastar contigo, no vales la pena —le dijo Liv y se dio la vuelta para tomar su bolso.

—Por favor, no te enojés —pidió Serena caminando junto a ella a hacia la salida—. O sea, no creo que esté haciendo algo malo, tanto él como yo somos libres de ser amigos de quien queramos, ¿no lo crees?

—Supongo que sí, como sea, no quiero volver a hablar de esto —dijo Liv abriendo la puerta.

—Via, espera —Serena la tomó del brazo, la castaña se soltó bruscamente de su agarre.

—No vuelvas a llamarme así, lo detesto —advirtió Liv—. Es más, no vuelvas a hablarme, ¿de acuerdo? —dijo antes de salir del edificio.

—¿Qué fue todo eso? —le preguntó Edward, un bailarín del *Royal Ballet*, a Serena.

—Parece que tirar a esa princesita me va a tomar más de lo que tenía pensado —musitó mirando hacia la puerta.

—¿De qué hablas?

—Nada, olvídalo —dijo Serena fingiendo una sonrisa. Desde ese día, Liv decidió que no hablaría más con Serena salvo para lo estrictamente necesario. Liv sabía cuáles eran sus intenciones y no estaba dispuesta a seguir siendo amiga de Serena y ésta tampoco iba a seguir fingiendo ser algo que no era.

—Te lo dije —Keira estaba preparando dos tazas de té, mientras Liv le contaba lo que había sucedido con Serena.

—Te haré caso la próxima vez —dijo Liv soltando un suspiro.

—¿Y piensas hablar con Sebastian?

—No, nosotros ya estamos relativamente bien, por ahora.

—Ustedes dos tienen una relación tan extraña —dijo Keira un tanto divertida—. Siempre creí que acabarían siendo novios o algo así.

—Yo también, créeme —dijo Liv riendo, aunque le dolía, prefería tomarlo a broma.

Keira pasaría el periodo vacacional de invierno con su familia en Brooklyn. Liv se fue desde mucho antes de las fiestas a casa de sus abuelos, todo estuvo tranquilo hasta que el resto de su familia llegó, entonces comenzaron todos los preparativos para la cena. Los Dashwood llegaron de sorpresa a Exeter un día antes de Navidad, Liv se sorprendió demasiado al ver a su mejor amigo parado frente a ella cuando fue a abrir la puerta.

—Creí que estarías en Canadá.

—Hubo un pequeño cambio de planes —Sebastian se encogió de hombros—. Y por si tenías la duda, no le dije nada a Serena —Liv alzó ambas cejas.

—Pensé que ese tema ya estaba enterrado —musitó la chica cruzándose de brazos. El ojiverde soltó una ligera carcajada y abrazó a su amiga.

—Lo siento —dijo él sin dejar de reír—. Es que me diste mucha ternura.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque te pusiste celosa de Serena, no lo sé, se me hizo tierno.

—Te voy a mostrar lo que es ser tierna, Dashwood —dijo ella dándole un manotazo en el brazo, lo que por su puesto provocó que Sebastian riera.

—¿Y cómo está tu novio? —Liv ladeó la cabeza y lo miró inquisitivamente—. El profesor —aclaró el ojiverde.

—Ah, bien —dijo ella algo desanimada y se encogió de hombros. William Sharpe había decidido seguir su carrera como actor de teatro y resolvió dejar la Universidad para irse a Nueva York y enfocarse solamente en su sueño. Ahora que se encontraba en Inglaterra, Nueva York parecía muy lejano.

—¿Por qué la cara larga? —preguntó el chico, Liv negó con la cabeza y forzó una sonrisa.

—Vamos a dar una vuelta, ¿quieres? —sugirió la castaña, él aceptó y fue a dejar sus cosas a la habitación de invitados. Liv se colocó un abrigo beige y tomó un paraguas porque el cielo amenazaba con llover.

—¿Realmente estás bien? —preguntó Sebastian luego de que pasaron diez minutos caminando en silencio.

—No lo sé, me siento algo deprimida, eso es todo —dijo la chica alzando los hombros.

—¿Por qué?

—Extraño Brooklyn —dijo mientras pateaba una piedrita del camino y observaba cómo rodaba por la acera—. Y también extraño verte todos los días —dijo alzando la vista y mirando hacia el cielo. Sebastian sonrió enternecido, pasó su brazo por los hombros de su amiga y la atrajo hacia él.

—Igual te extraño, a ti y a tus dramas —dijo divertido, Liv comenzó a reír.

—No creí que echaras de menos eso —comentó ella y lo volteó a ver, se quedó contemplándolo por varios segundos.

—¿Qué sucede? —Liv sacudió la cabeza y sonrió.

—No sé qué haría sin ti, Bash, realmente eres mi mejor amigo —el ojiverde sonrió ampliamente, se detuvo y la abrazó con ambos brazos.

—Y tú eres mi mejor amiga, nadie va a poder ocupar tu lugar, ¿entiendes?
—aquello reconfortó a Liv, era algo que ya sabía, pero de vez en cuando necesitaba escucharlo.

—¿Ni siquiera Serena? —Sebastian rió y negó con la cabeza.

—Para nada, solamente le respondía por educación.

—Y le contaste tus planes de vida.

—¡Oh, pues! —Dijo y la abrazó con más fuerza—. Olvidémonos de ella, ¿de acuerdo? No tengo intenciones de seguirle hablando, es muy aburrida.

—Supongo —dijo Liv apartándose un poco—. ¿Han hablado últimamente?

—Una que otra vez —dijo Sebastian haciéndose a un lado—. Me dijo que te enojaste con ella y dejaste de hablarle.

—Algo hay de cierto en eso.

—No deberías de perder amistades por mí, Liv.

—Pues no era mi amiga al final de cuentas, de alguna u otra manera habríamos acabado igual.

—Ya veo.

—Sí, así que no es enteramente tu culpa —dijo la chica, en eso comenzó a llover. Liv abrió el paraguas y se lo pasó a Sebastian, ya que él era más alto que ella—. Desearía no ser tan insegura —musitó la castaña y soltó un suspiro.

—Bueno, no puedo hacer nada para cambiar eso, tú debes trabajar en tu autoestima y todo eso, pero sí puedo decirte que siempre seremos los mejores amigos.

—¿De verdad? —Sebastian asintió y Liv sonrió satisfecha. Siguieron caminando hacia la casa de los abuelos de Liv mientras hablaban de cualquier otra cosa que no fuera el asunto de Serena.

Una vez que regresó a Londres, luego de las fiestas, Liv entró a su departamento y vio a su mejor amiga sentada en el sillón viendo una película. Keira estaba muy entretenida, pero en cuanto vio a la castaña apagó la televisión y le sonrió ampliamente.

—Feliz Año Nuevo —dijo la morena abrazando a su amiga, Liv le devolvió el gesto—. Te llegó esto —Keira le tendió un sobre blanco.

—William Sharpe —musitó Liv leyendo el nombre de quien se lo enviaba. La chica abrió el sobre y dentro encontró una invitación a una obra en la que él era protagonista y una nota que decía si podían verse.

—¿Vas a ir? —preguntó Keira.

—Tal vez sólo vaya a ver la obra, pero no quiero salir a solas con él.

—¿Por qué no? —la morena la miró sorprendida ya que Liv se la pasaba hablando de William todo el tiempo, pero ahora que la oportunidad se presentaba para salir con él, ella simplemente se negaba.

—Es mucho mayor que yo y aunque esta invitación pueda ser meramente de amigos, no quiero que tenga una idea errónea y...

—Tampoco quieres ilusionarte, ¿cierto? —completó Keira, la castaña se encogió de hombros—. Liv, no puedes vivir así, tienes que tomar algunos riesgos.

—Lo sé, lo sé, es sólo que no creo poder hacerlo en este momento.

—¿Es por Sebastian? —Keira ladeó la cabeza y observó a su mejor amiga, Liv asintió y se mordió el labio inferior.

—Tienes que dejarlo ir, lo sabes ¿verdad?

—¿Y cómo hago eso? Siempre que intento seguir adelante y olvidarlo, algo pasa y ahí está él —empezó a decir Liv—. No es como que pueda borrarlo para siempre de mi memoria, ¿sabes? Somos mejores amigos a final de cuentas.

—Si yo fuera tú, empezaría por aceptar la invitación de Sharpe y dejar que el destino decida qué es lo mejor para ti.

—Supongo que tienes razón —dijo Liv sacando su teléfono y marcó el número de William. Quedaron de verse en un restaurante de comida griega cerca de Shakespeare's Globe. William llegó después que Liv, ella ya había pedido una mesa y algo para beber.

—Lo lamento, usualmente no me retraso, pero tenía que ver algo de la obra.

—No te preocupes —dijo la castaña encogiéndose de hombros, William no era la primera persona que la hacía esperar, sus mejores amigos eran bastante impuntuales, así que, malamente, ya estaba acostumbrada. Pero era cierto, William nunca llegaba tarde, así que decidió pasarlo por alto.

—¿Qué tal tus vacaciones? —preguntó él mientras revisaba el menú.

—Tranquilas, pasé la mayoría del tiempo con mis abuelos en Exeter, ¿tú cómo vas con la actuación?

—Bastante bien, gracias por preguntar —comenzó a decir él y le contó que la obra en la que sería el protagonista se iría de gira y la iniciarían ahí en Londres, sólo una función por ciudad—. Ha sido una locura, dejar la Universidad para seguir mi sueño, pero no me arrepiento.

—Te ves muy feliz, me alegro por ti.

—¿Y en el ballet cómo te está yendo?

—Increíble, una de mis maestras quería que ya me presentara, pero quiero seguir el protocolo —comentó la chica—. De por sí soy el blanco del odio de algunas de mis compañeras, no quisiera fomentar eso.

—Pero si te lo están ofreciendo, deberías hacerlo —Liv se encogió de hombros—. Nunca dejes que la opinión de los demás tenga influencia en tu vida y en tus decisiones, menos si se trata de algo que te hace feliz.

—Tienes razón, pero siempre se me ha hecho muy difícil no darle importancia a lo que los demás digan de mí —dijo ella forzando una sonrisa—. Intento aparentar que no me importa, pero...

—Entiendo, me pasaba lo mismo, pero llega un momento en el que simplemente dejas de escuchar y te enfocas en ti, espero que algún día lo logres —dijo tomándola de la mano.

—Igual yo, gracias, William —ella sonrió y apretó la mano del ojiazul.

—¿Quién lo hubiera dicho? —Liv palideció al escuchar aquella ridícula voz—. Ahora entiendo por qué tenías las mejores notas en su clase.

—No malinterpretes las cosas —dijo la castaña mirándola fijamente, Serena tenía una sonrisa triunfal en el rostro.

—Creo que es demasiado obvio lo que sucede aquí —contestó la pelinegra señalando con la mirada las manos entrelazadas sobre la mesa.

—Sin embargo, no es de tu incumbencia —intervino William—. Pero para aclarar las cosas, el que Liv sacara buenas calificaciones en mi clase era porque su desempeño en la misma era impecable, sus ensayos y participaciones también —Serena sonrió cínicamente—. Claro que no puedo decir lo mismo de los tuyos. Así que dime, ¿qué piensas hacer al respecto?

—Obviamente voy a ir a la dirección a comentar sobre esta injusticia.

—¿Con qué pruebas? —habló Liv, Serena sonrió ampliamente y les mostró una foto que había tomado segundos antes de sorprenderlos. Liv abrió los ojos de golpe, su corazón se aceleró un poco, Serena podría decir que esa foto era de hace meses, cuando él seguía siendo su profesor, podría meterlos en problemas a ambos, ya que ella era menor de edad. William actuó rápido y le arrebató el celular de la mano.

—¡Oye! —bramó la pelinegra tratando de alcanzar el celular pero Liv se levantó de su silla y la detuvo, el impacto de su cuerpo con las manos de la castaña hizo que Serena retrocediera y chocara con un mesero que llevaba

vino tinto, el cual se derramó sobre la chica quien emitió un grito de frustración.

—Espero que eso te sirva de lección —dijo William entregándole el celular una vez que eliminó la foto. Serena lo fulminó con la mirada y salió corriendo del restaurante—. Lamento todo esto —le dijo al mesero, éste negó con la cabeza.

—No se preocupe —dijo amablemente mientras limpiaba y poco después regresó a la cocina.

—¿Estás bien? —le preguntó William a Liv.

—Sí, es sólo que no sé qué le hice para que me quiera perjudicar todo el tiempo.

—Tal vez está celosa.

—¿Serena Malone celosa de mí? —Liv enarcó ambas cejas, nunca se había planteado aquella posibilidad, ya que desde que la conoció la situación era al revés.

—Si yo fuera ella, lo estaría —dijo William esbozando una leve sonrisa, Liv se sonrojó y rió nerviosa. Comieron y después él la acompañó a su departamento—. Espero verte la próxima semana entre el público.

—Cuenta con ello —dijo la chica.

—Nos vemos —le dijo William tomándola de la mano y le dio un beso en los nudillos. Liv entró al departamento con una enorme sonrisa en el rostro y anotó en su calendario la fecha de la obra de William. Sin embargo, no asistió porque ese día despertó realmente enferma, ni siquiera pudo levantarse de la cama.

—Lo lamento tanto —le dijo la chica por teléfono.

—No te preocupes, ya será en otra ocasión.

—Te deseo mucha suerte, lo harás estupendo.

—Gracias, espero que te recuperes pronto, nos vemos, Olivia.



Tarantella

“Mi espíritu se halla en una terrible indecisión: deseo que usted se sincere conmigo, pero la realidad me hace temer los mayores sufrimientos.”

—Sentido y sensibilidad,
Jane Austen.

Steve Allen

Habían pasado dos años y medio desde que Liv se había mudado a Londres para asistir a la escuela del *Royal Ballet*, pronto daría su última presentación como estudiante para después formar parte del elenco y bailar profesionalmente en el escenario del Royal Opera House. Era invierno, la castaña se encontraba en un avión camino a Brooklyn para pasar la Navidad con su familia. Liv llegó a su casa el 23 de diciembre por la tarde, su madre no la dejó sola hasta que le hubo contado todo sobre los últimos meses en los que no se habían visto.

—Estoy cansada, me iré a la cama —dijo la chica bostezando y subió a su habitación, encendió la luz, todo seguía exactamente igual que cuando se fue, salvo por el escritorio, estaba impecable, nunca lo había visto de esa manera—. Hogar dulce hogar —murmuró y cerró la puerta. No se molestó en ponerse su pijama y se tumbó en la cama, fue entonces cuando escuchó un familiar golpeteo en la ventana—. Sebastian —dijo levantándose rápidamente y se quedó observando fijamente hacia las cortinas. No sabía qué hacer, habían pasado varios meses desde la última vez que se vieron y ella se había enojado con él, una vez más, por una tonta broma que él le había hecho sobre el ballet. Sabía que a ella no le gustaba que jugaran con la danza, pero él lo encontraba divertido. “De acuerdo, Olivia”, fue todo lo que le dijo luego de que ella le dijera lo desconsiderado que era, que siempre había sido un mal amigo y no podía contar con él, también le dijo que nunca se ponía en el lugar del otro, que era arrogante y pedante. De aquello se arrepintió bastante, pues sólo había dicho esas cosas porque estaba realmente enojada, pero no las sentía en verdad. Ella sabía muy bien que Sebastian era el mejor amigo que alguien pudiera tener, pero en ese entonces pensó que lo había perdido, porque después de decirle todas esas horribles cosas, él se fue y ella no lo detuvo. Pasaron dos meses para que ella se atreviera a hablarle, Sebastian le contestó algo cortante, pero no tardaron en volver relativamente a la normalidad. Liv se quedó pensando en eso hasta que otro golpecito en la ventana la sacó de sus

pensamientos. La chica se levantó y corrió las cortinas para encontrarse con la cara de su mejor amigo en la ventana de enfrente.

—¿Te desperté?

—Algo así —dijo ella encogiéndose de hombros.

—Lo siento —le dijo, la chica negó con la cabeza, entonces se hizo un silencio algo incómodo. Liv apretó los labios pensando en qué podría decir, pero no se le ocurrió nada y permaneció callada hasta que Sebastian habló de nuevo—. Haré una fiesta por mi cumpleaños el martes —fue lo primero que se le ocurrió decir—. Estás invitada, claro.

—Ahí estaré.

—¡Estupendo!

—¿Pasarás con nosotros la Navidad?

—Es la tradición —le guiñó el ojo, ella sonrió satisfecha. Al parecer todo había sido olvidado y seguían siendo los mejores amigos, como siempre pasaba luego de una discusión. Liv agradecía infinitamente que Sebastian se quedara a su lado a pesar de todo, a pesar de sus berrinches y dramas, él seguía ahí, al igual que Keira, sabía que siempre podía contar con ambos. Le resultaba un tanto extraño que, a pesar de que ella le confesó sus sentimientos a Sebastian, él continuara siendo su amigo como si nada.

El 27 de diciembre, por la tarde, Liv se encontraba en su habitación preparándose para la fiesta de Sebastian. Por lo que sabía, asistirían sus amigos de la preparatoria y algunos de Harvard, probablemente conocería a Andy, su novia, aquello la ponía algo nerviosa. Liv se colocó una blusa negra floreada sin mangas, unos *jeans* y unos *flats* fucsia, se dejó el cabello suelto y se maquilló un poco. Dieron las ocho, Sebastian había citado a las siete pero Liv no quería ser la primera en llegar, además estaba esperando a Keira y ella había llegado tarde, como siempre. Liv salió por la puerta principal en dirección a la casa de al lado, Keira estaba parada en la entrada con una sonrisa nerviosa y se disculpó por su impuntualidad.

—Ya me acostumbré —le dijo la castaña poniendo los ojos en blanco, pero la verdad era que seguía fastidiándole que todo el tiempo llegara tarde. Ambas caminaron hacia la puerta y entraron, Sebastian la había dejado abierta.

—¡Olivia! —Liv creyó que nunca volvería a escuchar esa tonta voz, giró su cara con la sonrisa más falsa hacia la persona que había dicho su nombre.

—Hola... Chad —dijo tratando de ocultar su disgusto.

—Ha pasado tanto tiempo —dijo el chico abrazándola, ella sólo palmeó su espalda y se apartó de él—. ¿Qué has hecho? ¿Sigues bailando? —la chica asintió y le contó muy escuetamente que estaba estudiando en Londres.

—Si me disculpas, iré a buscar a Bash —dijo ella forzando de nuevo una sonrisa y se alejó de él en busca de su mejor amigo. Lo encontró hablando con un chico que no conocía, seguramente era algún amigo de Harvard—. ¿Keira? —Liv se volteó para ver si su amiga la seguía pero se sorprendió al verla hablando muy animadamente con Chad, decidió no interrumpirla y siguió su camino hacia Sebastian.

—Ahí estás —dijo el ojiverde al ver a su mejor amiga—. Creí que tendría que ir hasta tu casa y traerte.

—Lo dices como si viviera muy lejos de aquí —dijo sonriendo, esta vez su sonrisa era real. Lo felicitó y le tendió una bolsa de regalo, era una playera de *Star Wars*.

—Gracias, pero no era necesario, con el de Navidad era más que suficiente —dijo Sebastian abrazándola—. Él es mi amigo Steve, por cierto —señaló al chico con el que estaba, Liv lo observó rápidamente, tenía los ojos y el cabello de color café oscuro, era bastante alto y traía el brazo izquierdo en un cabestrillo.

—Soy Liv, mucho gusto —dijo ella tendiéndole la mano, Steve la aceptó y le sonrió.

—Ahora vuelvo, iré a dejar esto a mi habitación —dijo el ojiverde alzando el regalo de su amiga, ambos asintieron. Liv pensó en excusarse de alguna manera para regresar con Keira, pero se le hacía muy grosero, así que le preguntó a Steve si conocía a Sebastian de la Universidad.

—También estudio Medicina en Harvard, pero fue cuestión de suerte, a decir verdad —comenzó a contar el chico—. Nos conocemos de California —dijo él, Liv asintió y recordó el año en que Bash se había ido de intercambio, también se acordó de Jonathan y se reprimió por haber pensado en él, estaba tratando de no hacerlo.

—Sí, ya recuerdo, Bash te mencionó un par de veces —dijo ella haciendo memoria.

—Me sorprende que lo hiciera —dijo él—. Ya que no habla mucho de su vida.

—Eso es verdad —dijo Liv riendo ligeramente—. Por suerte lo conozco desde que éramos niños, de lo contrario sería un misterio para mí.

—Ya lo creo —dijo Steve—. ¿Quieres ir por algo de tomar?— la castaña forzó una sonrisa y asintió, así que ambos fueron hacia la mesa donde estaban las bebidas. Liv le preguntó si era muy difícil su carrera, a lo que él contestó que solamente un poco ya que él no tenía tanto problema, no como Sebastian.

—Es porque no le gusta —dijo la chica encogiéndose de hombros.

—Le dije que se cambiara, pero...

—Su padre no lo aprobaría —completó Liv, el otro asintió—. Me sorprende porque tuvo un puntaje perfecto en el examen y se esforzó por poder entrar sin hacer el pre-med.

—Tú eres bailarina, ¿verdad? —la castaña respondió afirmativamente y le contó que bailaba desde niña, que su más grande sueño era estar en el *Royal Ballet* y lo había conseguido—. Se nota que te apasiona.

—¿En serio? —Liv alzó ambas cejas.

—Sí, por la forma en que hablas de ello —ella se sonrojó.

—Pues sí, en verdad me apasiona bailar, creo que no me imagino haciendo otra cosa, a pesar de que estudio Literatura —añadió con ánimo pero no tanto como cuando habló del ballet. Liv le miró el brazo que estaba en el cabestrillo y le preguntó cómo se lo había lastimado.

—Estaba jugando fútbol —comentó—. Todo mi peso cayó en mi hombro, en el momento no me dolió, pero cuando me enfrié sentí que todo había terminado —Liv rió un poco ante el dramatismo del chico. Al parecer los hombres ahora eran más exagerados que las mujeres, tal vez siempre lo fueron y les hacían creer lo contrario.

—Te encontré —Keira apareció junto a ella y Liv dio gracias por no tener que estar más tiempo a solas con Steve, no porque no le cayera bien, hasta el momento le parecía un buen chico, agradable y amable, pero no era buena para entablar una conversación con alguien que apenas conocía. Sabía que pronto se le acabaría el tema de conversación y entonces sería incómodo. Por suerte llegó su mejor amiga a salvarla y ella empezó a hablar sobre su vida, desde su afición por el arte y por los animales, incluso le contó acerca de su pasado como niña exploradora y de los dedos que se rompió al practicar Tae Kwon Do.

—¿Y qué estudias? —le preguntó Steve, ella muy orgullosa respondió que estaba en su último año de la carrera de Historia en el King's College de Londres.

—A mediados de enero me iré de intercambio a México, espero no tener

problemas cuando regrese —dijo la morena—. Sobre la graduación y eso.

—¿Tú también te gradúas entonces? —le preguntó a la castaña, ella negó con la cabeza. Liv había empezado a estudiar Literatura Inglesa un año después que Keira, en lo que se acostumbraba a su horario en la escuela del *Royal Ballet*. Al principio parecía fácil hacer las dos cosas a la vez, sobre todo porque tenía a William Sharpe como motivo para seguir adelante. Sin embargo, sin él dándole clase, la verdad era que prefería enfocarse más en el ballet que en la Universidad, aunque no le iba del todo mal.

—Así que me gradúo hasta dentro de un año.

—Eso está muy bien —dijo Steve sonriéndole, poco después Sebastian llegó, había estado recibiendo a todos sus invitados.

—¿Cómo se la están pasando? —preguntó pasando su brazo alrededor de Liv, ella le sonrió.

—Bastante bien.

—¡Qué bueno! —dijo muy alegre, ya estaba empezando a hacer efecto el alcohol—. Ya quería que los dos se conocieran.

—¿Ah, sí? —Liv arqueó una de sus delgadas cejas castañas—. ¿Y eso por qué? —preguntó tomando un par de papas fritas y luego se las metió a la boca.

—Pues los dos son mis mejores amigos y quería que ustedes fueran amigos también —la sonrisa de Sebastian creció.

—¡Basty! —la castaña se atragantó, Keira le tendió su vaso con refresco, ya que ella no tomaba alcohol. Liv lo tomó y se pasó el bocado, entonces volteó a ver a Sebastian con incredulidad mientras éste saludaba con la mano a Jane, ella le dedicó una sonrisa y siguió bailando con Chad.

—No puedo creer que la invitaras —dijo ella negando con la cabeza, el chico se encogió de hombros.

—Yo no fui, seguramente la invitó Chad.

—Tampoco puedo creer que lo invitaras a él —Sebastian rió acordándose de los días en que Liv solía ser perseguida por su amigo. Parecía no recordar que se había enojado con él—. No es gracioso, Dashwood.

—Lo siento —dijo reprimiendo su risa sin mucho éxito, Liv puso los ojos en blanco y miró a Steve, éste llevaba rato mirándola.

—Es un chico que me acosaba, Sebastian solía hacerle de casamentero.

—¿En serio? —Steve volteó a ver a su amigo divertido—. ¿Por qué?

—Sólo la estaba ayudando a conseguir novio —dijo el ojiverde—. Quería que se relajara un poco con el ballet y enfocara su atención en otra cosa, pero

no tuve éxito.

—Al menos me hubieras conseguido a un mejor pretendiente.

—¿Alguien como Jonathan? —Liv le soltó un golpe en el brazo y le lanzó la peor mirada que jamás le había visto, en ese momento Sebastian supo lo que era tener miedo de verdad.

—Será mejor que corras, Bash —dijo Keira mirando consternada a su amiga—. O mejor no te muevas para que no huela tu miedo.

—Creo que iré... iré a ver si ya llegó la pizza —dijo el chico tragando saliva y se alejó de ahí antes de que Liv pudiera destruirlo por completo con la mirada.

—No lo mato sólo porque es su cumpleaños—dijo Liv volviéndose hacia Keira, ella rió y negó con la cabeza, luego anunció que iría al baño—. Lamento eso —miró a Steve y se encogió de hombros.

—Está bien, a veces Seb es muy imprudente —dijo el chico—. No debió mencionar a tu ex —Steve hizo aquella suposición porque le daba curiosidad saber quién era Jonathan, ya que el simple hecho de escuchar su nombre había turbado a su nueva amiga.

—¿Mi ex? —Liv lo miró burlona—. Jonathan no es mi ex, es solamente un cretino que me gustaba en preparatoria.

—¿Y por qué te molesta que lo mencionen? —cuestionó—. No respondas si no quieres, no debí preguntar —añadió rápidamente, Liv negó con la cabeza.

—No te preocupes —le dijo y le contó brevemente lo que había pasado con Jonathan, recalcando que jamás quería volver a verlo—. No he tenido suerte en el amor, pero está bien.

—¿Y qué hay de tu acosador? —la castaña lo miró sin entender lo que le preguntaba—. ¿Chad, cierto?

—Ah, pues no es mi tipo —dijo alzando los hombros, luego le contó de una vez que intentó besarla en una de las fiestas de Sebastian y ella le dio una patada en la entrepierna.

—¿De verdad hiciste eso? —Steve rió, ella asintió.

—Quiero que mi primer beso sea especial —dijo la chica—. No cualquier cosa en una fiesta.

—¿Tu primer beso? —el chico arqueó ambas cejas y la miró sorprendido.

—Te dije que la suerte no estaba de mi lado en el amor —dijo Liv alzando los hombros—. Además siempre he estado muy enfocada en el ballet, así que

tampoco he tenido tiempo de pensar en esas cosas.

—Entiendo.

—Supongo que te he de parecer extraña.

—Para nada, es lindo que quieras reservar eso para un momento especial, en verdad —la castaña sonrió.

—¡Juguemos “yo nunca, nunca”! —gritó Sebastian, quien ya estaba demasiado ebrio, Liv negó con la cabeza mientras lo veía tambalearse sobre la mesa. Minutos después recibió un mensaje de su madre diciéndole que se regresara a su casa de inmediato o ella iría a casa de los Dashwood para llevársela.

—Tiene que estar bromeando —dijo Liv entre dientes, Steve la miró inquisitivo—. Mi madre quiere que regrese.

—¿Tan pronto? —la castaña asintió algo desanimada, no porque le encantara estar en una fiesta con tanta gente borracha, pero quería seguir hablando con Steve, al menos un rato más.

—Debo buscar a Keira para avisarle.

—¿Te irás sola?

—Sí, vivo a un lado de Bash —dijo Liv haciendo un gesto con la cabeza señalando en dirección hacia su casa.

—Ah, en ese caso te acompaño.

—No es necesario —dijo ella sonrojada, pero Steve insistió y después de avisarle a Keira se fue—. Por favor dile a Sebastian que tuve que irme.

—Yo le digo, no te preocupes.

—Gracias, nos vemos —dijo la chica—. Me dio gusto conocerte.

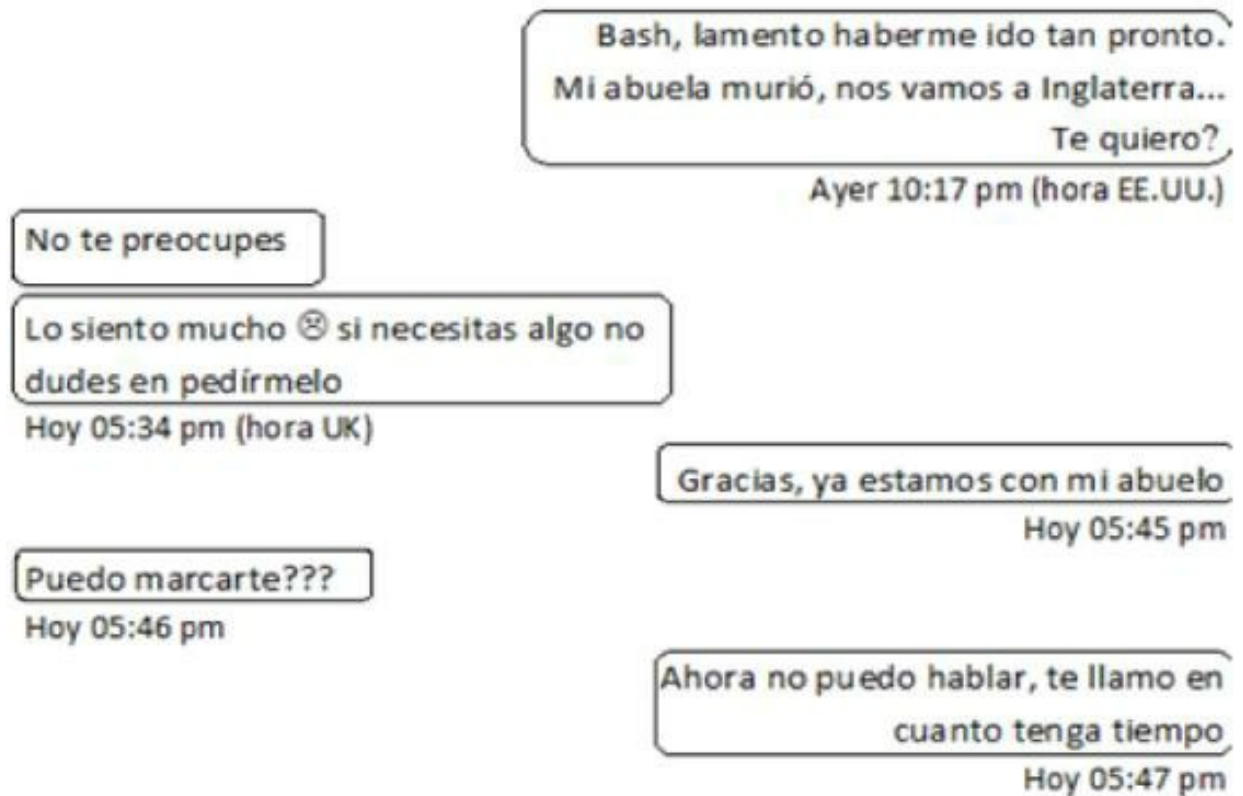
—Igual a mí, espero verte de nuevo —la castaña sonrió y entró a su casa, sus padres estaban esperándola, se veían afligidos.

—¿Qué sucede?

—La abuela Claire murió —dijo su padre y Liv sintió que el mundo se le venía abajo.

Durante todo el vuelo a Exeter, Liv no dejaba de culparse por no haberse ido con ella después de Navidad, sabía que estaba enferma y necesitaba que la cuidaran. Tenía a su abuelo, por supuesto, pero él ya estaba grande y no podía hacerlo todo por su cuenta, y en efecto, no pudo llevarla al hospital a tiempo. Se habían negado a contratar a una enfermera, su abuela era muy obstinada y siempre decía que ella podía sola con todo, pero esa vez no fue así. Tal vez si

hubiera estado con ellos, la abuela Claire seguiría viva, se decía Liv una y otra vez mientras miraba por la ventanilla del avión con los ojos llenos de lágrimas. Le mandó un mensaje a Sebastian para que supiera lo que había pasado, pero él no lo vio sino hasta el día siguiente que despertó.



La casa de los abuelos estaba llena de gente dándoles el pésame a los Breen. Por primera vez, luego de diez años, Richard, el hermano de Robert, se dignó a hablarle y pidió disculpas por su comportamiento. Sí, tenía que pasar una tragedia para que ese sin vergüenza volviera a tener contacto con la familia, pensaba Liv mientras forzaba una sonrisa al verlo junto con su esposa. Olenka también estaba indignada, sobre todo porque Richard había sido el que se había apartado y el que ocasionó todo el conflicto.

—Has crecido mucho —le dijo su tía, la castaña se encogió de hombros y trató de sonreír—. ¿Sigues bailando verdad? —Liv asintió. La mujer intentó hacerle la plática, pero ella solamente se limitaba a dar respuestas cortas como “sí” y “no”.

—No te ofendas, pero yo no tengo el más mínimo interés en recuperar una relación que murió hace mucho tiempo —dijo la chica cruzándose de brazos

—. En diez años no se molestaron en buscarnos, así que no pretendan que ahora seamos una familia feliz —Liv se dio la vuelta y se alejó de ella. Estaba molesta por la hipocresía de esa gente, así que decidió salir un rato al jardín para hablarle a Sebastian.

—¿Cómo estás? —fue lo primero que dijo el chico, Liv apretó los labios y respiró hondo, no quería llorar, pero al escuchar la voz de Bash se sintió bastante afligida y sus ojos se humedecieron.

—No lo sé —dijo apretando el teléfono con su mano—. Aún no puedo creer que se haya ido.

—Lo lamento, Liv —hubo un pequeño silencio.

—Es mi culpa —dijo ella por fin, Sebastian frunció el ceño mientras atrapaba una pequeña pelota que había lanzado hacia la pared.

—¿Por qué es tu culpa? Tú... bueno tú no la mataste.

—Pero si hubiera estado con mis abuelos tal vez ella...

—Basta —dijo el chico—. No te culpes, por favor.

—Es que no dejo de pensar en eso —se recargó de costado en la pared que daba hacia la otra casa.

—Pues tendrás que hacerlo porque no es tu culpa, así tenía que suceder.

—¿Por qué tenía que ocurrir así? Es absurdo —dijo ella—. Siempre dicen eso, no había otra forma de que sucediera, las cosas pasan por algo, pero ¿por qué?

—No sé —dijo el chico, pensaba decirle que con el tiempo vería la razón de ser de todo lo que ocurría en la vida, pero Liv no estaba en su mejor momento y no quería iniciar una discusión con ella—, pero aquí estoy si necesitas algo, lo sabes ¿verdad?

—Gracias, Bash —dijo Liv mordiéndose el labio mientras una lágrima rodaba por su mejilla. Pasaron un par de días antes de que los Breen volvieran a Brooklyn, el abuelo decidió quedarse en Exeter y su hijo Richard se aprovechó de la situación para instalarse junto con su familia en la casa de los abuelos.

—Malditos interesados —Liv meneó la cabeza con desaprobación.

—Sabía que eso pasaría, Robert, lo sabía, desde que se presentaron en el funeral —le dijo Olenka a su esposo.

—No podemos hacer nada si mi padre lo permite.

—Como sea —dijo Liv terminando con ese tema—. Me llaman cuando

lleguen a casa.

—Claro, cariño —su padre la abrazó y le dio un beso en la cabeza.

—Vendremos para tu presentación —le dijo su madre—. Estarás estupenda, yo lo sé —Liv había obtenido el estelar en la obra que presentarían en mayo, sería el inicio de su carrera como bailarina profesional.

A principios de abril se suponía que Liv pasaría la Pascua con su abuelo, pero surgieron otros planes, su grupo se presentaría en California. La chica planeaba quedarse ahí el resto de la semana, quería disfrutar un poco del sol y de la playa, el único problema era que no tenía suficiente dinero para pagar el hospedaje y subsistir ahí un par de días y sus compañeras se irían una vez terminado el show. Decidió pedirle dinero a sus padres, pero ellos se negaron, sobre todo su padre porque no quería que dejara solo a su abuelo.

—Van a estar esas horribles personas, prefiero evitarlas —le había dicho por teléfono pues su tío y compañía seguían viviendo ahí.

—No te daremos dinero para eso, punto final —Liv se molestó demasiado pero pronto encontró una solución. Había estado hablando por mensaje con Steve, el amigo de Sebastian, cada vez dejaba más en claro que ella le gustaba porque siempre le hacía la plática, a pesar de que ella dejara de contestarle, incluso habían hablado durante horas por teléfono. A Liv le agradaba Steve, pero no le gustaba, ni siquiera se le hacía guapo, no era para nada su tipo, se lo repetía una y otra vez, aunque la verdadera razón era que le daba miedo enamorarse de él. Trataba de reprimir sus sentimientos porque no quería salir lastimada, no otra vez. Sin embargo, después de varias semanas de charlar con Steve, ella empezó a sentir algo por él, no era amor, pero ya empezaba a verlo atractivo.

—¿Qué me está pasando? —Preguntó Liv, estaba hablando por video llamada con Keira, ya que ella se encontraba en México—. No puede gustarme.

—¿Por qué no?

—Porque es el mejor amigo de Bash, ¿y si algo sale mal y me deja de hablar? —Keira la miró con incredulidad.

—¿En verdad piensas que Sebastian te dejaría de hablar por eso? —la castaña se encogió de hombros—. Estás loca, no tendría por qué tomar partido si algo saliera mal, lo cual no va a ser.

—De todas maneras no creo volver a ver a Steve.

—Pero quieres hacerlo —Keira alzó ambas cejas y sonrió picarona.

—¡Cállate! —dijo Liv riendo—. ¿Crees que deba decirle a Bash que me gusta su amigo?

—Si quieres, tal vez te pueda ayudar con él —Liv se mordió el labio inferior. Podría decirle y pensaba en que tal vez se molestaría como cuando le confesó lo de Jonathan, pero se trataba de uno de sus mejores amigos, seguramente tendría su bendición. Sin embargo, no era lo que realmente le preocupaba, ella no podía dejar de pensar en Sebastian, aún tenía esperanza de que él dejara a Andy y estuviera con ella, pero luego de la conversación que tuvieron el verano del año pasado, antes de que se molestara con él, claro, aquello se veía muy lejano.

—Estoy tan enamorado, creo que es la indicada —le había dicho, Liv fingió que se emocionaba por él, aunque la realidad era otra, ¿por qué no podía ser ella? Y fue entonces que apareció Steve, quien lentamente comenzó a adentrarse en su corazón, tal vez no iba a olvidar sus sentimientos por Sebastian, seguirían ahí, pero ya no de la misma forma, al final de cuentas era su mejor amigo. Sin embargo, tampoco quería hacerse ilusiones con Steve Allen, porque todo era a distancia y no sería bueno para ella crearse una falsa idea. Necesitaba verlo de nuevo para poner en claro qué era lo que sentía y el destino le dio la oportunidad perfecta de hacerlo.

—¿Por qué estás molesta? —Steve le había marcado por teléfono y Liv le contó la situación.

—De verdad quería quedarme un par de días más en California.

—Pues podrías quedarte conmigo, voy a estar en Malibú por esas fechas.

—¿Hablas en serio?

—Claro, pasaré las vacaciones de Pascua con mi familia —Liv aceptó en seguida no sin antes repetirle varias veces lo agradecida que estaba. Unos días más tarde recibió una llamada de su mejor amigo, le respondió más animada que de costumbre.

—Steve me dijo que pasarás la Pascua con él —fue lo primero que le dijo sin siquiera responder al saludo.

—Ah, sí, quería pasar un tiempo en California luego de la presentación y él se ofreció a darme alojamiento.

—¿Y desde cuándo son tan amigos? —Liv rió y le contó que comenzaron a hablar poco después de su fiesta de cumpleaños.

—Creo que le gusto —dijo ella, aunque era más que obvio—, y creo que

me gusta.

—¿Cómo dices? —Sebastian estaba caminando en su habitación y se detuvo al escuchar eso.

—Pues que me gusta Steve —dijo la chica sentándose en su cama—. Ya no me hagas decirlo de nuevo, bastante me costó admitirlo.

—Lo siento, es que no lo puedo creer —dijo él—. ¿Cómo pasó o qué? Creí que sólo te enfocabas en el ballet —Liv frunció el ceño al escuchar eso, era verdad pero tampoco era una máquina bailarina, sí se preocupaba por otras cosas, aunque no quisiera, porque una de esas cosas era el amor.

—¿No fuiste tú el que dijo que querías que me relajara un poco? —dijo la chica poniendo los ojos en blanco—. Pues ahí lo tienes, no todo en mi vida es sobre el ballet.

—Nunca creí escucharte decir eso —dijo Sebastian—. Me llenas de orgullo, te estás volviendo más humana.

—Y tú te estás volviendo más idiota.

—¡Oye! —Liv rió—. ¿Y no crees que sea muy precipitado quedarte con él en su casa?

—Sólo me está haciendo un favor —Liv siguió hablando con Bash sobre la escuela, sobre Andy, retomaron el tema de Steve y salió a colación el de Jonathan.

—¿Y ya no lo has visto entonces?

—Por suerte no.

—Imagínate que llegara él y te dijera que quiere ser tu novio, pero también Steve, ¿a quién le dirías que sí?

—Obviamente a Steve —dijo Liv, aunque aún le gustaba Jonathan físicamente y eso siempre sería así, ya no sabía quién era, puesto que no lo había visto en muchos años y la gente, para bien o para mal, cambia.

—Interesante —dijo el chico—. Oye, ya debo irme, tengo que hacer tarea y tú ya tendrías que estar dormida —la castaña hizo un gesto de incredulidad aunque él no la pudiera ver.

—Es la una de la mañana acá y es viernes, ¿y desde cuándo haces la tarea? —preguntó divertida.

—Desde que tengo que ganarme la vida de alguna manera.

—Está bien, hablamos luego, Bash.

—Sale, le diré a Steve que le mandas saludos —dijo el ojiverde en tono burlón.

Después de la presentación en Malibú, Liv se encontró con Steve, ya le había dicho que no podría quedarse como lo planeado porque sus padres amenazaron con ir por ella y hacerle pasar la vergüenza más grande que se pudiera imaginar.

—Ya soy mayor de edad, puedo hacer lo que quiera —les recordó, entonces su madre le dijo que podría hacer lo que quisiera cuando ella se pagara las cosas sola. Con los planes truncados, lo único que pudo hacer fue decirle a Steve que lo vería un rato, luego de la muestra, ya que tenían como cuatro horas libres antes de regresar a Londres.

—Perdón por todo esto, pero mis padres pueden llegar a ser insoportables.

—No te preocupes, al menos nos pudimos ver un rato —el chico le sonrió, fue entonces cuando Liv se dio cuenta de que sí le gustaba más de lo que pensaba. Fueron a la playa y se la pasaron todo el rato platicando sobre temas demasiado triviales, eso le encantó a Liv, siempre había imaginado que así se sentiría encontrar al indicado y era un sentimiento que ni siquiera con Sebastian o con Jonathan había experimentado—. ¿Y sabes cocinar? —la chica lo miró con la boca entreabierta, no sabía qué contestar, intuía que era una prueba para saber si era buen partido para él, lo cual era realmente ridículo.

—Un poco —ella se encogió de hombros—. La verdad es que el cereal con leche no me queda nada mal —él se rió, aunque pareció un poco forzado, al final de cuentas era un chiste estúpido—. Nunca he sido muy aficionada de cocinar, si me das a elegir prefiero lavar los platos.

—Yo detesto lavar —comentó él —, pero sí me gusta cocinar.

—¿En serio? —Liv lo miró sorprendida.

—Sí, mira, yo podría cocinar y tú lavar los platos, ¿no crees? —ella sonrió como tonta y asintió imaginándose esa escena. Comenzó a pensar en tantas cosas que podrían hacer juntos y más porque se dio cuenta de que tenía bastantes cosas en común con él.

—¿Cuál es tu película favorita de *Disney*? —le preguntó, aquello era muy importante para Liv porque a ella le encantaban esas películas y necesitaba saber si tenía una favorita, o al menos si le gustaban.

—No lo sé —dijo él y se quedó pensando un momento—. Yo creo que *Hércules*.

—¿De verdad? —ella lo miró emocionada, también era su favorita. Si

alguien le hubiera dicho años antes que se vería así de ridícula, no lo hubiese creído, ella siempre había pensado que lo cursi no iba con su personalidad, pero resultó lo contrario. Fue un día realmente maravilloso para Liv, irradiaba felicidad y vomitaba arcoíris, no existía nada en el mundo que pudiera quitarle esa sensación de alegría y plenitud, realmente le gustaba ese chico y se arrepentía de haber tardado tanto en darse cuenta, lamentó haber sido sangrona y cobarde.

—Espero que tengas un buen viaje, me avisas en cuanto llegues.

—Gracias —dijo ella, luego lo invitó a su presentación en mayo—. Bash irá, así que puedes irte con él, mis padres me dijeron que podía invitar a cuatro personas y ellos pagaban todo.

—No podría aceptar eso.

—Por favor —suplicó ella—. Me daría mucho gusto que fueras a verme.

—Voy a ir, pero yo pagaré el boleto —Liv replicó que no era necesario, pero Steve insistió.

—Entonces te veré allá —él asintió y se despidió de ella dándole un beso en la comisura del labio, por un segundo sintió que estallaría en mil pedazos y no habría quién pudiera recogerlos todos para volverla a la normalidad. Abordó el avión con una enorme sonrisa que no desapareció en todo el camino. En cuanto llegó a Londres y se recostó en su cama vio que tenía un mensaje de Sebastian preguntándole sobre su presentación, pero más que nada sobre su “cita” con Steve.

Vas a contarme, o qué???

Hoy 09:14 pm (hora UK)

Nop

Hoy 09:15 pm

Oh, pues!

Hoy 09:15 pm

Controla a tu espíritu chismoso,
Sebastian xD
Hoy 09:23 pm

El gran día había llegado, decir que Liv no estaba nerviosa sería una mentira, pero tampoco tenía ganas de vomitar como algunas de sus amigas, o más bien, compañeras. Aunque lo intentó, nunca pudo formar una bonita

amistad con ninguno de los alumnos de la academia. Esto se debía a que la mayoría sentía que estaban dentro de una competencia, lo que los llevaba a sabotearse entre ellos. No debería de ser así, pensaba ella, la danza es un arte, es una manera de expresar con el cuerpo lo que no puedes con palabras, es una forma de sanar el corazón, es algo hermoso y nadie ahí parecía entenderlo. Recordaba a su madre queriendo que fuera perfecta, sí, también se trataba de eso, de la técnica, pero para Liv era algo más y había veces que sentía que en realidad no encajaba, le gustaba bailar pero no el ambiente en el que se desenvolvía. Sin embargo, ahí estaba ella, a punto de salir a dar lo mejor de sí misma, era la presentación que podría cambiarle la vida, la que definiría su carrera como bailarina. Todo inició de maravilla, pero casi al final del espectáculo, un pensamiento fugaz invadió la cabeza de Liv, vio la cara de Steve, recordó la última mirada que le había dado y debido a esa distracción, terminó en el suelo. Se escuchó cómo el público inhalaba consternado, Liv dejó de escuchar por un momento, ¿qué había pasado? ¿Qué hizo mal?

—¿Estás bien? —Ethan, uno de sus compañeros, se arrodilló junto a ella, la castaña asintió y se levantó. Por suerte no había pasado a mayores, solamente le dolía un poco el pie, pero parecía estar bien. Liv intentó no mirar hacia el público y salió de ahí, se sentía humillada y todo por culpa de un estúpido recuerdo. Lo bueno era que había sido en la última pieza, lo malo que su oportunidad de que la reconocieran como una gran bailarina se había ido, porque prefirió quedarse en el camerino antes que salir a dar la cara como si nada hubiera pasado.

Liv estaba mirándose en el espejo pensando en todo lo que había salido mal en los últimos días, la caída, Keira se había enojado con ella y no le hablaba, no la culpaba, había actuado muy mal con ella, estaba fallando en la carrera de Literatura y luego estaba Steve. Por todos los cielos, Steve, deseaba regresar el tiempo, lo único que recordaba era la mirada decepcionada del chico cuando salió de su departamento en Londres, se despidió de ella cálidamente, pero sabía que lo había arruinado todo.

Liv comenzó a darle vueltas y vueltas a ese recuerdo, a esa noche que desearía borrar de su mente. Sebastian, su novia Andy y Steve llegaron unos días antes de la presentación de Liv, al ver a este último, lo abrazó con fuerza y él a ella, jamás la habían abrazado de esa manera y se sintió tan bien, era

como un sueño. Al día siguiente, que era uno de los días de descanso de la castaña, hicieron una fiesta en su departamento. Tanto Liv como Keira invitaron a unos amigos de la Universidad, pero la única persona que le importaba a Liv en ese momento era Steve. Se encontraban sentados en un sillón hablando, él cantaba pedazos de las canciones que sonaban y ella se reía. No supo en qué momento el brazo de Steve la rodeó, su corazón comenzó a palpar rápidamente, pero se sintió a gusto, se sintió protegida por primera vez en su vida. De reojo vio que Sebastian los observaba con una sonrisa burlona en el rostro mientras bailaba con su novia, Keira también los estaba mirando perpleja, así como algunos de sus amigos de la Universidad. Liv nunca había tenido novio y nunca había dado su primer beso, ella pensó que ésa sería la noche, pero quería que fuera algo especial, lo había imaginado en secreto toda su vida. Tenía en mente pedirle a Steve que salieran del departamento hacia la azotea y entonces ahí ocurriría. Liv estaba muy decidida y optimista, nada podía salir mal.

—Pon el cachete —le dijo Steve, ella lo miró vacilante pero lo hizo, entonces él le plantó un beso en la mejilla, lo que provocó que Liv se sonrojara y dejara escapar una risita nerviosa. Sabía que tenía las miradas de por lo menos sus mejores amigos, aquello la hizo pensar que no quería que la vieran dando su primer beso, eso era algo muy personal para ella, muy importante también.

—Voy por algo de tomar, ¿quieres algo? —él asintió y ambos se levantaron para ir por una bebida, Liv vertió vodka en su vaso y luego le echó jugo de arándano, tomó un sorbo y se dio cuenta de que se había pasado un poco con el vodka y como no solía beber alcohol, se mareó y tuvo que agarrarse de Steve.

—Tal vez no debas tomar nada —dijo mirándola divertido.

—No te burles —dijo ella negando con la cabeza—. Estoy bien.

—¿En la academia te dejan beber?

—Obviamente no —dijo riendo—, pero todos lo hacen, yo no, creo que se nota— Liv bebió un poco más pero supo que no iba a aguantar algo tan fuerte, así que acabó dándole a Steve la bebida y se sirvió refresco. Unos minutos después, Keira propuso que jugaran y otro de sus amigos dijo que quien perdiera tendría que besar a alguien. Para su mala suerte, Liv perdió y su castigo fue besar a Steve, pero no quería hacerlo ahí enfrente de todos, era su primer beso y quería que fuera especial, lo había planeado durante mucho tiempo. Liv aún se sentía aturdida por el alcohol, se sentía algo estúpida

porque con tan poco se le había subido y estaba mareada. Escuchaba que todo el mundo gritaba “beso, beso” mientras la miraban expectantes, ni siquiera pudo voltear a ver a Steve, pero podía sentir su mirada, él sabía que aquél sería su primer beso, no la iba a obligar, la decisión era de ella.

—¡Vamos, Liv! —escuchó la voz de Sebastian a su lado animándola a hacerlo, la castaña negó con la cabeza, no quería que fuera así. Maldita sea, se sentía tan presionada porque nadie se callaba. Sintió que esos minutos de decisión fueron eternos, ¿qué podía hacer? Si se negaba, entonces Steve podría ofenderse, pensó Liv, y si lo hacía, entonces ella iba a sentirse mal, pero tal vez no tendría otra oportunidad de besarlo.

—Vale, ya, cállense —dijo ella volteando a ver al chico, sus ojos marrones se encontraron, él le preguntó con la mirada si estaba bien, Liv asintió, insegura, pero quería que todos se callaran y la dejaran en paz. Así que lo hizo, lo besó. Al separarse, apartó la cara y vio a Sebastian de pie, gritando de emoción y aplaudiendo, Keira casi se atraganta con lo que estaba comiendo y todos sus amigos también estaban emocionados, nunca creyeron que presenciarían algo así. Por un momento Liv se sintió bien, no era nada del otro mundo. Luego comenzaron a jugar verdad o reto, Liv eligió reto.

—Olivia Breen, te reto a decir el nombre y apellido de la persona que más te gusta de esta habitación —ella miró fugazmente a Sebastian, entonces se dio cuenta de que era él, lo sabía y eso le cayó como una bomba. No solamente le gustaba, lo amaba, pero él estaba ahí con su novia y también estaba Steve, no podía soltar el nombre del ojiverde así como si nada, si solamente hubiese estado Sebastian, lo habría dicho sin pensarlo, de todas maneras él ya lo sabía. Liv forzó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Steve Allen —dijo finalmente y puso los ojos en blanco, todos emitieron un sonido pícaro. Liv se levantó y fue a la cocina por un poco de agua, Keira la siguió.

—¿Estás bien? —la chica asintió sin mirar a su mejor amiga—. ¿Liv?

—No pasa nada —dijo la castaña dándole un sorbo a su vaso con agua.

—¿Acaso no te gustó?

—Sí, bueno no sé, ¿con qué lo puedo comparar? —dijo Liv—. Es sólo que no sentí nada, creí que algo en mí iba a reaccionar pero estaba tan molesta que no...

—¿Por qué estabas molesta?

—Porque me estaban presionando.

—Liv, nadie te obligó a hacerlo —la castaña frunció el ceño y la miró enojada.

—¡Todos ustedes lo hicieron! —sus ojos se habían cristalizado, pero intentó calmarse porque vio que Steve se dirigía hacia ellas.

—¿Me permites? —le preguntó a Keira, ésta asintió y salió de la cocina. Liv la siguió con la mirada y evitó ver a Steve.

—Necesitaba agua —dijo señalando su vaso, él asintió y se aproximó hacia ella para abrazarla, pero Liv pensó que volvería a besarla y se apartó.

—Tranquila —dijo él, se acercó con más cautela y la estrechó entre sus brazos. Ya no era lo mismo, ahora se sentía incómoda.

—Todo esto es tan extraño.

—Lo sé, lo sé —dijo Steve—. Tal vez tengamos que repetir ese primer beso —musitó él. ¿Hablabas en serio? ¿Cómo iba ella a poder olvidar que fue un espectáculo para sus amigos? Estaba acostumbrada a ser el centro de atención, sí, pero no en cosas tan personales, quería llorar, quería gritarles a todos por haberse metido en algo tan especial para ella y lo peor es que no lo iban a entender.

—¡Ey, ey! —la voz de Sebastian los distrajo—. ¿Qué están haciendo ahí ustedes dos? —preguntó en tono burlón como si se estuvieran besando o fajando. Liv apretó la mandíbula y sintió que le hervía la sangre, sólo quería que Sebastian cerrara la boca, sobre todo él, le dolía demasiado.

—Ya estoy bien —dijo ella apartándose—. Volvamos —sonrió levemente, pero la verdad era que no estaba bien.

La siguiente hora estuvo realmente incómoda, Steve intentó que se besaran de nuevo con un estúpido juego de apuestas, si Liv perdía tendría que darle un beso y eso la alteró más de lo que ya estaba. Antes de que perdiera los estribos, se levantó y se fue a su habitación un momento porque no podía contener sus lágrimas. Le marcó a su hermana pero no obtuvo respuesta, seguramente estaba muy concentrada en su trabajo. Respiró hondo, se limpió las lágrimas y salió, pero al hacerlo tomó la peor decisión de su vida, regresó a la sala y se sentó muy lejos de Steve, ni siquiera pudo mirarlo, no volvió a hablarle en toda la noche. Se podía sentir la tensión en el ambiente a pesar de que todos seguían cantando y riendo, entonces, Liv decidió irse a su habitación para dormir y poder, de alguna manera, olvidar todo. Ni siquiera se molestó en ver dónde dormirían sus amigos de la Universidad, ni en darles cobijas, ya

que pasarían la noche ahí, solamente se fue, enojada, sabiendo que había hecho algo malo y que las consecuencias no serían gratas. A la mañana siguiente, Liv despertó con un terrible dolor de cabeza, había estado llorando y solamente pudo dormir por una hora, si a eso se le podía decir “dormir”. Salió y vio a Steve en la puerta, había preparado su maleta, se despidió de ella y se fue. Liv ni siquiera le preguntó que por qué no se quedaba a su presentación, sabía la respuesta. Se dio cuenta de que sus amigos estaban en los sillones e incluso en el piso, se sintió muy mal por haber sido tan desconsiderada. Poco a poco se fueron despertando, se despidieron de Liv y se fueron, no parecían molestos. Cerró la puerta cuando el último de ellos se retiró y se dio la vuelta, ahí estaba su mejor amiga, observándola con los brazos cruzados y una mirada de reproche.

—No puedo creer que lo hicieras —le dijo Keira—. ¿Por qué eres tan egoísta?

—¿Yo? —la castaña la fulminó con la mirada—. ¡Ustedes me pusieron en esta situación!

—¡Claro que no! ¡Nunca te obligamos a hacerlo! —espetó Keira—. ¿No tienes decisión propia o qué?

—Todo esto es su culpa, sabían que era algo importante para mí y les valió, lo vieron como un espectáculo —Keira rió incrédula.

—¿Piensas eso? Créeme que no eres el centro de atención —comenzó a decir la chica—. ¿Cuándo vas a comenzar a admitir tus errores, Olivia?

—Yo no...

—Lastimaste a Steve, te fuiste a dormir valiéndote todo, nos estás echando la culpa de algo que pudiste haber evitado, pudiste decir que no y ya.

—Steve hubiera pensado que no quería besarlo, se habría molestado.

—Se lo habrías explicado y ya, no creo que no entendiera —dijo Keira exasperada y suspiró—. Sin embargo, decidiste actuar de una manera muy inmadura, ¡hiciste un berrinche, por el amor de Dios!

—¡Ya cállate! —le dijo Liv—. No tienes ni idea de lo que siento, no puedes ni imaginarte lo importante que era esto para mí.

—Pues eso te pasa por creer en cuentos de hadas, esto es la vida real, ¡así que ya despierta! —comenzó a decirle—. Si sigues siendo tan orgullosa y egoísta vas a perder a todos tus amigos, a todas las personas que quieres, porque no vas a aceptar que te equivocaste, vas a seguir echando culpas y enojándote por todo lo que no se hace como tú quieres —los ojos de Liv se

habían cristalizado, en cambio los de Keira estaban encendidos, tenía mucho guardado, amaba a su amiga pero también quería que se diera cuenta de lo que estaba haciendo mal—. Deja ya de pretender que eres una princesa y madura de una buena vez.

—Quiero que te vayas —la morena resopló y negó con la cabeza.

—También vivo aquí.

—Ya no —Keira la miró decepcionada y apretó la mandíbula. Fue hacia su habitación, guardó todas sus pertenencias en la maleta y una vez que terminó, se aproximó hacia la puerta de entrada no sin antes hacer una reverencia a la castaña y salió. Keira no sabía a dónde iría, pero no pensaba quedarse en el mismo lugar que Liv. Ésta azotó la puerta de la entrada y se fue a su cuarto, comenzó a llorar como nunca antes lo había hecho. Sabía que Keira tenía razón, pero no quería admitirlo en voz alta y ahora estaba molesta con ella, Steve se había ido y Sebastian ni siquiera se había aparecido para ver cómo estaba. No es que no fuera consciente de lo que sucedía, pero había escuchado todo el pleito entre Liv y Keira, sabía que no sería bueno si él intentaba razonar con su amiga. Pasaron dos días antes de que Liv tuviera el coraje y el tiempo para hablarle por teléfono a Steve, él le respondió, pero le pidió tiempo para pensar las cosas, realmente lo había lastimado y eso no era algo que olvidaría fácilmente—. Perdóname —dijo la chica aguantando un sollozo, no quería que se diera cuenta de que estaba llorando. Pero no había nada que pudiera hacer, Steve la perdonó, pero no sonaba muy convencido.

Liv apretó los ojos como si eso fuera a borrar aquel recuerdo, al abrirlos se encontró con el reflejo de una persona a la que no reconocía. Qué idiota, pensó, deseaba no haber actuado de una manera tan inmadura y estúpida, pero ya, lo había hecho y no había vuelta atrás. Toda la noche estuvo pensando en lo que hizo y en cómo remediarlo, aún tenía que disculparse con Keira y hablar con Sebastian, porque lo había estado evitando todo ese tiempo y él a ella. Igualmente, tenía que pedirle a Steve una oportunidad de verse para hablar de frente. Reflexionó muchas cosas, tendría que esforzarse más para demostrar que no era una berrinchuda, que podía dar la cara si algo malo pasaba, ya sea en sus relaciones personales como en el escenario. Pensó mucho en las palabras de Keira, “ya madura”, tenía razón, toda su vida había sido una niña consentida y caprichosa, nunca le habían negado nada, hasta ese momento. Sintió vergüenza de sus acciones, se arrepintió como nunca en la vida y temió

que fuera muy tarde, tal vez había perdido a Steve, aunque jamás fue suyo, pero no quería perder a su mejor amiga y menos por su estúpido orgullo.

—No fue tan grave, Olivia, pero la próxima vez que te suceda eso —le empezó a decir su profesora—, sal y da la cara, siempre y cuando no sea una lesión grave —Liv asintió, estaba apenada, pero por suerte la admitieron en la compañía y desde ese momento en adelante se presentaría en el Royal Opera House como parte del elenco principal. Al menos no había arruinado eso—. No te puedo asegurar los papeles estelares, a pesar de que eres la mejor bailarina que hemos tenido hasta ahora, tu actitud el otro día dejó mucho que desear, pero trata de cambiar eso, deja que vean que eres diferente.

—Lo haré.

—Porque una bailarina no solamente es aquella que tiene una técnica impecable, es alguien que sabe seguir adelante aunque se equivoque, que puede seguir sonriendo a pesar de que algo no salga como lo planeado en el escenario.

—Lo sé —su profesora le sonrió, pasó a su lado y le apretó el brazo.

—Y yo sé que vas a lograr grandes cosas —le dijo antes de irse. Aquello animó a Liv, sin embargo, no se sentía tan dichosa, aún debía hablar con Keira, con Sebastian y sobre todo con Steve. No tenía ni idea de cómo comenzar, ya había pasado un mes, ella estaba en Brooklyn pasando unos días del verano con su familia, su madre no estaba tan molesta, no después de que Liv le contara que sí formaría parte del nuevo elenco. Decidió que empezaría por aclarar las cosas con Steve, él le había pedido un tiempo para pensar las cosas, ella se lo dio, dos semanas después Liv intentó comunicarse con él pero le dijo que aún no estaba listo para hablar, además se iba a ir de viaje un par de días.

—Este viaje me servirá para pensar en todo, te daré una respuesta cuando regrese —le dijo, pero la respuesta nunca llegó y eso había desesperado a la chica. Pasaron otras dos semanas y entonces decidió hablar con Sebastian, ya que él también estaba pasando sus vacaciones en Brooklyn. Se levantó, tomó una de las piedritas de su mesa de noche y la lanzó desde su ventana hacia la de su amigo. La cortina se corrió y vio a un Sebastian sorprendido al otro lado del cristal.

—¿Qué sucede?

—¿Podemos hablar? —el ojiverde asintió, ambos se vieron en el parque como de costumbre. Liv se disculpó por su comportamiento, Sebastian le dijo

que no era a él a quien tenía que ofrecerle una disculpa, que todo estaba bien entre ellos—. Lo estoy intentando, de verdad, por eso te quiero pedir un favor.

—¿Cuál?

—Bash, por favor, tienes que darle esta carta a Steve —le pidió Liv a su mejor amigo sacando del bolsillo de su chamarra un sobre blanco, se leía “Steve” en tinta negra y con una caligrafía estilizada. En aquella carta le había escrito todos sus sentimientos y cuánto sentía lo que le había hecho, igualmente expuso sus razones para haber actuado de esa manera esperando que él entendiera y la perdonara.

—No sé cuándo pueda verlo, Liv —el ojiverde se encogió de hombros.

—Te lo suplico, ya ni siquiera responde mis llamadas o mensajes.

—Ya olvídate de él —Sebastian puso su mano en el hombro de su amiga y le dio un apretón—. No te tortures más, por favor.

—¿Sabes algo que yo no sé? —Liv alzó ambas cejas y lo miró inquisitivamente.

—No es eso, simplemente no considero que sea conveniente que sigas esperando por él.

—Sólo quiero estar bien con Steve, hablar las cosas de frente, pero si él no quiere pues esto es lo único que me queda —el chico suspiró y tomó la carta.

—No prometo nada —ella le agradeció. Cuando volvió a su habitación, Liv recordó que Sebastian no vería a Steve hasta que regresara a la escuela, no había pensado en eso. Se le ocurrió entonces enviarle un correo, esperando que por ahí sí le contestara y pidiéndole si podían hablar en persona, le mencionó que ella no tenía problema en ir hasta California con tal de arreglar lo sucedido. Steve le respondió, pero sus palabras no fueron para nada gratas.

Hola, Olivia.

Voy a ser franco contigo, no puedo y no quiero salir contigo. Tengo dos razones, la primera es que estoy intentando regresar con mi ex novia. Me he dado cuenta de que ella ha estado ahí en mis peores momentos, a pesar de que la lastimé demasiado, ella nunca tuvo rencor hacia mí. Me di cuenta de lo importante que es para mí y de que la quiero demasiado como para no darnos otra oportunidad. La segunda razón es que no creo poder olvidar lo que sucedió, no soy rencoroso y sé perdonar, a pesar de tener un muy mal carácter, pero lo que pasó en tu departamento

fue como un balde de agua fría. A decir verdad, nunca creí que me pasaría algo así, golpeaste mi ego, sí, pero más importante, lastimaste mis sentimientos. Sin embargo, gracias a eso, me di cuenta de que había una persona que jamás me haría algo así, mi ex novia.

No te culpo de lo que ocurrió, ni te estoy reclamando, solamente te digo qué fue lo que sucedió conmigo para tomar esta decisión. Te estimo, te quiero, Olivia, pero no más que a una amiga, pues el límite se marcó de manera involuntaria. También quiero ofrecerte una disculpa si te quedaste esperando una respuesta que probablemente no hubiera llegado, no porque se me olvidara, simplemente quería evadir el problema.

Steve.

Liv empezó a temblar, sabía que pasaría algo así pero no pensó que podía ser tan cruel, ¿para qué tenía que decirle que gracias a ella decidió intentarlo de nuevo con su ex novia? No tenía sentido, un simple, “te aprecio pero no quiero tener una relación contigo porque me lastimaste” hubiera bastado, pero no, Steve quería hacerle daño y lo logró. Estaba muy molesta, con ella misma y con él, comenzó a llorar de rabia pensando en lo que le iba a responder, no quería sonar rencorosa ni dolida, pero iba a ser imposible. Lo único que pensó en ese momento era que quería regresársela de alguna forma, aunque no tenía por qué hacerlo, comenzó a reflexionar y trató de calmarse. Tomó su teléfono y le marcó a Sebastian, necesitaba su ayuda.

—Voy para allá —dijo en cuanto escuchó la voz de Liv entrecortada, en menos de cinco minutos su mejor amigo estaba sentado junto a ella leyendo el mensaje.

—Ya lo sabías, ¿cierto?

—Claro que no, apenas y hablo con él

—¡No digas mentiras, Dashwood!

—Te lo juro, no sabía que quería volver con su ex ni nada —le dijo levantando los brazos en señal de rendición—. No hemos hablado de lo que pasó ese día —Liv le creyó y se propuso superar todo lo que había sucedido, no lo olvidaría porque gracias a eso cambió su forma de ver el mundo, así como su carácter. Se repitió varias veces que todo eso era una lección de vida

y que no pudo pasar de otra manera, por más que lo deseara.

—Sé que me lo merezco —empezó a decir Liv—, pero no tenía que hacerlo, pudo haberse comportado mejor que yo.

—Puede ser —comentó el chico—. ¿Qué le vas a responder? —la castaña se encogió de hombros.

—Que se vaya al carajo, tal vez —dijo riendo con amargura. Sentía una presión enorme en su pecho, creyó que se iba a liberar con la respuesta de Steve, pero fue todo lo contrario. Comenzó a escribir en la computadora, trató de no sonar muy resentida—. ¿Qué opinas de esto?

Hola, Steve.

Lo entiendo perfectamente, muchas gracias por tu sinceridad, creo que lo necesitaba, porque estar en la incertidumbre me resultaba abrumador, aunque habría sido mejor que me lo dijeras desde un principio. No te lo voy a negar, Steve, esto me duele y bastante porque comencé a tener sentimientos por ti, a pesar de que no quería hacerlo.

Sobre lo de aquella noche, lo siento, perdón, cometí un tremendo error, ojalá me hubieras dejado explicarte mis motivos, aunque no son justificación, lo sé, eras con quien menos debía “desquitarme” y sé que me voy a arrepentir un buen rato. No fue personal, tal vez todo esto se deba a que me han lastimado anteriormente y pues tenía miedo. Me gustas un buen y te quiero, pero creo que eso ya queda sobrando. O tal vez, igual que tú, yo seguía enamorada de alguien más y por eso no pude estar completamente para ti.

Liv.

—¿De quién sigues enamorada? —preguntó Sebastian, Liv suspiró y rió.

—No es nadie, solamente quería darle dramatismo —la chica se encogió de hombros. No quería que supiera que hablaba de él, pero supuso que el chico se lo habría imaginado, aunque no era del todo cierto. Después de todo lo que había pasado con Steve, que fue algo realmente breve, se dio cuenta de que sus sentimientos por Sebastian habían cambiado, no fue inmediatamente, claro, pero tras ese mes de reflexión y ahora teniéndolo ahí enfrente, lo sabía,

ya no estaba enamorada de él, había vuelto a ser su mejor amigo para toda la vida y ella se sentía bien con eso. Lo quería y eso jamás cambiaría, pero si antes se imaginaba una vida al lado de él, un cambio en la historia que hiciera que ellos estuvieran juntos, bueno, todo eso se había esfumado. Era muy pronto, pensaba, como para haberlo superado del todo, pero así lo sentía, por primera vez en mucho tiempo, podía seguir adelante. Su laptop emitió un sonido de que tenía un correo nuevo, era de Steve. Liv observó la pantalla encendida y respiró hondo, Sebastian la observó expectante—. No quiero leerlo —musitó apartando la vista y se fue a sentar a su cama.

—No seas nena —ella negó con la cabeza rápidamente.

—Léelo tú, en voz alta, por favor —su amigo suspiró y comenzó a leer.

—*No puedo decirte que no me duele, pero sinceramente estoy agradecido, pues de no haber sido por esta experiencia, no...* —Sebastian se detuvo y miró hacia el teclado.

—Sigue —él asintió.

—*No hubiera regresado con la mujer que realmente amo. Espero podamos ser amigos* —la castaña frunció el ceño al escuchar eso último, se levantó de golpe y fue hacia el escritorio para leer el mensaje.

—Eso fue muy bajo —murmuró mientras escribía.

Sí, bueno, cuando quieras. La verdad es que quisiera decirte que podemos ser amigos, pero no es así, no te veo como un amigo y jamás lo haré, por lo que tal vez sería preferible que dejemos las cosas hasta aquí. Ser tu amiga sería algo que no podría soportar, porque yo sí llegué a quererte como algo más. No te volveré a molestar y espero que tú tampoco lo hagas. Fue un gusto coincidir contigo, suerte con tu ex.

Pulsó enviar, esperó unos minutos y la respuesta llegó “Dale pues, éxito en todo lo que hagas”, aquello la hizo enojar aún más, pero trató de calmarse, no lograría nada si se enojaba. Steve se había ido, su primer intento de una relación había fracasado y comenzó a cuestionarse si había algo mal en ella. Por supuesto que lo había, pensaba, tenía un carácter horrible y era una niña berrinchuda, eso no iba a hacer que alguien permaneciera a su lado, a pesar de ser bonita, inteligente y talentosa. Le pidió a Sebastian que la dejara sola, necesitaba tiempo para procesar lo sucedido. Ya se había propuesto cambiar,

había logrado un progreso en el último mes tras darse cuenta del error que cometió. Se supone que las personas deben de aceptarte tal y como eres, pero no cuando lo que haces las lastima, si se aferraba a la idea de “soy así y no voy a cambiar”, acabaría perdiendo todo. Lo único en lo que podía pensar en ese momento era en Keira, ¿también ella la odiaría? ¿También la había perdido?

Vals
de las
Flores



“La amistad es el mejor bálsamo para las heridas que produce en el alma un amor mal correspondido.”

—La abadía de Northanger,
Jane Austen.

Keira Hale

Liv no recordaba un momento en el que Keira no hubiese estado en su vida, presente o a distancia, siempre había estado a su lado. La conoció cuando pasó a primaria, se hicieron amigas desde el primer momento en que se vieron. Liv estaba sentada junto a ella, Keira había empezado a imitar todos los movimientos que la castaña hacía y aquello la hizo reír, en el receso jugaron juntas y se esperó hasta la salida para presentársela a Sebastian. Estaban en una escuela “mixta”, sin embargo, niños y niñas no convivían salvo en los eventos escolares, pero en las clases y recesos estaban separados, así sería hasta que pasaran a séptimo grado. Habían pasado tantas cosas juntas, se apoyaban incondicionalmente y por más que tuvieran sus diferencias, nunca habían dejado de ser amigas, Liv confiaba en que fuese así, incluso en ese momento, pues pelearon como nunca antes lo habían hecho. No obstante, también le daba miedo perder a su mejor amiga, porque sería perder una parte de ella misma.

—¿De verdad te vas a ir? —Liv comenzó a recordar el día en que su mejor amiga tuvo que irse de Brooklyn.

—Solamente dos años, pero te escribiré y hablaremos por teléfono, lo prometo.

—Podrías quedarte en mi casa.

—No creo que mis papás me dejen, Liv —Keira se encogió de hombros.

—¿Qué voy a hacer sin ti?

—Tienes a Bash, él estará ahí para ti.

—No es lo mismo, no puedo hablar de ciertas cosas con él.

—Supongo que no, pero puedes llamarme y siempre responderé, no importa la hora.

—No hay tanta diferencia, ¿cierto?

—Creo que no, Vancouver no está tan lejos.

—Te voy a extrañar, Keira —dijo Liv abrazándola—. Espero que no tardes en volver, no puedes dejarme sola en la preparatoria.

—No me atrevería a hacerlo —ambas sonrieron, entonces Liv recordó que tenía algo para su mejor amiga.

—Esto es para ti—le tendió un brazalete hecho por ella misma, al reverso decía “Liv” y le mostró su muñeca—. El mío dice “Keira” —la morena sonrió e inmediatamente se lo colocó.

—Es muy lindo, nunca me lo quitaré —le aseguró y así fue, ni siquiera cuando tenían alguna discusión se habían quitado el brazalete. Liv se aferraba a ese conjunto de hilos de colores que tenía alrededor de la muñeca, como si eso fuera a impedir que Keira dejara de ser su amiga. ¿Cómo empezaría a disculparse? La morena ni siquiera le contestaba las llamadas, tal vez ella esperaba que la buscara justo en el momento en que salió de su departamento, pero no había sido así, Liv había esperado un mes para buscarla y seguramente aquello fue una gran decepción para su amiga. Sebastian le había dicho que Keira se había ido con unos amigos de su intercambio a pasar el verano, genial, pensó la castaña, ni siquiera podía ir a esperarla a su casa porque estaba en otro país y sus padres no le pagarían unas vacaciones a México. Se quedó pensando en cada aventura que había compartido con su mejor amiga desde que se conocieron. No quería hacerlo porque le dolía recordar, pero no pudo evitarlo, por su mente pasaban los buenos y malos momentos. Una lágrima resbaló por su mejilla cuando recordó la primera vez que les había mentido a sus padres para ir al concierto de su banda favorita.

—Mis padres me matarán —dijo Liv al salir del colegio, ni Olenka, ni Robert sabían de eso, su madre no la hubiera dejado, no permitiría que perdiera una lección de ballet por un concierto, su coartada era que se quedaría a dormir en casa de Keira para estudiar Geometría.

—No te preocupes, Bash y Kyle nos van a cubrir, ¿no es así? —Keira trató de darle seguridad—. Si no vamos, te vas a arrepentir el resto de tu vida.

—Ya sé, ya sé —la castaña le sonrió y ambas corrieron hacia la estación de autobuses para ir hacia East Rutherford, el lugar donde se encontraba la banda preparándose para el concierto. No recordaban en qué momento se habían vuelto admiradoras, siempre se burlaban de ese tipo de bandas *pop* de puros chicos, pero ahí estaban, camino al *Izod Center*. Fue el mejor día de sus vidas, se sabían cada palabra de cada canción, gritaron y lloraron, todos podrían pensar que Liv era reservada, que solamente se enfocaba en el ballet, pero también había momentos en los que se relajaba y era una adolescente común y corriente. Decir que Olenka nunca se enteró de la gran aventura de su

hija sería demasiado épico, por desgracia lo hizo y Liv estuvo castigada todo un mes, pero valió la pena. El sonido de la puerta la distrajo de sus recuerdos.

—¿Puedo pasar? —Elizabeth, su hermana mayor, se había asomado, Liv asintió dedicándole una media sonrisa.

—No sabía que estabas aquí.

—Acabo de llegar —la ojiazul se encogió de hombros y se sentó a los pies de su cama recargándose en el poste.

—¿Cómo te está yendo? —preguntó la castaña señalando el vientre de su hermana con la cabeza, Elizabeth tenía ocho meses de embarazo.

—Ya quiero que salgan de ahí —dijo riendo, Liv alzó ambas cejas.

—¿Salgan? —la otra asintió.

—Son gemelas —dijo su hermana haciendo una mueca de horror.

—Buena suerte con eso —dijo la chica en tono burlón. Había una cosa que Liv jamás se había imaginado y eso era tener hijos, el simple hecho de estar embarazada le aterraba. Casi no pensaba en niños, pero cuando lo hacía, se veía adoptando a un bebé o teniendo perritos.

—¿Tú cómo estás? —Liv suspiró y se encogió de hombros.

—No lo sé —dijo ella aguantando el llanto, en ese momento Steve le había aparecido en la cabeza, después Keira, sintió su corazón estrujarse, jamás creyó que podría sentir tanto dolor. El pecho comenzó a punzarle y su respiración se entrecortó.

—Mamá me contó lo de tu presentación —Liv negó con la cabeza.

—No es eso —dijo tratando de sonar calmada—. Ya lo resolví, es sólo que... bueno, no sé ni cómo empezar —Elizabeth se acercó más a su hermana y colocó su mano sobre la de ella. Liv respiró hondo y le contó todo lo que había sucedido en los últimos dos meses.

—¿De verdad te dijo eso? —preguntó la ojiazul refiriéndose al correo de Steve, la chica asintió. Elizabeth soltó una carcajada llena de incredulidad—. Es un idiota, solamente te lo dijo para lastimarte, es obvio.

—Yo igual lo pensé —dijo Liv—, pero aun así me duele demasiado, me pegó directo en mi orgullo—se cruzó de brazos y suspiró—. Aunque yo lo lastimé primero.

—Pues sí, Liv, pero piensa que te libraste de él, si hubieran tenido una relación, tal vez pelearían por todo, parece ser un chico intolerante y dramático.

—Viéndolo de ese modo, él también se libró de mí, la reina del drama.

—¿Entonces de qué te preocupas?

—No lo sé, ni siquiera creo haberlo querido, no lo conocía tan bien, supongo que me fastidia la situación porque yo cometí un error y no pude solucionarlo.

—La perfecta Olivia tuvo un desliz —dijo Elizabeth en tono burlón, Liv negó con la cabeza pero no se molestó, una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Últimamente me estoy equivocando mucho.

—Es normal, créeme, yo también metí la pata en varias ocasiones, pero es algo bueno —la castaña ladeó la cabeza y alzó las cejas.

—¿Ah, sí?

—Claro, de los errores aprendemos, querida, es algo que todo el mundo sabe, equivocarnos y reconocerlo nos ayuda a crecer como personas, es la única manera en la que podemos madurar —dijo colocando maternalmente su mano en la de su hermana—. Ve todo esto como una lección, más que como una injusticia de la vida.

—No lo sé, no creo que pueda, mi corazón y mi cabeza están hechos un desastre, no voy a salir de ésta —Elizabeth la miró severamente.

—Olivia Breen —comenzó a decir—, por supuesto que vas a salir adelante, siempre lo has hecho, no dejes que esto te hunda más.

—Es que ya no puedo estar más hundida —Liv sabía que estaba exagerando, pero así se sentía, había tocado fondo. Lo único que le quedaba era tratar de subir para salir del hoyo, pero no tenía ni idea de cómo haría eso. Elizabeth agarró uno de los cojines que tenía cerca y se lo lanzó a la castaña.

—Realmente eres la reina del drama —dijo su hermana negando con la cabeza.

—Lo siento —Liv se encogió de hombros—. Sé que lo haré, sólo que por el momento me dejaré consumir por mi propia miseria y después veré cómo salgo de esta desagradable situación.

—Así me gusta —dijo Elizabeth sonriéndole—. Por cierto, tengo algo que tal vez te ayude a salir de tu miseria.

—¿Qué es?

—Está abajo, acompáñame —Liv bajó a la sala de estar y se encontró con cuatro cachorras de bulldog francés, tres de ellas eran negras y una blanca, estaban muy pequeñas y...

—Están horribles —dijo la castaña riendo, Elizabeth le dio un golpe en el brazo. Liv no era fanática de esa raza de perros, pero no lo había dicho con

mala intención, simplemente le gustaba molestar a su hermana.

—Son mis nietas —le dijo, Liv negó con la cabeza y rió más. Elizabeth había adoptado a una bulldog francés, la había nombrado Luna y, luego de varios intentos, por fin había conseguido tener crías.

—Es broma, pero sí están chistosas —dijo agachándose para verlas mejor.

—Elige a una, la que quieras.

—¿De qué hablas? —la castaña la miró incrédula.

—Las estoy dando en adopción, pensé que tal vez querrías una, siempre has querido un perrito.

—No sé si pueda hacerme cargo, ni siquiera si me dejarán tenerla en el departamento.

—Pregunta, si no te lo permiten podría quedarse aquí.

—No creo que mamá lo apruebe —dijo tomando a una cachorrita, ésta se le había acercado y le había estado mordiendo las puntas de los dedos. Era muy pequeña, toda negra pero el pecho lo tenía blanco, y sobre la nariz tenía una mota blanca.

—Siempre y cuando no se quede mucho tiempo —su madre habló, Liv la miró sorprendida.

—¿Hablas en serio? —Olenka asintió.

—Espero que permitan mascotas en tu departamento, no sería justo enviarla a otro lugar, porque aquí no se quedará más tiempo del que te lleve conseguir el permiso —advirtió su madre.

—Hablaré mañana, ahora el dueño del edificio ya debe estar dormido y no quiero despertarlo —dijo Liv sin soltar a la cachorra.

—¿Es la que quieres? —preguntó su hermana señalando a la perrita, la castaña asintió—. Bueno, me llevaré a los demás para ver si alguien más los quiere.

—¿No vas a quedarte con uno? —inquirió su hermana.

—Claro, Luna tuvo ocho cachorros—comenzó a decir—, dos de ellos se los dimos a los hermanos de Harry, una de las hembras se la quedó su mamá y la otra nos la quedaremos nosotros —explicó—. Ahora les estoy buscando un hogar a estas pequeñas.

—Yo me encargaré de ésta —dijo Liv mirando a su nueva amiga.

—No puedes ni encargarte de tu vida —bromeó James, su hermano, Liv lo miró mal.

—Cállate —espetó ella, el ojiazul rió.

—¿Tú no quieres una, Jim? —le preguntó Elizabeth.

—Marley es alérgica a los perros —dijo el chico encogiéndose de hombros.

—Pues termina con ella —le dijo Liv—, a nadie le agrada.

—Solamente a ti no te cae bien —le recordó su hermano. Era verdad, siempre había pensado que la novia de su hermano era la persona más falsa, incluso más que Jane.

—Como sea —dijo Liv levantándose y subió a su habitación con la cachorrita, se sentó en su cama y la alzó frente a ella—. Eres la cosa más fea de este mundo —dijo observándola, la perrita no la veía directamente, tenía los ojos entrecerrados y se dirigían hacia la mesa de noche de la chica donde tenía un par de galletas, Liv se dio cuenta y comenzó a reír. Al día siguiente, su primera acción del día fue llamar al dueño del edificio donde rentaba el departamento, éste le dijo que no había ningún problema en que tuviera ahí a su mascota. Aquello alegró bastante a Liv, al menos algo bueno había sucedido. Antes de irse a Londres, tuvo que arreglar algunos papeles en el aeropuerto para poder trasladar a la perrita, pero no hubo mayor problema y en menos de lo que pensó, se encontraba sentada en el sillón junto a la cachorra mientras hablaba con Sebastian por teléfono.

—¿Cómo dices que se llama? —preguntó el ojiverde, Liv sonrió mientras dejaba que la perrita le mordiera el dedo.

—Freya.

Liv se sentía mucho mejor ahora que Freya estaba en su vida, tenía una amiga nueva que le daba todo el amor que necesitaba sin pedir nada a cambio, bueno, tal vez comida. Nunca creyó que sentiría un cariño tan profundo por un ser vivo, algo tan desinteresado, tan puro, amaba a su perrita con todo su corazón y apenas llevaba un mes con ella. No obstante, no todo era color de rosas, ahora recaía en ella la responsabilidad de Freya y educarla era algo realmente imposible. Liv la seguía para todos lados intentando que hiciera sus necesidades en un solo lugar, pero a la perrita simplemente le valía y hacía donde cayera, era solamente una bebé. Además de eso, Liv también seguía preocupada por Keira, por supuesto había intentado hablar con su mejor amiga, pero seguía sin responderle.

—Ya han pasado dos meses —dijo para sí misma. Le había enviado correos, mensajes de texto, mensajes por *Facebook*, lo intentó todo y lo único

que conseguía era ser ignorada.

—No sé qué decirte —le dijo Sebastian, estaban hablando por video-llamada.

—Nunca creí que se enojaría tanto.

—Bueno, cualquiera lo estaría, luego de cómo le gritaste.

—¿De qué lado estás? —Liv negó con la cabeza—. Tú nunca te has enojado así conmigo y vaya que te he dado motivos.

—Es que yo soy perfecto y no pierdo el tiempo con enojos absurdos.

—Espera, ahora que lo recuerdo, sí te has molestado conmigo al grado de dejarme de hablar por dos o tres semanas.

—¿Yo? ¿Cuándo? —Sebastian frunció el ceño.

—Cuando me “metí en tu vida” —dijo la castaña haciendo comillas con los dedos. De sólo pensar en ese día, a Liv se le revolvía el estómago. En aquel momento, Sebastian estaba teniendo muchas dudas sobre su relación con Andy, todo porque había conocido a Susan, una chica con la que tenía muchas cosas en común, según Sebastian era él pero en mujer. Sin embargo, obviamente no quería dejar a su novia, pero esta chica movía algo dentro de él, así que le pidió consejo a Liv, ella le dijo que escuchara a su corazón, antes que a sus instintos animales, porque lo que tenía con Andy era algo estable, era amor, y si iba a arruinarlo todo por una aventura, realmente estaba loco. Unos días después, Liv estaba en su habitación, eran vacaciones de Pascua y tanto ella como Sebastian estaban en Brooklyn—. ¿Vamos por un helado? —le preguntó Liv desde su ventana.

—Tengo que ir con mi madre de compras —le dijo él mientras se colocaba una camisa—. Quiere pasar tiempo madre e hijo, ya sabes, sus ideas —Sebastian puso los ojos en blanco.

—Bueno, ya será luego —dijo Liv alzando los hombros y agitó la mano para despedirse de él. Una hora más tarde, Keira llegó a casa de su amiga para llevarla al centro comercial, quería comprarse un disco.

—Podemos ir a comprar uno de esos *pretzels* rellenos de queso crema.

—Eso suena bastante bien —dijo la castaña sonriendo. Ambas se dirigieron al centro comercial, compraron el disco de Keira y entraron a varias tiendas de ropa. Liv se sentó en una banca para abrocharse las agujetas, su amiga también tomó asiento en lo que esperaba que la castaña terminara. Unos segundos después, un hombre se sentó en el brazo de la banca y se les quedó mirando hasta que recibió una llamada. Liv y Keira intercambiaron

miradas, asintieron y se levantaron. El plan era irse de ahí hacia el mismo lado, pero Liv se fue hacia la derecha y Keira hacia la izquierda, cuando se dieron cuenta regresaron al punto de inicio, la castaña tomó a su amiga del brazo y se alejaron.

—¿Qué acaba de suceder? —Keira comenzó a carcajearse.

—Creí que habíamos acordado irnos hacia la derecha.

—Tenemos que mejorar nuestra telepatía —ambas rieron mientras caminaban hacia el restaurante donde vendían los famosos *pretzels*. Sin embargo, salieron con las manos vacías porque lo primero que vieron fue a Sebastian platicando muy animadamente con Susan.

—Creí que tenía novia —musitó la morena. Liv los observó molesta y sus ojos se cristalizaron, se dio la vuelta y salió de ahí casi corriendo. Keira fue tras ella y la alcanzó solamente porque su amiga se había sentado en una banca a llorar—. ¿Liv?

—Estoy bien —Keira resopló y puso los ojos en blanco.

—No seas ridícula —le dijo—, claro que no estás bien, ¿qué es lo que te sucede?

—Nada...

—Pensé que ya te había dejado de gustar —dijo Keira encogiéndose de hombros.

—¿Fuiste muy ingenua como para creerme eso? —dijo Liv riendo entre sollozos.

—Tenía esperanza —dijo sentándose junto a ella—. Además, creí que te habías olvidado de él gracias a Sharpe.

—Sí, bueno, él también era un amor imposible.

—Un poco, tal vez.

—No lo entiendo, ¿por qué tiene que gustarle esa chica y no yo? —Liv soltó aquella pregunta, no esperaba que fuera respondida, pero había estado dándole vueltas al asunto.

—Son mejores amigos, seguramente él no quiere arruinar eso y piensa que tú ya lo superaste.

—Quisiera que me diera una oportunidad, pero después de todo lo que ha sucedido, de mis desplantes y berrinches, dudo mucho que quisiera tener ese tipo de relación conmigo —Keira la dejó hablar—. Además, no creo que sea lo suficientemente bonita o atractiva como para tentarlo, no le gusto y no puedo hacer nada para cambiar eso, pero, ¿qué tiene ella que yo no tenga?

¿Por qué no soy suficiente para él? —ahí fue donde la morena la interrumpió y tomó a su amiga de los hombros.

—Será mejor que dejes de decir tanta estupidez, Liv, eres bonita, inteligente, determinada, amable y una de las personas más fuertes que conozco —comenzó a decirle—. Si Sebastian o cualquier otro hombre no puede ver eso, entonces son unos idiotas, porque se pierden de la maravillosa persona que eres —Liv suspiró y se mordió el labio—. Sí, claro, tienes tus defectos, pero todos los tenemos, así que deja de decir que no eres suficiente para él, porque desde donde yo lo veo, eres demasiado.

—Gracias, Keira —la morena abrazó a su amiga.

Al día siguiente, fueron a una reunión de la preparatoria en casa de Chad. Keira, Liv y Sebastian llegaron juntos, pero la castaña le pidió un tiempo a su mejor amigo para hablar, no podía seguir guardándose sus sentimientos. Keira dijo que se adelantaría, fue entonces cuando Liv encaró a Sebastian, le reclamó por haberle mentado, pero como siempre, él sabía cómo voltearle la situación y acabó diciéndole que no tenía por qué darle explicaciones.

—No te mentí, no es como que deba darte salto y seña de lo que hago.

—Pudiste haberme dicho que ibas a verla y ya.

—¿Para qué? ¿Para que te pusieras así de loca? —Liv lo miró boquiabierta.

—¿Disculpa? ¿Me llamaste loca?—el chico resopló.

—Sabía que te molestarías si te lo decía.

—Pues me molesta más que no me lo dijeras, Sebastian.

—Ya lo sabes, ya relájate —la castaña apretó la mandíbula, odiaba que le dijeran que se relajara cuando evidentemente no podía hacerlo.

—Es que no puedo creer que estés arriesgando tu relación con Andy por esa chica.

—Es mi vida y hago lo que se me da la gana, así que no te metas —le dijo en un tono muy hostil, Liv sintió que las lágrimas se acumulaban en sus ojos—. Tú me dijiste que no me entrometiera cuando te morías por Jonathan, ahora tú no te involucres en esto, no es tu asunto.

—¿Entonces para qué me pediste consejo?

—Fue un error —la chica apretó los labios y negó con la cabeza.

—Me preocupas, Sebastian, por eso te estoy diciendo esto.

—Pues yo nunca te pedí que te preocuparas por mí, así que deja de hacerlo

—Liv tuvo suficiente, sabía que si seguía con esa conversación se iba a poner a llorar y su orgullo le impedía hacerlo enfrente de él. La castaña se dio la vuelta y comenzó a caminar por donde habían llegado, regresaría a su casa—. ¿No vas a entrar? —Liv no le respondió y siguió su camino, Sebastian resopló y entró a la casa de Chad, pero antes de que pudiera tomar un respiro, Keira lo abordó.

—¿Dónde está Liv?

—No lo sé, se fue.

—¿Qué le dijiste? —el ojiverde la miró incrédulo.

—¿Por qué siempre tiene que ser mi culpa? —Keira se cruzó de brazos y alzó ambas cejas, el chico puso los ojos en blanco—. Ella hizo un drama, no yo, ya sabes cómo es.

—¿En serio? —la morena empleó un tono bastante sarcástico.

—Tal vez fue un poco mi culpa, mitad y mitad.

—Como sea —dijo la chica negando con la cabeza y salió de la casa en busca de su amiga. Una vez más la encontró llorando a unas cuadas de ahí, no le preguntó nada, sólo se sentó junto a ella en la banqueta y la abrazó. Liv sabía que había exagerado, no era nadie para reclamarle a Sebastian por sus acciones, pero que le dijera que no se metiera en su vida, que no se preocupara por él porque no se lo había pedido y que le recordara a Jonathan, fue lo que la destrozó. Después de ese día, Sebastian no le dirigió la palabra a Liv, pasaron tres semanas para que volviera a hablarle y como dos meses para que todo volviera relativamente a la normalidad. Sentía un dolor inmenso, pero al menos tenía a Keira a su lado. Y eso, en la situación en la que se encontraba, fue como un golpe directo en el estómago. Keira siempre había estado ahí para sostenerla en sus peores días y lo único que Liv hizo fue gritarle, reprocharle por su propia equivocación y finalmente correrla de su departamento.

—No me acuerdo —le dijo Sebastian luego de que Liv le relatara brevemente la única vez que él le había dejado de hablar.

—Típico —dijo la chica negando con la cabeza.

Al terminar de hablar con Sebastian, pasó un buen rato para que tomara su celular de nuevo e intentara comunicarse con Keira. Uno, dos, tres, cuatro...

—¿Qué es lo que quieres? —escuchó la voz de Keira—. ¿Seguir gritándome o qué?

—Quería pedirte perdón —dijo Liv sin rodeos.

—¿Ah, sí? —escepticismo era lo que había en el tono que estaba empleando la morena—. Sí sabes que han pasado dos meses, ¿verdad?

—Te he estado llamando, pero no contestabas —Keira entreabrió la boca, estaba parada a la mitad de su habitación en México con su mano libre en la cintura.

—¿En serio?

—Bueno, tal vez tardé un mes en hacerlo, pero todo este último mes te estuve llamando y mandando correos.

—Estaba de viaje y no tenía señal ni internet —confesó la chica—, lo lamento.

—No, no, está bien, yo soy la que lo lamenta —dijo Liv rápidamente y comenzó a disculparse, Keira dejó que hablara, había estado esperando eso—. Realmente me gustaría decirte todo esto en persona, si pudiera iría hasta México a pedirte perdón por la manera en que te traté, no fue justo, tú solamente estabas siendo una buena amiga y diciéndome lo que estaba haciendo mal, yo no te quise escuchar. Fui desconsiderada y una estúpida, no debí gritarte ni culparte, espero puedas perdonarme algún día.

—¿Por qué tardaste tanto en darte cuenta?

—Tuve que reflexionar muchas cosas, tenía que estar bien conmigo misma para poder disculparme con todos —comenzó a decir Liv—. No es que no me importara, todos los días pensaba en cómo estaban las cosas entre nosotras y en qué podía decirte para hacer que me perdonaras, aún no sé si esto sea suficiente, pero lo siento, Keira, en verdad, estoy profundamente arrepentida de cómo actué contigo.

—Acepto tus disculpas —le dijo, entonces Liv soltó el aire que estaba reteniendo sin darse cuenta—, pero cuando nos volvamos a ver tendrás que decirme todo esto a la cara y también quiero saber qué pasó con Steve —la castaña suspiró.

—No quieres saberlo.

—Por supuesto que sí —le dijo—. Tengo que irme, estaré en casa en dos semanas, mi madre nos hará una fiesta de cumpleaños a mi hermano y a mí, estás invitada, por supuesto.

—No me lo perdería —dijo la chica aliviada de que ya no hubiera tensión entre ellas. Todo parecía irse acomodando, sentía pronto encontraría la paz que tanto necesitaba. El cumpleaños de Keira era el 7 de agosto, tenía un

hermano gemelo, Kyle, era algo reservado, pero siempre las había sacado de apuros. Un par de días antes de la fiesta de su amiga, Liv abordó el avión junto con Freya y voló hacia Brooklyn, su madre se molestó porque gastaba deliberadamente el dinero que era para pagar el avión en situaciones especiales como Acción de Gracias, Navidad y Pascua—. No vendré en noviembre, no pasa nada, mamá.

—De acuerdo, pero ya no más visitas así —advirtió Olenka, Liv sonrió y negó con la cabeza.

—Como digas.

Luego de la celebración de cumpleaños de Keira, ambas hicieron *pijamada*, se pusieron al tanto de todo, Liv volvió a disculparse, lloraron, porque ambas eran un par de sentimentales, aunque no lo parecían y entonces le contó lo que había sucedido con Steve. La morena se sorprendió de ver el cambio en su amiga, no había pasado tanto tiempo, pero Liv parecía otra persona, era más madura y Keira se sintió feliz por ella. Por su parte, la castaña estaba agradecida de que su amiga le diera otra oportunidad, porque se sentía sin esperanza, pero en ese momento se dio cuenta de que ganó mucho más de lo que creía, si bien perdió a Steve, esa situación la llevó de vuelta a quien realmente importaba en su vida y a quien siempre había estado ahí para ella.

—¿Entonces tuviste una relación con ella o no? —preguntó Liv, Keira le había contado que había tenido un fugaz romance con una chica, Maia, trabajaban juntas en un bar de México y se besaron en un par de ocasiones.

—No, fue como un *free*, no lo sé, nunca concretamos nada —la morena se encogió de hombros—, pero me rompió el corazón —dijo riendo.

—¿Cómo estuvo eso? —entonces Keira comenzó a contarle toda la historia, desde que llegó a trabajar al bar y cómo había conectado con Maia inmediatamente, ambas eran sarcásticas y se burlaban de todos, clic instantáneo. Después de unos meses, Keira había recibido un mensaje de su nueva amiga, “quiero besarte”, Maia estaba borracha cuando envió eso, sin embargo, no se retractó. Ambas le dieron vueltas al asunto hasta que un día simplemente ella tomó a Keira de la cara y le plantó un beso. No obstante, Maia aún tenía sentimientos por su ex, por lo cual no podía estar al cien por ciento para Keira y ella lo había notado. El tiempo pasó y sus caminos se separaron, pero seguían mandándose mensajes y cada día que pasaba, los

sentimientos de la morena iban incrementando. No creía que eso fuera a pasar, siempre le habían gustado los hombres, pero en esa ocasión se había enamorado de Maia y no había vuelta atrás. Ahí fue cuando descubrió que el amor puede estar en cualquier lado, aunque el final de ese romance no fue como lo esperaba.

—¿En verdad regresó con su ex? —Liv la miró boquiabierta—. ¡Es una desgraciada!

—Supongo —dijo la morena encogiéndose de hombros. Le mostró un par de mensajes de Maia diciéndole que iría con su ex al cine o que la estaba cuidando.

—No entiendo por qué tenía que decirte eso —la castaña hizo un mohín de desagrado, Keira suspiró.

—Hice todo lo que estuvo a mi alcance, te lo juro, pero no fui lo suficiente para ella —Liv frunció el ceño y le dio un golpe con uno de los cojines.

—No vuelvas a decir eso —le advirtió, ahora era su turno de decirle a su mejor amiga que era demasiado para cualquiera y si esa tal Maia o cualquier otra persona no se daba cuenta de la gran persona que era, entonces no valía la pena—. Espero nunca encontrármela, porque sería capaz de asesinarla por haberte roto el corazón—Keira rió y negó con la cabeza.

—Lo mismo dijiste con mis últimos novios y yo los sigo viendo muy vivos, eh —Liv comenzó a reír.

—Esos infelices.

—Pero bueno, ya no importa —dijo la morena—. Supongo que fue un fracaso más en mi intento de estar estable —luego de que Keira terminara con su novio de dos años, había estado saliendo con otros chicos que eventualmente terminaron en un corazón roto, el de ellos, ahora le había tocado a ella.

—¿Y ahora qué?

—Pues no lo sé, supongo que podemos seguir con el plan de vivir juntas con veintisiete gatos y Kali.

—Suen a un buen plan, aunque ahora serán veintisiete gatos, Kali y Freya.

—¿Quién es ella? —Liv sonrió, sacó su teléfono y le enseñó fotos de su perrita—. Es la cosa más hermosa, tengo que conocerla.

—Mañana vamos a mi casa y te la presento.

—¡Claro! —dijo Keira entusiasmada— Ahora vuelvo, voy por algo de agua, ¿quieres? —dijo la chica, la castaña asintió y se quedó sentada en la

cama mientras su amiga regresaba. Mientras esperaba, Liv escaneaba la palma de su mano una y otra vez, se preguntaba si lo que había pasado con Steve era la ruptura de la que le había hablado aquella mujer una vez que fue con Keira a una feria y entraron a una carpa gitana para que les leyeran la mano.

—¿En serio crees en estas cosas? —susurró Liv mientras caminaban hacia el centro donde se encontraba una mujer vestida con ropas gitanas.

—Por supuesto, ¿tú no?

—Pues no lo sé, ¿debería?

—Es interesante, ya verás —Keira tomó a su amiga del brazo y la acercó a la mesa, ambas se sentaron en las sillas y saludaron a la mujer.

—¿Cartas o mano? —preguntó la gitana.

—Mano —respondió la morena sin pensarlo, la castaña eligió lo mismo y asumió que su amiga sería la primera en pasar, pero la mujer le pidió a Liv su mano izquierda y comenzó a observarla.

—Tu línea de la cabeza me dice que eres una persona creativa y entusiasta, te cuesta trabajo mantener la atención en algo —Liv pensaba que todo eso eran puras patrañas, pero había comenzado a dudar porque aquello que le había dicho era cierto—. Según tu línea de la vida eres enérgica y posees una gran fortaleza, es probable que te enfrentes a varios problemas en tu vida, pero, si te concentras, sabrás confrontarlos —Liv no entendía el peso de aquellas palabras, apenas tenía quince años y pensó que la gitana quería asustarla con tanta bobería—. La línea del destino es profunda, por lo que la suerte influye mucho en tu vida, además presenta una interrupción y un cambio de dirección, tendrás dos carreras, niña, relacionadas con lo artístico, por supuesto —Liv no dejaba de preguntarse cuál sería la otra carrera, claro que pensaba en el ballet, pero por su mente no había pasado la posibilidad de dedicarse a otra cosa—. Tu línea del corazón me dice que estás satisfecha con tu vida romántica —sí claro, pensó Liv—. Sabes comunicar tus sentimientos y no te da miedo mostrar tus emociones, pero te cuesta trabajo comprometerte a una relación seria, también tienes tendencias a la melancolía —la chica se mordió el labio mientras seguía escuchando, estaba empezando a creerle—. Ahora, junta tus manos así —dijo la mujer mostrándole sus manos—, deja que tus *líneas del corazón* formen una sola —la chica obedeció y puso sus manos lado a lado—. Interesante...

—¿Qué cosa?

—Hay una interrupción en ambas líneas, aquí y aquí, ¿lo ves? —la castaña

asintió—. Eso quiere decir que sufrirás una ruptura, un gran cambio, no solamente en el terreno de tus emociones, pero en toda tu vida, dependerá de ti salir de esa situación o hundirte más —Liv apartó la mano de golpe y tragó saliva.

—Creo que ya tuve suficiente —dijo la chica sacando el dinero para pagarle y le dijo a Keira que la esperaría afuera. Liv no era una persona que creyera en ese tipo de cosas, pero algo dentro de ella la había hecho dudar, se había puesto muy nerviosa y no podía dejar de pensar en qué era lo que iba a pasar.

—¿Qué tanto le ves a tu mano? —preguntó Keira una vez que regresó con dos vasos con agua.

—¿Recuerdas a la gitana de la feria? —la morena asintió y se sentó en la cama—. ¿Crees que a esto se refería?

—¿A lo de Steve y todo eso?

—Ajá, creo que esto fue un gran cambio en mi vida, la ruptura.

—Puede ser —Keira se encogió de hombros. El resto de la noche siguieron hablando de cosas muy triviales, la verdad no era relevante el tema de conversación, lo que realmente importaba era que, a pesar de todo, seguían siendo las mejores amigas y eso nunca iba a cambiar.

Par
de
Doux



“Si de veras quería encontrar el amor, tendría que bajar la guardia y dejar que alguien atravesara ese muro de protección.”

—La Corona,
KieraCass.

Adam Wayman

23 de diciembre de 2015, esa fecha jamás se le olvidaría a Liv. La castaña había cumplido los veinticuatro años, se había graduado con honores de la Universidad, tenía pequeños trabajos como redactora y correctora de estilo, pero no le dedicaba gran parte de su tiempo. Su vida estaba puesta en el ballet, por supuesto, más ahora que su carrera de bailarina iba en ascenso, era la favorita, todo mundo iba a ver, no la obra, sino a Olivia Breen. Había conseguido los papeles protagónicos en los últimos dos años, les demostró que siempre daría la cara, no como aquel mayo de 2012. Igualmente, había sido insinuado que podrían darle el título de *Prima Ballerina Assoluta* luego de su presentación en diciembre. Era muy raro que otorgaran aquel título, pero era lo que se rumoreaba en el *Royal Ballet*, por supuesto, eso provocó que el desprecio y la envidia que sentían las demás bailarinas aumentara, pero Liv estaba realmente emocionada y le importaba muy poco lo que los demás pensarán.

—No la tolero, si le dan ese título su ego va a inflarse más de lo que ya está y eso no lo voy a permitir.

—Deberías cuidar lo que dices, Serena —le advirtió Margot—, Olivia es la favorita y ella podría hacer que te sacaran de la compañía.

—Quisiera ver que lo intentara —musitó mientras se arreglaba el cabello para la presentación. Serena odiaba a Liv desde que la había visto con Jonathan en Nueva York, después intentó volverse su amiga y arruinar su relación con Sebastian, pero no tuvo éxito, ni en eso, ni en ningún sabotaje posterior. Además, no pensaba que Liv se mereciera ser la favorita, ya que Serena había pasado toda su vida en el *Royal Ballet* y Liv llevaba menos tiempo, por lo cual se sentía menospreciada—. Solamente está donde está por su madre.

—Sabes que no es cierto —le dijo la otra—. Olivia tiene mucho talento, aunque te pese.

—Ya veremos si eso le dura.

—¿A qué te refieres? —Serena negó con la cabeza y siguió con lo suyo. Liv tenía su propio camerino, se estaba colocando las zapatillas cuando alguien llamó a la puerta.

—Adelante —dijo, un par de ojos verdes se asomaron, Liv sonrió de oreja a oreja al ver a su mejor amigo, lo invitó a pasar, seguido de él estaba Keira, ambos lucían muy elegantes.

—¿Cómo te sientes?

—Nerviosa, pero no tanto como al principio, claro.

—Tu madre está que explota de alegría —comentó Keira.

—Me imagino, voy a presentar su ballet favorito.

—Claro, pero de lo que más habla es del título que te van a dar.

—Aún no es algo seguro —dijo Liv encogiéndose de hombros, se levantó y comenzó a calentar.

—Pero sí te lo van a dar —le dijo Sebastian recargándose en la pared, Keira asintió—. Eres la mejor bailarina de tu generación.

—¿Desde cuándo sabes algo de ballet? —la castaña lo miró burlona.

—He pasado casi veinte años viendo tus presentaciones y a las que me obligaste a ir, así como videos, me has hablado de esto desde que nos conocimos, creo que sé algo del ballet.

—No sabes nada, Sebastian —dijo Liv riendo. No los dejaron estar más de diez minutos, así que le desearon suerte a la castaña y salieron de los camerinos para reunirse en el vestíbulo con la familia de la chica.

El espectáculo comenzó, todo iba de maravilla, Liv se sentía más confiada que nunca, estaba cumpliendo su sueño y pronto el más grande de todos se haría realidad. Nunca antes se había sentido tan plena, por primera vez sentía que todo marchaba de maravilla, no había nada que pudiera arruinarle su felicidad. Era el momento del *pas de deux*, en esta versión de *El Cascanueces*, Liv interpretaba a Marie y ella era la que bailaba con el príncipe en el *pas de deux*, no el hada de azúcar. Cada movimiento, cada elevación fue perfecta, excepto una, Edward, quien hacía del Cascanueces/Príncipe, cargó mal a Liv, ella hizo el siguiente movimiento pero el error de Edward provocó que la chica se fuera directo al suelo, el público ahogó un grito. Liv sabía lo que tenía que hacer, debía levantarse y continuar como si nada, pero no podía hacerlo, no le era posible ponerse de pie. Debido

a la caída, su pierna se había roto, el impacto del golpe había evitado que sintiera el dolor, pero en cuanto reaccionó, la pierna comenzó a punzarle de una manera terrible. Dirigió su mirada hacia donde sentía el dolor y vio su pierna llena de sangre. Lo último que escuchó antes de desmayarse fue la voz de Sebastian diciéndole que todo estaría bien. Liv abrió los ojos, estaba en una habitación blanca, tardó un poco en recordar lo que había pasado, entonces observó su pierna, estaba elevada con unos artefactos metálicos. Sin emitir sonido alguno, las lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, era el fin de su carrera, de lo que más amaba en el mundo, todo por el error de alguien más. No entendía qué había fallado, Edward, él la cargó mal, pero ¿por qué? Él nunca se ponía nervioso, nunca dudaba, hacía todo perfecto, sin embargo, la había dejado caer. No quería culparlo, no había sido a propósito, fue un accidente, se repetía una y otra vez.

—Despertaste —Sebastian había entrado en la habitación, llevaba una bata blanca, al final había decidido seguir la tradición familiar y volverse médico. Liv permaneció en silencio, él no insistió en que hablara, sólo fue a checar cómo estaba su pierna e hizo algunas anotaciones—. Fue una fractura expuesta, perdiste bastante sangre y sufriste un shock hipovolémico, no podíamos reanimarte —le explicó—. Creí que...

—Necesitarás más que esto para deshacerte de mí, Dashwood —su voz sonaba débil, pero él la escuchó a la perfección y esbozó una pequeña sonrisa.

—Lo sé.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó ella desviando la conversación, no quería pensar en el accidente—. O sea, estamos en Londres y tú haces tu residencia en Brooklyn.

—En efecto —dijo él, entonces le contó que estuvo insistiendo en tratar su caso y estar al pendiente de ella. Sebastian se había levantado de inmediato en cuanto vio caer a su amiga y se subió al escenario sin importarle nada.

—Gracias —dijo Liv en cuanto su amigo terminó de contarle la historia, éste le sonrió—. ¿Cuánto tiempo tardaré en recuperarme?

—Entre tres y seis meses —comentó el ojiverde—, más la fisioterapia para que logres caminar como si nada —una chispa de esperanza deslumbró en los ojos cafés de Liv y abrió la boca para preguntar algo pero Sebastian le contestó primero—. No, Liv, lo siento, no podrás volver a bailar —había estado pensando en cómo se lo diría, pero era mejor soltárselo sin rodeos. El corazón de Liv se quebró por completo, Sebastian no pudo ni mirarla a la

cara, estaba devastada. Ella ya lo sabía, aunque aún tenía algo de esperanza, no era su primera lesión, claro, pero jamás había tenido una fractura tan grave.

—¿Mi mamá está aquí? —él asintió y ella le pidió que la llamara, no sabía bien por qué, es decir, era su madre, sí, pero sabía que vería decepción y lástima en su mirada, tantos años para terminar así. Olenka entró en la habitación, Liv no pudo verla a los ojos, ni siquiera cuando se sentó en la silla que estaba a un lado de la cama y le tomó la mano.

—Mírame, Olivia —la castaña se forzó para poder encarar a su madre. Al hacerlo, no encontró ni un rastro de decepción o lástima, más bien se veía consternada, fue entonces cuando Liv se soltó a llorar y sollozaba sobre lo injusta que era la vida y sobre cómo sus sueños se habían hecho pedazos.

—¿Qué voy a hacer, mamá? —la cara de la chica estaba enrojecida y llena de lágrimas—. El ballet es mi vida.

—Lo sé, cariño, lo sé —Olenka pasaba su mano por el cabello de su hija una y otra vez.

—No quiero vivir más —dijo Liv negando con la cabeza—, no puedo, no sin el ballet.

—Olivia...

—Desearía que no me hubieran salvado —la rubia se apartó de su hija y enmarcó su cara con las manos.

—Escucha esto, hija, escúchalo bien —le dijo seriamente—, no importa lo que haya ocurrido, no importa si ya no puedes bailar, yo sé que esto te está doliendo demasiado, créeme que lo sé —era verdad, aunque su madre no había sufrido una lesión, tuvo que dejar de bailar para proteger a su familia—. Pero lo único que tienes que hacer ahora es levantarte y seguir adelante, tienes una carrera universitaria, aférrate a eso, sé que el ballet era tu mundo, pero debes encontrar algo más que te llene, porque no puedes pasar toda tu vida lamentándote por esto y tampoco desear haber muerto —Liv negó con la cabeza.

—No hay nada, créeme —dijo la chica—, he dedicado toda mi vida al ballet y ahora no tengo nada —Olenka suspiró, no sabía qué más podía decirle a su hija. Liv sintió que su mundo se venía abajo, todo lo que había trabajado, todo el esfuerzo empleado se había esfumado, no solamente en el ballet, sino en su persona. Se había dedicado los últimos tres años a reconstruirse, a mejorar su carácter, a aceptar todo lo que venía con la mejor cara, pero aquello era simplemente insoportable, no veía la forma de salir del hoyo en el

que había caído. Siempre había pensado que en el camino de la vida hay trampas y que de vez en cuando caes en ellas, en esos agujeros en el suelo, como en las caricaturas, de los cuales tienes que salir de alguna forma. A veces no son tan profundos y es muy fácil hacerlo, pero otras veces son tan hondos que es muy difícil ver la salida, pero lo que importa es que lo sigas intentando. Sin embargo, Liv no tenía ganas de seguir adelante, había recibido un golpe muy duro y no pensaba que pudiera recuperarse.

—¿Qué puedo hacer para que te sientas mejor?—preguntó su madre, Liv la miró, sus ojos estaban hinchados y las lágrimas seguían saliendo de ellos.

—Quiero estar sola —la rubia asintió y salió de la habitación. Liv se quedó contemplando su pierna, ¿cómo iba a poder superar todo esto?

Pasaron cuatro meses antes de que Liv comenzara con sus sesiones de fisioterapia para que pudiera volver a caminar como si nada. Al principio se frustró porque no veía ninguna mejora.

—Es inútil —le dijo a su fisioterapeuta, Josie—, estoy harta.

—Debes de ser paciente —le tendió la mano para que se apoyara en ella y siguiera caminando. Liv jamás se había sentido tan frustrada, deseaba que su recuperación fuera más rápida. Una tarde, Olenka llevó a su hija al gimnasio donde la atendían, pero esta vez Josie no la recibió. Uno de los fisioterapeutas se acercó a ella, era nuevo, ya que nunca antes lo había visto por ahí.

—¿Olivia Breen? —ella asintió—. Mi nombre es Caleb Callahan —dijo tendiéndole la mano para saludarla, Liv la estrechó—, Josie ya no estará ayudándote, tuvo que retirarse por un problema personal, pero ahora yo seré quien te apoye en tu recuperación.

—De acuerdo —dijo la castaña esbozando una ligera sonrisa. Caleb era un par de años mayor que Liv, era alto, no muy delgado pero tampoco fornido, su cabello era negro azabache y sus ojos eran del color de la miel. Liv no podía dejar de verlo, era demasiado atractivo.

—Tengo entendido que te gusta el ballet —la chica suspiró, no le gustaba tocar ese tema, el simple hecho de pensar en el ballet la hacía sentir muy mal.

—Era bailarina profesional —comentó con tristeza—, ya no más.

—Lo lamento, no me comentaron eso, debí haberlo supuesto, yo...

—Está bien, no te preocupes—dijo ella encogiéndose de hombros. Caleb fue un gran alivio durante el tiempo que le restaba de fisioterapia, se habían convertido en grandes amigos, pero también a Liv le había empezado a gustar.

—¿Entonces sin novio?

—Ni uno solo en todos estos años —dijo ella, se encontraban en un jardín paseando, Liv ya podía caminar sin ayuda de un bastón.

—¿Y alguien que te guste? —preguntó, Liv moría de ganas por decirle que él, pero no se atrevía.

—Era mi turno de hacer una pregunta —Caleb rió.

—Está bien, está bien, ¿cuál es tu pregunta?

—¿Te gusta alguien en este momento? —el ojimiel asintió.

—¿Puedo confesarte algo? —Liv lo miró incrédula y rió con nerviosismo.

—Claro.

—Nunca le he dicho esto a nadie —comenzó a decir—, pero necesito sacarlo y siento que puedo confiar en ti, como si nos conociéramos desde hace años.

—Me pasa igual —Caleb sonrió, tenía una de esas sonrisas contagiosas.

—Desde hace mucho tiempo he estado enamorado de... mi mejor amigo.

—Oh, sí, sé lo que se sienten... espera, ¿mejor amigo? —Caleb se encogió de hombros.

—Hombre, sí —Liv formó una “o” con su boca y comenzó a reírse—. ¿Qué es lo gracioso?

—Nada, nada, continúa.

—Olivia, dime —insistió el ojimiel, ella lo miró divertida y suspiró. Lo único que le faltaba, que le gustara un hombre *gay*, definitivamente no lo vio venir.

—Es que...

—¿Te parece divertido que te confiese que soy *gay*? —Caleb frunció el ceño, ella negó con la cabeza.

—Para nada, lo que se me hace gracioso es que me gustas —le confesó, el ojimiel la miró boquiabierto y comenzó a reír.

—No puedes hablar en serio —Liv se encogió de hombros—. Lo siento, no quise... ¿te di la impresión de algo?

—Pues no, pero pudiste comenzar por ese detalle.

—La próxima vez lo haré.

—¿Entonces enamorado de tu mejor amigo? —Liv alzó ambas cejas.

—Sí, es muy complicado porque sé que eso nunca va a suceder, él no es *gay*, obviamente, pero yo sigo perdidamente enamorado de él.

—Te entiendo.

—¿También estás enamorada de tu mejor amiga? —la castaña rió y negó con la cabeza.

—De mi mejor amigo —comentó ella con algo de tristeza. A pesar de que se había convencido de que ya no estaba enamorada de Sebastian, siempre había una chispa de duda. Y no importaba cuánto se repitiera que esos sentimientos ya se habían esfumado, al final, ella estaba irremediabilmente enamorada de Sebastian Dashwood y probablemente así sería para toda la vida, o al menos hasta que encontrase a alguien por quien sintiera algo más fuerte. Caleb le contó brevemente su historia de amor no correspondido y Liv le contó la suya. De cierto modo era un alivio que Caleb fuera *gay*, ahora tenía un amigo que era solamente eso, un buen amigo y se sentía bien con ello, sobre todo porque al fin había alguien que la entendía.

—Aunque pienso que es ridículo, ¿sabes? —dijo Caleb riendo con amargura.

—¿A qué te refieres? —Liv ladeó la cabeza y lo miró inquisitivamente.

—Pues a estar enamorado de alguien que no te corresponde, es un tanto masoquista, ¿no crees?

—Sí, supongo —la castaña se encogió de hombros.

—Es que, piénsalo, estamos esperando a que la otra persona cambie de opinión —siguió diciendo el ojimiel—. Al menos en tu caso existe una posibilidad, pero en el mío es prácticamente imposible.

—No digas eso...

—Es la verdad, pero a lo que voy es que se nos hace romántico esperar que esa otra persona corresponda nuestros sentimientos o cambie de parecer cuando nunca se ha sentido de ese modo —Liv se mordió el labio inferior, pensó en los veinte años en los que Sebastian había estado en su vida y, aunque ella pensaba que sí, él nunca dio alguna señal de estar interesado de una manera romántica—. Es realmente patético —Caleb suspiró y negó con la cabeza—. Lo lamento, no debería sacar mis traumas cuando se supone que debería hacer que te sintieras mejor —Liv sonrió y puso su mano sobre la de él.

—Está bien, somos amigos y siempre estaré para escucharte.

—Gracias —dijo Caleb sonriéndole.

Habían pasado seis meses desde que Liv tuvo el accidente. La castaña decidió comenzar una nueva vida alejada del ballet, no quería ni siquiera ver

videos al respecto, no soportaba el dolor que le causaba no poder bailar. No había una sola noche que no se durmiera llorando o que soñara con que volvía a bailar. En varias ocasiones quería rendirse, incluso le dijo a Caleb que ya no seguiría con las terapias, pero él no la dejó sola. Por más que quería tirar la toalla y pasar el resto de sus días en su cama comiendo helado, sabía que tenía que seguir delante de una u otra forma. Una vez que pudo valerse por sí misma, comenzó a buscar un empleo y, con ayuda de Caleb, lo encontró en una editorial. Ahí conoció a una chica muy simpática, Anna, también era amiga de Caleb, se habían conectado desde el primer momento. Liv no reemplazaría a sus mejores amigos, por supuesto, pero tener a estas nuevas personas en su vida era un gran alivio y la hacían sentirse mejor. Una mañana, Liv iba caminando con Caleb hacia una librería y pasaron frente al Royal Opera House, el corazón de la castaña se contrajo, el ojimiel la tomó de la mano y eso la reconfortó. A pesar de que solamente llevaban un par de meses de conocerse, parecía que habían sido amigos desde hace años.

—¿Olivia? —la castaña se giró y se encontró con Margot, ella ahora era la segunda favorita, luego de Serena, claro, a quien Liv vio charlando con otros bailarines en la entrada—. ¿Cómo has estado?

—He tenido mejores momentos —respondió encogiéndose de hombros.

—Lamento mucho lo que sucedió, creo que nunca te lo dije —la castaña forzó una sonrisa pero no dijo nada. Margot suspiró y la tomó del brazo acercándola a ella—. Hay algo que quiero decirte —susurró y miró hacia todos lados.

—¿Qué sucede? —Liv frunció el entrecejo.

—Lo que ocurrió ese día no fue un accidente.

—¿Cómo dices?

—Edward sale con Serena —comenzó a decir—, desde entonces había algo entre ellos y, bueno, ella nunca te ha tolerado.

—Eso no es novedad —musitó Liv, recordando la vez que intentó meterse en su relación con Sebastian o chantajearla con William. Después de pensar en eso, Liv empezó a entender lo que Margot trataba de decirle—. ¿Intentas decirme que Serena planeó mi caída con Edward?

—Así es.

—¿Tienes pruebas de eso?

—Yo los escuché y no fui la única —Liv sintió que la sangre le hervía. Caleb había escuchado toda la conversación y tomó del brazo a su amiga, pero

ella estaba muy molesta, se soltó de su agarre y caminó hacia donde estaba la causante de su tragedia.

—¡Serena! —la chica se giró para ver quién la había llamado, se sorprendió al ver a Liv, pero más lo hizo cuando sintió un ardor en su mejilla porque la castaña le había estampado la palma de su mano.

—¿¡Cuál es tu problema!?

—¡Tú sabes muy bien cuál es! —le dijo apretando la mandíbula. Serena ni siquiera se atrevió a disimular y le sonrió con malicia.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Quitarme el puesto que tengo como *prima ballerina*? —la chica la miró expectante—. Oh, es cierto, ya no puedes bailar —dijo haciendo una mueca de tristeza fingida. Liv perdió los estribos y se abalanzó sobre ella, acabaron en el suelo. Serena intentaba defenderse mientras que Liv le soltaba los golpes y le gritaba.

—¡Basta, Liv! —su amigo intentó separarlas pero recibió un arañazo de Serena.

—¿Qué está ocurriendo? —una de las profesoras del *Royal Ballet* se quedó perpleja ante tal escena. Caleb volvió a intervenir y jaló a su amiga lejos de Serena, ésta fue retenida por Edward.

—¡Ustedes dos arruinaron mi vida! —les gritó, sus ojos estaban llenos de lágrimas y su corazón lleno de odio. Intentó zafarse del agarre del ojimiel, pero no tuvo mucho éxito.

—¿De qué estás hablando, Olivia? —preguntó la profesora, Liv quiso llorar en cuanto la vio, ella siempre la había apoyado y le había enseñado mucho.

—¿Por qué no le pregunta a Serena y a Edward? —dijo conteniendo las lágrimas, la mujer se giró hacia la pareja.

—No sé de qué está hablando, se volvió loca —dijo Serena en un tono inocente, su ojo estaba morado y el labio le sangraba.

—Hablo de cómo arruinaron mi carrera, de cómo tú y Edward lo planearon todo, era imposible que algo saliera mal, llevábamos tanto practicando el *pas de deux* y la única forma de que fallara era si el sostén, es decir, Edward, falseaba.

—Fue un accidente, Olivia —replicó éste.

—¡Sabes que no es cierto!

—¿Tienes pruebas?

—Sí —dijo la chica y miró a Margot, ésta apartó la vista. Liv apretó los

labios, incrédula, y negó con la cabeza. Otra de las chicas dio un paso al frente y habló.

—Yo los escuché hablando de eso, no había dicho nada porque Serena me amenazó con que tendría el mismo destino que Olivia.

—¿De qué estás hablando? ¡Yo no hice tal cosa! —espetó la acusada. Otras dos chicas también resultaron ser testigos del complot, pero Margot permaneció en silencio. La profesora suspiró y miró a Serena con desaprobación.

—Hablaré de esto con la dirección —empezó a decir—, pero tanto tú como Edward deben saber que estarán fuera del *Royal Ballet*.

—Pero... —Serena fue callada por la severa mirada de la profesora.

—En todos mis años como instructora jamás había visto algo así, debería darles vergüenza.

—Espero estés contenta —Serena se acercó a Liv, la castaña la miró estoica, por una parte le alegraba que la echaran a ella y a Edward del *Royal Ballet*, por otra sabía que Serena podría seguir bailando, mientras que ella no podía ni siquiera dar un brinco sin sentir dolor.

—Vámonos —le dijo Caleb, ella asintió y apartó la vista de Serena.

—¿Cómo podemos compensarte esto? —le preguntó la profesora a Liv antes de que se fuera con su amigo.

—No es necesario —dijo forzando una sonrisa—. Hasta luego —hizo un gesto con la cabeza y se alejó. Ni siquiera se molestaron en pasar por la librería, fueron directamente hacia el departamento donde Liv estaba rentando un cuarto, Anna, también vivía ahí, era la prima del dueño, pero éste se encontraba de viaje, aún faltaba su aprobación para que ella pudiera quedarse permanentemente. Liv había vendido el suyo, no quería estar ahí, los recuerdos la desestabilizaban y ya que tenía en mente comenzar de nuevo, prefirió dejar ese lugar atrás. Además, si se quedaba ahí, estaría sola, dado que Freya tuvo que quedarse en Brooklyn con sus papás porque le había dado un ataque epiléptico y tenía que estar en revisión. Olenka prometió que se haría cargo y la cuidaría, a pesar de que antes había dicho que no permitiría animales en su casa, sin embargo, había creado un lazo fuerte con la perrita. Liv se quedó tranquila porque sabía que su mamá haría todo para que Freya estuviera bien, pero la extrañaba mucho, a veces quería irse a Brooklyn y buscar un trabajo allá. No obstante, había algo, o más bien alguien que la detenía. Sabía que no debía basar su vida en otras personas, pero estar cerca de Sebastian le dolía y

más porque en ese momento estaba soltero, su relación con Andy no funcionó y eso lo hundió. Liv no pudo hacer nada para ayudarlo, era cuestión de que él saliera del hoyo, claro que tenía su apoyo, pero Sebastian prefería lidiar solo con sus emociones. Y Liv, bueno, ella también debía poner en claro sus sentimientos, no podía negar que seguía amando a su mejor amigo, pero lo mantenía en secreto, porque tanto Keira como él pensaban que eso ya estaba en el pasado y prefería que fuera de ese modo, el único que sabía la verdad era Caleb, ya que él entendía lo que le pasaba.

—¿Por qué no hablas con él? —le sugirió una tarde mientras empacaba, se iría a un retiro espiritual por dos semanas y después a un voluntariado, no lo vería por un mes.

—¿Estás loco? —Liv negó con la cabeza mientras le pasaba un par de playeras—. Bash cree que somos mejores amigos, solamente eso y si yo le digo que mis sentimientos siguen siendo los mismos que en preparatoria, bueno, todo se arruinaría.

—¿Y no has pensado que él puede sentir lo mismo por ti pero no te dice nada porque tú le dijiste que ya lo superaste?

—Para nada, tuvo la oportunidad de estar conmigo y no lo hizo —dijo ella algo desanimada. En el fondo, siempre esperaba que Sebastian le dijera que siempre había estado enamorado de ella, pero eso solamente era una idea ridícula, en la vida real esas cosas no sucedían.

—¿Entonces qué vas a hacer? —ella se encogió de hombros.

—Lo que he hecho todos estos años —dijo Liv—, tratar de olvidarlo, creí que con Steve lo lograría pero las cosas no terminaron como lo esperaba, evidentemente —Caleb asintió recordando lo que ella le había contado.

—¿Ya no has sabido nada de él? —la chica negó con la cabeza, de lo último que supo de Steve fue en Año Nuevo, luego de su accidente, él le había enviado un mensaje de “reconciliación”.

Hola, Olivia:

Tal vez esto sea muy extraño, pero me parece necesario hacer esto. Te deseo lo

mejor, de todo corazón. Espero que este año esté lleno de cosas muy buenas —al parecer no sabía lo que había ocurrido en su última presentación—, y que cumplas todos tus propósitos. Sé que no me vas a creer, pero yo en verdad te aprecio, sé que eres una gran persona, con defectos y virtudes, pero definitivamente eres única —¿de verdad? Liv alzó ambas cejas—. Lamento mucho el daño que te hice, no espero que me perdones o que lo olvides, pero espero que entiendas cómo me sentí —por supuesto que lo entendía, pero ya había pasado mucho tiempo, ¿por qué se disculpaba ahora?—. Te mando un abrazo y genuinamente deseo que nos podamos ver de nuevo. Sigue siendo tan mágica como siempre.

Liv comenzó a reír nerviosa, no podía ser verdad todo lo que estaba leyendo, tenía que ser un sueño, pero no lo era. Steve le había mandado aquel mensaje con la finalidad de hacer las paces, de esa manera ambos sabrían que no había rencor y que tal vez en un futuro podían llegar a ser buenos amigos, por el momento, lo único que quedaba era contestarle. Con el alma rota, pero con un poco de alivio, Liv escribió:

Hola, Steve:

Muchas gracias, igual te deseo lo mejor y espero que este año logres todas tus metas y sea un mejor año que el anterior. Es muy lindo que pienses eso de mí, a pesar de todo. Y no te preocupes, creo que yo te hice más daño a ti y pues entiendo cómo reaccionaste, así que no hay nada que perdonar. Igual me hubiera gustado aclarar las cosas frente a frente, porque por mensaje todo es muy complicado. Te mando un abrazo y espero que algún día nos volvamos a encontrar.

Liv

Y así logró estar en paz con esa situación que a veces la atormentaba.

Caleb terminó de empacar no sin antes decirle a su ahora mejor amiga que se cuidara y no hiciera nada estúpido mientras él estaba de retiro. Aquello se lo había dicho porque aún estaba resentida con Serena y siempre decía que le rompería la nariz si volvía a verla.

—Sabes que no lo haré, solamente la miraré muy feo —Caleb rió.

—Mientras sólo sea eso, está bien.

—No te preocupes, Anna no me dejaría.

—Cuento con ello —dijo cerrando la maleta.

—Oye, ¿cómo es el primo de Anna?

—¿Adam? —Liv asintió, de él dependía su estancia en esa casa.

—No quisiera que tuvieras prejuicios sobre él, mejor espera a que regrese y conócelo.

—¿Tan malo es?

—No, es especial, pero ya te darás cuenta —dijo el ojimiel. Teniendo todo listo, Caleb se despidió de las dos chicas y emprendió su viaje. Luego de una semana, Liv se encontraba en el departamento con Anna, era sábado, 13 de agosto, habría un evento en la editorial, pero habían decidido no ir y utilizar ese día de descanso.

—¿Qué harás hoy? —le preguntó Anna a Liv.

—Pensaba dar un paseo, ir por un té a esa cafetería *vintage* que nos gusta y leer un rato —la rubia la miró divertida—. ¿Qué?

—Siempre con tus libros —dijo la ojiazul, Liv se encogió de hombros. Después del ballet, leer era su pasatiempo favorito, en Brooklyn había dejado todos sus libros salvo un par de Jane Austen, los cuales ya había leído varias veces. Tenía pensado ir a una librería pero no había tenido tiempo, además, en la editorial leía demasiado, aunque prefería leer algo que no tuviera que corregir.

—¿Tienes algún libro? —preguntó la castaña—. Los que traje ya los leí como tres veces.

—Sí, en mi habitación tengo un estante con libros, puedes tomar el que quieras —Liv sonrió y fue corriendo al cuarto de la rubia, vio todos los títulos, las obras de Julio Verne, *Frankenstein*, *Drácula*, *Alicia en el país de las maravillas*, los siete libros de *Harry Potter*. Se cruzó de brazos y trató de elegir uno, al final tomó el de *Drácula* y regresó a la sala de estar.

—¿Quieres venir? —le preguntó a su amiga, ésta negó con la cabeza.

—No quiero entrometerme en tu día de diversión —dijo riendo, Liv rió

junto con ella.

—Oh, cállate —le dijo mientras se colocaba su chamarra y sus botas negras—. Regreso en la tarde.

—Nos vemos —Anna agitó la mano, Liv hizo lo mismo y salió del departamento. Mientras caminaba pasó por una estética, observó su reflejo en el cristal del local y decidió que era momento de cambiarlo. Entró en el lugar y pidió que le cortaran su larga cabellera marrón un poco más debajo de su barbilla. Liv quedó satisfecha con el resultado. Luego de eso, fue por su té de frutos rojos a la cafetería, pensó en quedarse a leer ahí, pero prefirió ir a un parque. No hacía tan mal clima, no había sol pero tampoco estaba lloviendo. Mientras caminaba en busca de un lugar donde sentarse se fijó en uno de los anuncios, era sobre el *Royal Ballet*, aquello fue un golpe duro pues vio la cara de Serena protagonizando *El Cascanueces*, al final había logrado quedarse a pesar de lo que le había hecho.

—No puedo creerlo, maldita mafia —musitó y apretó la mandíbula. Siguió caminando sin dejar de ver el condenado anuncio. Estaba tan molesta que no se fijó por donde iba hasta que sintió un golpe en el pecho y segundos después sintió cómo su blusa se mojaba porque el té se había derramado—. Ay, no —dijo ella mirándose y después miró a la persona con la que había chocado, también tenía mojada su playera. Liv lo observó detenidamente, era un hombre de unos casi treinta años, tenía el cabello rubio y una barba muy tupida, parecía que no se la había cortado en semanas. Llevaba lentes oscuros, lo cual a Liv le pareció ridículo ya que no había ni un rayo de sol en Londres—. Lo lamento tanto, fue mi culpa, yo... yo...

—Evidentemente lo fue —dijo él en un tono exasperado, la castaña lo miró perpleja, no esperaba aquella contestación.

—¿Disculpa? —Liv alzó ambas cejas.

—No estabas mirando al frente, grave error —ella lo miró con incredulidad y se molestó, de por sí ya estaba enojada por ese anuncio y ahora tenía que enfrentar a ese tipo.

—Bueno, tú tampoco lo hacías ya que también chocaste conmigo, ¿no es así? —dijo la chica.

—De hecho, yo estaba parado esperando un taxi y tú colisionaste conmigo —Liv no pudo evitar reír cínicamente ante el uso de aquella palabra.

—¿Colisionar? —dijo en un tono burlón—. ¿Cuántos años tienes? ¿Ochenta?

—Tengo veintinueve —respondió él forzando una sonrisa—. Supongo que tú tienes menos de diez, ya que tu vocabulario es limitado, eso, o eres americana —la castaña frunció el ceño.

—No creía que los ingleses fueran tan petulantes, pero tú eres el prototipo perfecto.

—¿Petulante? —dijo él divertido—. ¿Y yo soy el que utiliza palabras extrañas? —Liv puso los ojos en blanco.

—Qué idiota —musitó dándose la vuelta.

—Y ahora usas malas palabras, esto confirma mi teoría de que eres americana —la chica lo volteó a ver.

—¡Vete al carajo! —dijo mostrándole el dedo medio y se alejó de ahí. Regresó a la cafetería y pasó al sanitario para secar su blusa mientras pensaba en aquel hombre que había conocido, no debió ser tan grosera, pero estaba tan enojada—. Si lo veo de nuevo le pediré perdón —pensó. Regresó al departamento y fue a la cocina a dejar un pastelillo que le había comprado a Anna, la encontró preparando algo en la estufa.

—Para ti —le dijo dejando la bolsa en la mesa.

—Gracias —la rubia—, lindo cabello —dijo sonriéndole, Liv se encogió de hombros—. ¿Qué te pasó ahí? —preguntó viendo la mancha en su blusa.

—Choqué con alguien y el té se derramó en mi blusa —dijo Liv—. Fue culpa de ese sujeto que andaba parado a la mitad del camino.

—Desde mi perspectiva —dijo una voz masculina atrás de ella—, fue tu culpa —la castaña se giró y se encontró con un par de ojos grises que la observaban de arriba abajo—. Tú... ¿qué haces aquí?

—Vivo aquí —dijo él—, de hecho, es mi departamento —la chica se cubrió la boca con ambas manos.

—Liv, él es Adam, mi primo —dijo Anna presentándolos—. Ella es Liv, la chica de la que te hablé.

—¿Ah, sí? —dijo él cruzándose de brazos y la miró con una sonrisa burlona—. ¿La que necesita mi aprobación para poder seguir rentando una habitación?

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó la rubia sin entender lo que pasaba.

—Él es con quien choqué —comenzó a decir Liv—, fui algo grosera.

—¿Algo? —dijo Adam burlón—. Me levantaste el dedo medio y me dijiste que me fuera al carajo.

—¿Eso hiciste? —Anna volteó a ver a Liv, ella se mordió el labio inferior

y asintió—. Ya veo.

—Supongo que debo ir por mis cosas —dijo la castaña, ahora que sabía quién era él no pensaba disculparse, su orgullo no la dejaba.

—No dije que no podías quedarte —dijo Adam sin verla, ella lo miró confundida.

—¿Entonces puedo hacerlo?

—Sí, a menos que colmes mi paciencia o me vuelvas a insultar —le advirtió, Liv suspiró y asintió.

—Gracias —dijo antes darse la vuelta e ir hacia su habitación. Una vez que la chica se fue, Anna comenzó a reír.

—¡Ya era hora!

—No seas ridícula —le dijo el rubio poniendo los ojos en blanco.

—Ya hacía falta que alguien te dijera algo así.

—¿Por qué no lo haces tú?

—No tendría chiste, somos primos, es normal, ni siquiera Caleb se atrevería a decirte eso.

—Me ha dicho peores cosas, créeme —Anna rió.

—Por cierto, feliz cumpleaños —dijo la rubia.

—Gracias —la chica negó con la cabeza y se le quedó viendo—. ¿Qué pasa? —Adam frunció el entrecejo, ella le dijo que debería de rasurarse porque ya tenía muy larga su barba—. Estuve dos meses como voluntario en África, apenas y pude bañarme.

—Bueno, ya regresaste a Londres, así que... —la rubia hizo un gesto de que se rasurara.

—¿Por qué ustedes las mujeres no nos dejan ser? —dijo él negando con la cabeza, subió a su habitación para arreglarse la barba, no se la quitaría por completo, pero se la dejaría muy corta, ya después se arreglaría el cabello.

Liv y Adam empezaron con el pie izquierdo, el día en que se conocieron no los dejaría en paz por un par de semanas, por más que trataban de llevarse bien, simplemente no lo lograban. Cada conversación que iniciaban terminaba en una discusión, no demasiado intensa, pero sí acababan azotando puertas o gritando. Por más que Anna trataba de mediar la situación, ellos sencillamente no cedían.

—Por favor, tómenlo con calma —decía la rubia colocándose en medio de su primo y su amiga.

—¡Él empezó! —bramó Liv cruzándose de brazos.

—¿Yo? ¡Tú eres la que siempre se toma todo tan personal!

—¡Es porque todo lo que dices va en contra de mí!

—¡No es cierto! —Anna suspiró y tomó a la chica del brazo.

—Vamos a llegar tarde, andando —Liv puso los ojos en blanco y se fue junto con la rubia al trabajo.

—Es insoportable —refunfuñó la castaña. Liv comenzaba a hartarse, pero tenía que aguantar porque no quería irse, por Anna y porque Caleb pronto volvería. Adam, por su parte, no se atrevía a decirle a Liv que buscara otro lugar para vivir, no pensaba que fuera para tanto, si se iba sería por su propia voluntad, no porque él la corriera.

—Deberías ignorarlo —sugirió Anna.

—Eso intento, pero es que él me provoca —su amiga rió y negó con la cabeza pensando en que ambos se estaban comportando como niños pequeños. Sin embargo, Liv trató de que los comentarios de Adam no la molestaran. No entendía por qué era tan sarcástico y grosero con ella, aunque también Liv tendía a tomarse todo tan personal, de ahí igual surgían sus discusiones con Sebastian.

—Mañana es cumpleaños de Blair, ¿vas a ir? —inquirió Anna, aquella era la hermana menor de Adam, cumpliría veintiún años y pensaban ir a un club para beber y bailar hasta el amanecer. Liv se llevaba bien con Blair, por lo cual había sido invitada, Adam también iría, la castaña decidió no darle importancia y no dejar que esa noche se arruinara. No le caía mal ni lo odiaba, cuando quería, Adam podía ser muy agradable, pero no con ella. Al día siguiente, por la tarde, Liv y Anna se prepararon para ir al festejo de Blair. La castaña se colocó un vestido entallado negro de manga larga y optó por unos tacones de aguja, se maquilló, se arregló el cabello y salió para encontrarse con su amiga. Una vez en el club, acapararon una mesa y pidieron sus bebidas, Liv no quería tomar tanto, pidió una cerveza, como todos los demás, pero con eso tuvo para sentirse valiente. Se la terminó antes de pararse a bailar con una persona que jamás había visto en su vida, algo poco usual en ella, el alcohol estaba haciendo su trabajo. Adam bailó con su hermana y con Anna, no se atrevió a pedirle a Liv que bailara con él, además ella se veía muy animada con otro, no solamente bailando, también se besaron, pero Liv se apartó porque no se sentía muy cómoda haciendo eso, no volvió a acercársele.

Regresaron a la mesa y pidieron otra ronda de bebidas, Liv estaba muy cansada de tanto bailar y había comenzado a punzarle la pierna que se había fracturado, había sido una mala idea usar tacones tan pronto.

—¿Ya tienes su número? —le preguntó Blair a Liv, ésta puso los ojos en blanco y asintió, aunque en realidad ni siquiera se había molestado en anotarlo.

—Era de esperarse —comentó Adam sin mirarlas dándole un trago a su cerveza—, supongo que eso es lo que te enseñaron en tu academia de ballet.

—¿A qué te refieres? —Liv lo miró y frunció el entrecejo, él esbozó una sonrisa cínica y negó con la cabeza—. Contesta, Wayman.

—Lo que sea que hayas querido entender —respondió él dándole otro trago a su cerveza.

—Voy a regresar a la pista, ¿vienes? —preguntó Blair tomando a Liv del brazo pues sabía que aquello iba a terminar en una discusión. No obstante, la chica negó con la cabeza y se quedó ahí, miraba a Adam tratando de sacarle la respuesta.

—¿Qué quieres?

—Que me respondas —Blair suspiró, se levantó y se fue a la pista a bailar con Anna.

—Olivia, generalmente cuando contesto a tus preguntas terminas enojada y mandándome al carajo.

—Pues no tendría que ser así si tú no lanzaras comentarios tan estúpidos —dijo ella sonriéndole falsamente.

—De acuerdo —dijo él irguiéndose en su asiento, colocó los codos sobre la mesa y apoyó su barbilla en sus manos—. Es bien sabido que en el ballet, en el profesional, claro, los bailarines obtienen sus puestos al acostarse con los profesores o directores —él la miró esperando alguna reacción, pero ella no dijo nada así que prosiguió—. Supongo que a ti te enseñaron eso y por esa razón andas besando a un desconocido —Liv lo miró divertida y al mismo tiempo molesta.

—Como si nunca hubieses besado a una desconocida.

—En realidad no —dijo el otro encogiéndose de hombros.

—¿Entonces estás celoso? —la chica enarcó una ceja, él soltó una carcajada.

—Por supuesto que no, ¿o qué? ¿Te gustaría que lo estuviera? —Liv puso los ojos en blanco y luego posó sus ojos cafés en él.

—Lo que me das a entender, Wayman, es que, en pocas palabras, me estás llamando zorra —él frunció el entrecejo.

—No... yo no... —en ese momento se dio cuenta de que había ido muy lejos.

—Ya tuve suficiente de esto —dijo ella levantándose y tomando su bolso, sacó dinero y lo dejó en la mesa.

—¿A dónde vas?

—Lejos de ti —respondió y se abrió paso hacia la salida, él resopló y la siguió, era muy noche y no podía dejar que se fuera sola. Adam salió del club, no vio a Liv en ninguna parte, no era posible que caminara tan rápido. Trató de pensar hacia donde pudo haber ido, fue entonces cuando escuchó un grito proveniente de la calle de al lado. Encontró a Liv acorralada en la pared por un sujeto ebrio, era el mismo con el que se había estado besando.

—Adentro estabas muy cooperativa —le susurró al oído, Liv se asqueó y comenzó a empujarlo para quitárselo de encima, pero no tuvo mucho éxito, ya que era mucho más grande que ella.

—¡Suéltala! —Adam tomó al hombre de la chamarra y lo empujó lejos de Liv. El sujeto se abalanzó contra él y comenzó a golpearlo—. ¡Vete de aquí! —le gritó a la chica, ella estaba inmóvil—. ¡Ahora! —Liv hizo que sus piernas reaccionaran y regresó al club en busca de ayuda. Dos de los hombres que vigilaban la entrada fueron hacia donde Liv les indicó, pero solamente encontraron a Adam recargado en la pared.

—¿Estás bien? —el rubio hizo una mueca de dolor al respirar pero asintió—. Tu novia estaba muy preocupada —al escuchar la palabra “novia”, Adam sintió algo extraño en la boca del estómago y no, no era debido al golpe que había recibido.

—Vamos, te está esperando —dijo el otro y le tendió el brazo para que se apoyara en él. Llegaron a la entrada del club, Liv caminaba de un lado a otro y se mordía la uña del dedo meñique.

—¡Adam! —dijo ella en cuanto lo vio y corrió hacia él. A éste le pareció extraño que lo llamara por su nombre, la mayoría de las veces lo hacía por su apellido—. ¿Estás bien? —Liv había puesto sus manos en los hombros del rubio y lo miró consternada. Adam sintió que sus mejillas ardían un poco, ¿de verdad Olivia Breen estaba preocupada por él?

—Sí, no te preocupes —dijo conteniendo el dolor, tenía el labio lleno de sangre, pero lo que más le dolía era el costado derecho. Se alzó la camisa y

vio que tenía un moretón enorme. Liv ahogó un grito y se cubrió la boca, Adam se cubrió y soltó un suspiro.

—Ponte algo de hielo —le sugirió uno de los vigilantes, le dio una ligera palmada en el hombro y se alejó.

—Si quieres regresa con las chicas, yo iré a casa a ponerme hielo —Liv negó con la cabeza.

—Iré contigo, le enviaré un mensaje a Anna de que nos fuimos.

—No es necesario.

—Por favor, Adam, no puedo dejarte ir solo —el rubio resopló y puso los ojos en blanco.

—No soy un niño, puedo hacerlo —Liv frunció el ceño.

—Pues por la forma en la que te comportas parece otra cosa —replicó cruzándose de brazos.

—Mira, no quiero discutir, así que entra al club y déjame ir —la castaña negó con la cabeza. Adam miró hacia el cielo exasperado y gruñó.

—Bien, vamos —dijo caminando hacia donde había dejado su motocicleta, Liv olvidó que él había llegado en moto.

—¿Vas a poder conducir? —él asintió y tomó su casco, se lo colocó a la chica.

—No está tan lejos —dijo antes de subirse, soltó un gruñido debido al dolor y le indicó a Liv que se subiera. Ella respiró hondo, nunca antes se había subido a una motocicleta, se montó en ella y pasó sus brazos alrededor de Adam tratando de no presionar el lugar donde estaba lastimado—. ¿Lista?

—Sí —dijo la castaña cerrando los ojos. Llegaron al departamento más rápido de lo que pensó, se bajó temblado de la moto y se quitó el casco. Adam la miró divertido, ella le tendió el casco y él lo guardó.

—Relájate —le dijo sin quitar la sonrisa burlona de su rostro.

—Creí que estabas adolorido —dijo ella pegándole ligeramente en donde tenía el moretón, Adam reprimió la mueca de dolor, entonces fue Liv la que esbozó una sonrisa burlona.

—Andando —dijo señalando el edificio, por suerte su departamento quedaba en la planta baja. Era un lugar enorme, de dos pisos, tenía cuatro habitaciones más el estudio, Anna había sido muy generosa con Liv porque no le había cobrado lo que realmente saldría una renta en ese lugar. Por esto mismo, ella se sentía algo culpable y más porque Adam tampoco le había aumentado la cuota, se comportaba como un cretino, sí, pero no se molestó en

pedirle más dinero y había dejado que se quedara a pesar de sus discusiones. Entonces decidió que al menos ayudaría en los quehaceres, pero dado que tenían a la señora Blanchard para hacer la limpieza, no había mucho por hacer, salvo la comida. Liv se encargaba de comprar los alimentos y en ocasiones preparaba algo, en los últimos años había aprendido a elaborar algunos platillos. Sentía que debía dar más pero no sabía cómo, ya lo había hablado con Anna pero ella le insistió en que no tenía que preocuparse

—¿En qué piensas? —le preguntó Adam mientras se dirigían hacia la habitación del rubio. Liv nunca había entrado ahí, estaba estrictamente prohibido poner un pie en ese lugar, aunque siempre le había dado curiosidad ya que estaba a un lado de la suya.

—En nada —respondió ella negando con la cabeza—. ¿Está bien que entre a tu habitación? —Adam volteó a verla.

—Por una vez no hay problema —dijo encogiéndose de hombros, Liv forzó una sonrisa.

—Iré por el hielo y el botiquín, ahora vuelvo —dijo dándose la vuelta y rápidamente fue a la cocina, agarró una toalla y envolvió los hielos con ésta, tomó el botiquín y se dirigió al cuarto “prohibido”. No era nada del otro mundo, creyó que tendría algo importante que quería ocultar, pero parecía una habitación normal. Lo único de especial que tenía era una pared llena de estantes con libros de todo tipo—. Quítate la camisa y recuéstate de lado —le pidió, Adam la miró burlón—. Ay, borra esa sonrisa de tu rostro, Wayman —le dijo la chica pero él no obedeció, de hecho la amplió más y comenzó a desabotonarse la camisa, se deshizo de ella y la arrojó a los pies de su cama. Su torso no era perfecto, pero estaba bastante bien trabajado, tenía algo de vello en los pectorales. Liv se sintió un poco incómoda, no podía dejar de verlo, incluso tratándose de Adam, ella no podía dejar de pensar que era realmente sexy y más con su nuevo corte de cabello. Liv maldijo, lo único que le faltaba era que le gustase alguien a quien había jurado odiar por toda la eternidad.

—Puedo darte una foto, si quieres —dijo Adam cínicamente y se acostó de lado.

—Cállate —dijo ella tomando la toalla con hielos.

—Colócalo lentamente —dijo antes de que Liv acercara la toalla al moretón. Ella asintió y puso el hielo sobre la piel del rubio, él gruñó y apartó la mano de la castaña.

—¿Qué te sucede? —Liv lo miró con el ceño fruncido.

—¡Me dolió! —ella puso los ojos en blanco.

—Obviamente te va a doler, genio, tienes un moretón del tamaño de tu mano.

—¡Te dije que lo hicieras lentamente!

—¡Eso hice! —espetó la chica, él resopló—. Relájate, ¿quieres?

—¿Cómo quieres que me relaje? —la chica lo miró exasperada y exhaló.

—No seas tan llorón —dijo Liv negando con la cabeza.

—¿Llorón? —Adam la miró ofendido—. ¡Esto no habría pasado si no hubieras hecho tu berrinche! —ella lo miró incrédula y alzó ambas cejas.

—Bueno, si tratamos de buscar un culpable —comenzó a decir—, fue tu culpa, ya que tú me llamaste zorra.

—Yo no hice tal cosa, tú lo asumiste.

—¿Ah, sí? —dijo ella presionando sobre el moretón con el hielo, el rubio gruñó.

—¿¡Estás loca!?! —Liv lo miró seriamente.

—Ya deja de gritar o lo volveré a hacer.

—¿Es una amenaza?

—Una advertencia —Adam apretó la mandíbula y entornó los ojos hacia ella.

—No debiste irte de esa manera —ella giró la cabeza bruscamente y lo miró molesta.

—¡Y tú deberías aprender a controlar tu temperamento! —Adam no replicó, solamente se le quedó viendo—. Ya no te muevas y deja que te ponga esto, o hazlo tú.

—Ya, continúa —dijo él apartando la vista. Liv puso el hielo con delicadeza, permaneció ahí unos minutos.

—Presiona tú, en lo que te limpio la herida de la boca —dijo ella. Adam puso su mano sobre la toalla con hielos mientras la castaña buscaba algodón y alcohol en el botiquín. Liv se arrodilló frente al rubio—. Esto también va a doler —advirtió antes de tocar la herida con el algodón. Adam se tensó al sentir el ardor en su boca, pero no emitió ningún sonido y dejó que Liv limpiara la sangre. Estaba tan cerca de él que podía sentir su respiración y el olor de su loción invadía su nariz—. Gracias por haberme... defendido —musitó ella, intentando concentrarse en lo que estaba haciendo. Alzó la vista y se encontró con los ojos de Adam, a Liv siempre le habían fascinado los ojos

azules o verdes, pero algo había en aquellos ojos grises que la hipnotizaban. Apartó la mirada y comenzó a guardar todo en el botiquín.

—Oye, no era mi intención llamarte zorra, ¿sabes? No pienso que lo seas —comentó él—, ni siquiera debí haber dicho eso, en verdad lo lamento —Liv lo miró sorprendida y esbozó una ligera sonrisa.

—Acepto tus disculpas —dijo soltando un suspiro y volvió a hincarse frente a él—. Creo que no empezamos de la mejor manera, así que, ¿qué te parece si comenzamos de nuevo? —Adam asintió y sonrió pero se arrepintió porque la herida le punzó—. Soy Olivia Breen, pero puedes decirme Liv —le tendió la mano.

—Adam Wayman —dijo él estrechando la mano de la chica.

Pasaron unos cuantos días luego del cumpleaños de Blair, Anna se sorprendió del cambio en la relación entre su primo y Liv, habían dejado de pelear, de hecho, empezaron a ser amigos, era como si las dos semanas en las que se la habían pasado discutiendo no hubiesen existido. Liv prefirió no guardar rencor, principalmente, porque pensaba que eso no le traería nada bueno, pero también porque había algo en Adam que hacía que no pudiera odiarlo, ni siquiera cuando peleaban. Liv siempre lograba ver algo bueno en las personas, aunque le dieran mil razones que demostraran lo contrario, salvo tal vez en Serena, en ella no había absolutamente nada de bondad. Y es que con Adam sentía que lo conocía de toda la vida, no podía explicarlo, pero lograba olvidarse de sus problemas cuando estaba con él.

—Tengo un boleto extra y no sé a quién más invitar —Anna estaba tratando de convencer a Liv de que la acompañara a una función de ballet, no era del *Royal Ballet*, era de un grupo amateur y Anna tenía que ir a tomar fotografías de la presentación.

—Dile a Treena o a Marnie —dijo la castaña encogiéndose de hombros.

—¿Por qué no quieres ir?

—Sabes muy bien la razón —dijo Liv cruzándose de brazos.

—Sí, sí, pero pensé en que podría ayudarte —comentó Anna—. Quiero decir, la única manera de enfrentar ese miedo es yendo, puedes amar el ballet de otras formas.

—No, no puedo, así que no sigas, Anna —dijo apretando los dientes y mirándola con seriedad—. No voy a ir —negó con la cabeza y le dio la espalda.

—Pero... —Liv se giró hacia ella y alzó la voz.

—¡Dije que no! —la rubia se hizo hacia atrás asustada y juntó sus manos en su pecho. Liv resopló y salió del departamento. Caminó hacia una zona de recreación que estaba a unas cuadas, se sentó en uno de los columpios y comenzó a hacer ejercicios de respiración. Liv no había querido ir a presentaciones de ballet, ni siquiera ver videos, ni saber nada al respecto, se había alejado por completo de todo lo que tuviera que ver con su sueño perdido. Adam la había visto salir casi corriendo del departamento, decidió seguirla y se sentó en el columpio que estaba a la derecha de ella—. No soy muy buena compañía en este momento.

—De hecho, nunca lo eres, pero ¿qué se le va a hacer? —Liv lo miró incrédula y comenzó a reír.

—Eres un completo idiota.

—Ya me lo han dicho —dijo Adam sonriendo de lado—. ¿Se puede saber por qué estás tan consternada?

—Tú y tus palabras rimbombantes —dijo la chica negando con la cabeza y le explicó la situación. Adam no dijo nada, simplemente dejó que ella se desahogara. Liv se olvidó por un momento del ballet, sintió como el viento acariciaba su cara mientras se columpiaba. Empezó a pensar en el día en que conoció a Adam y en el giro que había dado su relación, sonrió sin pensarlo mientras recordaba aquello. El rubio solamente la observaba entretenido, una curva se comenzaba a formar en sus labios, pero no por completo, él casi no sonreía a menos que fuera para burlarse de ella.

—Realmente eres única en tu clase —dijo Adam una vez que Liv detuvo el columpio.

—¿A qué te refieres? —lo miró inquisitivamente.

—Hace cinco minutos echabas fuego por la boca —dijo el ojigris, exagerando, por supuesto—, y ahora tienes una sonrisa en el rostro, como si nunca hubieras estado molesta —Liv rió y se mordió el labio inferior.

—Soy el tipo de persona que se enfurece bastante en dos segundos y a los cinco minutos se le baja —le dijo encogiéndose de hombros. Era verdad, a menos que se tratara de Sebastian, entonces su molestia le duraba mucho tiempo—. Estoy trabajando en eso.

—Así que también eres temperamental.

—Supongo que sí y eso me ha traído uno que otro problema.

—Te entiendo.

—Lo sé —dijo ella esbozando una ligera sonrisa. Regresaron al departamento y Liv fue inmediatamente en busca de su amiga para pedirle una disculpa—. Anna, lo siento, no era mi intención...

—Está bien, yo no debí insistir, sé que el ballet es un tema delicado para ti —Liv suspiró.

—Iré, pero no prometo quedarme toda la presentación, no sé cómo me vaya a sentir.

—¿En serio? —la castaña asintió—. Cualquiera cosa puedes irte con Adam, él también irá.

—Gracias —dijo Liv tomándola de la mano—, y en verdad lamento haberte gritado y todo eso —Anna le sonrió y negó con la cabeza.

—No te disculpes —dijo abrazándola. El siguiente sábado, por la tarde, se dirigieron al teatro donde se presentaría el grupo de ballet, presentarían *La Bella Durmiente*. Liv estaba arrugando el programa para calmar su ansiedad.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Adam al ver la hoja de papel hecha trocitos.

—Nunca estuve mejor —dijo ella mirando hacia un punto fijo.

—Dame eso —dijo el rubio tomando el desastre de Liv y lo guardó en el bolsillo de su chaqueta—. Respira hondo, sé que esto debe ser muy duro para ti, pero todo estará bien, tienes que enfrentar esto, de lo contrario jamás estarás tranquila.

—Anna dijo algo parecido —dijo la chica—, sobre enfrentar mi miedo y todo eso.

—¿Y tú qué piensas?

—Que todo esto es muy injusto, era mi sueño, Adam.

—Lo sé, no es fácil tener que renunciar a algo que has soñado toda tu vida, pero a veces sucede y lo único que puedes hacer es seguir adelante e ir detrás de otro sueño.

—Ahora mismo no tengo ninguno.

—Pero ya llegará alguno, ten fe —dijo entrelazando sus dedos con los de ella y le dio un apretón. Pronto se sintió aliviada y pudo ver toda la obra sin problema alguno. No soltó la mano de Adam en ningún momento. ¿Cómo era posible que la persona que en un principio la sacaba de quicio ahora la confortara? Al terminar la presentación, regresaron al departamento, ordenaron una pizza y se pusieron a ver una película. Anna anunció que se iría a su habitación a terminar un proyecto que le habían encargado. Adam y Liv se

quedaron en el sofá viendo otra película, pero el sueño los venció. Anna salió por un vaso con agua y encontró a su primo y a su amiga dormidos en el sillón. Liv tenía su cabeza recargada en el hombro de Adam. La rubia sonrió traviesa y fue casi corriendo por su cámara. Con mucha cautela se acercó a ellos y les tomó un par de fotos. Anna amaba tomar fotografías y no perdía la oportunidad para capturar los momentos entre Liv y Adam, ella estaba convencida de que había algo más entre ellos que una simple amistad.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Adam un viernes por la tarde, Liv estaba acurrucada en el sillón con un libro, ella le mostró la portada, *Harry Potter y el Prisionero de Azkaban*, su favorito de esa saga—. No sabía que te gustaban las historias para niños —Liv lo miró mal y negó con la cabeza.

—No lo es, cualquiera puede leerlo y entretenerse —dijo encogiéndose de hombros, él asintió—. Creí que estarías en París.

—Hubo un retraso, pero me voy en unos minutos —comentó señalando la maleta que estaba en la entrada de la sala.

—Ya veo —dijo ella—. Ten un buen viaje —él asintió y se dio la vuelta, miró su reloj y vio que todavía tenía algo de tiempo así que regresó hacia donde estaba la chica.

—¿Cuál es tu casa? —preguntó Adam sentándose a un lado de ella, qué pregunta más ridícula, pensó él luego de haberla hecho.

—La mejor —respondió ella con una sonrisa en el rostro, el rubio alzó ambas cejas, ella cerró el libro y lo miró seriamente—. *Slytherin*, por supuesto.

—Bueno, creo que eso es algo en lo que, sorprendentemente, estamos de acuerdo —comentó Adam—, es la mejor casa —Liv rió.

—¿Debo asumir que también es la tuya? —él asintió—. ¿No acabas de decir que es una historia para niños?

—Sólo bromeaba —dijo el ojigris encogiéndose de hombros—. Es probablemente una de mis historias favoritas —Liv sonrió complacida.

—¿Quién lo hubiera dicho? —dijo ella riendo.

—¿Liv? —la chica lo miró inquisitivamente—. Quería preguntarte una cosa —dijo el rubio irguiéndose—, más bien quería saber si estás libre el martes en la tarde —Liv parpadeó y entreabrió la boca para responder pero no dijo nada, se quedó pensando.

—Creo que sí, salgo a las cuatro, pero eso ya lo sabes —dijo encogiéndose de hombros. Adam era el hijo del director ejecutivo de *Wayman Publishing*,

Liv trabajaba en la sección de literatura. Él, por su parte, se dedicaba a la edición de trabajos de investigación y artículos de revista.

—Sí, bueno, estaba pensando que podríamos ir a un café *vintage* que está cerca del palacio de Westminster.

—¡Claro! —dijo entusiasmada—. Adoro ese lugar.

—¿Ya has ido? —la castaña asintió y le explicó que ahí había comprado el té que terminó en su blusa el día en que se conocieron.

—Pero me gusta mucho.

—Bien, pues te veo ahí a las cuatro y media del martes.

—¿Alguna razón en específico? —preguntó ella ladeando la cabeza.

—Te prometí que algún día te contaría la razón por la cual soy un amargado, como tú dices —Liv rió y se mordió el labio.

—Vaya, vaya, qué emocionante —dijo ella sin quitar la sonrisa de su rostro. Adam se despidió y salió de la casa hacia el aeropuerto.

El fin de semana fue particularmente aburrido, Anna estaba muy concentrada editando unas fotos, por lo que no le prestó atención a Liv. Ella, por su parte, se la pasó en su habitación revisando sus redes sociales y se encontró con una publicación sobre un remate de libros que se llevaría a cabo al día siguiente. Liv se levantó de su cama y caminó hacia la habitación de Adam para mostrarle el evento, pero recordó que él no estaba ahí. Suspiró y regresó por donde había llegado. El domingo y el lunes transcurrieron lentamente, Liv estaba muy ansiosa, solamente deseaba que el tiempo corriera más rápido. Finalmente, el martes llegó. Dieron las 4 p.m. cuando Liv terminó de revisar un texto, lo metió en uno de los cajones de su escritorio, guardó todas sus cosas y salió de la editorial.

—Hasta mañana, señor Wayman —dijo Liv acomodándose su bolso, se había topado con el Director, solamente lo había visto un par de veces en conferencias o en juntas.

—Hasta mañana, señorita Breen, descanse —dijo el hombre inclinando la cabeza, él conocía a todos sus empleados, era una persona realmente amable. Físicamente, Adam se parecía mucho a su padre, pensó la chica y sospechaba que detrás de esa fachada dura que tenía el rubio, había algo bueno. No era posible que el hijo de alguien como el señor Wayman fuera tan serio y reservado. Liv llegó a las 4:25 a la cafetería, creyó que Adam llegaría tarde, como todas las personas que conocía, sobre todo Sebastian y Keira, eran las

personas más impuntuales. Sin embargo, se sorprendió de verlo ahí, él se levantó de la silla en la que estaba sentado e hizo un gesto con la mano. Liv caminó hacia él y le sonrió, el ojigris hizo lo mismo pero sus labios apenas y se curvieron.

—¿Qué tal tu viaje?

—Excelente —dijo él jalando una de las sillas para que Liv se sentara y la ayudó a acomodarse.

—Gracias —la castaña esbozó una ligera sonrisa, le agradaba que aún existieran caballeros en el mundo. Liv ordenó té de frutos rojos, él té *Earl Grey* y un pastel de limón que terminaron compartiendo porque a ella se le había antojado. Al principio hablaron sobre el viaje de Adam, el trabajo y otras cosas triviales—. Entonces Anna me dijo que se sentía mal del estómago, ¿y cómo no? Comió como degenerada —dijo Liv riendo y negando con la cabeza. Adam rompió con su faceta seria, soltó una carcajada y echó su cabeza para atrás riendo como un niño pequeño, la castaña lo miró extrañada—. ¿Qué es tan divertido? —él tomó un respiro y la miró.

—Perdón, pero me pareció cómico que dijeras que comió como degenerada y luego me imaginé a mi prima así —dijo sin contener la risa, Liv dejó escapar una risa nerviosa, no pensó que podía llegar a ser graciosa. Nunca nadie, salvo Keira, se había reído de esa manera con alguna estupidez que saliera de su boca, ni siquiera Sebastian, era muy difícil hacerlo reír. Además, el ver sonreír a Adam de esa manera hizo que algo despertara en el interior de Liv.

—No fue tan gracioso —dijo encogiéndose de hombros.

—Para mí lo fue —por un instante cruzaron miradas, pero Liv la apartó primero.

—¿Entonces vas a hablarme de tu oscuro pasado? —él suspiró y asintió, su expresión era seria, había vuelto su armadura.

—No pretendo justificarme con lo que te voy a contar, sé que actué terrible contigo, pero he estado trabajando en ello.

—Entiendo, créeme, he pasado por algo similar —dijo ella pensando en sus propios errores.

—De verdad lo lamento.

—Ya no te disculpes, Adam, olvidemos esas dos semanas, no sucedieron —dijo ella alzando hombros y después lo animó a que empezara a hablar.

Adam tenía diez años cuando su madre lo abandonó, ella se había reencontrado con un amor del pasado y decidió irse con él, dejándolos a su padre, a él y a Blair con un año de edad. Aquello lo destrozó, no entendía por qué su mamá se había ido así, con el tiempo lo comprendió y comenzó a desconfiar de la gente. Las novias que tenía eran personas con las que estaba y nada más, nunca pudo involucrar sentimientos, le daba bastante miedo salir lastimado. Sin embargo, cuando entró a la Universidad, conoció a una chica que le cambió la vida para siempre, su nombre era Danielle, no tenía nada de especial, era alguien que pasaba desapercibida, pero Adam la notó y se enamoró perdidamente de ella.

—¿Cómo dices? —Danielle lo miró perpleja cuando él le hizo su declaración.

—Estoy enamorado de ti, casi desde el primer día en que te vi —ella no pudo ocultar su felicidad, sentía lo mismo que él.

—Nunca creí que esto pasaría —confesó—, pensé que serías mi amor imposible, como todas quieren salir contigo...

—Pero yo solamente te quiero a ti —dijo él—, ¿está bien?

—¿Estás tratando de pedirme que sea tu novia?

—Sí, creo —dijo él encogiéndose de hombros—. ¿Quieres...?

—¡Claro! —Danielle se lanzó a sus brazos y lo besó. Pasaron cinco años, en los que Adam sentía que su amor crecía y crecía, por fin había podido confiar en alguien. Una tarde, fue a una joyería y compró un anillo, era el momento de dar el siguiente paso, el gran paso.

—Tengo algo que decirte —le había dicho por teléfono mientras salía con el anillo en la mano.

—Yo igual —respondió ella—, te veo en casa —en ese entonces Adam aún no adquiriría su departamento actual, estaba viviendo en el de su novia. Danielle llegó después que él, no se veía muy animada y pensó que la propuesta la haría sentir mejor—. ¿Qué querías decirme?

—Habla tú primero.

—¿Seguro? —él asintió, ella soltó un suspiro—. No sé cómo empezar, Adam... yo... yo no puedo seguir con esto.

—¿A qué te refieres?

—A lo nuestro, siento que ya no está funcionando —Adam la miró perplejo, ¿de qué estaba hablando?

—Yo pensé que estábamos bien.

—Tal vez tú lo estés, pero yo no —el rubio frunció el entrecejo.

—¿Qué fue lo que sucedió? ¿Por qué no sientes que esté funcionando?

—Por mí —dijo ella—, tú has sido maravilloso, es sólo que hace unos meses me topé con Jared y creo que...

—Aún lo amas —Danielle asintió—, pero dijiste que gracias a mí lo habías superado, que me amabas nada más a mí.

—Ya lo sé, lo siento, pero desde ese día hemos estado hablando y bueno...

—Adam apretó la mandíbula y apretó los puños hasta que sus nudillos se pusieron blancos, ¿de verdad le estaba sucediendo lo mismo que a su padre?

—Pues vete con él —dijo finalmente.

—Adam, no quiero terminar mal contigo —él bufó y la miró incrédulo.

—¿De qué otra manera puede terminar? —dijo negando con la cabeza.

—Lo lamento —dijo ella al borde del llanto. Adam fue hacia su habitación y comenzó a guardar sus cosas en una maleta. Salió del cuarto y caminó a la puerta principal—. Por favor no te vayas así, Adam —pidió la chica, él ni siquiera la volteó a ver y salió de ahí, con el corazón destrozado y un anillo en la mano. Liv escuchó atenta su historia, tampoco le había ido tan bien en el amor, si bien no era una justificación para su actitud, sí podía entender por qué Adam era algo frío y distante, había alzado una pared de protección para que no lo volvieran a lastimar.

—¿Y ya no la has vuelto a ver?

—Un par de veces, digo, vive aquí en Londres —comentó—, supe que se casó con Jared y ahora tienen un hijo, pero no mantenemos contacto.

—¿Y ha sido tu única novia?

—Formal, sí, tuve algunos romances en la preparatoria —dijo él encogiéndose de hombros.

—¿Eras un rompe corazones? —él sonrió y asintió, ahí estaba otra vez, un hueco en el muro.

—Algo así —dijo el rubio—. ¿Y tú? ¿Cuál es tu historia? —Liv rió, no tenía pensado contársela y si lo hiciera, no sabría por dónde empezar ¿Jonathan? ¿Sebastian? ¿Steve? La verdad era que no le apetecía hablar de ninguno de ellos.

—No hay mucho que contar —dijo alzando los hombros.

—A mí me parece que sí —dijo cruzándose de brazos y la miró expectante.

—Todo se resume en un gran fracaso.

—¿De verdad? —ella asintió—. Bueno, no te haré hablar de cuestiones del

amor —dijo el rubio—, pero quiero saber una cosa...

—¿Cuál? —preguntó la castaña.

—¿Por qué el ballet?

—No entiendo...

—¿Qué fue lo que te motivó a convertirte en bailarina? —ella sonrió con nostalgia, pero no respondió—. ¿Ahora te comportas tímida? Porque no lo eras a la hora de discutir —Liv rió y negó con la cabeza. No le gustaba hablar de su vida, mucho menos del ballet, pensaba que aquello ya rebasaba la línea. Luego de dos semanas de peleas y dos semanas como amigos, Adam había atravesado una parte del muro que ella había levantado y no estaba segura de que quisiera que lo cruzara por completo. Por eso se comportaba tímida, no quería dejarlo entrar. Sin embargo, sentía que se lo debía, él se había abierto a ella y al parecer no era algo fácil de lograr.

—Mi madre —dijo la chica después de unos minutos—, cuando era pequeña solía verla en videos, siempre quise ser igual a mi mamá, claro que con el tiempo lo único que deseaba era que dejaran de compararme con ella —comentó riendo—, pero desde mi primer clase sentí que eso era lo que tenía que hacer y solamente tenía cinco años.

—Debió haber sido muy duro dejar de hacerlo —Liv asintió, todos los días pensaba en eso.

—Era lo que más amaba en el mundo —comenzó a decir—, cuando la música empezaba a sonar, simplemente me dejaba llevar —sonrió recordando sus clases, sus presentaciones, todo—. Al principio bailaba por placer y por conseguir mi sueño, pero después de algunos sucesos en mi vida, bailaba para salvarme, no sé si tenga mucho sentido.

—Lo tiene —dijo él asintiendo—. ¿Y de verdad no hay nada que se pueda hacer para que sigas bailando?

—No, el doctor dijo que a lo mucho podía dar clases a principiantes o intentarlo con otra danza pero no de manera profesional.

—¿Y no quieres ser maestra?

—Sí lo pensé, pero no quiero acabar igual que mamá, prefiero alejarme de todo ese mundo —dijo la chica—. Ya me viste el otro día —dijo dándole un sorbo a su té.

—¿Y el resto de tu familia qué hace?

—Son artistas —dijo ella—, todos, incluso papá, él formaba parte del Parlamento Británico pero tuvo que refugiarse en Estados Unidos —le habló

sobre sus constantes cambios de domicilio y cómo, después de cinco años, se establecieron finalmente en Brooklyn—. Después de eso, papá empezó a trabajar en el Consulado General de Reino Unido en Nueva York, no tan lejos —comentó—, pero, digo que es un artista porque le gusta pintar, es muy bueno, pero lo hace más por *hobby*.

—Creí que eras norteamericana.

—Lo soy, pero también tengo la nacionalidad británica.

—Y aún así, eres más americana, hay que solucionar eso.

—Ay, cállate —dijo Liv riendo.

—¿Y tus hermanos?

—Elizabeth es diseñadora de modas, trabaja en una revista en Manhattan y mi hermano es músico, estudió en Juilliard, toca el piano, el violín y el cello.

—Todos se quedaron en Nueva York —comentó Adam, ella asintió—, sin embargo, tú cruzaste el océano teniendo una academia de ballet tan cerca.

—Llena de cretinos —dijo la castaña pensando en Jonathan y en Dominique—. No quieres saberlo —dijo ante la mirada inquisitiva del ojigris.

—Supongo que no —dijo él—. Lo que quiero saber es si quieres ir al parque St. James, habrá un evento de linternas de papel cerca del lago.

—Eso me gustaría mucho —dijo ella sonriente. Adam pagó la cuenta a pesar de que Liv insistió en que ella pondría la mitad. Salieron y comenzaron a caminar hacia el parque, por un momento consideró contarle un poco sobre su suerte en el amor, Sebastian estaba a punto de salir a flote, pero entonces Adam comenzó a hablar sobre la Navidad pues habían visto un local con artículos navideños.

—Toda mi familia se reúne en la casa de mi padre y preparamos una gran variedad de platillos, jugamos, cantamos, bailamos, intercambiamos obsequios —comentó—. Es una de mis fechas favoritas.

—Suena divertido —dijo ella y empezó a hablar sobre lo que su familia hacía en esos días, aunque omitió que Sebastian siempre pasaba las fiestas con ella. Llegaron a St. James justo a tiempo, ya había oscurecido y las luces se veían muy bonitas—. ¿No van a terminar regadas por todos lados?

—No, tienen un cordón que impide que se vayan a otro sitio, una vez que se apagan, regresan a las personas que las lanzaron —explicó Adam, ella asintió sin dejar de ver las luces.

—Es una suerte que hoy hiciera buen tiempo y no lloviera —comentó ella mientras caminaban entre las linternas.

—Es una suerte que vinieras —dijo él sonriéndole genuinamente, fue entonces cuando Liv se dio cuenta de que, a pesar que ella llevaba varios años pensando en que lo único que el amor hace es lastimarte, romperte y eventualmente acabar. Aquel martes, entre aquellas luces del parque, sintió cómo ese sentimiento empezaba otra vez.

Caleb regresó el viernes de esa semana con muchas historias que contar, había conocido a un hombre increíble, Max, era mayor que él pero tenía un espíritu joven. En menos de lo que se dio cuenta, Caleb se había enamorado de él, pero no quería alejarlo al confesarle lo que sentía, aunque tampoco quería tener una amistad nada más. Para su suerte, Max se acercó a él y le confesó sus sentimientos.

—No espero que me correspondas, pero ya no puedo guardarme esto por más tiempo —le había dicho, Caleb no lo pensó dos veces, tomó la cara de Max entre sus manos y lo besó.

—¿Vas a contarme por qué estás tan feliz? —preguntó Liv al verlo.

—Pues verás... —empezó a decir, pero en eso apareció Adam.

—Miren nada más quién regresó —dijo abrazándolo con fuerza y palmeándole la espalda—. ¿Qué tal te fue?

—¡Estupendo! —dijo el ojimiel sonriendo ampliamente.

—¿Ya conoces a Caleb? —le preguntó el rubio a la chica. En el mes que llevaban de conocerse, Liv nunca había mencionado a Caleb y éste no había hablado de ella con Adam, puesto que no se habían comunicado, ya que el rubio estaba en el voluntariado—. Es mi mejor amigo, es como un hermano para mí.

—¿Tu mejor amigo? —ella frunció el entrecejo y miró al ojimiel, él se encogió de hombros—. Ya veo —dijo sin dejar de verlo. Sintió algo en el estómago, como un golpe. Caleb le había contado que estaba enamorado de su mejor amigo y ahora caía en la cuenta de que esa persona era Adam Wayman—. Ahora vuelvo, olvidé que tenía que hacer algo —se disculpó con ellos y salió de ahí. Se sentía algo abrumada, ¿en verdad estaba pasando esto? A pesar de que sabía perfectamente que aquello no podía suceder, porque Adam no era *gay*, Caleb se lo había dicho, sentía como si se estuviera entrometiendo, era uno de sus mejores amigos y no pensaba que fuera correcto. No sabía con quién hablar al respecto, no quería involucrar a Anna, porque ella no sabía lo de Caleb, pensó en sus amigos de toda la vida, Sebastian probablemente le

diría que no fuera una cobarde y Keira que no estaba haciendo nada malo. Pero no lo sabría, porque con él no hablaba y a Keira le había pedido un tiempo para reorganizar su vida. Necesitaba alejarse del pasado para poder comenzar de nuevo y curarse, pero tampoco quería perderla, no como a Sebastian.

Todo sucedió una semana después de que conoció a Adam, a finales de agosto, Liv tuvo que regresar a Brooklyn para sacar unos papeles que le pedían en el trabajo.

—Solamente estaré esta noche, madre —le dijo la castaña a Olenka, ésta asintió y la tomó de la mano.

—¿Sí te está gustando lo que estás haciendo?

—Claro —dijo Liv mientras le rascaba la barriga a Freya—, obviamente no es nada comparado con el ballet, ése es un vacío que nunca llenaré, pero mi trabajo me gusta —la rubia le sonrió.

—¿Liv? —su padre se asomó a la cocina donde estaban su esposa e hija, ésta lo volteó a ver—. Alguien te busca, en la entrada —la chica asintió y salió de la casa, vio a Sebastian caminando de un lado a otro con las manos metidas en los bolsillos de su chamarra.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, su corazón se había acelerado, no sabía por qué, pero en ese momento lo vio más guapo que nunca y se dio cuenta de algo que había estado negando desde hace mucho tiempo, desde que Steve entró en su vida y se fue. Ella juraba que sus sentimientos por Sebastian solamente eran de un modo amistoso, eran mejores amigos y nada más, Liv estaba bastante bien con eso y por primera vez se sintió libre de él. Sin embargo, en ese momento que volvió a verlo, todo regresó a ella. Nunca se había sentido tan débil e impotente, realmente creía que lo había superado, que podían ser solamente amigos, pero aquella vez supo que jamás sería así, pues su corazón le pertenecía solamente a Sebastian Dashwood.

—Es el cumpleaños de mi mamá —dijo como si fuera algo obvio—, lo sabes.

—Hablo de aquí en mi casa —él apretó los labios y esbozó algo parecido a una sonrisa.

—Quería verte —dijo Sebastian encogiéndose de hombros, Liv suspiró y lo miró.

—Ah, ya.

—¿Cómo has estado?

—Bien, ¿tú qué tal?

—También bien, ya comencé con mi especialidad —se pusieron al tanto de algunas cosas que habían omitido por mensaje, generalmente se la pasaban chateando, pero lo importante lo contaban en persona.

—¿Podemos hablar?

—¿No lo estamos haciendo?

—Hay algo que quiero preguntarte —dijo ella mordiéndose el labio y encogiéndose de hombros.

—Dale —dijo el ojiverde.

—Vamos al parque —sugirió la chica, no quería que sus padres escucharan su conversación. Caminaron hacia la banca donde siempre se sentaban a charlar. Liv se sintió nostálgica, habían pasado tantas cosas en ese parque—. ¿Bash? —éste la volteó a ver inquisitivamente—, ¿por qué nunca lo hemos intentando?

—¿Intentar qué? —Liv puso los ojos en blanco y exhaló.

—Tú y yo —él la miró boquiabierto sin saber qué responder. Sebastian ya no tenía novia, conocía los sentimientos de Liv y aún así nunca había querido intentar algo con ella.

—Creí que ya no te gustaba —el ojiverde respondió lo primero que le vino a la mente, ella miró hacia abajo y sonrió nerviosa.

—¿En verdad? —musitó sin mirarlo.

—Pues sí, digo, después de Steve, bueno, yo pensé que ahora él era el centro de tu interés —la chica rió con amargura.

—Nunca lo fue —dijo Liv y lo volteó a ver—, siempre has sido tú, siempre serás tú.

—Pero...

—Ahora entiendo por qué nunca iniciamos una relación.

—No... no es nada más por eso, Liv —ella se mordió el labio y apartó su mirada.

—¿Entonces?

—Eres mi mejor amiga —la castaña cerró los ojos y respiró hondo, no quería escucharlo—, pero solamente eso, no quiero...

—¿Por qué? —lo interrumpió y lo miró con el ceño fruncido—. ¿No soy lo suficientemente buena para ti? ¿No soy demasiado bonita como para tentarte?

—Al contrario —dijo él pasándose la mano por el cabello—, eres muy

bonita, Olivia, pero mereces algo mejor que yo —Liv puso los ojos en blanco, odiaba que dijeran eso porque sentía que estaban decidiendo por ella.

—¿No crees que eso es algo que me toca a mí decidir?

—Liv, yo no puedo darte lo que quieres, ni lo que mereces —dijo el ojiverde encogiéndose de hombros.

—Pero te quiero a ti —un par de lágrimas salieron de sus ojos—, ¿no lo entiendes?

—Sí lo hago —dijo Sebastian—, es sólo que no quiero perderte.

—¿Por qué lo harías?

—Y seamos honestos —empezó a decir él—, como amigos funcionamos, peleamos, sí, pero nunca es nada serio, como novios seríamos un fiasco, admítelo —Liv dio se hizo hacia atrás y lo miró dolida.

—Ya veo —dijo apartando la vista.

—Por favor no lo tomes a mal, yo te quiero mucho, Liv, en serio, eres como una hermana para mí, por eso nunca lo he considerado.

—¿Entonces jamás te he gustado? —él apretó los labios y la miró como si quisiera disculparse por no corresponderle.

—Lo lamento, Liv, pero no, no de esa forma —los ojos marrones de la chica se llenaron de lágrimas. Por una parte se sintió liberada al escuchar eso de la boca de Sebastian, pero por otra, sintió que todo su mundo se derrumbaba. En ese momento se dio cuenta del gran peso que tenía Sebastian en su vida, en sus acciones, no es que no lo supiera, pero simplemente había decidido ignorarlo. La mayor parte de sus decisiones las había tomado a expensas de Sebastian, ella odiaba los campamentos pero cada verano se iba con él, no le gustaban las películas de terror, sin embargo las veía con él. Liv se sintió realmente triste, no nada más porque Sebastian la había rechazado, de nuevo, sino porque todo este tiempo había estado viviendo para él, en lugar de vivir para ella. Lo único que hizo sin pensar en Sebastian fue entrar al *Royal Ballet*, fue de las pocas veces que se puso primero a ella. Era una situación realmente deprimente, ¿cómo había llegado hasta ahí? ¿Cómo pudo ser tan tonta? Sebastian nunca le dio esperanza, él era amable con ella porque era su mejor amiga, porque la quería como si fuese su hermana, era el mayor apoyo que él tenía, pero su estúpido corazón lo malinterpretó todo—. Liv, escúchame —el ojiverde la tomó de las manos—, eres muy importante para mí y en verdad lamento causarte tanto daño...

—Es culpa mía —dijo Liv forzando una sonrisa—, yo me inventé un cuento

de hadas, yo mantuve la esperanza, pero es evidente que no tiene caso seguir esperando algo que nunca va a pasar.

—No es tu culpa...

—Gracias por tu sinceridad —dijo rápidamente.

—¿Estás molesta?

—No contigo —dijo levantándose de la banca.

—¿Entonces? —ella no respondió de inmediato, se quedó pensando un momento, tenía que tomar una decisión, una muy difícil decisión.

—¿Qué soy para ti, Sebastian? —preguntó ella—, quiero decir, además de ser como una hermana —él entreabrió la boca y luego se rió.

—No entiendo tu pregunta —Liv puso los ojos en blanco.

—Yo no le veo lo complicado —dijo apretando los labios, él suspiró y se pasó la mano por su cabello castaño.

—Luz —Sebastian lanzó la primera palabra que cruzó por su mente, la chica alzó ambas cejas—, sí, eso eres, también eres un gran apoyo para mí, eres mi mejor amiga.

—¿Y si yo no estuviera en tu vida? —Sebastian frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—Nada, olvídalo —dijo ella negando con la cabeza y apartando la vista de él.

—¿Liv? —ella respiró hondo y lo miró, forzó una sonrisa, pero sus ojos seguían cristalizados. No dijo nada, solamente lo abrazó con todas sus fuerzas, él hizo lo mismo sin entender muy bien lo que estaba sucediendo. Para Liv fue como una despedida, aunque sabía que no dejaría de amarlo, porque Sebastian era esa persona que podía atormentarla y calmarla al mismo tiempo, que la inspiraba y siempre formaría parte de todo lo que hiciera. Sin embargo, tampoco podía seguir esperándolo, le dolía demasiado, sobre todo porque jamás sería correspondida. Necesitaba alejarse un tiempo de él, sin mensajes, sin llamadas telefónicas, nada. No era justo para Sebastian, pero esta vez iba a hacer lo que fuese mejor para su propio bienestar, tenía que olvidarse de él. Se apartó del ojiverde y colocó su mano en su mejilla, observándolo detenidamente.

—Adiós, Sebastian —dijo finalmente, se dio la vuelta y regresó a su casa. Él se quedó en el parque un rato más, entendió que aquello era una despedida, que su amistad había terminado, al menos hasta que ella olvidara sus sentimientos por él. Liv entró a su cuarto y se sentó en su cama, sacó una hoja

de papel y un bolígrafo, se apoyó en su mesa de noche y comenzó a escribir. Al terminar, dobló las hojas y las guardó en un sobre blanco, en el centro escribió “Sebastian” con letra manuscrita. Al día siguiente, salió de su casa y caminó hacia la de los Dashwood, pensó que Sebastian ya no estaría ahí, así que sus padres se encargarían de darle la carta. Respiró hondo y tocó el timbre, la señora Dashwood abrió y le sonrió ampliamente.

—¡Liv! ¡Qué gusto verte! —dijo abrazándola.

—Lo mismo digo, muchas felicidades.

—Gracias, cariño —la castaña sonrió—, ¿vienes a ver a Sebastian?

—¿Está aquí? —Liv tragó saliva, la mujer asintió y le dijo que estaba preparando el desayuno.

—¿Quieres pasar?

—En realidad, sólo venía a dejar esto —dijo mostrándole la carta a la mujer—. ¿Podría dársela? —la madre de Sebastian la miró extrañada, sabía que algo no andaba bien.

—Claro —dijo tomando el sobre.

—Gracias —dijo la chica—, ya debo irme, mi vuelo saldrá en unas horas.

—Está bien, ten un buen viaje —le dio un abrazo y luego le frotó el brazo con su mano, Liv asintió y se fue de ahí.

—¿Quién era? —Sebastian salió de la cocina.

—Liv —dijo su madre—, dejó esto para ti —el ojiverde desvió su vista hacia la carta y la miró con tristeza, sabía perfectamente lo que contendría ese sobre, no era la primera vez que Liv le escribía una carta, pero sí era la primera vez que él se sentía de esa manera.

—Gracias —dijo tomándola, leyó su nombre en el centro y apretó los labios.

—¿Está todo bien? —Sebastian alzó la mirada y le sonrió a su madre.

—De maravilla —respondió y guardó la carta en el bolsillo de su pantalón. Una vez que regresó a su departamento, Sebastian abrió el sobre, desdobló las hojas y comenzó a leer.

Bash:

Sabes que no soy muy buena hablando, se me da mejor escribir, así que en esta carta expresaré todo lo que no pude decirte esta noche en el parque.

Y si te parece extremadamente exagerado, pues tú bien sabes cómo soy, pero puedo decirte que cada palabra la escribo con el corazón.

Siempre he tomado mis decisiones de manera impulsiva, pero esta vez no fue así, llevaba rato pensándolo y por primera vez en mucho tiempo, creo que debo ponerme a mí primero y hacer lo que sea mejor para mi bienestar. Pero es complicado, ¿sabes? Quiero decir, eres mi mejor amigo y te convertiste en la persona más importante para mí, créeme cuando te digo que habría hecho cualquier cosa por ti, pero eso es precisamente lo que me ha causado demasiado conflicto. Hoy me di cuenta de que me perdí a mí misma por tratar de estar completamente para ti y eso es realmente deprimente. Por esto mismo decidí que lo mejor será que tome distancia, principalmente para poder encontrarme, para saber quién soy realmente y para estar bien conmigo misma.

Soy consciente de que debo seguir adelante, no solamente respecto a ti, también sobre el ballet, en estos momentos siento que todo mi mundo se ha venido abajo, pero está bien, es parte de la vida, creo. Sin embargo, no sé si estoy lista para hacerlo, pero tampoco quiero perderme lo que viene por estar estancada en el pasado y más en algo imposible. Creo que la mejor manera de amarte es dejándote ir, no sé si esto tenga sentido para ti, pero lo tiene para mí.

Igualmente, quiero agradecerte por tu amistad, tu apoyo incondicional, sobre todo en mis peores momentos, pero más que nada, quiero darte las gracias por haberte quedado a mi lado a pesar de todo. Siempre viste lo mejor en mí, Sebastian, incluso cuando ni yo misma podía hacerlo. Me conoces mejor de lo que yo me conozco. Lamento todo el drama y los malentendidos, todo por mis conclusiones aceleradas.

No me arrepiento de haberte conocido, ni de haberme enamorado de ti, siempre estaré eternamente agradecida de que vaciaras ese bote de pintura en mi cabello. Aprendí muchas cosas de ti, sobre todo a ser tolerante porque en numerosas ocasiones llegaste a ser una patada en el trasero,

pero también me enseñaste a ver el mundo desde otra perspectiva.

Sé que esta decisión es algo egoísta, pero no puedo hacer nada más, mi corazón me duele demasiado. También sé que vas a estar bien, nadie es indispensable. No obstante, si alguna vez me necesitas, yo estaré ahí para ti. No hay necesidad de que esto sea una despedida, sólo espero que entiendas que requiero de un tiempo para sanar y tal vez, en un futuro, volvamos a coincidir, si es que tú así lo deseas, pero por lo mientras, debo ir por mi propio camino.

Liv

P.D. Siempre serás un bacalao.

Liv regresó a Londres destrozada, pero tuvo que poner buena cara, porque no quería preocupar a Anna, por suerte, sus discusiones con Adam la distraían de pensar en Sebastian. Después de ese momento, Liv decidió que dejaría, por primera vez, que las cosas fluyeran y siguieran su curso. No pretendía buscar a alguien que sustituyera a su mejor amigo, tampoco quería citas ni nada relacionado al amor. Solamente se enfocó en su trabajo, en sus amigos y en tolerar a Adam Wayman. Cada día que pasaba con él era un alivio para ella, principalmente porque no tenía que molestarse en guardar apariencias, pudo ser ella misma sin tener que ocultar su mal genio o controlar su sarcasmo, él era igual, sacaba lo peor de Liv y viceversa. Quizá por eso habían logrado congeniar tan bien, claro, una vez que decidieron dejar de discutir. Así pues, Liv no tenía con quien hablar respecto a Caleb y Adam, tuvo que guardárselo.

La semana después de la llegada de Caleb estuvo llena de trabajo y así estuvieron un par de semanas más, ni siquiera los sábados y domingos estaban libres. En *Wayman Publishing* había comenzado una época de demasiado estrés, Liv y Anna apenas tenían tiempo de comer y dormir, por lo que no convivían mucho entre ellas, ni con nadie más. Adam también estaba muy ocupado con un par de libros que tenían pensado publicar dentro de un mes, además debía de estar supervisando la edición de los artículos de las revistas, rara vez lo veían. Caleb era el menos ocupado, se la pasaba en fisioterapias o

con Max, que había llegado de sorpresa, sus amigos ya lo conocían, pero no les había dicho que tenían una relación, primero quería estar seguro de que podía ser algo estable.

—Ya no puedo más —dijo Liv tirándose en el sofá y recargando sus piernas en las de Caleb.

—Deberían descansar.

—No hay manera —dijo Anna igual de acabada que Liv. Era martes, el único día que podían “relajarse”, sin embargo, también lo ocupaban para trabajar. Adam entró en el departamento, tenía unas ojeras enormes y llevaba un vaso de café en la mano.

—¿Estás tomando café? —preguntó su amigo alzando ambas cejas. Adam lo volteó a ver y observó a Liv recostada en las piernas de Caleb, no tiene caso negar que los celos se apoderaron por unos segundos de él. El ojigris pensaba que Liv debería estar así con él y no con su amigo, trató de no darle importancia, pero le resultaba imposible.

—Sabes que en estas fechas lo hago —contestó algo hostil, pero el ojimiel no lo tomó a mal, supuso que se debía a lo cansado que estaba.

—Qué deprimente es su situación —dijo Caleb, entonces propuso que, ya que los martes tenían la tarde libre, podían salir a hacer algo y despejarse.

—Ni pensarlo —dijo Adam inmediatamente—, es tiempo perdido.

—Pero Caleb tiene razón —comentó Anna—, si seguimos así vamos a enfermarnos.

—¿Y qué tienes en mente? —Liv miró a su amigo inquisitivamente.

—No lo sé, ir por un helado, charlar de cualquier cosa que no sea el trabajo, ir al cine.

—Oh, oh, podríamos ir a esa cafetería bonita —dijo la rubia refiriéndose a la cafetería *vintage*.

—Me gusta la idea —dijo Liv alzándose y dando un aplauso. Caleb también aceptó ese plan, entonces todos voltearon a ver a Adam, éste los miró exasperado, puso los ojos en blanco y finalmente cedió. Así pues, quedaron de verse cada martes, a las 4:30 p.m. en aquella cafetería. Los dos primeros martes funcionó, sin embargo, a mediados de octubre, Anna y Caleb se excusaron, dejando a Adam y a Liv solos.

—No podré ir, quedé de ensayar con los chicos —Caleb le había llamado por teléfono a Adam. Además de fisioterapeuta, el ojimiel era músico, tocaba varios instrumentos y cantaba bastante bien. Durante las terapias de Liv, él

solía tocar la guitarra mientras ella hacía sus ejercicios, eso la relajaba.

—Empiezo a creer que lo hacen a propósito —le dijo el rubio a su mejor amigo

—¿De qué estás hablando? —preguntó Caleb sonriendo mientras caminaba de regreso al departamento a buscar su guitarra.

—De nada, nos vemos al rato —Adam entró en la cafetería y vio a Liv sentada en la mesa de siempre, estaba leyendo unas hojas y haciendo anotaciones—. Se supone que es una tarde libre de trabajo —ella alzó la vista y un mechón castaño cayó sobre su frente.

—Lo sé, lo sé, pero quiero terminar esto pronto porque voy a salir el viernes y tengo que entregar esto el sábado.

—¿En serio? ¿A dónde irás? —Liv guardó en su bolso junto las hojas que estaba revisando.

—Con unos amigos de la Universidad, es el cumpleaños de uno de ellos e iremos a jugar boliche —dijo ella encogiéndose de hombros. Adam iba a alzar la mano para ordenar pero en eso llegó la mesera y les dejó una taza de té *Earl Grey*, una de té de frutos rojos y un pastel de limón—. Supuse que pedirías eso —dijo la castaña mordiendo el labio.

—Siempre lo pido —dijo él esbozando una ligera sonrisa.

—Lo sé —respondió ella y como siempre le robó un pedazo de pastel. Los siguientes tres martes se la pasaron yendo nada más ellos dos, pedían siempre lo mismo pero el tema de conversación variaba desde cosas realmente sin importancia hasta temas realmente profundos. El único tema que Liv no se atrevía a tocar era el de Sebastian, de ahí en fuera, le había contado a Adam sobre Jonathan y sobre Steve.

—Así que tampoco has sido tan afortunada en el amor —dijo él cruzándose de brazos y recargándose en el respaldo de la silla.

—Tal vez hay algo mal en mí.

—¿Apenas te das cuenta? —dijo él bromeando, Liv lo miró boquiabierta.

—¿Cómo te atreves? —dijo riendo y negando con la cabeza.

—Hablando en serio —comenzó a decir Adam—, no creo que haya algo malo en ti, tal vez la vida está reservando algo muy bueno para ti.

—Me pregunto por qué se tarda tanto —el rubio iba a decir algo pero en ese momento Caleb apareció y se sentó con ellos.

—Lamento la tardanza.

—No tienes que hacerlo, la verdad es que ya no te esperábamos —dijo Liv

cruzándose de brazos.

—Muy graciosa, Breen —dijo él mirándola con los ojos entrecerrados, ella le mostró la lengua—. ¿Ya le dijiste? —le preguntó a su amigo, éste negó con la cabeza.

—¿Decirme qué? —Liv pasó su vista de Caleb a Adam.

—Estamos planeando un pequeño viaje a Derbyshire, dentro de dos semanas y nos preguntábamos si querías venir.

—Me encantaría —dijo con una pequeña sonrisa y preguntándose qué podría haber ahí de interés.

—Genial —dijo él complacido, entonces recibió una llamada—. Ahora vuelvo —dijo levantándose y salió del establecimiento.

—¿Estás bien? —le preguntó el ojimiel a la chica, su rostro había cambiado de uno sonriente a uno preocupado. Liv no dejaba de pensar en cómo iban creciendo sus sentimientos por Adam, no estaba dentro de sus planes enamorarse de él. Además, al ver a Caleb ahí sintió remordimiento.

—Sí, estoy perfectamente bien —dijo Liv forzando una sonrisa, el chico rió.

—Pareces agobiada.

—Para nada —respondió ella rápidamente.

—No tendrá que ver con Adam, ¿o sí? —él alzó sus cejas, ella negó con la cabeza rápidamente sin saber qué decir—. Oye, relájate, ¿quieres? —Liv lo observó expectante—, eres pésima ocultando tus emociones.

—¿A qué te refieres?

—Es bastante obvio que te gusta de Adam.

—Eso no...

—Ni siquiera intentes negarlo.

—En verdad lo siento —dijo ella encogiéndose de hombros, Caleb la miró divertido—, no era mi intención, sé que tú...

—Oye, Liv, tranquila, lo que te dije sobre Adam, olvídalo, ¿de acuerdo? —empezó a decir el ojimiel, ella frunció el entrecejo y lo miró—. Conocí a alguien en el voluntariado, ¿sabes? —dijo, brevemente le contó su historia. Liv había conocido a Max pero no pensó que fuera novio de Caleb, solamente lo había presentado como un amigo—. Así que si lo que te preocupaba era que yo me molestara por su romance...

—Nosotros no... no tenemos un romance —Caleb rió levemente.

—Aún —Liv puso los ojos en blanco—, como sea, no te detengas por mí,

yo te lo dije, eso jamás pasará, ahora tengo a alguien que siente lo mismo que yo siento y es increíble —dijo el ojimiel tomándola de la mano—, y quiero lo mismo para ti.

—Ahora me siento como una estúpida —confesó Liv—, creí que era parte del código de amistad.

—Lo es, pero en este caso no aplica —le dijo su amigo guiñándole el ojo—. Además, si Adam va a dejar que alguien atraviese ese muro infranqueable que construyó, me haría muy feliz que fueses tú.

—No hay manera de que él sienta lo mismo —musitó la chica, él le dio un zape, ella se quejó y se sobó la cabeza.

—Deja de tirarte al piso —le dijo—, el que otros no lo hayan hecho, no significa que él no lo hará.

—¿Por qué? ¿Sabes algo? —preguntó con extrema curiosidad. Caleb negó con la cabeza.

—Y aunque lo supiera, no te lo diría, no es de mi incumbencia.

—¿No podrías ser mi hada madrina? —él rió y negó con la cabeza.

—La vida no es un cuento de hadas, querida Olivia —no, evidentemente no lo era, si lo fuera, ella estaría con Sebastian. Liv contuvo la respiración cuando aquel pensamiento se plantó en su cabeza, llevaba rato sin pensar en él. Suspiró y miró a su amigo.

—Lo sé, pero algo de ayuda no hace daño.

En la mañana del segundo fin de semana de noviembre, Liv se encontraba guardando su mochila en la cajuela del auto. Era muy temprano, bostezaba una y otra vez mientras esperaba a que Anna saliera del departamento. Adam condujo por casi cuatro horas, en ocasiones volteaba hacia el retrovisor para ver a Liv, ella estaba perdida en un libro que él le había prestado, *El espía que surgió del frío*.

—Es uno de mis favoritos —le dijo mientras lo tomaba de uno de los estantes.

—Jamás lo he leído —dijo ella encogiéndose de hombros.

—¿No estudiaste Literatura? —Liv se mordió el labio.

—Pues sí, pero eso no significa que haya leído todos los libros que existen.

—Puedes empezar a hacerlo —dijo tendiéndole el libro—, espero que lo encuentres entretenido y te ilustre un poco sobre la Guerra Fría y el espionaje —ella rió y tomó la obra.

—¿Y tú qué vas a leer a cambio? —el rubio alzó ambas cejas—. Yo leeré este libro, si tú lees uno de los míos.

—¿Cuál quieres que lea? —preguntó cruzándose de brazos.

—Déjame pensar en los libros que traje —dijo ella mientras repasaba los títulos en su mente.

—Cualquier cosa menos Austen, por favor —Liv posó su mirada en él.

—¿Qué tiene de malo?

—Es muy cursi y sentimental —la chica soltó una carcajada.

—Tal vez eso te hace falta —Adam frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con eso, Breen? —ella negó con la cabeza.

—Ya sé cuál tendrás que leer —dijo dirigiéndose a su habitación, él la siguió. Tomó uno de sus libros, estaba bien cuidado pero el lomo estaba muy arrugado de tanto que lo había leído.

—No puedes hablar en serio —dijo él mirando la portada, en el centro aparecía una chica pelirroja con un vestido azul.

—Es divertido y sencillo de leer.

—Parece literatura adolescente.

—Podría decirse que lo es, pero es mi favorito.

—Creí que tu favorito sería *Orgullo y prejuicio*, o algo así —dijo Adam tomando el libro.

—Es el que más me gusta de Austen, por supuesto, pero éste tiene un lugar muy especial en mi corazón —comentó—, y si lo encuentras entretenido, Wayman, ahí están los que siguen —dijo señalando su estante, a un lado del hueco que había dejado el libro que ahora Adam tenía en las manos, había otros dos, uno naranja y otro blanco con la misma chica en el lomo del libro pero con vestidos diferentes.

—¿Hay más? —Liv asintió, él miró hacia el techo en busca de ayuda.

—Pero solamente lee ése.

—Lo intentaré —dijo soltando un suspiro. Adam sonrió al recordar aquello, había leído el libro en un día, era demasiado cursi y para nada su estilo, pero por Liv leería todos.

—¡Llegamos! —dijo Anna mirando por la ventanilla.

—¿Dónde estamos? —preguntó Liv al ver una torre rodeada de árboles.

—*Hunting Tower* —dijo Caleb abriéndole la puerta, ella salió y se aproximó para verla mejor.

—¿Nos quedaremos aquí? —el ojimiel asintió—. No es cierto, debe ser

una broma —dijo sin dejar de ver la torre. Liv fue la primera en entrar, comenzó a inspeccionar la cocina, que era lo primero que se encontraba, parecía una niña pequeña en un parque de diversiones.

—Nuestra habitación está hasta arriba —le dijo Anna señalando la escalera de caracol, la castaña la miró emocionada y subió rápidamente. Pasó por la sala de estar, ahí había un sofá largo, dos pequeños y una televisión. Siguió su camino por las escaleras y llegó a un cuarto, no era muy grande, la mayor parte estaba ocupada por una cama matrimonial de cuatro postes. Liv se asomó por la ventana, vio todo el condado y a lo lejos una mansión, la cual reconoció inmediatamente.

—No puede ser —dijo ella haciendo una pausa entre cada palabra y volteó a ver a su amiga—, ¿es lo que creo que es?

—¿Te refieres a *Chatsworth House*? —inquirió la rubia, la otra asintió.

—¡Pero claro! —dijo ella emocionada—. Estamos en Derbyshire, ¿cómo no lo pensé antes?

—¿Qué cosa? —preguntó Anna divertida—. ¿Que Pemberley estaría a unos pasos?

—Vamos a ir, ¿cierto?

—¿Por qué más estaríamos aquí? —Liv sonrió de oreja a oreja.

—Pues andando, no perdamos el tiempo —dijo bajando hacia la cocina donde se encontraban Adam y Caleb.

—Luces extremadamente feliz y eso me asusta —comentó el ojimiel frunciendo el entrecejo.

—Muy gracioso, Callahan —dijo la castaña negando con la cabeza. Los cuatro salieron rumbo a *Chatsworth House*, recorrieron las zonas permitidas de la mansión, comieron en uno de los restaurantes y luego vieron una obra de teatro. Sobra decir que Liv irradiaba felicidad. Caleb y Anna quisieron ir a los establos, Liv y Adam se fueron a la tienda de regalos—. Ahora regreso, debo ir al baño —dijo la chica y desapareció de la vista del rubio. Éste se quedó recorriendo los estantes hasta que se encontró con una sección donde había collares, sonrió y tomó uno. El dije era redondo y estaba cubierto por un cristal, tenía la imagen de la mansión y se leía “Mi corazón pertenece a Pemberley”. Liv regresó, salieron de la tienda y se quedaron paseando por los jardines hasta que llegaron al puente.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó él, iba caminando las manos en la

espalda.

—Bastante —dijo ella recargándose en el pretil.

—Sabía que te gustaría —dijo Adam imitándola.

—¿Entonces tú elegiste el lugar? —preguntó Liv ladeando la cabeza, él asintió sonriéndole—. Vaya, por primera vez haces algo bien —dijo ella bromeando y le dio un ligero golpe en el brazo.

—¿Disculpa? —el rubio la miró boquiabierto y fingió estar ofendido, ambos rieron y entonces Liv se detuvo a observarlo. Adam no era para nada lo que esperaba, podía ser realmente grosero, tosco, engreído, orgulloso, pero todo eso era una especie de armadura que lo protegía de su pasado. Sin embargo, ahí estaba él, eligiendo un lugar que sabía que le gustaría a Liv, siendo amable, sonriendo, haciendo bromas, ella había logrado traspasar la barrera de Adam y él la de ella—. Toma, compré esto para ti —dijo mostrándole el collar, Liv se mordió el labio y lo miró contenta.

—¿Para mí? ¿En serio? —el ojigris asintió lo que provocó que la chica sonriera y se sonrojara. Iba a dejar que Adam le pusiera el collar, entonces recordó que traía puesto el que Sebastian le regaló, se había prometido a sí misma que jamás se lo quitaría, ni siquiera cuando no quería saber nada del ballet o de él.

—¿Qué sucede? —preguntó él al ver que Liv se había quedado pasmada mirando la bailarina de plata que descansaba en su pecho. Suspiró y se quitó el collar para dejar que Adam le pusiera el que le había comprado. Liv apretó con fuerza el dije de Sebastian, para ella era algo simbólico, tenía que dejarlo ir.

—Gracias —dijo la castaña colocando su mano sobre la de él.

—No tienes que agradecer —sus miradas se cruzaron, ambos sabían lo que sucedería a continuación. Poco a poco se fueron acercando, sus narices se rozaron y sus alientos chocaron, pero justo antes de que pudieran juntar sus labios, escucharon la voz de Anna llamándolos. Liv se hizo a un lado y apartó la mirada, Adam miró exasperado hacia el cielo y cerró los ojos. No de nuevo, pensó ella y recordó su casi beso con Jonathan. Se mordió el labio, estaba frustrada, pero intentó no externar ese sentimiento.

—Los hemos estado buscando —dijo la rubia—, ya deberíamos volver, está oscureciendo —Liv asintió y se adelantó con ella, Caleb se quedó atrás con Adam.

—¿Estás bien? —le preguntó el ojimiel a su amigo.

—Claro, ¿por qué no lo estaría? —dijo el otro—. Digo, interrumpieron algo importante, pero *ç'est la vie* —dijo alzando los brazos.

—Hermano, lo siento —dijo Caleb palmeándole la espalda.

—No importa, ya tendré otra oportunidad.

—Adam, si quieres besarla solamente hazlo, no lo pienses —aconsejó el ojimiel—. No esperes a que llegue el momento “indicado”.

—Quiero que sea algo romántico —Caleb soltó una carcajada—. Claro, búrlate.

—Perdón —dijo el otro conteniendo la risa—, ¿entonces por eso planeaste todo esto? ¿Para que el primer beso entre ustedes fuera una experiencia romántica?

—Si lo pones así, suena algo ridículo.

—Un poco, pero estamos hablando de Liv, seguramente se sentía en una de sus novelas.

—Era la intención.

—Lo sé —dijo Caleb—, pues sigue intentando, Romeo, ¿o debería decir Darcy? —el rubio puso los ojos en blanco.

—Ahórrate tus chistes malos.

—A Liv le encantan —Adam lo miró severamente, Caleb comenzó a reír con ganas—. Es broma, relájate.

—Tal vez siga tu consejo y simplemente la bese —dijo el ojigris esbozando una sonrisa y continuó caminando junto con su mejor amigo. Una vez de regreso en la torre, Liv se recostó en la cama para seguir leyendo y luego pensó en su mejor amiga, se la imaginó toda emocionada recorriendo un lugar como *Chatsworth House*, sintió algo de remordimiento, tenía que hablar con ella. Tomó su teléfono y marcó el número de su amiga, uno, dos, tres, cuatro tonos y escuchó la tranquila voz de su amiga.

—Hola, Liv, ¿cómo estás? —sonaba alegre, la castaña creyó que tal vez estaría molesta porque no se había comunicado con ella en dos meses.

—Bien, gracias, estoy en Derbyshire —comentó mordiéndose el labio y se sentó en la cama—. ¿A ti cómo te va?

—No me quejo —dijo la otra mientras revisaba unos papeles—, aunque mis alumnos son una pesadilla, te lo juro, pero me divierto mucho —Keira daba clases en la preparatoria Cassworth, al final había decidido quedarse en Brooklyn.

—Oye, Keira, yo... —comenzó a balbucear mientras buscaba las palabras

para disculparse.

—Entiendo —dijo la morena como si le hubiera leído la mente—, Liv, no puedo enojarme contigo sólo porque quisiste que te diera algo de tiempo y espacio para poder sanar.

—¿De verdad?

—Claro, aunque no creí que te tomara dos meses, pero tampoco iba a insistir.

—No es tanto tiempo —musitó la chica.

—Yo sentí que fue una eternidad sin saber nada de ti.

—Lo lamento.

—No, no, está bien —dijo la morena—, pero cuéntame, ¿qué haces en Derbyshire?

—Pues vine un fin de semana con mis... amigos

—¿Tus nuevos amigos? —Keira alzó una ceja—. ¿Por los que me abandonaste? —Liv rió y puso los ojos en blanco.

—Y dices que yo soy la dramática.

—Lo eres —dijo su amiga en un tono burlón—. ¿Entonces ya estás... bien?

—Por ahora lo estoy.

—Me alegra escuchar eso.

—Espero que podamos vernos pronto —le dijo la chica—. Ya debo colgar, te quiero.

—Y yo a ti —dijo la morena antes de que cortaran la llamada. Liv se quedó un rato observando la bailarina de plata en su mano, decidió guardarla en una bolsita que tenía con cosas importantes para ella, como monedas antiguas que su abuelo le había dado o los frijoles “mágicos” que su abuela le regalaba cuando era niña. Ahí se quedaría de ahora en adelante, era el primer paso para poder olvidar a Sebastian y quién sabe, tal vez aquello que siempre había soñado lo podría encontrar con Adam.

El domingo por la tarde regresaron al departamento, durante todo el trayecto, tanto Liv como Adam estuvieron lanzándose miradas y sonrisas a través del retrovisor. Se fueron a dormir con ganas de no despertar, ya que ese lunes iba a ser un día muy pesado por la carga de trabajo que habían retrasado debido a su pequeño viaje. Liv se quejó porque su celular comenzó a sonar a las dos de la mañana, se trataba de su padre, se escuchaba alterado y no entendía bien lo que le estaba diciendo. No fue hasta que James tomó el

teléfono y le dijo que su madre se encontraba en el hospital, que Liv se levantó de golpe y empezó a respirar con dificultad.

—¿Qué fue lo que pasó?

—Empezó a vomitar sangre... —le dijo su hermano.

—Voy para allá, saldré en el primer vuelo —dijo interrumpiéndolo y comenzó a guardar sus cosas en una maleta—. ¿Cuál es su estado?

—No lo sabemos, Bash aún no sale para darnos informes.

—¿Bash?

—Sí, él está asistiendo al doctor que la está operando.

—De acuerdo, te llamo en cuanto vaya a tomar el avión —dijo ella—, y trata de calmar a papá.

—Elizabeth se está encargando de eso.

—Bien, nos vemos —dijo y colgó. Desde su celular compró un boleto de avión hacia Nueva York, guardó todas sus cosas en la maleta, estaba haciendo bastante ruido pero no le importó.

—¿Está todo bien? —escuchó la voz de Adam detrás de la puerta, rápidamente fue a abrirle, en cuanto lo vio lo abrazó, él le devolvió el gesto. Escuchó que la chica estaba llorando—. ¿Liv? —ella no se apartó y no dijo nada por unos minutos, Adam la estrechó con fuerza—. Me estás asustando —la castaña tomó aire y se separó de él para contarle lo que había sucedido—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—¿Puedes decirle a tu padre que agradezco todo lo que hizo por mí y que lamento irme de esta manera?

—Claro, pero, ¿no... volverás? —Liv se mordió el labio y negó con la cabeza.

—Si mamá logra salir de ésta me quedaré con ella, dudo mucho que James se haga cargo, Elizabeth tiene a su familia y papá no puede solo, además tengo que cuidar a Freya, ya que mi madre no podrá hacerlo cuando vuelva a casa —comentó—. Y si no lo logra, tengo que quedarme con papá y ayudarlo en todo lo que necesite.

—Entiendo —dijo él asintiendo—, si hay alguna otra cosa en la que te pueda ayudar, por favor dime.

—Muchas gracias, Adam —dijo ella esbozando una ligera sonrisa—, por todo —dijo apretándole la mano. Liv se despidió de Anna y Caleb, prometió que les escribiría en cuanto pudiera.

—Te voy a extrañar —dijo la rubia al borde del llanto y la abrazó con

todas sus fuerzas—, espero que tu mamá se recupere.

—Iremos a visitarte a la primera oportunidad que tengamos —le dijo Caleb.

—No tengo palabras para agradecerles lo que han hecho por mí.

—No es necesario que lo hagas —le dijo Anna. Liv volteó a ver a Adam, estaba recargado en el marco de la puerta, más serio que nunca.

—Cuídate mucho —le dijo, ella asintió decepcionada, pensaba que su despedida sería más emotiva. Liv subió al taxi que la llevó al aeropuerto y esperó a que su vuelo saliera. Al llegar al de Nueva York, vio a su hermana esperándola, corrió hasta ella y la abrazó.

—¿Cómo está mamá?

—Se le reventó una úlcera, la operaron pero tuvo complicaciones y tuvieron que intervenirla otra vez, eso fue hace dos horas —dijo la ojiazul mordiéndose el labio—. Andando, no hay que perder el tiempo —dijo tomándola del brazo. Liv se quedó en el hospital mientras que su hermana iba a la casa a dejar su maleta. Al entrar a la sala de espera, vio a James hablando por teléfono, su padre estaba caminando de un lado a otro, pero se detuvo en cuanto la vio.

—Qué bueno que estás aquí, hija —Robert la abrazó.

—Todo va a estar bien, mamá es fuerte y saldrá de ésta.

—Lo sé, pero no puedo evitar pensar en lo que pasaría si no lo logra, no sé qué haría sin ella.

—Oye, tranquilo, no tendrás que pasar por eso —dijo tratando de calmarlo. Liv siempre había pensado que sus padres no tenían el mejor matrimonio, incluso había llegado a creer que no se amaban, pero en ese momento vio lo equivocada que estaba.

—¿Cómo no me di cuenta? Ella nunca dijo que tenía algún dolor, ¿por qué tuvo que llegar hasta estos extremos? —Liv no supo qué decir, así que dejó que su padre siguiera hablando. Unos minutos después, Sebastian apareció, había salido de cirugía y se dirigió al señor Breen.

—Perdió mucha sangre, pero logramos salvarla —dijo el ojiverde. Liv se relajó al escuchar eso.

—Gracias, hijo —dijo Robert abrazándolo—, ¿puedo verla? —el chico asintió y le mostró el camino, luego regresó y fue directamente hacia Liv.

—¿Cómo estás?

—Aliviada, gracias por salvar a mi mamá.

—Es mi trabajo, además no iba a dejar que algo malo le sucediera.

—Lo sé.

—Oye, Dashwood —uno de los doctores le habló al ojiverde—, ve a comer algo para que te recuperes.

—Sí, enseguida voy.

—¿Recuperarte de qué?

—Tu madre necesitaba sangre, pero tú no estabas aquí y James no respondía, me hicieron una prueba y milagrosamente resulté compatible con ella —le dijo—. Así que... —antes de que pudiera terminar Liv lo estaba abrazando, Sebastian también la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza. Podrá ser un amor no correspondido, pero todos los años de amistad nada ni nadie se los podía quitar. Fueron a la cafetería por algo de comer, estuvieron en silencio unos minutos hasta que Sebastian habló—. Sé que me pediste un tiempo pero estos meses han sido horribles sin ti, no tienes idea de cuánto te he extrañado —Liv esbozó una ligera sonrisa y bajó su mirada hacia la taza de té que estaba tomando, por un breve momento Adam pasó por su mente—. He querido mostrarte unas fotos y contarte cosas, pero no creí que fuera prudente.

—Yo también te he echado de menos, Bash.

—¿Crees que podemos volver a ser amigos? —ella esbozó una pequeña sonrisa y lo tomó de la mano.

—Siempre lo hemos sido y siempre lo seremos.

Apoteosis

Había pasado un año desde que Liv regresó a Brooklyn, Olenka ya estaba en casa, reposando, tanto su hija como su esposo se dedicaban a atenderla y cuidarla. Pasado ese tiempo, Liv comenzó a buscar otro trabajo, gracias a la recomendación de Keira, la habían aceptado como maestra de Literatura y composición en la preparatoria Cassworth. Ahora, como el resto de su familia, Liv se quedaría en Nueva York. Al principio, no le pareció mala idea, pero pronto se dio cuenta de que realmente extrañaba Londres, pero más que nada, echaba de menos a Adam. Hablaban de vez en cuando, pero con la diferencia de horarios y lo ocupados que estaban los dos, casi no tenían tiempo. Con Caleb se mandaba mensajes al igual que con Anna, pero también les resultaba complicado y a veces olvidaban responderse.

—No creí que tener amigos a distancia fuera tan complicado —dijo la castaña mirando la pantalla de su celular mientras caminaba junto con Keira a la sala de profesores.

—¿Por qué estás tan preocupada por tus amigos? —la morena alzó una ceja.

—Me agradan y no quiero perderlos.

—No creo que eso pase —dijo su amiga tratando de animarla, Liv forzó una sonrisa.

—¿Quién hubiera dicho que acabaría siendo maestra en Cassworth?

—Bueno, no está tan mal —dijo Keira encogiéndose de hombros.

—Podría estar bailando —Liv suspiró y miró hacia el suelo. No había un solo día en el que no pensara en el ballet, en lo que hubiera logrado de no ser por Serena y Edward.

—Creí que ya lo habías superado.

—Yo también, igual que creí que había superado a Sebastian, simplemente no sucederá.

—¿Y no conociste a nadie en Londres? —Liv sintió un vuelco en el corazón al pensar en Adam, entonces se dio cuenta de que ese día era martes y se preguntó si seguiría yendo a la cafetería con Anna o Caleb.

—No, no realmente —mintió. La semana terminó y Liv se encontraba caminando de regreso a su casa, era casi de noche, se había quedado en la escuela revisando unos exámenes. Pasó frente la de los Dashwood, la observó de reojo y suspiró. Sebastian ya no vivía ahí, se había mudado permanentemente a un departamento en Manhattan cerca del hospital donde estaba trabajando. La nostalgia se apoderó de ella por un instante, recordó cada momento que había vivido con Sebastian. La puerta de la casa se abrió y por ella salió su mejor amigo, aquello la tomó por sorpresa. El ojiverde le sonrió y agitó la mano, ella le devolvió el gesto.

—¡Espérame! —pidió mientras cerraba con llave la puerta.

—Es bueno verte por acá —le dijo Liv una vez que estuvo frente a ella. En el año que había pasado, apenas y se habían visto, ambos seguían manteniendo cierta distancia, fue un acuerdo mutuo.

—De vez en cuando paso a ver a mis padres, hoy tuve algo de tiempo libre —la castaña solamente le sonrió—. ¿Quieres ir a otro lado? —Liv alzó ambas cejas.

—¿A dónde?

—Acaban de abrir un club a unas cuadras del hospital, podríamos ir allá y bailar, divertirnos un poco.

—¿No tienes que ir a trabajar mañana?

—Hasta la tarde —Liv no respondió inmediatamente, tuvo que pensarlo bastante.

—De acuerdo, vamos un rato —dijo finalmente—, solamente deja voy a cambiarme —dijo señalando su casa. Ambos entraron, Freya apareció corriendo para saludarla, después empezó a brincarle a Sebastian y a jugar con él—. Ahora vuelvo, no tardo —subió las escaleras hacia su habitación, se cambió sus pantalones de vestir y blusa blanca por un vestido morado entallado, se colocó unas medias negras y unos tacones no muy altos, se maquilló rápidamente y tomó un bolso más pequeño que el que llevaba a la escuela.

—¿A dónde vas? —le preguntó su padre.

—A un club con Bash —dijo la chica—, vuelvo pronto.

—Está bien, no hay problema, diviértete —dijo dándole un beso en la cabeza. Bajó y salió junto con Sebastian. Llegaron al club y ordenaron un par de bebidas, Liv no pudo evitar recordar el cumpleaños de Blair, ese día Adam la salvó de un borracho y se ganó un gran moretón en el abdomen y un labio partido. La noche pasó muy rápido, Sebastian y Liv bailaron y bebieron lo suficiente como para estar de simples, se reían por cualquier tontería, sin embargo, no se excedieron, ya que de hacerlo no podrían volver a casa.

—¿Te acuerdas del campamento en Vancouver? —le preguntó él, ella se rió y asintió.

—Por tu culpa casi muero —dijo Liv negando con la cabeza—, por suerte ese chico canadiense me rescató.

—Tu novio —bromeó el ojiverde.

—Ay, cállate —dijo ella terminándose su bebida, luego se levantó y del brazo al chico—. Vamos a bailar —Sebastian puso los ojos en blanco pero la siguió. Se movían con dificultad, puesto que el lugar estaba repleto de gente.

—Estábamos hablando de tu novio —gritó el ojiverde para que ella lo escuchara, ella seguía bailando y comenzó a reírse.

—Era un sujeto horrible, definitivamente no era mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo? —ella se quedó pensando y sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo risueña—, varía.

—¿Chad? —Liv hizo una mueca de disgusto y se puso el dedo en la boca fingiendo que vomitaba. Sebastian comenzó a reír junto con ella. Liv rodeó con sus brazos el cuello de su amigo mientras seguían bailando, él hizo lo mismo pero con la cintura de la chica—. Extrañaba esto.

—¿De qué hablas? —dijo ella divertida, la música apenas dejaba que sus voces se escucharan—. Es la primera vez que salimos así.

—No, no, estar contigo —la chica se le quedó viendo y sonrió satisfecha porque por fin podía decir, de verdad, que solamente lo amaba como se ama a un hermano, era su mejor amigo al final de cuentas. Liv llevaba rato tratando de descifrar lo que su corazón le decía, pero en ese momento supo lo que tenía que hacer, supo qué dirección tomar, su corazón ya era de alguien más.

—Yo también lo extrañaba, Bash —la castaña lo abrazó. Salieron del club, no era muy tarde, apenas iba a ser media noche. Se dirigieron a sus casas, siguieron hablando de cosas triviales y riéndose de todo lo que decían. Para

cuando llegaron a la casa de Liv, el efecto del alcohol ya no era tan grande.

—Gracias por ir conmigo.

—Gracias por invitarme.

—Podríamos hacerlo de nuevo, si quieres —dijo el ojiverde encogiéndose de hombros.

—Eso me gustaría mucho —dijo Liv sonriendo. Se despidió de Sebastian, desvió su mirada hacia el coche que se acababa de estacionar frente a su casa pero no le dio importancia, se dio la vuelta y comenzó a caminar hacia la puerta.

—¿Liv? —el ojiverde la llamó, la chica se giró para verlo.

—¿Qué sucede? —Sebastian la tomó del brazo y la abrazó con fuerza. Liv tardó unos segundos en reaccionar, pero le devolvió el gesto.

—Te quiero mucho, Olivia —le dijo al oído—, lamento haberte hecho daño, no era mi intención.

—Yo lo sé, Bash, en verdad, no tienes que disculparte —dijo ella sin entender muy bien a qué se debía su actitud.

—Perdóname por todo, por mis burlas, mi actitud infantil, sé que no he sido el mejor amigo, soy la peor persona, pero... —ella se apartó y tomó la cara del ojiverde entre sus manos.

—Escúchame bien, Sebastian Dashwood, tú eres el mejor amigo que cualquiera pudiera desear, ¿de acuerdo? —dijo ella mirándolo severamente a los ojos—. No tienes que pedir perdón por nada, en serio.

—No quiero nos distanciamos de nuevo, no quiero que dejemos de ser amigos.

—Jamás dejaremos de serlo, Sebastian —dijo Liv sonriéndole—, sólo te pedí espacio en lo que reparaba mi corazón y ponía en claro mis sentimientos.

—¿Y cómo vas con eso?

—Creo que lo estoy haciendo bastante bien.

—¿De verdad? —ella asintió—. ¿Entonces seguimos siendo los mejores amigos por siempre?

—¿Tú qué crees? —volvieron a abrazarse. Liv sintió que se había quitado un gran peso de encima, pues poco más de un año atrás, ella creyó que estaría condenada para siempre a estar enamorada de Sebastian. No encontraba la manera de librarse de esos sentimientos, constantemente huía de ellos y a su vez intentaba escapar de su mejor amigo con el objetivo de olvidarlo, pero se dio cuenta de que aquella no era la forma de superarlo. No supo en qué

momento pasó, pero sí tenía muy claro quién la había ayudado a salir del hoyo en el que estaba, luego de perder su más grande sueño y de tener el corazón hecho pedazos, y esa persona se encontraba al otro lado del Atlántico. Liv se despidió de Sebastian y entró a su casa, sabía lo que tenía que hacer, pero no estaba segura de que Adam aún estuviera ahí para ella.

Adam no podía concentrarse, todo el tiempo estaba pensando en Liv, sabía que eso no lo llevaría a nada bueno, ella se había ido y no volvería, ya había pasado un año. Anna trataba de animarlo, diciéndole que tal vez ella regresaría cuando menos lo esperara, pero era inútil alimentar aquella esperanza. Ya casi no hablaba con él, ni siquiera con Caleb, tenían tiempo sin saber de su vida pues estaban demasiado ocupados.

—No puedo seguir así —le dijo a su mejor amigo, era martes, estaban en la cafetería *vintage*, Adam había estado yendo durante todo el año, a veces con su prima, otras veces con Caleb, o con ambos. Aún guardaba la esperanza de que Liv entrara por la puerta y se sentara a charlar con ellos como antes—. Necesito decirle lo que siento.

—Debiste haberle dicho eso hace un año.

—Ya lo sé, Caleb, no necesito que me lo echés en cara —dijo el ojigris. Adam no se había atrevido a confesarle a Liv sus sentimientos, pudo haberlo hecho durante el fin de semana que estuvieron en Derbyshire, pero aún no estaba seguro. Él, al igual que Liv, tenía miedo, por eso ella tampoco habló con él sobre sus sentimientos. Aquel día, por la tarde, su padre entró a su oficina y le preguntó que si quería acompañarlo a un viaje de negocios a Nueva York. Sin pensarlo dos veces, aceptó. Ya había considerado antes ir a Brooklyn, pero por una u otra razón su plan siempre fracasaba, sin embargo, esta vez logró cruzar el Atlántico. Durante el vuelo estuvo pensando en lo que le diría a Liv cuando la viera, quería llegar de sorpresa. Una vez que terminaron la reunión de negocios y la cena con aquellas personas, Adam tomó el automóvil y se dirigió al número 1103 de la 17^a calle de Midwood. Era media noche, pensó en todo lo que le podría decir a Liv para excusarse, con ella y con su familia, por llegar a esa hora sin avisar. Se detuvo frente a la casa y encontró una escena que preferiría no haber presenciado. Liv caminaba hacia la puerta, Sebastian iba tras ella, la tomó del brazo y la abrazó con fuerza, ¿quién era él? Se preguntaba Adam, no pudo escuchar lo que decían

pero vio como ella tomaba del rostro al chico, desde su perspectiva parecía que se estaban besando, segundos después ella lo volvió a abrazar, una vez que se separaron, Liv entró a su casa y él se dirigió a la de al lado, ya que esa noche Sebastian la pasaría con sus padres. En cuanto el rubio lo vio entrar a la casa vecina recordó las palabras de Liv, no se las había dicho a él, fue una conversación con Anna, la cual había escuchado por accidente.

—Sebastian es mi mejor amigo, nos conocemos desde los cinco años y es mi vecino.

—Qué suerte —le dijo Anna—. ¿Y ninguno de los dos se ha enamorado del otro?

—Pues... —Liv rió nerviosa.

—Entiendo, tú eres la enamorada.

—Algo así —después de esto ya no escuchó más. Adam apretó el volante con sus manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Debía habérselo dicho, pero no lo hizo y ahora se arrepentiría por el resto de su vida. Regresó a Londres decidido a olvidar a Liv, al parecer ella ya tenía a alguien más.

—¿Cómo te fue? —preguntó Caleb en cuanto lo vio entrar al departamento.

—Bien, logramos cerrar el negocio.

—No seas idiota —dijo el otro poniendo los ojos en blanco—, sabes a qué me refiero.

—No pienso hablar de eso, tenías razón, no debí de dejarla ir sin que supiera lo que siento por ella.

—Oh, vamos, ¿te rechazó?

—Dije que no iba a hablar al respecto.

—De acuerdo, cuando quieras hacerlo sabes dónde encontrarme.

—Gracias —dijo el rubio y subió las escaleras hacia su habitación. Adam se quitó la camisa y la arrojó al piso, se sentó sobre su cama y ocultó su cara entre sus manos. No podía dejar de pensar en Liv, solamente habían pasado tres meses juntos, ¿quién podría enamorarse de verdad en tan poco tiempo? Pensaba él. Era como si se conocieran de otra vida, lo supo en cuanto la miró a los ojos, incluso con sus peleas, Olivia Breen tenía un corazón que sabía que podría extrañar cuando se fuera. Y, aún así, la había dejado ir.

Adam inició la semana sin mucho ánimo, el lunes fue bastante pesado, había muchas cosas que revisar y aún no habían logrado cubrir la vacante que Liv había dejado. Muchas personas aplicaban para el puesto, pero no logran

convencerlo. Tanto él, como Anna, tenían la esperanza de que Liv regresara, entonces dejaron de hacer entrevistas, al menos hasta ese día, pues el rubio pidió que publicaran un anuncio de que se requería un corrector de estilo, no tenía caso seguir esperando. Regresó al departamento a media noche, Anna y Caleb ya estaban dormidos, fue a la cocina por un vaso con agua y se sentó en la barra. Sus ojos se desviaron hacia la mancha de barniz guinda que se extendía sobre la parte de la barra que Liv solía ocupar, sonrió un poco al recordar el momento en el que ella había derramado el esmalte.

—Lo lamento tanto, lo limpiaré —dijo ella corriendo por un trapo con agua, pero no logró gran cosa, intentó con quita esmalte pero sólo logró extenderlo más.

—Déjalo así —le dijo Adam—, ya te lo descontaré de tu sueldo.

—Tú no me pagas, lo hace tu padre —le recordó.

—Entonces te aumentaré la renta —Liv lo miró boquiabierta, Adam sonrió triunfante.

—Eres un pedante —dijo ella cruzándose de brazos.

—Y tú eres una distraída —luego de eso, Liv agarró la brocha de su barniz y la pasó por la cara de Adam, éste la miró perplejo—. Acabas de iniciar una guerra.

—Te lo buscaste —dijo la chica alzando los hombros.

—Ahora verás —se levantó de su asiento y fue hacia Liv, ella empezó a correr por todo el departamento y Adam iba detrás de ella.

—¿Cuántos años tienen? —dijo Caleb negando con la cabeza mientras los observaba divertido desde la cocina. Adam se fue a dormir con ese recuerdo, no pudo sacárselo de la cabeza y tardó bastante en conciliar el sueño. Al día siguiente, se sentó a desayunar junto con su prima y su mejor amigo, ninguno de los dos preguntó algo sobre Liv, pero no dejaban de mirarlo.

—¿Podrían dejar de verme? —pidió el rubio dándole un sorbo a su té.

—Perdón, es que queremos saber lo que sucedió —confesó Anna, él puso los ojos en blanco y decidió contarles brevemente lo que había ocurrido.

—¿Se besaron entonces?

—No puedo afirmarlo, eso me pareció, pero sí se abrazaron muy efusivamente.

—Tal vez sólo fue un abrazo de amigos —le dijo su prima.

—¿Cómo estás tan segura? —inquirió el rubio—. Te dije que posiblemente se besaron.

—Sé que estás hablando de su mejor amigo...

—Del cual ella está enamorada —dijo el rubio, Anna abrió la boca para decir algo pero no tenía ni idea de cómo rebatir eso.

—Pues lo estaba antes de conocerte a ti —dijo Caleb mordiendo su *bagel* con mantequilla.

—¿Qué tratas de decir?

—Que solamente fue un abrazo, Liv me contó que él le dijo una vez que ella no le gustaba, eso no puede cambiar, ¿o sí? —el ojimiel miró seriamente a su mejor amigo—. Liv y Sebastian se conocen desde niños, pero él sólo la ve como una hermana.

—Yo creo que ahora la ve de otra forma —insistió Adam.

—Y yo pienso que te estás haciendo ideas que no son —respondió el pelinegro—. Ya estás muy grande para andar haciendo eso.

—¿Perdóname? —el rubio alzó ambas cejas y miró a Caleb con incredulidad.

—Sólo digo la verdad —dijo encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no la llamas y le preguntas?

—No voy a hacer eso —Adam resopló, se levantó y salió del departamento hacia la editorial. Estuvo todo el día dándole vueltas al asunto y cayó en la cuenta de que había sido un completo imbécil. Caleb y Anna tenían razón, pensaba Adam, solamente fue un estúpido abrazo, eso no significaba nada, además no estaba seguro de que se hubiesen besado. Pensó en seguir el consejo de su mejor amigo llamarle a Liv, buscó su número en su celular y sin pensarlo dos veces le marcó pero ella no le respondió—. Debe de seguir dormida, qué tonto —se dijo a sí mismo y siguió con su trabajo. A medio día recibió un mensaje de Caleb diciéndole que se vieran en la cafetería *vintage* a la hora de siempre, era martes. Adam no tenía ganas de ir, había estado yendo desde que Liv se fue, cada martes a las 4:30 pm ahí estaba, pedía su té *Earl Grey* y una rebanada de pastel de limón. A veces aparecía su prima o Caleb, pero la mayoría del tiempo se la pasaba solo. Había decidido empezar a leer los libros de Jane Austen, no eran muy de su agrado, pero de alguna manera sentía que al hacerlo estaba con Liv. A las 4:45 pm, Adam entró en la cafetería, se encaminó a la mesa de siempre y vio que estaba ocupada. Maldijo antes de darse cuenta de quién había tomado su lugar. Su corazón se aceleró al ver aquellos ojos café oscuro perdidos en un libro. Se acercó y vio que en la mesa se encontraban dos tazas de té y una rebanada de pastel de

limón, en el rostro de Adam se dibujó una sonrisa.

—¿Liv? —ella alzó la vista y le sonrió ampliamente.

—Llegas tarde.